

JORGE

AMADO

LOS CAMINOS DEL HAMBRE



Lectulandia

Jorge Amado como novelista tiene una popularidad internacional conquistada con justicia. Sus obras circulan vertidas a la mayor parte de los idiomas vivos. Tiene Jorge Amado el sentido espontáneo de la narración. Lo telúrico, que es la ubicación geográfica con trascendencia universal, se incluye en sus novelas con densidad protagónica. Fuerza, ejecutiva y tenaz como una voluntad. La naturaleza es cruel cuando es selva o desierto y es amiga cuando es mar. La conjunción de estos valores temperamentales crea el vigor del caudal novelesco de Jorge Amado. «Los caminos del hambre» es la novela del éxodo del habitante del «sertón» nordestino. Su lucha impotente contra sus dos grandes tragedias: la seca y los terratenientes. Unidos los dos, complementándose los dos, para destruir la pequeña y humilde felicidad del campesino. Y su huida, desposeído, a través de las tierras agotadas por la seca, los caminos del hambre, donde los emigrantes van dejando los restos de dignidad, de hacienda, de salud, en un viaje que se repite de padres a hijos, hacia el sur, espejismo de ciudades prósperas y de vida fácil. Y la consecuencia de esto, la rebeldía primaria: el bandolero, el campesino expoliado convertido en azote de la tierra sufrida, el fanático que sigue la voz de los santones predicadores del fin del mundo. Rebeldías estériles, ciegas, que Jorge Amado contrasta con la actitud de quienes han sabido encauzar la suya por la senda de la lucha social.

Jorge Amado

Los caminos del hambre

ePub r1.0

diegoan 07.11.2019

Título original: *Seara Vermelha*
Jorge Amado, 1946
Traducción: Raúl Navarro

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Los caminos del hambre

Prólogo: La sementera

La fiesta

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10

Libro Primero: Los caminos del hambre

La caatinga

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23

El río

1
2
3
4

5

6

7

8

9

10

11

El ferrocarril

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

Libro Segundo: Los caminos de la esperanza

José

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Juan

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Juvencio

1

[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)

Epílogo: La cosecha

[Toño](#)

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)

Sobre el autor

[Notas](#)

Para Zé.

PRÓLOGO

La sementera

El viento arrastró las nubes, la lluvia cesó, y bajo el cielo nuevamente limpio comenzaron a jugar los chicos. Las aves domésticas salieron de sus refugios y volvieron a picotear el pasto ahora mojado. Un poderoso olor a tierra lo invadía todo, entraba en las casas, subía en el aire. Las gotas de agua brillaban sobre las hojas verdes de los árboles y de los mandiocales. Y una silenciosa tranquilidad se extendía sobre toda la *fazenda*: árboles, animales, hombres. Nada más que las voces alegres de los chicos, en los patios, cortaban la calma del momento:

*Llueve, lluvia llovedora
Lava la calle a mi amor...*

Vestidas con sucios trapos, algunas desnudas, barrigonas y flacas, las criaturas jugaban a la ronda. Harapos de nubes se perdían en el cielo de un claro azul, donde las primeras y leves sombras anunciaban el crepúsculo. Luego de la lluvia todo parecía haber tomado una fisonomía más alegre. Arturo miró los árboles que se extendían detrás de la casa grande, las ramas dulcemente agitadas por la brisa, y sonrió imaginando que los árboles estaban satisfechos después de la lluvia tan esperada.

—Anduve con miedo este año... —murmuró para sí.

Pero la lluvia llegó bastante a tiempo y la cosecha este año sería abundante. Arturo calculó la alegría que debía reinar en las casas de colonos y medieros, y fue entonces cuando decidió ir a la fiesta. Esperaría la llegada del muchacho que había ido al pueblo para buscar la correspondencia y hacer unos encargos, y entonces daría una vuelta por la casa de Ataliba, bebería un trago de *cachaça*^[1] en honor de la novia, bailarían una polca. Llegóse hasta la parte delantera de la casa grande donde su mujer, Felisa, estaba ocupada en el cuidado de unos canteros de flores.

—Vamos a la fiesta de Ataliba...

—¿Te has decidido?

Afirmó con la cabeza y salió lentamente hacia el lado de la proveeduría. Los hombres estarían satisfechos. El temor de la seca, que se renovaba cada año, ahora había sido conjurado y quizás volviese a llover esa misma noche a pesar de que en el cielo límpido no quedaba siquiera una nube. Arturo aspiró el olor que subía de la tierra y sonrió de nuevo. Tal vez ahora los hombres lo mirasen con mejores ojos. Al recibir la invitación para la fiesta de Ataliba, dijo que iría. Casamientos y fiestas no eran cosas muy comunes en la *fazenda*, y cuando se anunciaba una diversión de estas, no se hablaba durante días de otro asunto en las conversaciones a la caída de la tarde en casa de los trabajadores. Para Arturo era el problema: todos querían un poco de dinero, porque todos tenían que hacer algunas compras. Él recibía la invitación y siempre prometía ir. Rara vez iba. Le parecía que su presencia apagaba la alegría de las fiestas. Los hombres no simpatizaban con él. Y al pensar en eso Arturo levantó los hombros con un gesto característico. No era por su culpa. Cumplía con su obligación exigiendo a los hombres en el trabajo, apretando a los medianeros en el momento de hacer las cuentas. Pagaba los precios estipulados, poniéndose, es cierto, de parte de los patrones, pero, al fin, ¿no era esa su obligación de capataz? Cualquiera otro en su lugar ¿qué haría? Gozaba de la confianza del Doctor Aureliano, que se dejaba estar en Río de Janeiro y venía rara vez a la *fazenda*, y trataba de ser digno de esa confianza. Nunca la *fazenda* había dado tanto beneficio, ni aún en los tiempos del *Coronel*^[2] Ignacio, que vivía ocupándose personalmente de los mínimos detalles. Es cierto que Arturo debía soportar los reclamos de los medieros, las miradas llenas de amenazas de los trabajadores, pero eso no lo preocupaba. Solía decir que «no lo asustaban caras feas».

Sin embargo ciertas cosas le dolían. No ignoraba que había en la *fazenda* quienes, con mucho gusto, le harían una mala jugada. También sabía que a sus espaldas echaban pestes y que muchos brindaban por su muerte. No era para alegrarse de esto. Le hubiese gustado andar bien con los trabajadores y colonos, ya que él también fue trabajador en tiempos del *Coronel* Ignacio, y se sentiría satisfecho si ellos lo vieran como un camarada, viniesen, sin ser llamados a charlar un rato en la galería de la casa grande y no fruncieran el ceño cuando él entraba en una fiesta. Por eso es que casi nunca iba a ninguna de esas raras fiestas, aunque a Felisa le

agradara bailar y él mismo fuese muy amigo de conversar y tomarse unas copas de *cachaça*.

Llegó a la proveeduría de grandes puertas cerradas, donde estaban las mercaderías para vender a los trabajadores y medieros. En un cuarto de los fondos se guardaban las guarniciones. Sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta. Los hombres no tardarían en llegar del trabajo y, como había fiesta, vendrían a comprar algunas cosas. Saltó el mostrador, el libro de ventas estaba sobre la mesa. Maquinalmente tomó el libro y se puso a hojearlo. La deuda de Mario Gómez era crecida; lo que necesitaría trabajar para pagarla. Tendría que reducirle los suministros. Uno más que le pondría mala cara, lo miraría de lado, escupiría cuando él hubiese pasado. ¿Pero qué podía hacer? Volvió la hoja del libro. Jerónimo compraba poco, casi únicamente para vestirse, tenía su mandioca, su maíz, su batata. Hombre serio. También trabajaba el mejor pedazo de tierra de la *fazenda*. Si dependiese de Arturo, esa tierra no estaría en manos de un colono. Pero las cosas eran así desde el tiempo del *Coronel* Ignacio y el Doctor Aureliano, más preocupado con la ciudad que con la *fazenda*, dejó todo tal cual lo encontró a la muerte del viejo. Al último, eso era cosa del Doctor Aureliano, que era el dueño, ya bastante tenía Arturo con el odio que se había echado encima solamente por cumplir sus órdenes.

Dio una ojeada al cielo que oscurecía:

—Deben estar dejando el trabajo...

Saltó nuevamente el mostrador, pasó la puerta y se sentó en una piedra próxima. De lejos miraba a sus hijos jugando a la ronda frente a la casa grande. Ahí estaban tres, los dos mayores se encontraban en la ciudad, en el colegio. Sus hijos no iban a ser ignorantes como los hombres que allí vivían, como él mismo, que apenas sabía leer, escribir y las cuatro operaciones aritméticas. ¿Qué le importaba el odio de los medieros y colonos, si podía educar a sus hijos, mandarlos al colegio, y hasta hacer, quizás, a uno de ellos doctor?

Mario Gómez iba viniendo, el hacha en la mano. Estaba con otros hachando un pedazo de monte de la *fazenda*. Los chicos cantaban y sus voces infantiles llegaban hasta Arturo, penetrando en su corazón.

Mario se puso en cuclillas cerca de la piedra:

—Buenas, Don Arturo.

—Buenas, Mario. Al fin llovió...

—Gracias a Dios...

Mario Gómez quería comprar algo, pero estaba cohibido, se veía eso bien. Las voces de los chicos:

Llueve, lluvia llovedora...

—Parece que va a ser buena la fiesta.

—Un fiestón, Don Arturo —rio.

—Estoy con ganas de ir...

—¿Usted? Ataliba se va a alegrar... Es el casamiento de su hija, y si usted fuera, se va a morir de gusto...

Pedia ser que eso no fuese verdad, pero Arturo oía las voces de sus hijos cantando y recordaba a los dos que tenía en el colegio internos. Mario Gómez debía mucho, pero no era hombre de escaparse de la *fazenda* y dejarlo colgado con la deuda. Le dijo:

—¿Anda por comprar algo?

Mario lo miró asombrado:

—Poca cosa. Unos porotos y un litro de *cachaça*...

Arturo se levantó y se dirigió hacia la proveeduría. Mario lo seguía aún desconfiado:

—Va, a ser una fiesta de las que no se olvidan...

Comenzaban a caer las sombras del crepúsculo.

2

Zefa rezongó las acostumbradas palabras ininteligibles y salió para los fondos de la casa. El crepúsculo caía, lento y triste, sobre los campos. La figura del viejo Jerónimo, arreando los animales hacia el corral, se perfilaba contra el horizonte y una sombra larga ondulaba sobre el pasto rastrero. La vaca detuvo su lerdo paso para arrancar unas hojas del mandiocal que ya comenzaba a crecer. Jerónimo lanzó entonces su grito de tropero — recuerdo de un tiempo lejano cuando conducía grandes tropas para las ferias de hacienda—, grito inútil, porque los burros, las cabras y los chanchos, siete animales en total, iban pacíficamente para su destino nocturno. Y en cuanto a la vaca, era tan vieja y mansa que más parecía una persona de la familia, de tal manera se encontraba unida a esas existencias.

Pero Zefa se estremeció con el grito. Fue como si le recordase una obligación ineludible. Murmuró nuevas palabras, agitóse, se le animaron sus fijos ojos. La vieja Jucundina, sin soltar a la criatura puso toda su atención en los movimientos de Zefa. Eso duraba desde muchos años, pero la vieja no se había acostumbrado del todo, esperando siempre una sorpresa, algo como un extraño milagro, un suceso asombroso. Nacida por aquí, aquí creció, se casó, tuvo hijos y nietos, conocía palmo a palmo su tierra, tenía las manos encallecidas por la siembra y la cosecha, había visto secas y bandoleros, el asesinato en la casa grande del que tanto se habló, pero nada, nada se podía comparar con esto. Estaba segura que un espíritu se había introducido en el cuerpo de Zefa, para cumplir allí su penitencia de sufrimiento por sus maldades en vida. Y esta era también la opinión generalizada entre la gente de la *fazenda*, peones y colonos. Cuando llegaba la hora de las oraciones, señalada por el grito nostálgico de Jerónimo arreando las bestias, la vieja Jucundina quedaba siempre a la expectativa, pues el suceso podía ocurrir de repente. Qué sería, eso ella no lo podría decir. Quizás el espíritu se fuese, terminando su término de penitencia, para retornar al camino de las regiones del más allá, donde no había ni hambre, ni enfermedades, ni lágrimas. Y Zefa, que alguna vez en un tiempo olvidado fue una linda muchacha codiciada por los trabajadores, de fuertes piernas y ardientes ojos, quizá recobrase la razón y reconociera a sus parientes, a su hermano Jerónimo, a su cuñada Jucundina, a sus sobrinos y primos. Cómo sucedería eso, Jucundina no lo sabía. Solo esperaba que el suceso se realizara, y cada crepúsculo, cuando Zefa entraba en esa agitación al iniciar sus oraciones, la vieja quedaba en acecho, porque con seguridad que sería a esa hora solemne del fin del día, esa hora en que las sombras comienzan a caer creando un clima de misterio, en que las velas se encienden, los ruidos se hacen distintos y el color del mundo es otro, cuando se iba a producir el milagro. Esperaba ya sin miedo y casi sin emoción. Pero esperaba. Tanto podía ser hoy como mañana, como otro día cualquiera. Sin embargo alguna vez sería, y, cuando sucediera, la vieja Jucundina se iba a ver libre de un peso que llevaba desde mucho tiempo sobre su corazón.

Era un momento de suma importancia en el trajinado día de la vieja Jucundina, porque siempre acontecía que se juntaban en su memoria, con el grito del viejo Jerónimo, los hechos referentes a Zefa, la expectativa de los acontecimientos milagrosos que podrían suceder y el recuerdo de los tres hijos que habían partido. Eran ya muchachos grandes cuando se

fueron, cada uno por su camino, cada uno para una vida distinta. Menos Nenén, cuyo nombre era Juvencio, casi una criatura todavía cuando partió para hacerse soldado. Los otros dos eran hombres hechos, pero para Jucundina seguían siendo sus «chicos» y en ellos pensaba todos los días a esa misma hora de la caída de la tarde, quizás por ser al crepúsculo que notaron la ausencia de Nenén (solo tiempo después vinieron a saber que había sentado plaza en la policía militar) y hasta hoy tiene en los oídos la melancólica voz de Jerónimo en su amargo y único comentario de lo acontecido:

—Ninguno se va a quedar con nosotros, vieja... Nada más que nosotros vamos a morir en esta tierra, como los bichos y los árboles...

Señaló a Agustín, niño aún:

—Un día de *estos se* va ese también...

Los años habían pasado y ninguno de los tres muchachos volvió. Esa era otra secreta esperanza de la vieja Jucundina. Verlos regresar para que ayudasen en el trabajo a Jerónimo. Y a pesar que habían partido en fechas distintas, cada uno a su vez, cada uno por su camino, cada uno para su destino, ella imaginaba —tan pocos y reducidos eran los episodios importantes, que se sucedían inalterables en su imaginación— que regresarían juntos, juntos atravesarían la puerta y juntos le pedirían su bendición. Por dónde estarían en ese viaje de regreso, no lo concebía Jucundina, aunque algunas veces trató también de imaginarlo. No conseguía encontrar tampoco un sitio adecuado para los tres, y desistía, cansada mentalmente y entristecida, ya que tenía que pensar en lo que sería actualmente la vida de sus «chicos». ¿Cómo determinar el sitio donde los tres se encontrarían en su regreso, si José no tenía lugar ni camino seguro y podía venir de cualquier dirección como un fugitivo temeroso? ¿Y Juan, por dónde llegaría, si ella no sabía en qué ciudad estaba destacado su regimiento? Además no quería pensar en el presente de sus hijos, en lo que podía estarles sucediendo ese día y a esa hora. Solo deseaba verlos llegar, detrás de Jerónimo con los animales, juntos los tres, las bolsas de viaje llenas de cosas de otras tierras, de ciudades tal vez, pidiéndole la bendición con voz áspera pero emocionada. La voz que ella oía, mezcladas las tres, era la de Juvencio, el menor, el predilecto.

Y como todo podía suceder —«Dios es grande»— en un mismo día, quien sabe si, cuando los «chicos» llegaran de regreso, no partiera también para siempre el espíritu que perturbaba la razón de Zefa, y le hacía proferir palabras extrañas y vergonzosas, tomaba sus ojos fijos y medrosos y le

infundía esa honda tristeza que transformó a esa mujer alegre y sana. Poco a poco, insensiblemente, fue uniendo estos dos acontecimientos a una misma fecha. Antes los situaba en momentos separados. «Puede ser que hoy el espíritu abandone a Zefa y ya haya cumplido su penitencia». «Puede ser que hoy lleguen los “chicos” y ya hayan cumplido su destino». Y los días pasaban y los crepúsculos se sucedían, repetíase monótono el melancólico grito de Jerónimo. Zefa rezaba sus inconexas oraciones y la tranquera no se abría para dar paso a los ausentes. Y una y otra esperanza se fueron fundiendo, mezclándose en el correr del tiempo, y ahora todo iba a darse en un mismo día, en una única tarde, y entonces ella podría morir tranquila. Porque todo lo que deseaba en este mundo, donde se está para sufrir, habría sucedido y ya nada le quedaría por esperar. Hacía mucho había aprendido que desear la posesión de la tierra que trabajaban, era un sueño imposible e irrealizable.

3

Toño tenía trece años y apenas oyó el grito de Jerónimo abandonó la compañía de Noca, su hermanita de siete años. Corrió hacia el corral para ayudar al abuelo en el ordeño. Retenía al ternero por la cuerda para que no se prendiese a las tetas de la vaca. Después le llegaría el turno a la cabra. Noca y Ernestito, el menor de todos, tomaban de esa leche. Jucundina opinaba que nada había mejor que la leche de cabra para criar a los chicos. A Toño le gustaba ese trabajo, la vaca era la misma mansedumbre en persona y a veces la montaba, a pesar de los rezongos del abuelo. Jugaba también con el ternero, imitaba sus mugidos, se divertía con el burro, único de los animales que tenía nombre, Jeremías, y al oírse llamar acudía enseguida con su lerdo paso.

Con la lluvia el camino estaba lleno de charcos de agua. Toño metía el pie en ellos y nada lo divertía tanto. Miró hacia atrás. Noca era una tonta. Se había quedado en la puerta de la casa con su gata amarilla, Marisca. No sabía lo lindo que era el trabajo del corral, ordeñar, jugar con Jeremías.

Noca tenía miedo. Apretaba a la gata contra su pecho flaco y sucio. Toño le había dicho que esa noche, con la fiesta en lo de Ataliba, ellos iban a quedarse solos en la casa y que con seguridad vendría el diablo para llevarse a Noca.

—Te va a llevar también...

—Yo me escondo...

Y sale riendo hacia el corral. Noca aprieta a Marisca, su gata, su amiga, su muñeca, su vínica ternura en la casa pobre. Sus ojos medrosos miran con amor la gata amarilla y lagañosa. Marisca maulla con el apretón de la chica, que conversa con ella.

—Te vas a quedar conmigo... Si viene el diablo lo vamos a sacar corriendo...

Junto a Marisca no tiene miedo. Marisca es valiente, muerde las gallinas, bufa al perro de tío Juan Pedro, cuando este está de visita, salta el cerco, y hasta ha cazado acutís en el campo. Y un día mató una víbora frente a la casa, una víbora pequeña pero venenosa. Aquella noche Jucundina le dio una, taza de leche. Marisca es valiente y junto a ella Noca no siente miedo y no le importa que la dejen sola. Pero está muy mal que la dejen sola con los hermanitos, cuando el diablo puede venir y llevárselos quien sabe a dónde. Noca se estremece con esta idea y aprieta más la gata contra su pecho. Marisca, incómoda con la presión de las manos de la chica, se estira, se escapa y salta al suelo. Maúlla largamente a las sombras del crepúsculo y se queda atenta a la voz de Zefa, cuyas imprecaciones llegan desde la cocina. El dorso de la gata se hincha como si viese un enemigo. Pero la menuda y sucia mano de Noca la acaricia y la gata se relaja para mejor recibir el cariño, se desliza bajo la mano y ronronea voluptuosamente. Y vuelve a saltar a la falda de Noca.

La noche llegaba traída por las sombras y Noca descubre súbitamente en lo alto del cielo la figura del diablo. Su raquíico cuerpito tiembla bajo el vestido de percal. Y solo en Marisca encuentra consuelo y valor, alegría y ternura.

Nunca tuvo una muñeca, ni siquiera uno de esos monigotes de trapo que venden en las ferias. Nunca tuvo un juguete, ni siquiera uno de esos de madera. Nunca vio nada de lo que ven otros niños de su edad, ni títeres, ni nada. Nada, solo Marisca. La muñeca de la hija de Arturo, el automóvil de juguete que hay en la casa grande, que los fascinó a ella y a Toño, representaban el mundo de su imaginación, lo que existía en los cuentos que les relataba algunas veces Jucundina. Pero ella nada tiene más que su gata.

Esa noche quedará sola con sus hermanitos y Toño ha dicho que vendrá el diablo. Si Agustín estuviera aquí le preguntaría si era verdad. Él tiene una escopeta y puede tirarle un tiro al diablo. El diablo viene en una

nube, furioso, para llevarse a los chicos. La gata saltó de la falda de Noca para perseguir un cocuyo que aparece con el crepúsculo. Su pata se agita veloz en el aire, pero el cocuyo, más rápido, escapa. Marisca maúlla enojada, porque el cocuyo se ha posado en la pared fuera de su alcance. Noca va sigilosamente, atrapa el cocuyo y lo tira al suelo. Marisca salta sobre el insecto. Noca aplaude con sus manitas sucias y ríe con su boca también sucia, pero tan dulce.

4

La vida era difícil y sacrificada, la mitad de la harina, del maíz y de la batata eran para la *fazenda* además del día de trabajo gratuito, obligatorio por el contrato de mediero. Pero ni los hijos que se le morían, ni las continuas enfermedades, ni la eterna falta de dinero, nada era capaz de entristecer a Ataliba. Había nacido alegre, dispuesto para toda fiesta y diversión, y así estaba llegando a viejo. Aún en los años más difíciles, aún en ese año de la seca cuando todo se perdió y quedaron endeudados hasta los huesos, aún entonces Ataliba festejó San Juan, día del santo de su mujer, Juana.

Pero ninguna fiesta se podía comparar con esta de ahora. Se le casaba su hija Teresa con Cosme, uno de los peones, que por haber perdido un ojo se le conocía por el Tuerto Cosme.

En la cocina las mujeres trajinaban. Juana y la propia Teresa, que se quitó los zapatos y el vestido nuevo con que fue al pueblo para casarse, estaban en la cocina trabajando en la preparación del lechón, de las gallinas y del dulce de mamón. También habían venido las mujeres de las casas vecinas, Marta y Feliciano, Mundiña y Cazula, Dinah y Gertrudis. Hay un gran movimiento en la cocina, y cuando las mujeres, pasada la lluvia y limpio el cielo, se dan cuenta que llega la noche, se alarman y apuran su quehacer.

Ataliba hacha leña para el fuego. La conversación de las mujeres, que hablan mientras trabajan, llega hasta Ataliba. Él es feliz. Poco le importa lo que gastará en esta fiesta; todas sus economías del pasado año y un pico que adeudará a la proveeduría. El trabajo no le daba miedo y no iba a dejar que se casara su hija sin ofrecer una fiesta que fuese recordada como la mejor de la *fazenda*. Sebastián vendría a tocar, y de los alrededores, esa noche, ningún hombre y ninguna mujer dejaría de asistir a la fiesta para dar

gusto a las piernas, comer un pedazo de lechón y beber una copa de *cachaça* a la salud de la novia. Ataliba silba mientras hacha la leña. A pesar de las cláusulas leoninas de su contrato de mediero, siempre consigue sacar algún saldo libre al fin del año. Se alimentan con lo que la tierra les da, porotos, mandioca, batatas. Si la proveeduría de la *fazenda*, donde compra lo necesario para vestirse, no robase tanto, podría hasta dejar aparte un poco de dinero para un caso de apuro...

Mario Gómez venía llegando por el camino. Es temprano para la fiesta, piensa Ataliba. Las mujeres todavía no han terminado su faena de la cocina. Pero repara que Mario viene con la ropa de trabajo. Trae una botella y una bolsa, debe venir de la proveeduría. Ataliba descansa el hacha y espera.

—Buenas...

—Buenas le dé Dios...

Mario Gómez baja la bolsa de los porotos y le tiende la botella de *cachaça*:

—Es para la fiesta...

Ataliba agradece:

—Déjese de esas cosas, Mario. Se agradece, pero mi fiesta la hago con mi dinero...

—No es por ofender...

—No es ofensa, le agradezco. Pero es que soy muy caprichoso, en mi fiesta no acepto ayuda... Ya sé que su intención es buena, pero llévese eso y después venga a divertirse.

Mario Gómez queda un momento en silencio. No se ha ofendido con la recusa, conoce bien a Ataliba. Antes de irse para mudar de ropa, avisa:

—Va a venir Don Arturo...

Ataliba abre la boca con asombro:

—¿Va a venir? ¿A la fiesta?

—Eso. El mismo me lo acaba de decir. Uno a veces se engaña, hace mal juicio de la gente... Yo mismo no lo tragaba a ese Don Arturo... Lo tenía aquí... —se lleva la mano a la altura de la garganta—. Pero no es mal hombre. Se puso a conversar conmigo, ahora, en la proveeduría... No es mal hombre.

Ataliba todavía no cree *del* todo:

—¿Va a venir?

—Así me dijo... No es hombre de andar con orgullos... —Levantó la bolsa de porotos y completó—: Cada cual sabe lo que le pasa... A veces la

gente parece una cosa y es otra... Cada uno tiene sus penas, a veces es por eso por lo que uno se equivoca... No es mal hombre, eso no...

Aun antes que la figura de Mario Gómez desapareciera en el crepúsculo, Ataliba gritó a las mujeres de la cocina:

—¿Saben la novedad? Va a venir Don Arturo...

Ahora eran ellas las asombradas:

—¿A la fiesta?

—Así es no más...

La voz de Juana, cansada y lenta:

—Vamos, trabajen, que todo anda atrasado...

Ataliba fue a contemplar la media docena de fuegos artificiales comprados en el pueblo para esa noche. ¿Qué importa el dinero comparado con las satisfacciones que un hombre puede darse?

5

Tal vez de toda la *fazenda*, solo Zefa y la vieja Jucundina, fuesen las únicas personas que en ese crepúsculo no pensaban en la fiesta de esa noche en la casa de Ataliba. El propio Gregorio, que venía encorvado bajo el peso de la bolsa de maíz, no podía dejar de recordarlo. Había encontrado a los novios que regresaban del pueblo, después de casarse, acompañados por Ataliba, Juana y algunos otros. Gregorio no quería ser visto y se escondió en el monte para dejarlos pasar. El Tuerto Cosme llevaba los zapatos en la mano, que, naturalmente, se quitó en el camino de vuelta. Daba el brazo a Teresa y los dos reían felices, mientras los otros conversaban animadamente sobre la fiesta.

—Sebastián es hombre de palabra. Dijo que venía y viene no más...

Era Ataliba que hacía esa afirmación a uno de los hombres que iban con él. Gregorio conocía a Sebastián, el tocador de acordeón más famoso en cinco leguas a la redonda. No iba a cualquier fiesta. Se hacía rogar, daba disculpas —enfermedad, trabajo, cansancio—, pero fiesta sin él perdía la mitad de su animación. Mientras pasaba el grupo, Gregorio deseó que Sebastián viniese. Por otra parte, siendo en casa de Ataliba, Sebastián iba siempre y tocaba toda la noche. Gregorio deseaba que Sebastián viniera, no porque él fuese a ir a la fiesta, no, no iría. Pero simpatizaba con Ataliba y sabía que el viejo fiestero sufriría con la ausencia del acordeonista. Al fin

pocas fiestas había por estos lados y cuando había una no se comentaba otra cosa muchos días antes y muchos días después.

El grupo ya iba lejos y Gregorio continuó su camino, la bolsa a la espalda, evitando ser visto, orillando el camino real. Pensaba en la fiesta, en Ataliba, en Cosme, en Teresa. Bonita muchacha. Gregorio mismo le había echado el ojo al llegar por aquí, cuando ella era todavía una criatura, apenas brotándole los senos, pero ya con una sonrisa fácil y atractiva. Pero Gregorio andaba con otros proyectos, no era todavía cosa de traerse mujer a la casa. Era un mestizo fuerte y decidido, de cara sombría, donde las grandes cejas cubrían unos pequeños ojos. Para casarse, solo cuando tuviese tierra propia, con escritura firmada en lo del escribano, y para conseguirlo era que trabajaba día y noche sin descanso. En cuanto a Melitón, su socio en el sembrado, se gastaba todo lo que tenía con mujeres del pueblo o comprando regalos para la novia, en bebidas, en fiestas. Gregorio guardaba todo el dinero que pedía y en estos cinco años ya había ahorrado algo. Comprarse un pedazo de tierra era su aspiración única.

Gregorio ladeó el hombro y dejó caer la bolsa de maíz en el patio frente a la casa de tapia. Las gallinas se agitaron inquietas en el guayabo donde dormían. Gregorio miró a través de la puerta abierta, no estaba Melitón. Volvió entonces hacia el camino y silbó. Vino la respuesta de entre el mandiocal y apareció Melitón con la guadaña al hombro. Sentóse sobre la bolsa y esperó la llegada del otro. En su rostro ceñudo había una casi sonrisa, como quien ha regresado triunfante de una empresa difícil.

Melitón era un mulato alto y sonriente, de andar despacioso. Al llegar apoyó la guadaña contra la pared de la casa, se puso en cuclillas junto a Gregorio y su primer comentario fue sobre la fiesta:

—Un entusiasmo loco, ¿no?

Gregorio no respondió. Melitón notó entonces la bolsa de maíz. Se admiró.

—¿Conseguiste?

La sonrisa se expandió en todo el rostro de Gregorio. Aun así era una sonrisa escasa, que desapareció enseguida:

—Así es no más... Ocho mil *reis*^[3] más barato... Valió la pena...

—¿No te vio nadie?

—Me metí en el monte, tengo los pies rotos con las espinas. No había ni un alma... Y Leocadio no va a contar, que no es ningún burro...

Melitón rio, abierta su boca sin dientes:

—Ocho mil *reis*... Valió la pena... Lo único que si Arturo desconfía, es capaz de...

—¿Capaz de qué?

—De echamos...

Las sombras del crepúsculo caían sobre los dos hombres. Gregorio se levantó de la bolsa de maíz y se aproximó a Melitón. Algunas gallinas saltaron del guayabo y vinieron a picotear la bolsa. Melitón las espantó con el pie:

—¡Salgan de ahí, sabandijas!

Gregorio contempló el mandiocal que se extendía más allá del patio en derredor de la casa.

—Te voy a decir una cosa, Melitón —ahora en el rostro de Gregorio no quedaba ni el mínimo resto de sonrisa y volvía a ser ceñudo y sombrío—. Ni la policía me saca de aquí.

Melitón posó la mirada sobre su socio y vio la decisión estampada en su gesto. Estiró los brazos, como si esa decisión poco importase ante el hecho indiscutible:

—Con que a él le dé por hacerlo... El único que es dueño de la tierra es el Doctor Aureliano...

Gregorio miraba el mandiocal exuberante sobre el que flotaban las sombras del atardecer.

—Pero la mandioca es de nosotros dos... ¿Quién desmontó el monte y carpió la tierra? Esto era completamente salvaje.

Espantó las gallinas que insistían junto a la bolsa del maíz:

—Y en junio va a ser esto un maizal que va a dar gusto...

Palmeó la bolsa y nuevamente una sonrisa partió su ceñudo rostro:

—Si Arturo desconfía, no tendrá más que tragarse la rabia...

La obligación era comprar la semilla en la proveeduría de la *fazenda*. Fue Melitón, en sus andanzas de fiesta en fiesta, el que descubrió que podrían comprar el maíz para semilla mucho más barato a Leocadio. Y cuando se lo contó a Gregorio, este resolvió enseguida:

—Voy a comprárselo a Leocadio. Arturo que se embrome...

Gregorio no era hombre de muchas palabras, pero nadie como él para el trabajo. Llegó allí hacía cinco años. Antes estuvo de tropero en otra *fazenda*. Como se apareció sin familia ni referencias, corrían versiones sobre su pasado. Se hablaba de alguna muerte, una puñalada en un desorden, pero todo vago e impreciso. En esa misma época Melitón andaba también buscando trabajo, corrido a esos lugares por la seca, y los dos

consiguieron arrendar esa parcela donde existía aún un pedazo de monte. Un terreno que la mayoría consideraba inservible. Estaba situado en uno de los extremos de la *fazenda* y en vida del *Coronel* Ignacio nunca se sembró allí. Gregorio entendía de tierras y cuando les ofrecieron ese pedazo inútil, acalló la protesta de Melitón, y aceptó de inmediato. Al principio trabajaban cuatro días de la semana para la *fazenda*, uno gratis según establecía el contrato, los otros tres para tener con qué comprar el charqui, los porotos y la faraña. El resto de la semana se lo pasaban desmontando y carpiendo. Vendieron leña, sembraron mandioca y todos los años renovaban el contrato. Ahora no había en toda la *fazenda* un sembrado tan bien tenido y la gente de los alrededores solía decir que Gregorio «era un toro para el trabajo». Mientras Melitón jaraneaba y andaba en amores con la hija de Alfonso, un peón de la *fazenda*, Gregorio estaba en la sementera en todo momento. Para él ni fiesta ni día domingo. Nunca se compró calzado, ropa nueva no tenía, iba al pueblo cada muerte de obispo y ninguna mujer le sacaba un centavo. Y a los que se admiraban de verlo tan trabajador, Melitón les explicaba que Gregorio quería comprar un pedazo de tierra, ese u otro cualquiera que pudiese decir que le pertenecía.

—A lo mejor termina en *fazendero* —comentaban.

Y de nuevo esas historias fragmentarias sobre la vida pasada de Gregorio comenzaban a circular, con mayores detalles, aumentadas con nuevos actos de valor y nuevas maldades, lo que hacía que la fama de Gregorio fuera en ascenso. El propio Arturo le guardaba un cierto respeto, rara vez discutía con él, lo tenía en la palma de Ja mano y en más de una ocasión le había ofrecido el puesto de ayudante de capataz.

Cuando Melitón descubrió la posibilidad de comprar el maíz más barato, discutieron entre ellos largamente las ventajas y desventajas de la compra. Melitón encontraba que no valía la pena arriesgarse, por ser un asunto demasiado peligroso. Existían en la *fazenda* leyes que, aunque no escritas, eran respetadas religiosamente por todos, y una de ellas era la que obligaba a los colonos y trabajadores a surtirse únicamente en la proveeduría. Pero Gregorio estaba resuelto y poco a poco fue convenciendo a Melitón. Y esa tarde, después del almuerzo, partió por un atajo, evitando pasar por la casa grande y esquivando los encuentros.

—Los vi volver del casamiento...

—¿A Cosme?

—Con Teresa y el viejo Ataliba. Pero ellos no me vieron...

—Va a ser un fiestón... Deberías ir...

Pero Gregorio ya pensaba en otra cosa:

—En junio va a dar gusto ver este maizal...

Melitón se levantó y arrastró la bolsa de maíz hacia el interior de la casa. Gregorio lo siguió.

—Tenemos que hablar con Juan Pedro... Arreglaremos ya para hacer la fariña.

La fábrica de fariña había sido instalada por Juan Pedro y todos los colonos la utilizaban, pagando en fariña o dinero el uso de la prensa y del horno.

Melitón asintió:

—Hoy en la fiesta lo voy a hablar... Va a estar con la mujer...

Dentro de la casa, tres piedras formaban el fogón. En una lata tiznada por las llamas había un resto de café de la mañana. Gregorio ensartó un pedazo de charqui en el asador y encendió el fuego. Por la puerta entreabierta entraba la noche que cubría las plantaciones. Las llamas subían en el fogón sobre la charamasca, iluminando el rostro de los dos hombres. Los primeros grillos chirriaban afuera y la brisa trajo a la casa un olor familiar a montes y a tierra. Melitón habló:

—No me hagas pirón para mí. Voy a comer lechón en la fiesta... Debías venir también...

Encendió el farol y una luz roja se proyectó sobre las paredes de la habitación:

—Voy a lavarme los pies para ponerme los botines...

Salió para los fondos de la casa. La voz de Gregorio lo acompañó:

—Hablala a Filiña para que nos ayude a hacer la fariña...

—Filiña era la novia de Melitón.

—A ella y la hermana. Puedo hablar también a Marta, la de Don Jerónimo...

—Gertrudis puede venir también...

Hubo un silencio. Después llegó Melitón de los fondos, ya calzado con los botines:

—Hoy voy a bailar hasta quedar tirado...

Se detuvo ante Gregorio que giraba el charqui en el asador:

—¿No vas a ir entonces?

—No, yo no...

—Debías ir... Va a haber *cachaça* a rodos y Sebastián va a tocar...

—Me quedo...

Los grillos invadían el patio. La carne chillaba en las brasas, Melitón murmuró algo más sobre la fiesta, todavía intentando convencer al socio para que lo acompañara.

Gregorio tomó una lata y se dirigió hacia la puerta. Iba a buscar agua para hacer el pirón de fariña. Pero en la puerta se detuvo, contemplando la plantación apenas visible ya en la negrura de la noche. Una luciérnaga volaba cerca del guayabo donde las gallinas ahora se mantenían en absoluta quietud. Melitón decía algo más sobre lo lindo que la fiesta prometía ser, pero se calló, porque la voz de Gregorio, atravesando la oscuridad de la puerta, resonó dentro de la casa amenazadora:

—Echarnos de aquí... No hay quién me eche a mi, te lo aseguro, Melitón...

Vino un golpe de brisa que hizo oscilar la luz del farol. Un olor a tierra llenaba la casa.

—Aunque tenga que desgraciarme y desgraciar alguno conmigo.

Los grillos pululaban en la noche recién llegada y en la profundidad del campo una música de acordeón cortó el silencio.

6

La música del acordeón acallaba los grillos en el atajo. El grupo de hombres y mujeres también callaba sus conversaciones y sus risas. Sebastián había comenzado a tocar. Era antigua y pasada de moda la polca, pero en ese fin del mundo las cosas llegaban con mucho atraso, y las músicas también. Si el Doctor Aureliano viviese en la casa grande, quizás tuviera una radio de batería. Pero el *fazendero* residía en Rio donde se recibió y donde tenía sus negocios. Su padre, el *Coronel* Ignacio durante años hizo proyectos para comprar una radio, pero se conformó con un viejo fonógrafo de segunda mano que le vendió un turco mercachifle y al que no tardó en rompersele la cuerda. Mientras funcionó. Doña Ángela se pasaba las horas, cuando no estaba dirigiendo a las negras en los quehaceres de la casa, dando cuerda al fonógrafo y tocando los tres únicos discos, en los cuales Caruso cantaba trozos de ópera. Terminó en un rincón, como un trasto inútil y de difícil arreglo. «Plata tirada a la calle», decía el *Coronel* Ignacio mirando el fonógrafo, simple objeto decorativo entre los pesados muebles de la sala de la casa grande.

Aparte del fonógrafo, no había otra música que la de las guitarras, los mandolines y los acordeones de los trabajadores y colonos. Cerca de la *fazenda* vivía Pedro de Restinga, ciego guitarrista famoso, payador, que, en tiempos del *Coronel* Ignacio, acostumbraba venir a la casa grande los días de fiesta para cantar en la guitarra, cosa que deleitaba al viejo *fazendero*. Pero estas eran cosas del pasado. Muertos el *Coronel* Ignacio y Doña Ángela, a Pedro de Restinga se le cerró la cuenta de la proveeduría, cuenta que el guitarrista nunca pagaba, y que era una especie de limosna que el *Coronel* Ignacio le daba. Tenía derecho a retirar todas las semanas porotos y faraña, una botella de *cachaça* y un pedazo de charqui. Se le llevaba una cuenta, pero todos sabían que no era para pagar, pagaba con sus canciones en la guitarra y sus dichos que hacían reír al *Coronel* Ignacio. Cuando el Doctor Aureliano se hizo cargo de la *fazenda*, nada dijo sobre la cuenta de Pedro de Restinga, y Arturo, que pasó a ocupar la casa grande, le cortó los suministros el primer sábado. Esa fue la causa inicial de la antipatía que le tenían los trabajadores y colonos. Sin embargo Arturo no creía haber procedido mal, pudo haber exigido que saldase la cuenta, que al correr del tiempo se había hecho enorme. Pedro de Restinga dejó de frecuentar la *fazenda* y en la feria del pueblo, donde gozaba de gran predicamento con su guitarra y su plato de limosnas, había cantado un romance, donde decía lo que pensaba sobre el Doctor Aureliano y Arturo:

*Limosna para este ciego
que ha perdido su comer...*

* * *

*Don Ignacio bueno era,
Doña Ana era hasta más.
En la guitarra quisiera
A sus bondades cantar.*

*El hijo nada heredó
De esa bondad sin igual.
De doctor se recibió
Para el pobre fue esto un mal.*

*Malo como un Satanás
Hombre de mal corazón,
Y Arturo, su capataz,
No tiene una buena acción.*

* * *

*Limosna para este ciego
que ha perdido su comer...*

* * *

En cambio Sebastián quedó con su parcela de tierra. Era un regalo que, en ocasión de una fiesta, le hizo el *Coronel* Ignacio, deseoso de tener con él en su *fazenda* un acordeonista. Cuando el Doctor Aureliano tomó posesión de la *fazenda*, quedó un tiempo allí, y al partir dejó sus órdenes a Arturo. Este preguntó:

—¿Y con Sebastián?

—¿Qué hay con Sebastián?

Sebastián que estaba ahí cerca, se aproximó:

—El señor *Coronel* me dio el pedazo de tierra donde tengo mi sembrado... —y contó cómo había sido eso.

El Doctor Aureliano, que todavía estaba bajo la impresión de la muerte casi simultánea de sus padres, le interrumpió:

—Quédate con la tierra, negro.

Sebastián estuvo por pedirle que le firmara un papel. Al viejo Ignacio no le hubiese pedido nunca una cosa semejante. La palabra del *Coronel* Ignacio valía más que cualquier papel firmado. Pero, sin embargo, no pidió nada. Tal vez tuvo miedo de ofender al Doctor Aureliano, y lo dejó para más adelante. Oportunidad que nunca llegó, porque el Doctor Aureliano se dejó estar en Río, siendo Arturo el que hacía y deshacía en la *fazenda*.

La polca que ahora tocaba Sebastián, era una vieja polca, pero alegraba al grupo que acompañaba al acordeonista, anticipándose a la fiesta. El negro del mandolín caminaba como si bailase al compás de esa antigua polca. El negro llevaba el mandolín, pero no tocaba, porque el maestro Sebastián tocaba su acordeón, y cuando él tocaba había que respetarlo, no había quien se le pudiese comparar.

Las motas de Sebastián comenzaban a blanquear, sus dedos no eran ya tan ágiles en el teclado como antes, pero conservaba su resistencia, tocando noches enteras y cuanto más bebía, mejor.

Los compases de la polca rodaban sobre el monte y sobre los grillos y las estrellas llenaban un cielo de luna llena. En el campo había una densa belleza, pero nadie reparaba en ella, el pensamiento de todos estaba en la fiesta y tenían prisa en llegar. Más presuroso que todos iba el negro del bandolín, deseoso de apretar, en las vueltas del baile, el cuerpo de Marta, mientras los pies se arrastraban sobre el piso de tierra apisonada. Caminaba rápidamente, con su andar danzante, que hacía ligeros y elegantes su enorme cuerpo y sus pies deformes. Haría girar a Marta al compás de la música de Sebastián, en una noche gloriosa. Muchacha tan bonita como esa Dios no puso nunca sobre la tierra. Y la música rodaba a lo lejos, y llevada por la brisa vespertina era oída, como insistente y alegre invitación, en todas las casas de la *fazenda*. En el silencio que los rodeaba, el acordeón vibraba en las sabias manos de Sebastián, anunciando la fiesta del casamiento da Cosme y Teresa.

Era noche de alegría en la *fazenda*. No había hombre o mujer solteros, casados o juntados, que no se sintiesen contentos y no se preparasen para tomar el camino de la casa de Ataliba. Solo Gregorio masticaba su charqui con pirón en agua fría, pensando en el maizal que iba a sembrar, mientras Melitón, con sus botines crujientes, salía para la fiesta, el pelo alisado a fuerza de brillantina. También Zefa, sombría ante sus santos, que una mariposa alumbraba, tenía su pensamiento alejado de la fiesta. No eran fiestas lo que ella entreveía con sus ojos amedrentados, no eran acontecimientos felices, no eran cosas agradables. Veía cosas terribles, entreveía desgracias indescriptibles.

Pero eran los únicos, Gregorio, Zefa y la vieja Jucundina, los que no tenían su pensamiento puesto en la fiesta y no se preparaban para asistir a ella. Los demás, si no habían partido ya, estaban poniéndose sus trajes nuevos y lavándose los pies para poderse calzar con más facilidad. Solo ellos tres no escuchaban los compases insinuantes del acordeón que venían del atajo y llenaban la noche de la *fazenda*. Porque hasta los grillos hicieron silencio para escuchar la música. Era Sebastián el que tocaba y quién como él.

Qué acordeonista como él en estas tierras, en las *fazendas* que se sucedían por leguas y leguas en el *sertón*^[4] del nordeste.

Desde el cuarto. Felisa, que se cambiaba de vestido, dijo a Arturo que la comida estaba en la mesa. La cena se había atrasado con la ida a la fiesta.

—No hay quien toque como Sebastián... —se dijo Arturo.

Era otro que no simpatizaba con él. Su conversación con Mario Gómez, fue como un desahogo. ¿Qué lo hizo él, por ejemplo, al negro Sebastián? Nada, y hasta intercedió ante el Doctor Aureliano para que le dejara la tierra que tenía. Pero Sebastián era difícil de tratar, con su orgullo de propietario —de nombre no más, acotó Arturo— y sus desplantes de independencia: quería vender su fariña en el pueblo, su maíz a otros *fazenderos*, no comprar en la proveeduría de la *fazenda*. Por eso había tenido más de una discusión con Sebastián. ¿Y con eso, no cumplía con su deber?

Cuando Arturo llegó a la *fazenda* como peón, ya Sebastián era viejo de allí y su fama de acordeonista corría de boca en boca. Desde chico tocaba bien el acordeón y ya al *Coronel* Ignacio le gustaba oírlo. Cuando tenía visitas, cuando en las vacaciones llegaban los amigos de Aureliano que venían con él a pasar unos días de campo, Sebastián, que por aquel entonces era ya hombre hecho, no salía de la casa grande, distraendo con sus músicas la monotonía de las noches vacías. Los muchachos y las muchachas de la ciudad se divertían bailando al compás de las viejas melodías, riéndose con lo anticuado de las piezas, haciéndose el amor. Las muchachas se mostraban gentiles con Sebastián, al que hacían regalos y daban propinas.

Fue en una fiesta que el *Coronel* Ignacio regaló a Sebastián el pedazo de tierra que cultivaba. Arturo no había llegado todavía a la *fazenda*, pero conocía el hecho en todos sus detalles, pues se traía a colación siempre que se hablaba de la generosidad del *Coronel* Ignacio. De esta manera se mostraba que el viejo había sido un hombre de buen corazón. Esa tierra se la regaló a Sebastián en la fiesta del casamiento de Julieta. Julieta, hija de un colono compadre del *Coronel*, muerto por las fiebres en sus brazos, fue criada por él desde los nueve años, cumpliendo el pedido del finado. Aureliano ya estaba interno en el colegio de la ciudad y Doña Ángela, deseosa de poner su cariño en alguien, se dedicó a Julieta, que llegó a ser una verdadera hija. Para Ignacio ella fue la hija siempre esperada, y la que llenó la casa grande con sus risas y sus travesuras. Aureliano solo venía para las vacaciones y luego que ingresó en la facultad, en Río, sus visitas a

la *fazenda* fueron haciéndose cada vez más escasas y sus cartas cada vez más espaciadas. Año por medio llegaba a la *fazenda*, donde pasaba apenas quince días, urgido por volverse con pretextos distintos, pero en realidad por nostalgia de alguna mujer que lo estaba esperando. Así fue como Julieta llenó de alegría y felicidad la vejez de los dos ancianos. Y la preocupación del *Coronel* fue casarla bien en cuanto llegó a la adolescencia no queriendo que volviese a su condición de hija de colonos. Ninguno de los trabajadores de la *fazenda* se atrevía a mirarla como posible esposa, porque eso no lo iba a tolerar el *Coronel* Ignacio y se exponía a ser despedido. Y fue él mismo el que le escogió novio. Este fue Enoch, dueño de un almacén en la ciudad, y que, por una enfermedad del pecho, estuvo de huésped durante un mes en la *fazenda*. El *Coronel* conocía a Enoch desde chico y lo había ayudado a salir de cierta dificultad que tuvo al iniciarse en la vida comercial. «Buen marido para Julieta», consideró el *Coronel* viendo al muchacho reponerse rápidamente con el aire puro y la abundante comida de la *fazenda*.

La fiesta del casamiento reunió a todos los *fazenderos* próximos, a gente venida de la ciudad y a comerciantes amigos de Enoch. También estuvo un diputado que contaba con los votos que respondían al *Coronel* Ignacio. La dote de Julieta dio que hablar por su esplendidez. El vestido de novia vino de Río, regalo de Aureliano. Sebastián aun recordaba el acontecimiento y le gustaba contar:

—La novia parecía una muñeca...

Sebastián tocó hasta el amanecer y fue con la alegría de aquella velada, de aquella fiesta inolvidable, que el *Coronel* Ignacio, que bebía champaña con el diputado, le regaló, de palabra, la tierra que trabajaba. Sebastián sembraba esa tierra desde hacia unos años y antes había sido peón a sueldo de la *fazenda*. Su madre fue esclava del *Coronel* y él nació entre esclavos, y entre esclavos creció. Al *Coronel* lo había conocido muchacho, un lindo muchacho que andaba volteando negras en el monte y seduciendo mujeres en el pueblo. Si no tocó en el casamiento del *Coronel*, porque, todavía un chico, apenas se iniciaba en los secretos del acordeón, tocó en el bautizo de Aureliano, otra fiesta de órdago, con un cura que vino de la ciudad y con políticos, doctores y *Coroneles* en la mesa del banquete.

Y desde entonces, en toda fiesta de la casa grande o en las fiestas pobres de la *fazenda* o de las *fazendas* vecinas, fue la persona indispensable. Cuando se hacía una fiesta, el anfitrión no dejaba de advertir:

—Toca Sebastián...

Ya finalizaba la fiesta del casamiento de Julieta, cuando el *Coronel* Ignacio, tal vez un poco mareado con el champaña, entristecido con la ida de su hija adoptiva y envanecido con la presencia del diputado, llamó a Sebastián. Cesó la música y las parejas dejaron de bailar.

—Negro, ya me queda poco por vivir... —le dijo el *Coronel*.

—Cruz diablo... Si Dios ha de conservarlo muchos años, patrón...

—... y antes de ir a rendir cuentas a Nuestro Señor, quiero hacerte un regalo...

—El señor *Coronel* dirá...

—Esa tierra que siembras es tuya desde ahora. Y esto no es solo de palabra. Un día de estos te hago la escritura...

No la hizo, ni hubo ocasión de que la hiciera, porque poco vivió después de la fiesta. Tampoco Sebastián trató de recordárselo. La palabra del *Coronel* Ignacio valía más que cualquier papel. Si le había dado la tierra, la tierra era suya, el *Coronel* no era hombre de echarse atrás. Solamente cuando el Doctor Aureliano tomó posesión de la *fazenda*, pensó en pedirle la escritura. Pero temió ofenderlo y dejó las cosas como estaban. No pagaba arrendamiento, ni daba la mitad de su producción al establecimiento. Únicamente Arturo quería exigir que vendiese a la *fazenda* su cosecha y comprase en la proveeduría. De esto las discusiones, los enojos de Sebastián, los insultos que rezongaba especialmente cuando se excedía en la bebida.

—Negro animal... —decía Arturo.

No había duda que el negro tenía cierto orgullo por ser tan afamado acordeonista, pero sobre todo su orgullo provenía de ser propietario. Y por eso se hacía rogar cuando lo invitaban para una fiesta. Era propietario de su tierra, persona de importancia, que no pagaba arrendamiento ni trabajaba el día gratis para la *fazenda* como los colonos. No es por ser un afamado, tocador de acordeón que mira a los demás un poco desde arriba. Eso de tocar bien, es un don con el que nació y ni él mismo sabe porque sus dedos son tan ágiles y su oído tan fino. Para él tocar es como comer o beber y nunca cobra un centavo por hacerlo, le basta con lo que le da su tierra para mantenerse. La trabaja con su mujer y sus hijos desde que apunta el día hasta que llega la noche con sus grillos y luciérnagas. La noche, sí, es para el acordeón, para las viejas polcas olvidadas, alegría de la *fazenda*, que nadie, en diez leguas a la redonda, toca como él.

«Infelices... Infelices...», Zefa repite la palabra con odio y mira en torno, los ojos desorbitados. Enormemente abiertos, a medida que las sombras caen pesadas sobre la casa de tapia mudan de expresión, como si sus emociones fuesen dictadas y dirigidas por las gradaciones del crepúsculo. «Infelices...», repite, pero ahora con voz de pena, porque los sentimientos más diversos se suceden en ella rápida e inesperadamente, desde la incontenida alegría hasta el miedo pánico, desde la piedad hasta el odio. Era el momento de la revelación cruel y terrible, su única realidad, que debía trasmitirla a los hombres incrédulos, que debía difundiría por la vastedad de estos campos, único mundo que conocía Zefa.

Vagamente sabía de la ciudad, distante y pecadora, irremediamente condenada y para la cual ninguna salvación era posible. Inútil hacer llegar hasta ella las palabras que llevaba dentro de sí y que, a la hora del atardecer, intentaba poner en conocimiento de los que la rodeaban para que así se difundiera y los hombres estuvieran preparados para el momento augusto e impostergable.

Ahí, ante las imágenes de los santos, sola en el cuarto, observada únicamente por su cuñada Jucundina, Zefa se prepara una vez más para proclamar el secreto que le fue trasmitido. No es solo ella, aquí, en este *sertón*, de las inmensas *fazendas* y del hambre. Otros hombres y mujeres desparramados por la vastedad de los campos, han tenido la misma tremenda revelación. Y hacen el mismo esfuerzo para convencer a los que tienen a su alrededor. Un día se convencerán, y entonces sus manos abandonarán los instrumentos del trabajo, las guadañas, las azadas, las hachas para elevarse hacia el cielo, hincadas las rodillas, inclinadas las cabezas.

Las sombras se escurren sobre los árboles, el pasto, la casa, los campos lejanos. Y los sentimientos se agolpan en el corazón angustiado de Zefa. Ahora está alegre, sus ojos llenos de dulzura, los labios casi sonrientes, como novia en día de bodas, las manos apretadas como si apretasen manos amadas. Y, de pronto, toma una expresión horrible, enloquecida, la mirada de odio, crispada la boca que parece querer escupir una maldición, tensa, a la defensiva. Sus dientes se aprietan el pánico aparece en sus pupilas dilatadas, su cuerpo se echa hacia atrás, las manos rechazan invisible enemigo. Para luego regresar, laxa, como de una agotadora tarea, el mirar

acariciador, las manos apretadas tiernamente mientras bajo el cielo campesino las sombras cambian arrastrando la noche profunda.

El mugido de la vaca anunció su entrada al corral. Despídese del campo, de su libertad bajo el sol. Para Zefa era la señal. Esos rumores, que se repetían casi inalterables cada atardecer, tenían para Zefa un significado que escapaba a los demás. No eran voces humanas y animales —el grito de Jerónimo, el mugido de la vaca— eran señales divinas, avisos de ese mundo al cual ella estaba unida desde que tuvo la revelación.

Tendió el oído a la espera de que el mugido se repitiera. A la expectativa, ansiosa de acontecimientos que no se producían. Comenzó entonces a barbotar palabras, arrancadas dificultosamente de su interior, pronunciadas una a una en fragmentos, como si lo hiciese con miedo. Miró a su alrededor para ver si estaba sola. Notaba que las personas de la casa y todos los de la *fazenda* se burlaban a veces de sus soliloquios, cosa que enfurecía a Zefa. Pero no le importaba, que la oyesen si querían. Sus palabras terminarían por ser escuchadas con respeto, porque eran palabras de Dios las que ella repetía. Todos se mostraban incrédulos y despreciativos. Jerónimo y Jucundina, Marta y Agustín y los demás también. Pero día iba a llegar que se convencieran, quizás ya tarde, sin tiempo para el arrepentimiento y la salvación. Como un huracán esos pensamientos, en confusión, sacudían el corazón de Zefa, variando la expresión de sus ojos y alterando su fisonomía.

Fue Zefa una muchacha como las otras, más callada eso sí, siempre sobre su bolillo, cuando no tenía que acarrear agua o ayudar al hermano en el trabajo del sembrado de mandioca. El cambio de su carácter se produjo después de la Misión. El *Coronel* Ignacio hizo venir un sacerdote para decir misas, casar, bautizar y predicar en la *fazenda*. Zefa oía los sermones con ojos ansiosos, guardando cada palabra, aunque muchas no entendía, y fue convenciéndose de que los hombres estaban en pecado mortal y que el castigo de Dios iba a llegar pronto. Poco después se produjo la muerte de Claudionor, asesinado a puñaladas por una cuestión de deslinde de tierras. Cuando la noticia llegó a la *fazenda*, Zefa lanzó un grito y fue el comienzo de esos ataques, que al principio impresionaban mucho a su familia.

Desde entonces quedó chiflada, como decían en la *fazenda*, con esa inquietud que la hacía andar de un lado a otro, ayudando muy poco en los trabajos del campo, y, a los atardeceres, con ese balbuceo agorero.

A veces los vecinos venían los domingos para tomar un trago y comentar algún suceso. Se quedaban en la cocina oyendo a alguno que

tocaba la guitarra o el acordeón y era frecuente que se refirieran a las noticias que tenían de parientes que habían emigrado a San Pablo y que no por vagas eran menos optimistas. «Dicen que Manuel Fuló está rico hasta decir basta, compadre». «Dicen que no se necesita mucho tiempo...». «Esa si que es tierra para un hombre de trabajo...». Zefa escuchaba las conversaciones, pero con atención distraída, por lo cual retenía apenas fragmentos sueltos de las frases que a veces repetía, y en su boca delirante tomaban significación de sarcasmos. Y al llegar la hora en que Jerónimo arreaba los animales domésticos desparramados en el ralo pasto, los visitantes se sentían invadidos por un extraño sobrecogimiento. Porque Zefa parecía dejar de ser la mujer enferma de un momento antes que escuchaba lo que decían, repitiendo frases sueltas y riendo con risa demente. En ese momento en que ella se levantaba e iba erecta y decidida hacia sus imágenes sagradas —un San Jerónimo, un Señor de la Buena Muerte y San Cosme y San Damián unidos en una misma estampa— un estremecimiento de miedo recorría a los circunstantes, algunos de los cuales intentaban partir. Cesaba, la música y las conversaciones se interrumpían, aunque se estuviese hablando del apasionante tema de los parientes enriquecidos en San Pablo. Seguían atentos cada mirada, cada gesto, cada palabra, sus terribles amenazas. Es que había en ella ahora el indescifrable misterio de lo sobrenatural. Es verdad que después alguno chacoteaba a costa de Zefa, divirtiéndose en hacerla rabiar. Pero cuando su cuchicheo, que duraba todo el día, se transformaba en los gritos del atardecer, el miedo se marcaba en la cara de los presentes. Y los que veían esto por primera vez, llevábanse por muchos días la impresión de esa cara donde tan encontrados sentimientos se expresaban, y seguían oyendo las palabras pronunciadas con amor o con odio, para los hombres y las mujeres y los niños, para todo ser viviente, animales domésticos y animales salvajes, para todos, para todos sin excepción.

«Infelices... infelices...», repetía Zefa y su voz venía preñada de pena y de ternura. De pronto alguien se aparecía ante ella. Y entonces sus ojos reflejaban terror, esquivaba el cuerpo, gritaba aterrada. Luego su voz de odio repetía las mismas palabras, pero ahora en forma de imprecación: «Infelices... infelices...».

De antemano sabían lo que iba a anunciar, puesto que su mensaje no se modificaba, era el mismo desde hacía muchos años, cotidianamente repetido, pero, como ganaba en fuerza cada tarde, se hacia más impresionante en su repetición. Y los hombres, una vez que Zefa se

recogía pasado el acceso, bebían con más ansias y entre ellos, pese a las risas y a las chacotas, había quienes creían que era la voz de Dios la que hablaba por boca de Zefa. Otros hombres decían por el *sertón* hambriento las mismas palabras que Zefa, y algunos, apoyados en bordones de peregrinos, iban difundiendo de lugar en lugar esos mismos mensajes. Y cuando llegaba algún forastero y contaba que un fanático estaba anunciando en la *caatinga*^[5] el próximo fin del mundo, la gente se santiguaba y contaban a su vez que, allí en la *fazenda*, una mujer poseída por los espíritus, todas las tardes afirmaba lo mismo, ordenando que se preparasen para el cercano momento.

Fue así como el nombre de Zefa comenzó a circular fuera de los límites de la *fazenda*, una de esas fazendas del *sertón*, grande como una provincia y separada del resto del mundo como si a su alrededor se hubiesen levantado murallas. Muchos de los hombres que allí trabajaban, nunca habían salido de los límites de la *fazenda*. Sin embargo el nombre de Zefa ya había atravesado las tranqueras y los cercos de la propiedad y en otras *fazendas* y por los caminos se hablaba de sus profecías. El dueño de la *fazenda*, el Doctor Aureliano, venido de Río de Janeiro para unas elecciones estatales, quiso ver a Zefa y asistir a una de sus manifestaciones. Y como Zefa se negó a ir a la casa grande, vino al rancho de Jerónimo en compañía de un amigo llegado con él de la ciudad. Presenció los gritos y escuchó las palabras de la alucinación de Zefa. Después dio una explicación científica y habló de histeria. El otro comentó riéndose:

—Pero Aureliano, si de médico no tienes más que el diploma... ¿Para qué tantos nombres raros? Esta mujer es una loca de remate y nada más...

El Doctor Aureliano rio también y dijo que todavía algo recordaba de sus estudios de medicina. Dio diez mil *reis* a Jerónimo y regresó a la casa grande. Poco se quedó en la *fazenda*, su vida estaba en Río. Para él estas tierras heredadas nada le significaban comparadas con los intereses que tenía en la capital del país.

En tanto, fue Zefa la que, con su alucinación, salvó la *fazenda* del saqueo, cuando llegó la cuadrilla de Lucas Arboleda. Ya se disponían los bandoleros a llevarse lo que hubiese en las casas de los trabajadores y en la casa grande, cuando Zefa apareció lanzando sus fatídicas admoniciones. Para ella el día del fin del mundo había llegado. Esos hombres armados, disparando tiros al aire, que modificaban su cotidiano vivir, le produjeron la sensación de que era llegado el momento en que los pecadores iban a pagar sus culpas. Se arrojó a la puerta, ante el espanto de la vieja Jucundina,

y saludó a los bandoleros como enviados de Dios. Lucas Arboleda, al verla, gritó:

—¿Qué diablos es esa?

Pero enseguida calló y ordenó a sus hombres que hicieran silencio, porque Zefa comenzaba a anunciar el fin del mundo, repitiendo los balbuceos de cada crepúsculo. Lucas Arboleda miró a esa mujer, que más parecía un animal que un ser humano, con su pelo desmelenado y mugriento, sus manos de largas uñas, su horrenda boca profética. Inesperadamente las rodillas del bandolero se doblaron, se persignó, agachó la cabeza, y sus hombres lo imitaron cayendo todos de rodillas. Pico Dulce, que ya apuntaba con su Winchester a Zefa, bajó el arma y también se hincó. Zefa gritó su mensaje, esperó que algo sucediese, que no se produjo, y regresó a la casa. Y Lucas Arboleda hizo devolver a los moradores de la *fazenda* todos los efectos y dinero que les habían quitado. Nada quiso llevarse de allí. Solo aceptó un café del viejo Jerónimo. Y partió con su cuadrilla.

Pero una cosa se llevó con él. Fue a José, que esa noche huyó para unirse a los bandoleros.

Durante un tiempo Zefa quedó más ida todavía, como si algo le faltase, y llevó muchos días para tornar a su vida regular, que le marcaba el crepúsculo con el grito de Jerónimo arreando los animales.

«Ya han pecado demasiado los hombres, —grita ella—, el fin del mundo llega». Extiende las manos y advierte:

—El castigo de Dios se acerca, nadie se va a salvar...

Y repite como un estribillo:

—Infelices... Infelices...

Felisa salió del dormitorio ya pronta, las mejillas retocadas con carmín, el cabello estirado hacia atrás, con su mejor vestido. Arturo la miró con cariño. Los hijos estaban acostados y luego de comer, Arturo y su mujer irían a la fiesta de Ataliba. Pero el capataz recordó en ese momento al muchacho que había mandado al pueblo para recoger la correspondencia. Un telegrama del Doctor Aureliano, que fue remitido a la *fazenda* por el jefe de Correos del pueblo, atención especial que tenía por ser protegido

del *fazendero*, decía que le enviaba una carta con instrucciones importantes. Y hoy miércoles, día de correo, Arturo había mandado al muchacho para que recogiera la correspondencia. ¿Qué sería eso tan importante? El Doctor Aureliano no era hombre de escribir muchas cartas. Arturo le enviaba informes sobre la *fazenda* escritos con letra trabajosa. La respuesta era sucinta. El *Coronel* Ignacio consideró siempre que el mejor negocio estaba en la tierra y cuando encontró que su *fazenda* había llegado a una extensión deseada, empezó a depositar en los bancos el dinero que le sobraba para sacarle interés. El Doctor Aureliano, al heredar, puso ese dinero en negocios más rendidores. Y hoy la *fazenda* del *sertón*, distante y casi olvidada, era una mínima parte de su fortuna.

Felisa sirve la comida. No es mucho mejor que la de los trabajadores de la *fazenda*. Mandioca cocida, porotos, charqui, batata y fariña. Toma asiento al lado del marido, sin casi apetito, con el pensamiento puesto en la fiesta. Y es por eso que no entiende lo que pregunta Arturo:

—¿Qué será lo que quiere?

—¿Ataliba? ¿Qué va a querer? Divertirse.

Arturo aclara:

—Hablo del Doctor Aureliano... De esa carta tan importante...

Felisa reflexiona con el tenedor en el aire:

—Debe ser que viene con una tropilla de amigos... —suspira—. Trabajo para uno...

—Tal vez...

Arturo queda pensativo, pero a Felisa solo la fiesta le interesa:

—Debíamos llevar un regalo para la novia.

—¿Para Teresa?

—Claro. No podemos ir con las manos vacías.

—Habría que ver lo que hay en la proveeduría.

—¿Qué podría ser?

—¿Un corte de percal?

—Tiene que ser algo mejor...

—Todo lo que hay es ordinario.

—¿Y ese espejo con peine y cepillo?

—Puede ser...

Arturo de pronto se acuerda del *necessaire*. El *Coronel* se lo compró a un mercachifle para hacerle un regalo a Doña Ángela, pero ella no llegó a usarlo. Y quedó en la proveeduría, extraño entre los géneros ordinarios, el charqui, la *cachaça* y los porotos. Hasta que un día eso sirviera para algo.

—Va a quedarse bizca...

Arturo se siente alegre. Esta idea de regalar el *necessaire* a Teresa, era para él prenda de reconciliación con la gente de la *fazenda*. No sabe porque todo ese día y esa tarde anduvo preocupado pensando que la gente no lo quería. Iría a la fiesta, regalarla el *necessaire* a Teresa, bebería con la concurrencia, bailarían con las mujeres de sus trabajadores. Y tal vez así las relaciones se hicieran menos tirantes y dejaran de mostrarle mala cara y hablar mal de él a sus espaldas. Al fin ¿qué hacía él? Cumplía sencillamente su deber de capataz cuando exigía en el trabajo, cuando trataba de sacar el mayor beneficio para la *fazenda* al ajustar las cuentas, y cuando discutía por las deudas de la proveeduría. No era por perseguirlos porque si. Hubiese querido vivir en buena armonía con ellos, tener amigos entre los colonos y los trabajadores, poder conversar con la gente, hacerles visitas.

Ahora todo marcharía mejor. Lo sentía desde la conversación con Mario Gómez. Su ida a la fiesta, el gran regalo que llevaría a Teresa, iban a ser el principio de la nueva etapa en las relaciones con la gente de la *fazenda*. Eso lo alegraba. Y dijo a Felisa, como respondiendo al primer pensamiento de su mujer:

—Este Ataliba es una buena persona. Le gustan las fiestas, pero es trabajador...

Felisa se sorprende, más por la actitud de su marido que de sus mismas palabras:

—¿No decías que era un gastador?

—Eso es cosa de él... Cada uno es como es... Él se gana su plata y se la gasta como se le antoja... Uno no tiene porqué meterse en la vida ajena...

—Yo no lo critico... Digo no más lo que te oí decir...

Desde afuera alguien grita:

—¡Don Arturo! ¡Don Arturo!

—¿Quién es?

—Yo, Melitón...

—¿Qué hay?

—¿No va ir a la fiesta?

—Sí, voy.

—Entonces no demore... Lo están esperando para largar los fuegos artificiales... Ya es hora...

Arturo se vuelve sonriendo a Felisa:

—La gente nos espera. —Y grita hacia fuera—: Ya voy Melitón. Estoy terminando de comer algo...

—Hasta luego entonces...

La voz se pierde en la noche y Arturo sonrío satisfecho. Lo esperan con fuegos artificiales, que prenderán cuando él llegue. Posiblemente más de una vez los trató con desconsideración, a gritos, con brutalidad. Quizás haya hecho a veces cuentas no muy claras, para pagar menos sus cosechas a los colonos, quizás les haya vendido más caro de lo debido los suministros de la proveeduría. Pero para eso era el capataz. Sin embargo su obligación nada tiene que ver con la manera de tratar a sus subordinados. Ahora va a tratarlos mejor. Procurará quedar bien con ellos, hacerlos sus amigos...

Se levantan de la mesa.

—Mejor es dejar los platos para lavarlos a la vuelta... —le aconseja a su mujer que se dirige a la cocina.

Siente apuro en llegar a lo de Ataliba para ver los fuegos artificiales subiendo al cielo. Buena persona este Ataliba...

—Voy a buscar el regalo...

El muchacho llega con la correspondencia y antes de saludar empieza a disculparse:

—La correspondencia llegó atrasada y el camión se nos descompuso por el camino... —y entrego a Arturo una voluminosa carta.

—Felisa, trae luz...

La amarilla luz de la vela ilumina la carta escrita a máquina. Al final de la misiva estaba la firma del Doctor Aureliano, primera cosa que Arturo fue a ver. Comienza a leer, su boca pronuncia las palabras sordamente. Sus ojos se abren con sorpresa, su cara se demuda. Felisa se alarma:

—¿Qué hay, Arturo? ¿Algo malo? ¿Qué le ha sucedido al Doctor?

La voz de Arturo suena opaca:

—Vendió la *fazenda*...

—¿Vendió la *fazenda*?

—Y quiere desalojar a todos los colonos. Me dice que les liquide las cuentas a todos, para que se vayan antes que llegue el nuevo dueño... a Sebastián también...

Un mismo pensamiento, triste y sombrío, atraviesa el corazón de Felisa:

—¿Y ahora, Dios mío, qué va a pasar?

Arturo guarda la carta:

—Ya no vale la pena llevar ningún regalo...

Los pasos que se oyen en el camino son los de Jerónimo, de su mujer y su hermana loca. Zafe va rezongando sus anatemas. El rumor pasa frente a

la casa grande. Felisa suspira:

—Van para la fiesta... Yo no voy a ir, es mejor...

—Sí es mejor... Voy a ir solo, para darles la noticia...

La voz de Zefa rompe el silencio de la noche fuera. No se entiende bien lo que va diciendo, pero Felisa siente un peso en el corazón. Esas palabras sueltas son maldiciones y las maldiciones de Zefa tienen un terrible poder.

Arturo se levanta:

—Sea lo que Dios quiera.

La voz de Zefa se aleja en el camino:

—Infelices... Infelices...

10

La música del acordeón está acompañada por la guitarra y el bandolín. Sebastián está sentado. Parece un rey en su trono, con una ancha sonrisa que le parte su negra cara. Están allí, en la fiesta de Ataliba, en el casamiento de Teresa, toda la gente de la *fazenda*. Es un día de fiesta, raro acontecimiento en la triste monotonía de estas vidas. Mucho se habló antes de que se realizara, se hablará mucho tiempo después. Es gente que trabaja día y noche, inclinada sobre la azada, rompiendo la tierra, sembrando y cosechando, siervos que deben comprar lo necesario a la proveeduría de la *fazenda* y vender sus cosechas a la *fazenda*, pero que esta noche en nada de eso piensan, en nada triste, en nada doloroso. Ni el mismo Jerónimo, que llega trayendo a su mujer, Jucundina y a Zefa, su hermana loca, tampoco piensa en la locura de su hermana ni en sus hijos que partieron no se sabe adonde. Hoy solo se piensa en la fiesta, en la alegría de bailar, de beber, de reír, de charlar, de escuchar el acordeón del negro Sebastián.

Al entrar Jerónimo, Ataliba le grita:

—Haga de cuenta que está en su casa, compadre.

Zefa se sienta en el banco, sus ojos alhelados sonrían, su cara está con expresión tranquila. Ataliba averigua:

—Cuando pasó por la casa grande ¿no vio si ya venía Don Arturo?

—Parece que ya estaba listo, por lo que colegí...

Bailan en la sala. Con los pies molestos por los botines desacostumbrados, no pierden asimismo pieza. Cosme baila con Teresa,

Melitón con su novia, baila Marta y baila Agustín, bailan blancos, mulatos y negros. Ataliba sirve *cachaça*, que hay en abundancia, gracias a Dios.

—¿Un trago, compadre?

—A la salud de la novia...

Juana deja su pareja para ir a la cocina a dar un vistazo a la comida. Está todo a punto, a mitad de la noche se comerá. El mejor plato será para Don Arturo, que a pesar de ser el capataz, viene a la fiesta. ¿Traerá un regalo? Es muy capaz: unes metros de género o un frasco de agua de olor. La música llena el pequeño recinto de la sala, el sudor se escurre por los rostros traspirados, hay un ácido olor que viene de las mujeres y de los hombres risueños. Se cambian frases, risas sueltas, y más que todo le dan a los pies al compás de la música. Nadie piensa en penas, la noche es de fiesta.

Arturo camina por el sendero. Sin ganas. ¿Cómo les va a dar semejante noticia? Viene armado, Dios sabe lo que puede suceder. Lo que más lo molesta es el recibimiento que le harán antes de enterarse. Viene con los dientes apretados. ¿Cómo decirles lo que pasa?

La fiesta va creciendo en animación. Ahora bailan la danza de pavo, ruidosa y divertida. Todos están con su pareja, menos uno que tiene el bastón. Cuando la música se detiene, todos se separan de su pareja y corren para formar otra, porque nadie quiere quedarse a bailar con el bastón. Se ríe, se bebe en abundancia, la catanga aumenta, sobaquina de negro, y la alegría crece. Ataliba sonríe satisfecho: fiesta de tanta animación no hubo ninguna por aquí. Solo falta Don Arturo para quemar los fuegos artificiales.

El oído agudo de alguien oye sus pasos en el camino:

—Ahí viene Don Arturo...

Ataliba se precipita a la puerta. Lleva el farol, aproxima la llama, los fuegos artificiales suben hacia el cielo. Estallan en lo alto. Todos se aglomeran afuera para ver. Se detuvo la música pero no la alegría.

Arturo mira el cielo. Estallan en su homenaje. ¿Cómo darles la noticia? Ataliba le grita:

—Acérquese, Don Arturo.

Arturo se detiene en el camino. ¿Dios, qué hacer? Estallan los fuegos artificiales. Hay un grito de recibimiento:

—¡Viva Don Arturo!

¿Dios, qué hacer?

LIBRO PRIMERO

Los caminos del hambre

Agreste e inhóspita extiéndese la *caatinga*. Ralos arbustos surgen en leguas y leguas en el *sertón* nordestino, seco y bravío como un desierto de espinos. Víboras y lagartos se arrastran por entre las piedras, bajo el sol quemante del mediodía. Lagartos enormes, que sugieren rezagos de primeras edades del mundo, parados, sin expresión en sus fijos ojos, como esculturas primitivas. Víboras de las más venenosas: la cascabel, la coral, la surucucú, la yarará. Silban al agitarse las ramas, al saltar los lagartos, al calor del sol. Las plantas espinosas se entrecruzan en la *caatinga*, que es el intransitable desierto, el corazón inviolable del nordeste, la seca, y el espino y el veneno, la carencia de todo, de la más rudimentaria senda, del árbol de sombra y de sabrosa fruta. Apenas algún *umburana*, que semeja un ombú, se levanta de tanto en tanto, quebrando la monotonía de los hispídos arbustos con su presencia amiga y acogedora. Los demás son cactus, tunas, plantas rastreras, en medio de cuya rispidez aparece, como una visión de lujosa belleza, la flor de una orquídea. Maraña de espinas imposible de trasponer. Por leguas y leguas, a través de todo el nordeste, el desierto de la *caatinga*. Dura de atravesar, sin caminos, sin senderos y sin picadas, sin comida y sin agua, sin sombra y sin arroyos. Esta es la *caatinga* nordestina.

A través de la *caatinga*, perforándola por todos lados, transita una innumerable multitud de campesinos. Son seres arrojados de sus tierras por el latifundio y la seca, expulsados de sus casas y sin trabajo en las *fazendas*, que descienden en busca de la región de San Pablo. Es el Eldorado de su imaginación. Vienen de todos los puntos del nordeste en un viaje de horror, cortando la *caatinga*, abriéndose paso por entre los espinos, sorteando las víboras traicioneras, venciendo la sed y el hambre, con los pies calzados por sandalias de cuero crudo, las manos rasgadas, los rostros heridos, los corazones en desesperación. Millares y millares de seres que se suceden sin cesar. En un viaje que hace tiempo comenzó y nadie sabe cuándo va a terminar, porque año tras año los que perdieron la

tierra, los explotados, las víctimas de los terratenientes y la seca, juntan sus pertenencias, sus hijos y sus últimas fuerzas e inician la odisea. Y cuando unos descienden en procura de Juazeiro o de Montes Claros, otros suben de regreso de San Pablo, desilusionados, miserables, tanto o más miserables que los que vienen. Y el hambre y las enfermedades van jalonando el camino de cadáveres, abonando la tierra de la *caatinga*, donde cada vez nacen más fuertes los cactus espinosos como a la espera de herir las carnes de los seres del *sertón* en fuga. Numerosas familias inician el éxodo, y cuando llegan a Pirapora, la enfermedad y el hambre los han reducido a la mitad. En esas ciudades que bordean la *caatinga*, se oye de penurias increíbles pasadas por esta gente. Historias que parecen absurdas a hombres ajenos a este drama. Y este éxodo siempre es recommenzado por hombres idénticos a los hombres que los precedieron, idénticos como una gota de agua a otra gota de agua. Iguales rostros de color indefinido, iguales pies enormes de dedos abiertos saliéndose de las sandalias, el mismo pelo ralo, el mismo cuerpo flaco y resistente. Las mismas mujeres sin belleza, agotadas. Llenando el desierto de la *caatinga* con sus vidas desoladas, con sus ayes de dolor y su paso abre picadas que detrás de ellos cierran los espinos.

La *caatinga* es el refugio de los bandoleros. Los vengadores, los dueños del *sertón*. No tienen tranquilidad ni descanso, no tienen cuarteles ni campamentos, no tienen hogar ni medios de transporte. Su casa y su cuartel es la *caatinga*, que es también su cama y su mesa. Los soldados que los persiguen no se atreven a penetrar en la maraña de arbustos espinosos. Los bandoleros viven junto a las víboras y a los lagartos de la *caatinga* y a veces muere en sus manes alguno de los hombres que suben o bajan del *sertón*.

Y aquí, en el corazón seco de la *caatinga*, surgen los famosos santones que arrastran a su paso multitudes fanatizadas y llenan el *sertón* con sus profecías y sus anatemas.

De la *caatinga* salieron los célebres bandoleros Lucas da Feira, Antonio Silvino, Corisco y Lampeón y hoy la habita Lucas Arboleda con sus hombres. De la *caatinga* salieron santones como Antonio Consejero y el Beato Lorenzo, y ahora aparece con las mismas palabras de alucinada profecía, el Beato Esteban.

Solo los inmigrantes son los mismos siempre. Pueden tener otros nombres, pero sus rostros son idénticos, el hambre es el mismo, el fanatismo el mismo y la decisión de seguir hacia adelante la misma.

Atravesando la *caatinga*, sobre las piedras, las espinas, las víboras, los lagartos, marchan siempre. Hacia San Pablo, donde cuentan que se da tierra gratis y el dinero abunda. De San Pablo, donde no hay ni tierra ni dinero.

Ahí van, por centenas, por millares, en un viaje de horror. Meses atravesando la *caatinga*. Quedan los cadáveres por las picadas, y ni estos modifican la desolación del paisaje, donde, al sol cáustico, duermen los lagartos indiferentes. El agua está abajo, allí donde termina la miseria de la *caatinga* y comienza la miseria del río San Francisco.

2

En la madrugada húmeda de rocío, la voz del viejo Jerónimo ordenó ronca y seca:

—Vamos no más...

Estaba con su hermano Juan Pedro, cuyas dos familias se habían reunido para el viaje. Melitón fue el único que vino a despedirlos. Llegó con un farol en la mano. La luz amarillenta atenuaba la claridad matutina.

—Dios los ayude...

Y contó:

—Sebastián salió hoy con su familia... Dijo que si no es Gregorio, es él el que le mete el tiro...

—¿Saben algo de Gregorio?

—Nada. Agarró el monte. No sé quién lo va a encontrar ahora...

—Prometí dos velas a Nuestro Señor de la Buena Muerte si no lo encuentran... —dijo Jucundina.

—¿Y no te vas a ir? —preguntó Jerónimo a Melitón.

—No, yo no me voy. Me quedo de peón. La platita que me han dado por la tierra la guardo para el casamiento.

Melitón fue el único que se quedó en la *fazenda* con el nuevo dueño. La bala disparada por Gregorio no mató al capataz. Solo le afectó el hombro izquierdo. Arturo ya estaba de pie y el tiro que recibiera terminó con la reacción sentimental que le produjo la noticia de la venta de la *fazenda*. El nuevo propietario, al enterarse de lo sucedido, se congratuló de haber pedido que le entregaran la *fazenda* libre de ocupantes. Solo vino a tomar posesión cuando el último de los antiguos colonos hubo partido. A Arturo

lo conservó como capataz. Y pasados unos años volvió a tomar colonos y medieros.

Gregorio había desaparecido y algunos afirmaban que estaba con la banda de Lucas Arboleda. El atentado se produjo cuando Arturo regresaba de la fiesta de lo de Ataliba, donde acababa de comunicar las instrucciones que traía la carta del Doctor Aureliano. La fiesta acabó en lamentaciones. Sebastián aseguraba que mataría a Arturo. Juan Pedro contemporizaba:

—Perro mandado no tiene culpa...

Oyeron el tiro. Nadie supo cómo Gregorio se enteró de la noticia, porque no había venido a la fiesta ni hablado con Arturo. Pero como desapareció llevándose un Winchester de la *fazenda*, era él.

Dos días después fueron llamados a la casa grande para arreglar cuentas. Arturo estaba con el hombro vendado. El médico del pueblo le había extraído la bala y dijo que la herida no tenía importancia. La policía dio unas batidas en busca de Gregorio, pero perdieron su rastro en la *caatinga*.

Jerónimo vendió el mandiocal, el sembrado de maíz y los animales. Solo se reservó el burro, que utilizaría en el viaje. Por la casa Arturo no le quiso pagar ninguna indemnización. A ninguno de los colonos. A las reclamaciones de ellos, contestaba:

—Y, llévense las casas...

Solo a Juan Pedro le dio algo por la fábrica de fariña. Juan Pedro debía mucho a la *fazenda* y de no contar con esa indemnización, no hubiese podido retirarse con la familia sin saldar su cuenta. Tendría que quedarse trabajando como peón hasta pagarla. Eso le sucedió a Ataliba. Le quitaron la tierra, la casa, los chanchos y las gallinas y todavía se quedó trabajando con su mujer, sus hijos y su yerno para completar los seiscientos mil *reis* que debía.

Melitón se despide:

—Bueno, será hasta la vista, Don Jerónimo...

El burro ya está listo, cargado con todo lo que ellos llevan. Ernesto, el nieto menor, va en brazos de Jucundina, los otros dos a pie. Agustín transporta la bolsa de las provisiones. Marta tiene el mismo vestido nuevo con que fue a la fiesta de Ataliba.

—Bueno, hasta que Dios quiera...

La madrugada irrumpe en el cielo. Jerónimo ordena partir:

—Vamos no más...

Melitón queda solo, contemplándole partir. Con el farol en la derecha, da un adiós con la mano izquierda, un adiós que nadie contesta. Los que emigran se pierden en la luz de la mañana todavía difusa. Melitón apaga el farol y su humo oscuro flota en el aire.

3

Noca aprieta a su gata contra el pecho. Se ha herido un pie en un espino al principio de la jornada, pero no lloró ni se quejó, deseosa de que ninguno le preste atención. Ya ha sufrido mucho y derramó muchas lágrimas esa mañana a causa de Marisca. Cuando ya estaban prontos para partir, acomodados los atados, las árganas repletas en las gruperas de Jeremías, se presentó el conflicto de Marisca. Fue Marta la que lo produjo. Noca salía silenciosamente con la gata bajo el brazo, apretándole el hocico para evitar sus maullidos. La vaca, la cabra, las gallinas fueron vendidas a Arturo. La gata quedó en la casa. En realidad nadie pensó en ella. Al salir, Marta dijo a Noca:

—¿Te vas a llevar esa gata?

Antes que Noca pudiese contestar, la vieja Jucundina rezongó:

—No te vas a llevar la gata... ¿Qué diantre vamos a hacer con ese bicho?...

Toño, excitado con el viaje desde la noche anterior, que para él era como una fiesta, se puso a saltar alrededor de la hermana:

—No te vas a llevar la gata... No te vas a llevar la gata...

Los ojos de Noca se llenaron de lágrimas. Llegó a hacer el gesto de abandonar a la gata, pero se rebeló con un grito de punzante dolor:

—Déjenme llevar mi gata...

—Te voy a dar unos azotes... Largá ese animal... —Los ojos de Jucundina anunciaban su decisión de cumplir lo que prometía.

Agustín intervino:

—Déjensela llevar. ¿Qué tiene que la lleve?

Noca se tragó el sollozo y corrió hacia el tío que la protegía. Pero Jucundina estaba intransigente:

—¿Qué es lo que vamos a hacer con ese incordio?

Noca con la mano libre se aferró a los pantalones del tío:

—No quiero dejarla...

—Déjela que la lleve, mama... Total qué es...

—Si no sirve para nada...

—Eso no se sabe... A lo mejor la comemos en el camino, si no encontramos otra cosa...

Noca apretó más fuerte contra su pecho a Marisca. Sentíase en un mundo de amenazas y peligros. Sus ojos se abrían asustados y las lágrimas se deslizaban por su rostro. Continuó la discusión y pronto todos tomaron parte en ella, mientras Noca seguía sollozando sin soltar la gata que ronroneaba indiferente al conflicto que estaba provocando. Por último Jerónimo, con su autoridad de jefe de familia, decidió a favor de Noca:

—Bueno, que la lleve... Si molesta, se la deja en el camino...

¿Qué camino será?, piensa Noca en este final del primer día de viaje. El verdadero camino quedó atrás y ahora es un atajo entre el monte, que los conduce a la *fazenda* «Primavera» donde pasarán la noche. Noca siente el dolor del pie herido. La gata trata de escaparse para correr por el monte. Eso es peligroso. Ya la soltó una vez y tuvo mucho trabajo para agarrarla de nuevo. Fue necesario que Agustín le ayudase y asimismo debieron detener la marcha, cosa que aprovechó Jucundina para rezongar:

—Ya ven... Lo que yo decía... Este animal sirve nada más que para molestias...

Pero como Noca se pusiera a llorar, calló y, dejando el atado que llevaba, también ayudó en la tarea de agarrar a Marisca, cuyos instintos cazadores se despertaban al contacto con la *caatinga*.

Noca no se animó a soltar más a su gata. No pensó que pudiese darle tanto trabajo. Debía conducirla apretada a su pecho, y Marisca, queriendo huir, la arañaba. Así la chica no podía evitar los pozos y los troncos espinosos en el camino estrecho y difícil. Mientras Toño corría y se divertía haciendo andar al burro, observando los pájaros, Noca seguía detrás de Zefa que iba repitiendo sus balbuceos y parecía no ver a la criatura cuyo pie herido la hacía renguear ligeramente.

En un momento que Agustín se le aproximó, ella le preguntó con voz angustiada:

—¿Falta mucho todavía?

Entonces el muchacho la alzó con la gata. Noca sonreía, viendo desde lo alto los pies de los otros luchando con las dificultades del camino.

Los colonos desalojados de la *fazenda* se habían desparramado por los senderos de la *caatinga*. Todos rumbo al sur, en procura del territorio de San Pablo. Muchos habían ido antes. Los contratistas que recorrían las *fazendas* del *sertón* buscando braceros, contaban cosas asombrosas. Ninguno era pobre en la tierra paulista, donde se cultivaba el café. Los trabajadores en poco tiempo eran propietarios, gente de dinero. Eso contaban y siempre había quienes les creían pese a los que regresaban de San Pablo, más pobres que al partir.

Eran esos caminos, esas sendas abiertas en la *caatinga*, que Jerónimo y su hermano Juan Pedro seguían con sus familias. La mujer de Juan Pedro, Dinah, que era muy supersticiosa, había contado a las personas los animales que formaban la caravana:

—Cruz diablo... Somos trece...

Ella, el marido y su hija Gertrudis, mulata oscura, de chata nariz, entre quince y dieciséis años. Salió a la madre, un toro en el trabajo a pesar de la poca edad. Era como un hombre. La familia de Jerónimo la componían, él, su mujer Jucundina los dos hijos, y los tres nietos, huérfanos de la hija mayor. Eran once personas, pero Dinah contaba además a Jeremías y Marisca.

Jeremías iba a la cabeza llevado del cabestro por Jerónimo, que a veces lo hacía conducir por Toño. Llevaba dos árganas en las cuales estaba casi todo lo que poseían. Lo demás iba en los atados que hombres y mujeres transportaban. Era un poco de ropa y casi nada de comida. Jeremías marchaba con su paso lerdo, sin prisa, arrancando de tanto en tanto alguna hoja, deteniéndose en los charcos de agua para beber.

Ese primer día hicieron las cinco largas leguas que los separaban de la *fazenda* «Primavera». Llegaron con la noche, cuando ya Jeremías comenzaba a empacarse por el camino. Noca seguía atrás de todos, muerta de cansancio, apretando contra su pecho a la gata.

Entraron a la *fazenda* por la parte detrás del corral. Apenas habían pisado el patio de la casa grande, cuando una voz bronca gritó:

—¿Quién anda ahí?

—Gente amiga —contestó Jerónimo.

Apareció un hombre con una linterna en la mano. Vestía pantalón de montar, botas altas y llevaba revólver en el cinto. Se paró frente a ellos. Juan Pedro saludó:

—Buenas tardes.

—¿De dónde vienen?

Jerónimo se adelantó:

—Venimos de la *fazenda* del Doctor Aureliano.

—¿Adónde van?

—Vamos para San Pablo.

—¿Son desalojados?

—Sí, señor.

La voz del hombre no se alteró para decir:

—No pueden quedarse aquí... Está prohibido... Tienen que seguir...

Noca ya se había sentado en el suelo tomándose el pie herido, mientras Marisca maullaba a su lado.

—Es por esta noche no más, señor...

—No, no se puede... Es la orden que tengo...

—¿Y dónde vamos a ir?

El hombre se encogió de hombros. Esperó un momento y viendo que los otros no se iban, indicó:

—Pueden ir un poco más adelante. Allí hay un sembrado, es de la *fazenda* de Don Moura. Ahí pueden dormir, él permite. Pero tengan cuidado con el fuego, no vayan a quemar el sembrado...

—Vamos...

Noca se levantó con un gemido:

—¿Por qué no nos quedamos aquí?

Jerónimo no le dio explicaciones. Tiraba de Jeremías que no quería andar. La noche cubría los caminos de la *caatinga* próxima.

5

En medio de un claro elevábase un árbol y hacia allá Jerónimo fue arreando el burro:

—Vamos, Jeremías... Vamos, Jeremías... Vamos, animal de porra...

Pero no hablaba al burro con rabia, al contrario, en su voz había un cierto acento de cariño. Jerónimo oía los ahogados gemidos de Noca y no comprendía que la chica disimulaba su padecimiento por creer que así estaba salvando a su gata. Agustín la había llevado un largo trecho alzada. Dinah también y Jerónimo la puso sobre las gruperas del burro en las partes más duras del camino. Y ahora, al oír sus gemidos, sentía que odiaba al hombre que no los dejó hacer noche en la *fazenda* «Primavera»,

obligándolos a andar todavía media legua más, media legua larga, de cuatro kilómetros por lo menos. Este capataz era igual a Arturo. Y pensando en Arturo, pensó en Gregorio escondido en la *caatinga*, quizás en la banda de Lucas Arboleda. Quién sabe si esta misma noche no estaría conversando con José, el segundo de sus hijos, que, según todos decían, estaba también con Lucas Arboleda. Se fue el día que el bandolero estuvo en la *fazenda* y nunca más tuvieron noticias directas de él. Pero la policía hablaba de un hombre de Lucas Arboleda llamado Zé Tronido, de certera puntería y coraje a toda prueba. Algunos decían que el tal Zé Tronido era el mismo José, hijo de Jerónimo y Jucundina. Podía ser que fuese, José siempre se mostró raro, solitario, amigo de andar por el monte cazando y siempre con ideas de irse.

Dio unas palmadas en el anca de Jeremías para animarlo, pero el animal siguió con su lerdo andar, aunque aún así los otros habían quedado bastante atrás. La noche había caído completamente y Jerónimo difícilmente se orientaba en la picada reciente. Ramas y espinas pinchaban sus pies, pero él no lo sentía. Pensaba que el viaje estaba apenas comenzado y que mucho camino les quedaba por hacer antes de llegar a la ciudad de Juazeiro, en el Estado de Bahía, donde tomarían el barco para descender el río. San Pablo estaba distante, en el fin del mundo. En Juazeiro vendería el burro, mucho lo iba a sentir, casi seis años que lo tenían con ellos y les fue muy útil.

En medio de las tinieblas distinguió brillo de brasas. Y un olor apetitoso a comida le llegó al olfato. Seguramente que había gente cerca. Se detuvo, esperando que los demás se le reunieran. Oía sus pasos quebrando las ramas secas en el camino y la voz de Jucundina rezongando a Noca:

—A ver si dejas de quejarte...

No debía pelearla, la pobre chica estaba cansada y Jucundina debía comprender que semejante caminata era para agotar, no a una criatura, sino a cualquier hombre. Jerónimo sintió impulsos de dar unos gritos a su mujer, pero pensó que ella también debía estar más muerta que viva, todo el día con la criatura cargada en brazos, con un único descanso de una hora para almorzar. Algo le habían ayudado Marta y Gertrudis, pero Jucundina no confiaba mucho en su hija y su sobrina como para entregarles el nieto más querido.

Las tres criaturas que iban con ellos, eran los huérfanos de Ernestina, la hija mayor de Jerónimo y Jucundina. Casada con un trabajador de la *fazenda*, Pedro Ribero, murió de parto. El marido no tardó en irse y las

tres criaturas quedaron con los abuelos. El menor, de cuyo parto murió Ernestina, fue, desde su primer día, criado por Jucundina. Tenía ahora seis meses y la abuela, que poco caso hacía a Toño y Noca, había puesto toda su capacidad de cariño en él. Le dieron por nombre Ernesto, en recuerdo de la madre muerta.

Las voces y los pasos de los rezagados se aproximan. Zefa está inquieta. Este primer día fue terrible para ella. Durante las primeras horas de camino se mostró alegre y cantaba viejas canciones aprendidas, cuando joven, entre las muchachas de la *fazenda*. Arrancaba flores silvestres, las deshojaba y las arrojaba al aire. Pero a medida que la tarde iba cayendo y llegaba el crepúsculo y no se reproducían los cotidianos sucesos a que estaba habituada su locura, comenzó a impacientarse, deteniéndose, el oído atento, los labios temblorosos, las manos dirigidas a lo alto. Iba silenciosa, y su silencio era más temible que su hablar agorero y amenazante. Sus ojos se clavaban en los parientes como acusándolos de haber producido esta transformación en su vida. Se necesitaba trabajo para hacerla seguir y Agustín y Juan Pedro a veces se impacientaban:

—Vamos, Zefa, vamos que se hace tarde...

Ella seguía parada, silenciosa y brusca, las manos elevadas al cielo, los ojos puestos en las primeras sombras de la noche. Su oído estaba atento a la espera del grito de arreo de Jerónimo, que no se producía ese crepúsculo. Juan Pedro hasta debió darle un empujón en cierto momento para hacerla andar y ella se quedó mirándolo, con unos ojos que hicieron estremecer al hermano con súbito miedo.

Los pasos están cerca y Jerónimo ya distingue a los que llegan. Delante viene Agustín que lleva a Zefa por un brazo. Ella viene temblorosa. Con seguridad que va a tener un ataque. Toño camina a su lado, perdida ya la alegría con que inició la jornada. Ahora solo cansancio se nota en sus ojos inquietos. Marta lleva en brazos a Noca y jadea con el peso de la chica. No es fuerte ni resistente la muchacha, preferida del padre. Es bonita y en la *fazenda* no había otra que se le pudiese comparar. Mulata clara, de hermosas piernas, cabellos casi lacios y pechos levantados. Poca ayuda prestaba en el trabajo del campo, porque la chica siempre fue enfermiza. Con sus dieciocho años, aparenta menos edad que Gertrudis, aunque es una mujer ya hecha.

Detrás de todos llegan Jucundina, Dinah y Juan Pedro. Se detienen todos junto a Jerónimo, que señala delante de sí:

—Allá han hecho fuego... Todavía hay brazas...

Y arrea a Jeremías. El grupo lo sigue en un pesado silencio de cansancio. Jerónimo va recordando a Arturo. Para Jerónimo todo se resume en una cuestión de hombres: el *Coronel* Ignacio era un buen hombre, que los dejaba trabajar tranquilos sus tierras. En cambio el Doctor Aureliano era un malvado que los expulsó de la *fazenda*. Y el peor de todos, Arturo, que fue trabajador como ellos, y que los robó al ajustar las cuentas. Lo único que lo consuela es que a Gregorio no consiguieron prenderlo.

Se van aproximando al sitio donde está el fuego. De pronto se detienen. Un hombre se había puesto ante ellos con un Winchester en la mano:

—¿Qué quieren aquí?

—Estamos de viaje... —La voz de Jerónimo sonaba a cansancio.

6

El hombre no bajó el arma pero ablandó la voz:

—¿Escapando de la seca?

—Vamos para San Pablo... En la *fazenda* «Primavera» nos han dicho que podemos hacer noche por aquí...

—¿Vienen de lejos?

—No, de cerquita no más. De unas seis leguas.

El hombre bajó el arma y murmuró:

—Entonces deben tener provisiones todavía... —Y agregó, como en una explicación—: A nosotros casi no nos queda nada...

Era una familia la que estaba acampada bajo el árbol. Además del hombre que los recibió, había dos muchachos y cuatro mujeres más. Dos de ellas, jovencitas, espiaban desde lejos a Marta y Gertrudis. Jerónimo fue arreando el burro hacia el árbol donde lo amarró. Agustín bajó las árganas y le quitó las gruperas. Todos estaban en silencio. Noca, a la que Marta había depositado en el suelo, corrió en un último esfuerzo hasta las raíces del árbol y se echó con Marisca a su lado. La gata maulló largamente. A las dos familias las separaba un silencio y se estudiaban con miradas de reojo. Descargadas las cosas, soltaron a Jeremías, que, sintiéndose libre, rebuznó alegremente y se fue a pastar por los alrededores. Había un poco de pasto quemado por el sol, pero Jeremías se conformaba. Juan Pedro que desataba

la bolsa de arpillera donde traían el charqui, la fariña, el café y la *rapadura*^[6], se dirigió al hombre que los recibiera:

—¿Nos permite usar el fuego?

Se refería a la fogata que aún ardía junto a la familia primero llegada. Se veía que allí acababan de preparar su comida.

El hombre dijo que sí y ordenó a las muchachas:

—Qué es lo que esperan que no ayudan...

Las muchachas se levantaron de poca gana. Jucundina agradeció:

—No hace falta, muchas gracias. Nosotras podemos arreglarnos.

Juan Pedro avivaba el fuego. Agustín, con una lata en la mano, preguntó:

—¿Dónde puedo sacar agua?

—Bajando esa barranca queda un poco...

Las dos muchachas estaban de pie junto a Jucundina que cortaba el charqui y separaba fariña en una lata.

—No es necesario que se molesten. Vayan a descansar que deben estarlo necesitando si es que han andado como nosotros.

Agustín volvió con el agua. Jucundina le pidió que preparase un asador para la carne. Como las muchachas no se movían de su sitio, Jucundina las observó con disimulo. Y notó que las dos tenían los ojos fijos en el pedazo de charqui que lavaba para sacarle la sal. «Están con hambre», pensó.

Ensartó la carne en el asador y la colocó sobre las brasas. En esta tarea debió acercarse a la otra familia, que estaba junto al fuego y que casi la rodeó cuando Jucundina se puso en cuclillas para cuidar el asado. Marta trajo una lata llena de agua y la arrimó al fuego. Las dos muchachas seguían los movimientos de Jucundina y ahora miraban la carne que chillaba sobre las brasas, encendidos los ojos por el deseo. El pequeño Ernesto comenzó a llorar en los brazos de Dinah, del otro lado del tronco del árbol. Jucundina gritó:

—Toño, traéte la fariña...

Preparó una crema de fariña para la criatura. Una crema chirle, sin sustancia, oscura y sin gusto. Pero no había otra cosa, no fue posible traer la cabra. La criatura dejó de llorar. Ahora era Marta sola quien veía los ojos de las muchachas clavados en la carne que se asaba y en la bolsa donde estaba la fariña. Y se sentía incómoda, sin ganas y sin palabras para iniciar una conversación. Jucundina volvió, una vez que acabó de dar de comer al pequeño Ernesto y de acomodarlo en la hamaca que Jerónimo había armado entre unas ramas del árbol. Le dijo a Marta:

—Andá a cuidar el chico. Comés después...

Fue un alivio para Marta. Le hacían mal esos ojos acompañando sus gestos al volver la carne en el fuego, ojos llenos de pedidos, ávidos y tristes.

No tardó en estar pronta la cena. Aparte del charqui, todo lo que había era un pirón de fariña. En el resto del agua hirviendo, Jucundina echó un pedazo de *rapadura* para el café. Todos vinieron a ponerse en cuclillas en las raíces del árbol, próximos al fuego, y quedaron en rueda con la otra familia. No notaron la falta de Noca, ya que Marisca maullaba hambrienta en torno a ellos.

—Si gustan... —convidió Jerónimo.

En una de las muchachas hubo un gesto impreciso. Como si quisiera adelantarse y aceptar la invitación. Jucundina se asustó. Tenían mucho que andar todavía y poca comida. Llevaban el dinero casi justo para los pasajes del barco hasta Pirapora. Y lo poco que les sobraba, apenas les alcanzaría si el viaje no lo realizaban con la rapidez que habían pensado. Se quedó mirando a la muchacha que, sin moverse de su lugar, solo el cuello extendió para luego retraerse.

Fue el hombre quien respondió:

—Agradecidos. Ya comimos hace más de media hora.

Jucundina dividió la carne. Los pedazos mayores fueron para los hombres. Zefa masticaba en silencio, persignándose de tanto en tanto. Dinah dio de su carne a Gertrudis y luego pidió a Juan Pedro que le armase la hamaca. Jucundina comenzó a colar el café.

Las latas eran pocas y solo había dos jarros. Sirvió primero a Jerónimo y Juan Pedro. Las muchachas miraban, los muchachos también. El hombre había bajado la cabeza, tal vez para no mirar o para no ver los ojos de sus hijos deseando el café. Pero no pudo resistir y cuando Jucundina estaba sirviendo a Zefa y Marta, dijo:

—Le voy a aceptar un poco de café para las chicas, si no es mucha molestia.

Y antes que Jucundina contestara, explicó moviendo las manos, la voz distante:

—Es que hace mucho que andamos de viaje. Venimos de Ceará y ya hemos terminado todo lo que traíamos. Hace tres días que nos falta el café. Solo nos queda *rapadura* y fariña...

Todos tomaron café. Y Jucundina le dio además un pedazo de carne. Pequeño, pero que fue recibido con un silencio que valía más que cualquier

manifestación de alegría.

—Dios se lo pague...

Empezaron a lavar las latas. De pronto Marta notó la falta de Noca:

—¿Dónde está Noca? Ella no ha comido.

Salieron a buscarla. La chica dormía, al otro lado, sobre la raíz del árbol.

—Es mejor no despertarla —dijo Jerónimo.

Marta se sentó al lado de la sobrina que respiraba dulcemente. Agarró a la gata que corría por allí cerca y la colocó junto a la chica. Noca, semidespierta, la tomó y la apretó contra sí. Al otro lado del árbol estaban conversando. El hombre contaba:

—Nos sacaron todo lo que teníamos... No pudimos pagar el arrendamiento... Al final, por una miseria. Entonces resolvimos venirnos también para San Pablo. Pero vamos para Montes Claros, que allá está un contratante que nos espera... Hace dos meses que andamos de viaje...

—Nosotros salimos hoy, estamos empezando... —Era Juan Pedro el que hablaba.

Alguien tiró el resto del agua. Marta tenía las piernas cansadas y las manos doloridas. Y esa noche del monte ponía en su cuerpo una flojedad inusitada. Las brasas se extinguían a poco mientras el hombre seguía contando:

—Hemos pasado tantas, que es de no creerlo...

Marta oía con los ojos cerrados. Recordaba al Doctor Aureliano. Era un lindo hombre, joven, alto, bien peinado, con un rico olor en el pelo. ¿Por qué los había echado ahora así? Cuando estuvo el Doctor Aureliano en la *fazenda*, dos años atrás, Marta, todavía una chica, fue a la casa grande para ayudar a Felisa. El Doctor Aureliano le había apretado los senos ya nacidos y le dio después dinero de propina. ¿Por qué los había echado? Parecía tan bueno y le decía que ella era más bonita que cualquier muchacha de la ciudad. Marta recordaba la caricia. Desde ese día le tuvo miedo al Doctor Aureliano, pero ahora, en el monte, el recuerdo la estremecía.

Al otro lado el hombre continuaba:

—Dicen que es el fin del mundo... Todas estas cosas que están sucediendo... Y no es que yo lo diga, es un santo que ha aparecido por el lado del *sertón*. El Beato Esteban, que hace milagros y cura enfermedades... No hace mucho que ha aparecido y viene bajando por el lado del mar. Dicen que ya lo siguen más de quinientos hombres... El avisa que viene el fin del mundo y que hay que hacer penitencia...

Marta vio pasar una sombra a su lado. Era Zefa que se había levantado al oír el nombre del Beato Esteban y el relato de sus hechos. Marta pensaba en el Doctor Aureliano. Era risueño y afable. Sus camisas tenían un perfume exquisito que Marta olía cuando las llevaba para lavarlas. La voz del hombre llega desde la oscuridad:

—Dicen que el Beato Esteban anda buscando a Lucas Arboleda para obligarlo a hacer penitencia... El fin del mundo está llegando, así dice...

Y una vez más el grito de Zefa cortó la noche. Escuchando las palabras del hombre se reconcentraba y comenzaba a transmitir su mensaje, que era el mismo que el Beato Esteban lanzaba en el *sertón* del éxodo, de los bandoleros y de la muerte.

Noca se despertó con el grito, extrañada del lugar donde estaba. Marta se levantó. Las brasas ya se habían apagado. El hombre observaba a Zefa con miedo. Juan Pedro explicó:

—Está ida, la pobre...

7

El hombre deseaba unir su familia con la de Jerónimo para hacer el viaje juntos. Pero Jucundina estaba en guardia desde la noche anterior previendo esto. Y no guardó para sí esta suposición, sino que se la comunicó a Jerónimo. Los otros no tenían ya casi comida, solo les quedaba un poco de fariña y *rapadura*. ¿Qué ventaja iban a sacar entonces en viajar Juntos? No es que Jucundina no les tuviese lástima. Le daba lástima, y por eso les había entregado ese pedazo de charqui, aun sabiendo que les haría mucha falta. Lo que no podía era quitarles a los hijos y los nietos para darle a unos extraños.

A la madrugada, cuando Jerónimo estaba colocando las gruperas al burro, el hombre propuso:

—Podemos ir juntos...

—Es que vamos con rumbo distinto... —se negó Jerónimo.

Pero el hombre insistió. Gran parte del camino podían acompañarse. Cuanto mayor el grupo, mayores posibilidades de defenderse de los bandoleros y más brazos para abrir picadas en la *caatinga* a cuya cercanía veían con pavor. Jerónimo ya no sabía cómo seguir negándose, cuando intervino Jucundina:

—Estamos con la comida justa. Nosotros solos podemos arreglarnos... Pero no da para más...

Su tono era decisivo, aunque sin la menor señal de acritud. Lo dijo como si pidiese disculpas por su pobreza, por su incapacidad para ayudar a un semejante, pero, al mismo tiempo, con la absoluta firmeza de lo que está definitivamente resuelto.

Se pusieron en marcha antes que los otros. Al dar vuelta el camino, Jucundina no pudo menos que echar una mirada hacia atrás. El hombre hablaba con su mujer y las muchachas los seguían con la mirada. Jucundina estuvo a punto de arrepentirse. Pero miró frente a sí y vio a los suyos que caminaban acompañando la lenta marcha del burro. Entonces su corazón se cerró a la piedad. Su paso se hizo más firme y alcanzó a Marta y Zefa que iban detrás del grupo.

8

Cinco días después estaban en plena *caatinga*, buscando entre lo intrincado de los espinos el rastro de las picadas abiertas anteriormente. Ya estaban acostumbrados a dormir al sereno, bajo los árboles, porque las dos hamacas que llevaban eran una para Jucundina y el nietito y la otra para Dinah. Pero esta primera noche de la *caatinga* no encontraron árboles para colgar las hamacas, y apenas consiguieron un reducido de campado donde poner la impedimenta y echarse. Ese día hicieron poco camino. Los hombres debieron ir todo el tiempo con el machete en la mano cortando la maraña, para ampliar la casi inexistente picada. Y habían quedado tan rendidos, que ni hambre sentían. Dinah se encargó de la comida ayudada por Marta.

Jucundina hizo una cama en el suelo con la hamaca para el nietito y se sentó a su lado. Estiró las piernas, ella también estaba terriblemente cansada. Es cierto que la criatura le pesaba cada vez menos. A ojos vista estaba enflaqueciendo. En la *fazenda* la criaba con leche de cabra, sin ningún inconveniente. Gorda nunca fue ¿y qué hijo de colono era gordo? Pero ahora desmejoraba rápidamente con esa harina de mandioca en agua, que tomaba casi a la fuerza, llorando como protesta. «Debía haberme traído la cabra, —se decía Jucundina—, por más sacrificio que fuera». Se quedó observando la palidez del nieto. En su cuerpito los huesos aparecían

bajo la piel, las costillas se le podían contar. «Debía haberme traído la cabra», y observaba inquieta a Ernesto. Ahora estaba convencida de que no iba a resistir el viaje. Todos los días miraba atentamente la defecación de la criatura, con miedo de que apareciese la diarrea vercosa. Su ansiedad era llegar cuanto antes a Juazeiro, en Bahía, donde podría conseguirle leche. En su pañuelo floreado llevaba un dinero, atado en una punta, y nadie sabía de ese dinero reservado para la leche de su nieto. Pero en la *caatinga* ¿dónde conseguir leche? Solo cuando llegasen a la ciudad y descendiesen el río. Por allí debía haber abundancia, sobraba el agua, no como aquí, donde la seca quemaba todo. A su lado la criatura duerme y Jucundina piensa que es injusto que un inocente pase esas penurias. Que sufran ellos, está bien, al fin están acostumbrados a soportar las desgracias de la vida, pero no una criatura como esta que a nadie ha hecho mal. ¿Qué pecados tendría que purgar ella, para que Dios la tratase así?

Sus pensamientos son interrumpidos por unos quejidos. Al principio ahogados, en sordina, en lloriquear afligido y monótono. Que se hace ya una queja de dolor. Jucundina se da cuenta que es Noca. Hace días que la chica anda renqueando, molesta por la herida del pie de donde Marta le extrajo un pedazo de espina. Lloraba en cuanto se ponía a caminar y debía ser llevada en brazos o cargada sobre las gruperas de Jeremías, pero sin dejar por nada su gata. «Gata del diablo. Por andar con ese animal es que se ha lastimado el pie. —Jucundina está tan cansada que demora en ver por qué llora su nieta—. En vez de andar con esa gata a cuestras, hubiésemos traído la cabra, que no iba a dar más trabajo». Oyó la voz de Jerónimo que reprendía a Noca:

—Cállese la boca, qué diantre... No para de llorar todo el día... Si no se calla le voy a dar unos azotes...

Pero Noca siguió llorando, lo que extrañó a Jucundina. Noca era dócil, obediente y temía al abuelo. Se levantó al mismo tiempo que la llamaba:

—Noca ¿qué te pasa?

La chica vino, renqueando los ojos llenos de lágrimas, apretando la gata contra su pecho y mirando con miedo al abuelo.

—Larga esa gata, chica...

Noca soltó a Marisca, que enseguida se metió entre el matorral. Jucundina tomó a la nieta en brazos y la colocó en las faldas:

—¿Qué te duele?

—Me duele mucho el pie...

El farol casi no alumbraba. Llamó a Marta:

—¡Marta!

—Estoy asando la carne...

—¡Gertrudis!

Vino la sobrina, y tomó el farol. Jucundina levantó el pie de Noca y palpó la herida. Todo el pie estaba hinchado, rojo oscuro, caliente. Arrancó la cáscara que cubría la herida y saltó pus. Noca se agarraba al cuello de la abuela con los dos brazos, sollozando dolorosamente. Jucundina se sentó en el suelo, aseguró a Noca contra sus piernas, y, mientras Gertrudis alumbraba con el farol, apretó con fuerza la herida para extraerle todo el pus.

—Buscame un trapo... Rápido...

Gertrudis regresó enseguida con un pedazo de trapo. Era de un vestido viejo, y a pesar de lavado, conservaba un indefinido color a suciedad. Jucundina lo partió en dos trozos. Con uno limpió la herida, que apretó todavía más, sin hacer caso de los gritos de Noca.

—A ver, que me junten unas hojas de mastuerzo...

Mientras esperaba pasó la mano cariñosamente por la cabeza de Noca, más aliviada con la curación. También esta pobre chica estaba sufriendo. ¿Y qué culpa tenía de lo que les estaba pasando? Jucundina siente de pronto un extraño desánimo. ¿Para qué andaban por esos caminos de la *caatinga*, con los pies deshechos por los espinos, el cuerpo molido de cansancio? ¿Para qué habían salido de su casa, abandonando sus animales y sus sembrados? ¿Por qué los habían tirado así a la calle? Acaricia la cabeza de Noca, hasta que Agustín y Gertrudis llegan con lo pedido.

Aplasta las hojas de mastuerzo en una piedra y las coloca sobre la herida, que envuelve con el pedazo de trapo. Jerónimo viene a saber lo que sucede:

—¿Qué es lo que tiene?

—Es una lastimadura fiera... Se le ha echado a perder...

Marta grita que la carne ya está lista. La alta figura de Zefa pasa hacia el lado del fuego. Su mota suelta y desgredada es enorme. Ahora durante todo el tiempo repite que el mundo está en su fin y que los hombres deben hacer penitencia para purgar sus pecados.

Jucundina piensa, mientras acuesta a Noca al lado de Ernesto, que mayor penitencia es imposible.

En el cielo sube la luna llena.

Zefa cada vez daba más trabajo. Cuando estaba en la *fazenda*, salvo la hora del crepúsculo, en que se entregaba a su extraño rito, pasaba el día casi normalmente, hasta ayudaba en los trabajos del campo, poco era, pero era algo. Pero a contar del segundo día de viaje, tuvo un cambio. Había que vigilarla porque se escapaba al menor descuido, gritaba, asustando a las personas que por casualidad encontraron a su paso. Y se hacía sus necesidades encima. Marta era la que, con una paciencia infinita, se ocupaba de limpiarla y cambiarle la ropa. Y como no se conseguía hacerla lavar, tenía un fétido hedor, que, en realidad, completaba lo extravagante de su figura. Toño había tomado por diversión burlarse de ella, tirándole del vestido, sacándole la lengua, poniéndole sobrenombres. Jerónimo, por eso, ya le llevaba dados unos cuantos moquetes, pero el chico no se corregía. Cansado de conducir el burro y correr por el camino, su entretenimiento era ahora mortificar a su tía loca. Juan Pedro, Agustín, Dinah y Gertrudis y el mismo Jerónimo, había momentos que perdían la paciencia con las cosas de Zefa y la trataban a gritos.

—No sirve más que para dar trabajo...

Únicamente Jucundina y Marta se ocupaban de la pobre mujer. Marta cada vez se parecía más a la madre. Tan bonita como fue Jucundina en su juventud, tenía su misma capacidad de trabajo, esa especie de fatalismo para encarar las cosas, que le evitaba llegar a la desesperación. Era ella la que conducía a Zefa durante casi todo el viaje, la cuidaba para que no se escapara, le hablaba cariñosamente, la limpiaba, la lavaba y no le permitía a Toño molestarla.

Jerónimo observaba con el corazón conmovido esta bondad de su hija. Quería a Marta sobre todas las cosas.

Al revés que Jucundina, él no pensaba mucho en los hijos que partieron. Era el destino y el destino no es cosa que pueda enmendarse, cada uno nace con él, tiene que cumplirlo. Se asombraba de que Agustín, ya un muchacho grande, no hubiese seguido el ejemplo de los hermanos. Toda su ternura la puso en Marta y para ella trabajaba tesonosamente el pedazo de tierra arrendado al *Coronel* Ignacio. Para que se pudiese casar bien, con un muchacho serio, tener una casa ordenada y librarse, si era posible, de la esclavitud de la tierra. Había otras que se casaron con comerciantes. Marta era bonita y, sobre bonita, era buena, dócil,

hacendosa. Merecía ser feliz. Contempla a Marta llevando a Zefa, guiando sus inciertos pasos, como si condujese una criatura o un ciego. Y Jerónimo siente remordimientos por la forma que a veces trata a Zefa. Recuerda las palabras con que Jucundina le reprochó su impaciencia: «Es una inocente...».

Los últimos sollozos de Noca se transformaron en un tranquilo roncar. Las alucinadas voces de Zefa parecían haber espantado los lagartos y las víboras de la *caatinga*. Sobre los cactus se derrama la luna color dorado. Jerónimo, luego de engullir su ración de charqui, va a echarle una ojeada a Jeremías, que come todo cuanto encuentra comible al alcance de su boca. A su lado Jerónimo se siente confiado y seguro. El burro es lo más sólido e inalterable en este viaje. Parece incapaz de sentirse cansado, el único que sabe descubrir hojas jugosas y evitar todo yuyo venenoso, como si hubiese nacido y se hubiese criado en plena *caatinga*. Jerónimo cada vez se encariña más con Jeremías. Acaricia su hocico. La luna ilumina la *caatinga* y a lo lejos silba una víbora venenosa.

10

Los quejidos de Noca despertaron a Jucundina que dormía al lado de los dos nietos. Se incorporó a medias y puso la mano en la frente de la criatura. La fiebre era alta. Miró a su alrededor a la luz de la luna. Calculó que debían estar por la media noche. La chica se movía inquieta en el lecho improvisado. Volaba de fiebre, Jucundina se levantó, pensando en cuál de los atados estarían las hojas de cedrón que trajo. ¿Quedaría alguna brasa todavía?

Trató de no hacer ruido. A pesar de eso Marta se despertó. Dormía junto con Gertrudis y Dinah, Toño entre ellas. Apoyándose en el codo, vio a Jucundina andando entre los arbustos. Primero pensó que la vieja estuviese buscando un lugar para hacer sus necesidades. Pero iba hacia los atados, que se acumulaban junto a los hombres dormidos. La luna iluminaba el reducido descampado y Marta vio, unos momentos, a la vieja Jucundina desatando uno de los atados. Oyó el quejido de Noca y comprendió enseguida lo que sucedía. Se levantó silenciosamente y se encaminó al sitio en que estaba Jucundina:

—Mama...

La vieja se sobresaltó:

—¿Para qué te levantaste? —Su voz era un susurro—. No hagas ruido para no despertarlos...

—¿Qué está buscando?

—Un poco de cedrón para Noca... Está con fiebre... Es por la herida del pie... Andá a hacer fuego...

No habían quedado brasas y Marta tuvo que ir a juntar un puñado de charamasca. Fósforos tenían los hombres. Marta tocó suavemente el brazo de Agustín. Los tres hombres dormían uno al lado del otro, el Winchester junto a Juan Pedro. Estaban tirados, como muertos. Agustín se movió y Marta le habló al oído.

—No hagas ruido...

Agustín se restregaba los ojos.

—Dame los fósforos...

—¿Para qué?

—Noca está con fiebre... Mama le va a hacer un té de cedrón...

—Si me necesitan avísenme...

Dio los fósforos a Marta, se acostó de nuevo, pero no se durmió. Espió hacia el lado que dormían las mujeres. Dinah estaba delante, sin embargo distinguía a Gertrudis, ya una mujer hecha a pesar de sus quince años. Si pudiese agarrarla a solas... Era su prima ¿y eso qué? Podía casarse con ella. Es claro, lo difícil era encontrar quien los casara por aquí. Levantó medio cuerpo para espiar los muslos de Gertrudis, que sobresalían del vestido, morenos y redondos. Se echó de nuevo. Era cuestión de esperar que se le presentase la oportunidad.

Hirvieron las hojas de cedrón dentro de una lata con agua. Noca continuaba quejándose. Zefa, que se había despertado, se llegó junto a la criatura. La miraba con sus ojos desvariados. No sabía de su herida ni de su fiebre. En sus labios había una sonrisa que atemorizó a las dos mujeres.

—¿Por qué no te acuestas, tía Zefa? —le dijo Marta.

Zefa apuntó a Noca con su índice de uña enorme y sucia:

—¡Se va a morir!

—Cruz diablo... Dios no ha de quererlo...

La criatura gemía. Jucundina la levantó en brazos y comenzó a darle la infusión. Noca tomaba a grandes sorbos la bebida, que Jucundina había endulzado con un pedazo de *rapadura*. La fiebre agrandaba sus ojos, que parecían no ser de ese rostro chupado y sufriente.

—Tengo frío...

—Traé el saco de tu padre...

Marta vino con el viejo saco de lana. En él, Jucundina envolvió a Noca. La acostó:

—A ver si te dormís...

Zefa seguía de pie junto a ellos. La luz de la luna daba de lleno sobre su rostro sonriente. Una dulce sonrisa con la que acompañaba sus palabras de lúgubre augurio:

—Se va a morir...

Marta la tomó por un brazo:

—Vamos, hay que acostarse...

Zefa se dejó conducir obediente, repitiendo con la cabeza vuelta hacia el sitio donde estaba Noca:

—Se va a morir... Se va a morir...

A Jucundina el augurio de la loca le había dado la certeza: Noca iba a morir... Y tal vez su nietito Ernesto, y Toño también, y Gertrudis y Marta y Dinah y ella misma y después los hombres. Todos morirían en esos caminos infernales. Pensó en las provisiones que disminuían rápidamente y que no iban a alcanzar ni para la mitad del viaje. Y sintió un nudo en la garganta, pero no lloró. Debía atender a la pobrecita criatura que sufría.

11

Delante marchaban Juan Pedro y Agustín recortando la maraña agresiva. Viendo lo estrecho del camino, se diría que nadie había pasado por allí desde mucho tiempo antes. Es que las plantas espinosas se entrecruzaban, cerrando el paso, casi de inmediato al tránsito de los hombres. En el suelo había huellas, muchos pies pisaron esas piedras y ese suelo. Por allí los emigrantes cortaban camino. En sus tiempos de tropero, Jerónimo había recorrido todos estos atajos de la *caatinga*, que conocía en gran extensión como las palmas de sus manos. Seguía a su hermano y a su hijo, arreando el burro. Las mujeres iban atrás, en fila, porque la picada no permitía el paso más que a una persona. Dinah, que llevaba alzado a Ernesto, tenía que irlo defendiendo con los brazos de los espinos.

Noca había sido acomodada en una de las árganas, que Jeremías llevaba en las gruperas, y que fue vaciada. La enfermita iba ahí sentada. Su pie cada

vez se hinchaba más y la fiebre subía. Ya no se quejaba, sumida en una modorra que le producía indiferencia para todo. Gertrudis se había hecho cargo de la gata, que Noca, hasta unos días antes, pedía llevar con ella. Pero ahora ya nada le interesaba y esto tenía preocupada a Jucundina. Zefa no cesaba de repetir su augurio como una maldición:

—Se va a morir...

Parecía que Zefa hubiese olvidado sus habituales profecías, para concentrarse en el anuncio de la muerte de Noca. Al principio esto se hizo intolerable a los que debían oír todo el día esa continua cantilena agorera, pero terminaron por habituarse y hacerse al convencimiento. La chica seguía empeorando. No había ni mastuerzo ni tés que dieran resultado, porque, como decía Jerónimo «la herida se le había enconado». En cada uno de ellos estaba ya el convencimiento de que Noca moriría. Y esperaban el momento en que la enferma cerrase los ojos y dejara de sufrir. Habían pasado dos días detenidos junto a una laguna, pendientes de la enfermedad de Noca. Y como no mejoraba ni moría, resolvieron al tercer día reanudar la marcha, porque no estaban para desperdiciar provisiones inútilmente. Y ahora se esforzaban por olvidar que Noca iba en las árganas. Solamente Jucundina y Marta se acercaban a ella de tiempo en tiempo para echar una ojeada al macilento rostro. Ya no abría los ojos y su boca dejaba escapar un continuo jadeo.

Zefa seguía repitiendo, sin recordar posiblemente a Noca, sus palabras agoreras. Y los demás, luego de esos días de expectativa, cada uno pensaba para sí y encontraba que lo mejor sería que muriera cuanto antes, porque les estaba atrasando el viaje y alargando las penurias y corrían el peligro de quedarse sin comestibles.

12

Ese día no hubo agua en toda la jornada. El sol quemaba y las piedras del camino más parecían brasas ardiendo. Las víboras saltaban en el camino. Juan Pedro había matado una cascabel con su bastón, y Toño vino corriendo, pálido de susto, porque casi lo muerde una víbora. Marchaban con cuidado y la sed iba en aumento. La poca agua que tenían, un cántaro mediado la reservaba Jucundina para la enferma.

A cierta altura del camino fue necesario poner también a Toño sobre Jeremías; el chico estaba agotado. La marcha se hizo más lenta. La cara de Noca cada vez se desencajaba más.

El cansancio dominaba a todos.

A eso de las tres de la tarde. Dinah cayó vencida:

—No puedo más...

Se detuvieron. Juan Pedro y Agustín descansaron los machetes. No había ni un árbol, ni un espacio abierto, ni el menor signo de gente. Nada más que la *caatinga*, agresiva e inhóspita. Hasta la misma Zefa, cuya locura la sostenía, se sentó en el suelo y pidió agua. Los hombres salieron en su busca.

Agustín se acercó al burro y miró a Noca en las árganas:

—No va a pasar de esta noche... —y su voz mostraba alivio.

13

En la noche de ese mismo día, al final de la marcha, encontraron un claro de donde partía un camino, en busca del cual andaba Jerónimo. Y ahí acampados, un grupo de emigrantes a los que se había unido el personal de la *fazenda* a la que pertenecían estas tierras. Eran unas veinte personas entre hombres, mujeres y chicos, y se disponían a improvisar una fiesta. Había un tocador de guitarra y bebían *cachaca*. El personal de la *fazenda* no había venido solo por los emigrantes, que frecuentemente pasaban en sus viajes de ida y vuelta de San Pablo, sino para ver un prestidigitador, desprendido de una compañía teatral que quebró en una ciudad próxima. El prestidigitador se puso a recorrer las *fazendas* del lugar, con la esperanza de conseguir en las casas grandes, con sus exhibiciones, el dinero necesario para regresar a Río de Janeiro. En las ciudades los anuncios enfáticos lo llamaban el «Gran Profesor Fulvio». Pero aquí, con su traje raído y sucio (su guardarropa lo había vendido para pagar la pensión y solo quedó con el traje que vestía y algunos adminículos para sus suertes de magia), su pelo largo y su barba sin afeitar, volvía a ser simplemente José Duarte. Estaba en la mayor miseria y rodaba de *fazenda* en *fazenda*, dando exhibiciones, primero para los *fazendeiros* y luego para los colonos y peones, sin poder reunir la suma necesaria para trasladarse a la capital. Ya llevaba más de dos meses en esta peregrinación a través de la *caatinga* y ni él mismo podía

darse cuenta de toda la alegría que distribuía entre los hombres de esas tierras que ignoraban el cinematógrafo y el teatro.

Había realizado allí exhibiciones para la familia del *fazendeiro* y del capataz y también para los trabajadores. Y se preparaba a seguir hacia otra *fazenda*, cuando supo de la llegada del grupo de emigrantes y resolvió juntar entre ellos unos centavos más.

Al llegar Jerónimo con los suyos, el prestidigitador iba a dar comienzo al espectáculo. Pero como la atención de su auditorio se desvió hacia los recién llegados, se detuvo para reiniciar su discurso previo a la exhibición. Jerónimo saludaba:

—Buenas tardes...

Se veían árboles, se veían pastajes, que se extendían a lo lejos, y ganado. Más allá la casa grande, los cortes, los ranchos de los trabajadores. Pero fue el simple encuentro de seres humanos, lo que levantó el ánimo de los caminantes.

Jerónimo pidió permiso para pasar la noche allí. Uno de los hombres de la *fazenda* le explicó que debía ir hasta la casa grande para pedirle el permiso al *Coronel*. Pero otro intervino y sostuvo que ya el *Coronel* había permitido quedarse a los anteriores y, por lo tanto, la autorización valía para la familia de Jerónimo. Comenzaron entonces a descargar el burro y todos rodearon a Noca cuando fue bajada de las árganas. Jucundina la acostó junto al tronco de un árbol y la gata vino para jugar con ella, inútilmente. Ernesto rompió a llorar con hambre.

Una mujer se llegó para preguntar qué tenía la chica. Todos se acercaron y el mismo prestidigitador, bajándose las mangas de la camisa, aproximóse. La conversación se generalizó. Jucundina y Dinah daban explicaciones, en tanto Marta y Gertrudis, aprovechando el fuego hecho, se daban a la tarea de asar el charqui para la cena, que esta vez se aumentaría con el cacho de bananas que había comprado Agustín a uno de la *fazenda*, Dinah mientras Jucundina daba de comer al nietito, describía a las demás mujeres la enfermedad de Noca. Las otras aconsejaban remedios y una de ellas fue a traer una pomada que recetó un médico para un caso parecido. Dinah aplicó la pomada. La chica ni abrió los ojos, nada parecía sentir, el cuerpo laxo.

El prestidigitador esperaba pacientemente que la curiosidad despertada por los recién llegados se calmase para comenzar su espectáculo. No era que dejase de darle lástima la criatura enferma, pero predominaba en él la preocupación de que la gente perdiese el interés en verlo trabajar. Unos

hombres se ofrecían a traer agua, otros ayudaban a descargar el burro, las mujeres querían ser útiles para atender la enferma. Y una de ellas hablaba animadamente con Zefa, que la oía en silencio, con los ojos fijos en los labios de su interlocutora. Fue necesario que Agustín le advirtiese que Zefa era loca. Otra mujer contaba a Jucundina que había perdido dos hijos chicos en el viaje, llevados por las fiebres. El prestidigitador se había alejado unos pasos y observaba intranquilo todo ese movimiento. Esperó que la familia de Jerónimo se reuniese para comer. Que Jucundina durmiese a Ernesto y lo acostara en la hamaca que esa noche pudieron colgar en los árboles. Que en la otra colocaran a Noca al cuidado de Marta.

Por fin la gente se fue juntando en torno al prestidigitador. Él, entonces, golpeó las manos, pidiendo atención. La luna iba por su cuarto menguante. Si se demoraba más, el espectáculo perdería efecto y la colecta sería pobre.

—¡Atención! ¡Atención, señoras y señores! ¡Vamos a comenzar!

Agustín había conseguido ubicarse en primera fila, llevando a Gertrudis con él. Los otros de la familia también se habían colocado entre los hombres y mujeres deseosos de asistir al trabajo del prestidigitador. Solo Jucundina, sentada al lado de Ernesto, y Marta que acunaba suavemente la hamaca donde agonizaba Noca, se quedaron. Marta dijo:

—Vaya, mama... Vaya a distraerse... Yo voy a cuidar a los dos...

Jucundina tenía muchas ganas de ver. Ernesto dormía tranquilo y Noca parecía más calmada. La vieja se acercó, indecisa, y se colocó al lado de Jerónimo. Marta se estiraba en puntas de pie y lograba ver las manos del prestidigitador con el mazo de barajas, su cara barbuda, su sonrisa de superioridad.

Hizo varias suertes con el mazo de barajas. Las mujeres reían, los hombres comentaban. De entre su mano desapareció un huevo que luego fue a buscarlo detrás de la oreja de Gertrudis. Las risas aumentaban. Rompió en pedacitos un billete, lo envolvió en un pañuelo, y al desatarlo el billete apareció intacto. Después anunció que iba a suspender unos minutos la exhibición para que el estimado público manifestara su agradecimiento. No fue mucho lo que recolectó, pero el Profesor Fulvio ya sabía que esta gente daba lo más que podía disponer en su miseria, y, por otra parte, sentía cierta satisfacción en proporcionarles ese esparcimiento. Volvió a colocarse en el centro de la rueda y preguntó quién tenía un reloj. Uno de los hombres le entregó un reloj grande y antiguo, cuyo tic tac oían todos. El prestidigitador extendió el pañuelo,

puso el reloj dentro, hizo que los que estaban en primera fila tocasen, para constatar que ahí estaba, lo anudó en el pañuelo y golpeó con él varias veces en una piedra, El dueño del reloj no pudo contener un grito de susto. Pero el prestidigitador sonreía y bromeaba. Y anunció que el reloj estaba hecho pedazos y que sin embargo le haría aparecer sin la menor rotura. Todos los ojos estaban puestos en él. Hasta los de Zefa, que lo miraba como un dios, y los de Marta que se estiraba todo lo que podía para ver mejor. En la punta de los pies sobre la raíz del árbol, se mantenía en equilibrio asegurándose en el cabo de la hamaca donde dormía Noca. Estaba concentrada en el espectáculo, pero a su mano se comunicaron unos estremecimientos de la hamaca, y se volvió para mirar. Y vio a Noca convulsionada, agitando los pies y las manos, como un animal herido. En el mismo momento en que el prestidigitador hacía aparecer el reloj intacto, ante las miradas atónitas de sus espectadores, Marta gritó con voz angustiada:

—Noca se muere...

Jucundina vino corriendo. Los demás quedaron sin saber qué hacer. La mujer repitió:

—Yo ya perdí dos en este viaje...

Entonces se acercaron a la hamaca. Jerónimo sostuvo a Jucundina, que sollozaba. El cuerpo de Noca estaba de costado, vuelto en el estertor de la muerte. Marta la sacó de la hamaca y la depositó en el suelo. Era un guiñapo. Nada más que piel y huesos. Toño se sentó al lado de la hermana muerta y se puso a llorar.

No hubo mucho tiempo para recordar a Noca. Solo dispusieron del resto de la noche para llorar y rezar por ella. Velaron el cadáver junto con aquella gente desconocida, en medio de conversaciones tristes, donde se contaban desventuras, historias de secas, de expoliaciones, de conflictos con terratenientes poderosos, de criaturas muertas, de enfermedades y remedios del campo.

Fue esa noche cuando volvieron a oír del Beato Esteban. Decían que el santón andaba cerca, que venía por el camino de la ciudad. Muchos hombres armados lo acompañaban, hombres despojados de sus tierras,

trabajadores despedidos de las *fazendas*, familias corridas por las secas, fugitivos de la justicia y gente que huyó para no pagar sus deudas con las proveedurías. Todos venían haciendo penitencia, cantando salmos y rezando plegarias y oraciones inventadas por el Beato Esteban, y anunciando el fin del mundo. Zefa oía con atención extrema estos relatos y no parecía loca. Hasta se había desinteresado del cadáver de Noca, que al principio le causó gran impresión. Al ser puesto el cuerpo de Noca en el suelo, Zefa se apoderó de él y lo apretó contra su pecho, acunándolo, cantándole cantos que nadie sabía donde los había aprendido. Parecía acunar al hijo que no tuvo, adormeciéndolo con voz de tierno cariño. Jucundina le sacó el cadáver de sus brazos:

—Las maldiciones que le echó y ahora viene con cariños...

Pero Zefa no entendía, era indiferente al significado de las palabras. Tendió las manos en un pedido:

—Dámela a mí...

Fue necesario que entre Agustín y Marta la sacaran de allí. Y tuvo uno de sus accesos, gritó e insultó y amenazó a todos, parientes y extraños, que la observaban de lejos. Solo los relatos del Beato Esteban la habían calmado. Del santón la charla pasó a Lucas Arboleda, que era el personaje obligado de todas las historias de esa parte del *sertón*. Le temían, indudablemente, pero no lo odiaban, era un campesino como ellos, un desposeído, un expoliado, un hombre que conocía el trabajo de sol a sol. Y alguien habló de Zé Tronido:

—Dicen que es más valiente que todos. Le dicen Zé Tronido porque no deja de tirar, igual que un trueno...

Jucundina aguzó el oído. Llegó a olvidar el cadáver de Noca porque había oído hablar de su hijo. En ese largo camino que hicieron, muchas veces recordó a sus hijos. Si ellos hubiesen estado la cosa sería más fácil, y de mucho trabajo aliviarían a Juan Pedro y Jerónimo. Especialmente Juvencio que todo lo sabía remediar, con su modo para conseguir las cosas, tan mañoso, capaz de resolver cualquier situación. Los tres se fueron, pero ella no los olvidaba un solo momento. Para los demás era como si no existieran. Se necesitaba que alguien hablara, como este hombre que ahora hablaba de José para que lo recordasen. Años hacía que partieron, uno después de otro, desapareciendo en la noche. José estaba con Lucas Arboleda, los otros dos eran soldados, en la policía uno, en el ejército el otro, pero Jucundina no establecía diferencia entre los tres, aunque uno era bandolero y los otros dos hombres decentes. Decentes eran los tres, cada

uno seguía su camino, su destino diferente. Todo lo que ella deseaba era poderlos ver de nuevo, de nuevo junto a sí. Cosa difícil esa, porque andaban por tierras lejanas, muy distantes de la suya. Con Dinah, que era la única que podía escribir más o menos bien una carta, le hizo escribir a Juan, contándole que iban para San Pablo y que de allá le escribirían nuevamente. A José ¿cómo escribirle, si él era Zé Tronido, de la banda de Lucas Arboleda, sin rumbo ni parada cierta, siempre en la *caatinga*, saqueando y matando? De Juvencio no conocía la dirección. Un tiempo estuvo en San Pablo en una guerra, después parece que fue para Amazonas, pero ninguna noticia tenía. Era el que más quería de los tres, pero el más alejado porque nada de él sabía. Un conocido una vez le dio noticias de Juvencio. Dijo que en esa guerra de San Pablo lo habían hecho cabo. Ese hombre lo había visto en la ciudad, de donde seguía embarcado para Manaos. Iba para la parte de los indios a patrullar la frontera. Jucundina había esperado inútilmente una carta que nunca llegó.

Jerónimo trató de sacarle más datos al hombre que habló de Zé Tronido. Pero el hombre poco sabía, nada más que era un bandolero valiente y que fue el que mató al teniente Anselmo en un tiroteo. No sabía más. El corazón de madre de Jucundina no quedó satisfecho con tan poco. Dejó a Marta junto al cadáver de Noca y se aproximó al hombre:

—¿Y qué otra cosa cuentan de Zé Tronido?

El hombre quedó medio avergonzado de no poder decir más, ante el interés despertado por su referencia. Buscaba en su memoria y por último pensó atribuir a Zé Tronido un crimen que hubo en su tierra. Pero se calló al oír la confesión de Jucundina:

—Es mi hijo... Por eso quisiera saber...

—Siento no saber más, doña. Dicen que es un hombre valiente, que no tiene miedo a nada...

Ahora Jucundina se siente en compañía de sus tres hijos y menos desesperada. Toño ha terminado por dormirse sentado. Lo acostó, cubriéndolo con los trapos que antes servían a Noca. Y fue a ver a Ernesto que dormía en la hamaca.

El prestidigitador estaba mirando a la criatura. Al acercarse Jucundina no la reconoció y señalando al chico dormido, dijo:

—Este tampoco va a durar mucho...

Extrañado por la falta de respuesta, miró mejor a la mujer. Y cuando la reconoció quedó desconcertado, tratando de encontrar una enmienda a lo dicho, la mano en el aire con un gesto incompleto.

—Dios no ha de querer que muera...

El prestidigitador entonces abrió los brazos y murmuró:

—Es claro... Se puede mejorar muy bien...

Se alejó seguido por la mirada de Jucundina. Y se mezcló entre la gente que le pedía explicaciones sobre sus suertes de magia.

La vieja observó a su nieto. Cada vez enflaquecía más. Pero allí habían conseguido leche, y Jucundina tenía lleno el cántaro con leche hervida, que les iba a durar para todo el día siguiente. Era esa crema de fariña la que estaba matando al chico. Dios no permitiría que los hijos de su hija difunta, que ella tomó para criar, se le muriesen en esta forma. No, Dios no lo iba a permitir...

15

Y los días transcurrieron sobre los caminantes, cuyos pies se llagaron, cuyas heridas se curaron y volvieron a llagarse de nuevo y a herirse de nuevo, sin que su caminar terminara. Jerónimo, que había anotado el día de la partida, todas las noches hacía la cuenta del tiempo que llevaban viajando. Pero desde la semana anterior dejó la cuenta, por cansadora e inútil. Ahora ya no sabían cuánto tiempo hacía que iban atravesando la *caatinga*, con paradas en algunas *fazendas*, pero ya debía haber alcanzado a un mes, porque las provisiones calculadas para treinta días estaban al fin. Habían hecho economía reduciendo la ración diaria, para llegar por último a suprimir la cena y acostarse con un poco de café. Estaban flacos y agotados. Cuando iniciaron el viaje parecían campesinos pobres, ahora semejabán mendigos o bandoleros, con los cabellos crecidos y las barbas enormes.

Cuando conseguían pernoctar en alguna *fazenda*, podían casi siempre comer y comprar provisiones para continuar el viaje. Sin embargo, eso no era frecuente. Los atajos rara vez desembocaban cerca de las casas grandes y Jerónimo no quería desviarse de su camino.

Cierta tarde fueron a dar al patio de una *fazenda*, cuya casa grande quedaba distante. Los atendió una anciana que los autorizó a ocupar un rancho desocupado. Los trabajadores estaban todavía en las plantaciones y, antes que volvieran, Jerónimo consiguió comprar en la proveeduría de la *fazenda*, charqui, café, porotos, fariña y *rapadura*. Además la anciana les

dio un poco de leche. Al regresar los trabajadores, al caer la noche, trajeron noticias del Beato Esteban. Contaban que él con sus penitentes, casi mil, según afirmaban, había llegado a menos de una legua de allí y acampado en una *fazenda* vecina donde comenzó a predicar. Pero las fuerzas policiales los persiguieron porque la multitud comenzaba a saquear las propiedades.

Esa noche Jucundina pudo preparar una verdadera cena. Porotos con charqui, pirón de fariña y abundante café. Los hombres necesitaban alimentarse bien. Hacía más de una semana que estaban a media ración. Y en los últimos días apenas probaron la carne, casi todo el día a café. Después de comer se echaron en el suelo, mezclados hombres y mujeres. Agustín se puso cerca de Gertrudis, con la intención de invitarla a salir juntos, pero se durmió antes que los demás.

Jerónimo advirtió que partirían por la mañana bien temprano. Deseaba evitarse el encuentro con la gente del Beato Esteban. Y así fue como se despertó, todavía oscuro, y salió a buscar a Jeremías que pacía en el tierno pastaje de la *fazenda*. Acarició el hocico del burro, le hizo bromas, tratándolo como a un ser humano, con cariño y estimación.

—Te estás poniendo panzón, ¿eh, Jeremías?

La cena de la víspera, la dormida bajo techo, y las provisiones conseguidas, lo habían puesto de buen humor y dado confianza y resolución. Puso el cabestro y las gruperas al burro y lo estacionó frente al rancho. Entró para despertar a la familia. Zefa y Juan Pedro no estaban. Supuso que hubiesen salido para hacer sus necesidades. Pero un rato después encontró a Juan Pedro escondiendo unas mandiocas en las árganas. Su hermano tenía las manos sucias de tierra. Había robado las mandiocas. Eso lo sorprendió dolorosamente. Nunca hubiese creído a Juan Pedro capaz de una mala acción. Su impulso fue hacerle un reproche; pero se contuvo, recordó el hambre que habían pasado y lo que les quedaba de camino. Le preguntó por Zefa:

—¿Y Zefa?

—No la he visto...

Juan Pedro había notado el desagrado en el rostro de su hermano mayor y se creyó obligado a darle una explicación:

—Has visto la enormidad de mandioca que tienen... Ayer le quise comprar un poco, pero el capataz me dijo que la única que podía vender era la vieja... y la vieja ya estaba durmiendo...

Levantó la cabeza:

—Uno tiene que pensar en su mujer y en su hija... y si no se busca la forma, se morirán de hambre...

—Yo no digo nada... —y para cambiar de asunto volvió a preguntar—: ¿No has visto a Zefa?

—Cuando me levanté ya no estaba...

Agustín salió a buscarla. Recorrió inútilmente los alrededores y llegó hasta los fondos de la casa grande. Preguntó a los peones que en ese momento se preparaban para salir al trabajo. Nadie sabía nada. Al regresar Agustín sin noticias de Zefa, Jerónimo quiso partir:

—Si no, vamos a perder el día...

Pero se opuso Jucundina, y obligó a los tres hombres a buscarla en todas direcciones. Y ella misma se fue hasta la casa grande y le contó lo sucedido a la señora del dueño, de la que obtuvo permiso para permanecer un día más en la *fazenda*. Pero todas las investigaciones fueron infructíferas. Por la noche los hombres estaban agotados y no habían encontrado el menor rastro de la desaparecida. Solo consiguieron saber que el Beato Esteban había partido esa mañana de la *fazenda* vecina donde estaba, para internarse en la *caatinga*, dejando tras él el comentario de sus milagros y profecías.

Jucundina nada decía, pero notaba que algo había entre Gertrudis y Agustín. Dinah también parecía estar desconfiando, porque era evidente que vigilaba a su hija. En cuanto podían. Agustín y Gertrudis andaban juntos en gran conversación. En las paradas para comer o dormir, siempre encontraban un momento para escaparse y esconderse a la vista de los demás, y al volver, Gertrudis mostraba un aire entre asustado y satisfecho y Agustín se echaba en un rincón, callado, evitando toda conversación. A Jucundina esto no le agradaba. Agustín no tenía edad para casarse y Gertrudis todavía era una criatura. Y después ¿cómo casarse? Si ni siquiera tenían un sitio donde echarse para dormir, ni de qué vivir, todavía si estuviesen en la *fazenda*, a ella no le parecería mal, siempre que Gertrudis esperase dos años más, porque no estaba en edad de cuidar una casa y pensar en hijos. Eso sí, comprendía que era difícil oponerse a los acontecimientos. Agustín, aunque no pasaba de ser un muchacho, ya había

hecho sus escapadas al pueblo en busca de mujer. Y en la intimidad de ese viaje, Agustín debió tentarse con las risas insinuantes de su prima y con sus muslos que se mostraban bajo sus cortos vestidos.

Pero Jucundina no podía menos que pensar en lo que dirían Jerónimo y Juan Pedro al darse cuenta de lo que pasaba. Les faltaba tiempo para notarlo, todo el día ocupados en los quehaceres del viaje y a la noche nada más que deseando echarse a dormir. Pero las mujeres sí se daban cuenta. Dinah andaba con el ojo bien abierto y Marta se sonreía al ver a su hermano y a su prima desaparecer.

Jerónimo era un hombre manso y bueno, pero daba miedo cuando se enfurecía. Por algo parecido Juan se fue de la casa para nunca más volver. A Juan le había dado por andar en amores con una hija de un compadre de ellos, el viejo Maneca, y se iba todas las tardes con la muchacha a conversar a la orilla del río. Maneca le habló a Jerónimo del asunto. Si el muchacho pensaba casarse, bueno. Pero no quería que la honra de su hija anduviese en boca de la gente. Jerónimo lo oyó en silencio y le prometió tomar medidas. Juan no había cumplido todavía los veinte años y apenas el bozo despuntaba de sus labios.

Esa noche Jerónimo le habló:

—No podes pensar en casarte todavía, no tenés posibles...

El muchacho le respondió que no tenía por qué darle explicaciones, era dueño de sus acciones, y si se iba de la casa, trabajo no le faltaría. Jerónimo se enfureció y tomando una tabla se le fue encima. Jucundina observaba la escena sin animarse a intervenir. Marta, que entonces solo tenía trece años, se refugió en un rincón atemorizada. Juan le advirtió al padre:

—No me pegue, no me pegue, por Dios...

Y como Jerónimo persistiera en perseguirlo, agregó:

—Si me llega a tocar, me voy de esta casa...

Jerónimo no oía nada. Había perdido la cabeza de rabia y rompió la tabla en la espalda de Juan. El muchacho no reaccionó. Miraba a Jucundina y esta de pronto se echó sobre el marido gritando:

—No le pegues a mi hijo, desgraciado...

Solo entonces Jerónimo se detuvo jadeante. Soltó el pedazo de tabla que le quedaba en la mano y salió callado para los fondos de la casa, Jucundina palpó los brazos, la cabeza, la espalda del hijo. Juan dijo:

—Mama, me voy...

—No hagas eso, hijo... Él estaba con rabia y con razón, le has contestado... Un hijo no debe contestar a su padre...

—Me voy no más, mama... Ya puedo darme vuelta solo...

Deme su bendición...

Quedó ante ella, decidido. Jucundina comprendió que no se quedaría. Fue a buscar un dinero que guardaba para algún apuro y se lo entregó al hijo:

—Cuando te pase, ¿vas a volver?...

—No, mama, no vuelvo más.

Caminó hasta la puerta. No llevaba nada, nada más que el dinero, en un billete roto por el medio y pegado con jabón. Antes de atravesar el umbral dijo:

—Dígale que me disculpe...

Los ojos de Jucundina estaban preñados de lágrimas. Se dirigió a la puerta para ver la sombra de Juan perderse en la oscuridad. Fue el primero en irse. El otro, José se escapó con Lucas Arboleda. Juvencio desapareció una noche, sin saberse por qué y durante mucho tiempo no se tuvieron noticias de su vida. No quedó más que Agustín, el menor de los cuatro. Y ahora andaba metiéndose con Gertrudis, conversando a escondidas, escapándose con ella al monte. Eso no iba a terminar bien. Jucundina se decía: «Es mejor casarlos antes que esta chica se pierda...».

Si sucediese una cosa así... No quería ni pensarlo...

Y entre la inquietud y los temores de Jucundina y Dinah, el amor se desarrolló en la *caatinga*. La manutención se había terminado y se perdía gran parte de la jornada en buscar qué comer. Un tatú, de tanto en tanto, una liebre, un acutí. Pero en la *caatinga* era difícil la caza. Tenían que perder horas y horas tras el rastro de un animal y el viaje se demoraba Agustín muchas veces se dio cuenta que su padre perdía el rumbo, y solo cuando conseguían averiguar el camino a seguir, se tranquilizaba.

Todo lo que deseaba Agustín era llegar cuanto antes a una población para conseguir trabajo y quedarse a vivir con Gertrudis. El hambre agriaba su carácter y hasta con Gertrudis peleaba, porque ella ahora se negaba a las furtivas escapadas de antes. Con el prolongado viaje y en el progresivo aumento de las intimidades amorosas, él se volvía más exigente, dispuesto a poseer a Gertrudis sea como fuere, a pesar de haberle prometido

respetarla hasta que encontrasen un sacerdote que los casara y un lugar donde afincarse. Ya Agustín no pensaba ir a San Pablo. Por las *fazendas* que pasaban le habían ofrecido trabajo, pero la retribución era demasiado escasa. Ahora pensaba aceptar cualquier cosa, lo que quería era poder quedarse de una vez con Gertrudis.

Cierta tarde la muchacha apareció con un labio sangrando. No se podía creer que fuese una herida de espino, como ella dijo. Dinah la cercó a preguntas y Gertrudis terminó por confesarle que Agustín le había dado un puñetazo por no querer entregársele. Dinah tuvo un acceso de furia. Jerónimo y Juan Pedro andaban de cacería, y Agustín había desaparecido. Solo estaban las mujeres y Toño. Cuando Jerónimo y Juan Pedro salieron para seguir los rastros de un tatú, Agustín se quedó con el pretexto de cuidar las mujeres. Tenía su plan hecho. Hervía su sangre.

Dinah, después de la confesión de Gertrudis, se dirigió directamente a Jucundina. Se llevaban bien las dos cuñadas y se trataban de comadre, sin que existiese entre ellas ningún parentesco de sangre. Juan Pedro y los suyos habían vivido siempre un poco dependientes de Jerónimo, que los había ayudado en momentos difíciles y que, como hermano mayor, aconsejaba, tenía la última palabra en los negocios y en los casos importantes. Dinah llegó todavía furiosa. El hambre, por otra parte, los había vuelto a todos agresivos y sulfurados. Estaban enflaquecidos, hechos unos fantasmas, los cabellos larguísimos, los cuerpos sucios, llenos de bichos, vestidos de harapos. Cualquier cosa creaba un conflicto. La misma Jucundina se sentía enferma y pronta al mal humor, rezongando por nada, protestando por todo, discutiendo con Jerónimo. Marta era la única que se mantenía más tranquila, apaciguaba los ánimos, no descuidaba a los chicos, sobre todo a Ernesto, cada vez más concluido, y a Toño con esa «tos de perro», como la diagnosticó Jucundina.

Dinah vino gritando:

—¡Comadre! ¡Comadre! Venga un momento...

Pero fue ella la que se acercó a donde estaban Jucundina y Marta tratando de hacer ingerir a Ernesto un poco de faríña con agua. Toño cuidaba el burro, que se buscaba la vida comiendo la corteza de los cactus, que por instinto sabía le iban a proporcionar comida y agua. Toño, imitando al animal, se había acostumbrado a matar su hambre en la misma forma.

—¿Qué hay, comadre? —respondió Jucundina.

Y se puso de pie al ver el estado de excitación de Dinah. ¿Sería una víbora? Era la mayor preocupación de Jucundina el que alguno fuese mordido por una víbora venenosa. La muerte segura. Y vivía recomendando, a los hombres especialmente, que tuviesen mucho cuidado. Ya habían matado durante el viaje gran cantidad de víboras y una casi mordió a Toño, menos mal que pudo saltar a tiempo y librarse del mortal peligro.

Pero a las primeras palabras de Dinah se dio cuenta de lo que sucedía. Eso tenía que venir y hasta le pareció que había demorado más de la cuenta. Dinah amenazaba:

—Si la pierde a mi hija, Juan Pedro le va a meter un balazo... y está bien hecho...

—¡Cállese, mujer loca!... —le gritó Jucundina.

Dinah parecía haber olvidado que ella se entregó a Juan Pedro así no más y que vivieron sin casarse muchos años, hasta que llegó a la *fazenda* un cura para celebrar una Misión.

El grito de Jucundina tuvo el efecto de calmar los nervios de Dinah. Se calló y se puso a llorar. Jucundina seguía con rabia y hablaba agresivamente:

—¿Qué te creés, que mi hijo es poca cosa para tu hija? Es hasta demasiado... ¿Qué marido vas a encontrarle?...

La voz de Dinah se hizo mansa:

—No digo que él no sea bastante... Si se quiere casar, no digo nada... Lo que no voy a permitir es que la chica ande revolcándose por los yuyos como una perdida cualquiera...

El resto de la conversación se desarrolló tranquilamente. Arreglaron con Jucundina que hablaría con Agustín, para que el casamiento se realizara en la primera iglesia que encontrasen.

—Es mejor así...

Los hombres regresaron al atardecer. Nada traían. Agustín volvió más tarde y por los ojos dedujo que no había comida. Trató de descubrir a Gertrudis en la oscuridad que la fogata no alcanzaba a dominar y la vio en un rincón, acurrucada, sobándose el labio hinchado. Ernesto lloraba. La gata estaba maullando. Durante el viaje había crecido y ahora era un animal flaco y salvaje, pero que los seguía como un perro. Más de una vez les trajo algún acutí, y lo depositó a los pies de Marta, que luego de la muerte de Noca, la cuidaba. Es verdad que cuando traía un acutí era porque ya se

había hartado con otro. Pero aún así, su instinto cazador le impedía abandonar la presa.

Agustín sentía hambre. Durante toda la jornada nada habían comido. La víspera, al mediodía tomaron pirón de fariña y un pedazo de *rapadura*. Y lo que todavía quedaba de fariña, Jucundina la administraba avaramente para Ernesto. A Toño le había dado unos coscorrones porque lo pescó robándole la fariña.

Jucundina llamó a su hijo:

—Vení, Agustín...

Al acercarse Agustín vio la cara de Ernesto. No era ya una cara humana. Esta criatura vivía de milagro. Era la piel y los huesos. Una cosita envuelta en trapos.

Agustín respetaba a su madre, pero temía las consecuencias de esta conversación. Gente de pocas palabras, de escaso vocabulario, no siempre sabían expresarse bien y sus palabras casi nunca revelaban la verdad de sus sentimientos.

Se puso en cuclillas frente a Jucundina y quedó a la expectativa. Ella no sabía cómo empezar, no era fácil tampoco, no quería que pasara con Agustín lo que pasó con Juan. Se decidió al fin, cuando el silencio se estaba haciendo pesado y desagradable, y fue derecho al asunto:

—¿Te pensás casar con Gertrudis?

Agustín frunció el ceño, su frente se plegó en arrugas. Bajó la vista, con un palito revolvía la tierra seca de la *caatinga*:

—Casarme, juntarme... lo que sea...

—¿Y no podés esperar hasta que lleguemos a San Pablo y nos arreglemos un poco? Va a ser mejor para todos... Podemos hacer un casamiento como Dios manda, con bendición y con Registro... Total falta poco para llegar a Juázeiro, dice Jerónimo que es cosa de unos días no más... Después en barco y en tren la cosa es rápida...

Agustín sacudió la cabeza:

—No voy a ir a San Pablo... Me voy a quedar en la primera *fazenda* que me den trabajo...

—Mejor es San Pablo, dicen que allá la gente gana mucho dinero... Allá el que trabaja tiene consideración, aquí es un nadie, sobra gente y pagan una miseria...

Agustín se rascó la cabeza impaciente:

—No me importa, mama. Vayan ustedes a San Pablo, si es que están con eso. Puede que lleguen y ganen plata. Pero puede también que no

lleguen y se queden por el camino... Yo no estoy para morirme de hambre, tengo salud y voy a trabajar donde me den trabajo... Y Gertrudis se queda conmigo...

Jucundina sintió que era definitiva la decisión de su hijo, tanto como la de Jerónimo de llegar a San Pablo. Así eran sus hijos, igualitos que el padre. Nada se sacaba con pedir, con rogar y menos con amenazar. Este también se iba, como los otros, a cumplir su destino. Y este todavía con una mujer, que para nada servía. ¿Y qué sería de ellos, cuando empezaran a tener hijos? Pensó en los tres que habían partido antes: José, Juan, Juvencio. ¿Estarían casados? ¿Tendrían hijos? José no, un bandolero no se puede casar, no tiene derecho a tener hijos. La vida del bandolero es un andar sin fin. Y sufre por el hijo cuya vida es esa, y pelear siempre.

Agustín espera que su madre hable y teme sus pedidos, las súplicas de ella. Está dispuesto a defenderse irreductiblemente. Y si empiezan a fastidiarlo, los deja ahí no más. Se lleva a Gertrudis y los dos se van a buscar trabajo en la primera *fazenda*. Jucundina habla tiernamente, como Agustín no tiene recuerdo de haberla oído nunca:

—Si te querés casar con ella, casate... Ninguno te lo va a impedir... Pero no creo que tengas derecho a dejarnos así, pasando necesidades, para irte sin pensar en los que se quedan... Yo te puedo decir estas cosas, porque para eso soy tu madre, que te he criado con mi propia sangre... Si te querés ir vas a tener que esperar que lleguemos a Juázeiro... Son solo unos días, total, has hecho lo más, podés hacer lo menos. No vas a tener tan poco corazón de largarnos como a unos perros...

Agustín asintió:

—Si no empiezan a meterse conmigo, bueno... Ya soy un hombre y puedo disponer de mí... Ustedes van a San Pablo, yo no quiero ir...

—No estás en tu juicio... Yo no te digo que vayas con nosotros a San Pablo. Nada más que hasta Juázeiro...

—Bueno, entonces. Hasta Juázeiro...

Todavía Jucundina no estaba satisfecha:

—Tenés que prometerme otra cosa...

—¿Qué otra cosa?

—Vas a dejar a Gertrudis tranquila hasta que lleguemos allá... Después podés hacer lo que quieras cuando te cases... Pero antes no quiero que pase nada... Quién sabe lo que podrá traernos eso... —y agrega—: Creo que me moriría del disgusto...

Agustín se levantó sin decir nada. Pero en sus ojos y en el gesto de su mano la madre leyó su respuesta. Lo prometía y podía confiar en Agustín. Pero asimismo esperó una palabra que confirmara. Y sonrió cuando él dijo:

—Está bien, mamá. Quédese tranquila...

Y se reunió a los hombres. Ella lo siguió con la mirada. Le dolía el estómago de hambre.

Juan Pedro se le acercó sigilosamente, en puntas de pie, pero la gata huyó. Agustín comprendiendo lo que Juan Pedro quería, gritó a su madre, mientras trataba de cercar a Marisca:

—Ataje por ahí...

La gata vigilaba atenta los gestos de los hombres. Parada, los ojos yendo de uno a otro de sus perseguidores, esperaba la ocasión de fugarse. Jerónimo se colocó en un ángulo y entre los tres la cercaron. La gata, lo mismo que los otros dos hombres, parecía haber comprendido la razón de la maniobra. Más de una vez habíase planeado matarla para comerla. En los días de hambre, se leía en los ojos ávidos la intención, pese a la flacura del animal. Pero Marta se oponía. Marta, durante el viaje, fue adquiriendo cierto dominio sobre la familia, y así los proyectos no pasaron de intención.

Pero ese día el hambre los apretaba demasiado. Marta, que cuidaba a Ernesto, estaba un poco apartada. Era la ocasión propicia. No hablaban. Parados en círculo, observaban la reacción de la gata. Era un animal escuálido, todavía sin desarrollarse del todo, que apenas alcanzaría para una pobre comida, pero era mejor que nada. Por lo menos les apaciguaría ese dolor de estómago que producía mareos y amargor en la boca. Ni tabaco tenían para engañar el hambre. El tabaco se terminó mucho antes que los alimentos y para Juan Pedro fue la desesperación. Sentía el placer de morder su cigarro de chala y en los primeros días era de creer que se iba a volver loco. Pero poco a poco el hambre superó la necesidad del tabaco y ahora solo pensaba en la gata que tenía ante sí. Tanto se han aproximado que pueden darse las manos y formar una ronda. Agustín se agacha poco a poco sobre la gata, las manos prontas. Marisca está atenta y salta en el mismo momento que va a agarrarla. Salta hacia un lado, Jerónimo se

adelanta, pero la gata se le escurre entre sus piernas y se esconde en los matorrales. Para Marisca es un juego, así hacia con Noca cuando ella intentaba agarrarla.

Las corridas entre los matorrales atrajo a las mujeres y al ver lo que sucedía quedaron en silencio. Solo Marta pretendió protestar, pero antes que dijese nada, Jerónimo atajó:

—No hay más remedio... No vamos a morirnos de hambre... Y ordena que pongan el agua a hervir. El agua la conducen con gran sacrificio. En una *fazenda* consiguieron un barril que llenan con cuanta agua encuentran en el camino, y transportan sobro el lomo del burro. Y mientras persiguen a la gata ven a Dinah llenar la lata y ponerla a hervir sobre las brasas antes inútiles. Eso los anima a seguir con más encarnizamiento la ridícula cacería de la gata, que sigue escurriéndoseles por entre las piernas. Toño, que ha venido a colaborar con ellos, terminó por espinarsse y salir llorando hacia Marta, que observaba la enconada cacería.

El que primero desistió fue Jerónimo. Había pasado el día recorriendo la *caatinga* y era ya demasiado para un viejo hambreado. Largó una mala palabra y se quedó mirando a los otros dos que persistían en la persecución. Al final, la gata, cansada con el juego, huyó. Agustín aun intenta seguirla, pero se vuelve mirando con rabia a Marta como si fuese culpable del fracaso. También Juan Pedro la mira, pero su mirada es un pedido. Ella podría agarrar a la gata sin ningún esfuerzo, con solo quererlo. Marisca le tiene confianza, duerme a su lado, al calor de su cuerpo. Marta entiende la mirada del tío. ¿Se lo pedirá? Pero ninguno tiene valor para pronunciar el pedido. Nada más que el hambre está patente en todas las caras, en la de la criatura que llora, en la de Dinah que hierve el agua inútil, en la de Jucundina que cuida su nietito. Los ojos están pendientes del gesto de Marta. Esperan y ella comprende que no podrá soportar mucho tiempo esos ojos fijos, insistentes, suplicantes.

La gata maúlla entre los matorrales. Marta se decide. Va lentamente hacia donde está el animal y llama con voz cariñosa:

—Marisca... misschi... misschi... Marisca...

Marisca sale de su escondrijo y corre confiada hacia Marta.

Y en medio del hambre, la sed y el cansancio, Dinah cayó enferma. La tomó la fiebre al atardecer, cuatro días después que comieron la gata. Comida insuficiente. Marisca estaba casi tan flaca como ellos. Masticaron nada más que huesos. Marta se negó a comer pese a los ruegos de Jucundina y a las reprimendas de Jerónimo. No le gustaba al viejo discutir con su hija, con la que cada día se encariñaba más al ver todos sus sacrificios.

Dinah comenzó por sentirse mal, quejándose de dolores y ni siquiera a los chicos podía atender. Se arrastraba en el camino, aunque la habían librado de toda carga, que Marta tomó para sí. Cuando llegó la fiebre, anunciada por los escalofríos, Dinah se esforzó en seguir caminando. Hacían cortas jornadas, a paso lento, sin fuerzas para cubrir distancias más largas. A nadie dijo nada, ni siquiera a Gertrudis que tenía siempre a su lado para vigilarla, no muy confiada en la promesa que Agustín hiciera a Jucundina. Continuó andando. Hasta el día que Agustín mató la boa en la picada. La víbora estaba digiriendo algún animal voluminoso, tragado horas antes, y adormecida fue fácil matarla. Se detuvieron para cocinar un pedazo de su carne y el resto lo guardaron.

—Esto no es comida de cristiano... —dijo Jucundina, pero no podía discutir, porque si no fuese la víbora, Dios sabe cómo lo hubiesen pasado.

Luego de haber comido, se levantaron para continuar el viaje. Jerónimo opinaba que ya con la barriga llena, bien podían hacer otra etapa hasta el anochecer. Arreó a Jeremías y gritó:

—Vamos...

Dinah no consiguió ponerse de pie. Los llamados de Jerónimo hicieron detener la caravana. Juan Pedro vino corriendo para saber qué pasaba.

—Fiebre maldita...

Entre el bagaje llevaban unas píldoras recetadas por el médico a Juan Pedro para una fiebre que tuvo. Ahora la fiebre había volteado a Dinah. Era la fiebre que no perdona y que se temía por sobre todas las cosas. La enferma temblaba de frío a pesar del calor que hacía esa tarde.

Juntaron todos los trapos disponibles y se los echaron encima. Y allí quedaron seis días, comiéndose el resto de la boa y unas liebres que pudieron cazar, y descansando. Quedáronse seis días, que fue el tiempo que duró Dinah. Murió de madrugada, el mismo día que se les habían terminado las provisiones y no les quedaba una gota de agua. La enterraron casi a flor de tierra, no tenían fuerzas para cavar más. Los urubús en

grandes bandadas volaban sobre ellos y eran la única compañía en su viaje. Jucundina los veía como un mal agüero.

—Están aguardando que uno ya no pueda ni enterrar los difuntos...

20

Los urubús se quedaron atrás. Y poco les costó remover la escasa tierra que cubría el cadáver de Dinah. Los urubús tampoco encontraban mucho que comer en la desolada *caatinga*. Posados en tierra, formaban una bandada turbulenta y batalladora que a picotazos se disputó el cadáver.

Jerónimo que había notado que los urubús no los perseguían en el cielo, imaginó la escena. También Juan Pedro comprendía lo que pasaba. Pero no tuvo valor para volverse, para demorar por más tiempo la marcha, ni tampoco más fuerzas para sufrir.

Poco a poco se apoderaba de ellos la idea de que ninguno llegaría al fin de este viaje y que a ninguno le sería dado aprovechar la abundancia del soñado San Pablo. Pero seguían, porque peor sería volver. ¿Volver, adonde? ¡Si ya no tenían ni tierra, ni casa, ni sementeras!

Al promediar la tarde, nuevamente los urubús los alcanzaron, volando en círculo sobre ellos.

21

No murieron todos de sed gracias a Juan Pedro, que descubrió, en un batida por los alrededores, un poco de agua en un pozo a punto de secarse. Bebieron cuanto les fue posible, pero lo que quedó no fue suficiente para llenar el barril. Ahora que ya no tenían que detenerse para las comidas — puesto que comían cuando tenían la suerte de encontrar algunas frutas silvestres o cazaban algún bicho del monte—, empero se detenían con frecuencia. Cada dos o tres kilómetros debían descansar porque las fuerzas les faltaban. Solo Jeremías mostraba disposición para continuar el viaje. Jerónimo solía decir: «Después de Dios es al burro que le debemos estar vivos todavía». No era Toño solamente el que hacía parte del camino sobre el lomo del animal, también Jucundina, cuando las piernas se negaban a

conducirla, subía sobre las árganas. Jerónimo había llegado a tomarle tanto cariño al burro como a un miembro de su familia. En las largas horas de marcha bajo el sol ardiente, la espalda con un cansancio como si transportara arrobas, él hablaba con Jeremías y le decía palabras de aliento. Tomaba el hocico del animal, le daba unas palmadas cariñosas y le prometía pasto tierno para cuando finalizaran el viaje. Sin embargo sabía que al llegar a Juázeiro no quedaba otro remedio que venderlo, porque en adelante les sería completamente inútil. A pesar de ser escuálido, el burro daría un poco de dinero para ayudar a los gastos del viaje. De poder, Jerónimo se llevaría al burro a San Pablo, para soltarlo allí y dejarlo libre para el resto de su vida. Había trabajado bastante, demasiado, merecía descansar los años que le quedaban, con buen pasto, lindas yeguas para divertirse, sin nada que hacer.

Pero no pudo venderlo en Juázeiro. La sed los torturó de nuevo y la escasa agua que llevaban era únicamente para Ernesto y Jucundina la administraba gota a gota. Todos sentían envidia de Jeremías, que masticaba cortezas jugosas de cactus. Pero llegó un momento en que, desesperado por no encontrar cómo matar su sed y su hambre, comió un yuyo venenoso. Su instinto le advertía el peligro, pero no hizo caso. Mientras tuvo cortezas Jeremías no se dejó tentar por las verdes y apetitosas hojas de los yuyos venenosos. Pero, como sucede con todos los animales en la *caatinga*, llega un momento en que el hambre y la sed vencen al instinto. Jeremías lanzó un largo rebuzno, abrió grandes los ojos como para despedirse del seco paisaje, y murió.

Los urubús volaron sobre él. Y aun antes que el animal cayera, ya lo comenzaron a picotear. Se ponían los urubús cada vez más audaces, rondábanlos de cerca, tanto que tenían que espantarlos a palos y pedradas. La sombra que proyectaban volando en el cielo, era la sombra en ese suelo de vegetación rala y achaparrada, casi sin vida animal y sin verdor.

Vieron a los urubús llevarse en sus picos trozos de carne del animal aún en agonía. Y los sollozos de Jucundina estremecieron la soledad.

Lo que más dolió a Jerónimo fue que si Jeremías hubiese resistido un día más, no moría. Porque al siguiente día arribaron a una *fazenda* que era un

verdadero oasis. Tenía una represa y parecía muy poco afectada por la seca. Estaban en plena cosecha y necesitaban braceros. Jerónimo y los suyos trabajaron unos días para así poder comprar provisiones para el resto del viaje. Y allí supo Jerónimo que había errado el rumbo y que si hubiese seguido en la verdadera dirección, ya podía estar en Juázeiro. Tendría que doblar hacia el este, y a unas treinta leguas estaba la ciudad. Pero ahora viajarían por tierras fértiles, sin necesidad casi de entrar de nuevo a la *caatinga*. La mayor parte del camino iban a hacerlo por rutas transitadas hasta por camiones.

Jerónimo, al volver del trabajo a la casa que les habían destinado sintió una punzada en el costado. Un dolor fino y agudo. Se estiró, pero el dolor no pasaba, era como si le metiesen una aguja entre las costillas. Notó un sabor salado en la boca, escupió, era sangre. Su rostro se puso sombrío, pero nada dijo a los suyos, y al día siguiente fue a trabajar. El dolor volvía de tanto en tanto y al atardecer se sentía afiebrado. Era de esa agotadora caminata sin comer.

Pasaron una semana trabajando en la *fazenda*. Y el sábado hicieron cuentas y con el dinero ganado compraron provisiones. No querían tocar lo que llevaban para los gastos del barco y el ferrocarril. Con la estada en la *fazenda* Ernesto se había repuesto, y si el viaje no era muy penoso en adelante, llegaría bien a la ciudad. Jucundina casi se encontraba alegre la víspera de la partida. Jerónimo parecía cansado y más flaco que nunca, su cara reflejaba una nueva tristeza.

Esa noche se reunieron todos a la hora de la cena. Gertrudis, con los ojos bajos, no parecía tener apetito.

—¿Qué es lo que tenes? —preguntó Jucundina.

—No tengo nada, tía...

Juan Pedro Habló con aspereza:

—¿Estás enferma?

—No, no tengo nada...

Jucundina buscó los ojos de Agustín. El hízole un gesto. Ella quedó a la expectativa. Agustín comía su plato de pirón con charqui en silencio, esperando una coyuntura para hablar a su padre.

—Quiero hablarlo —comenzó.

—¿Qué te pasa?

—Ya están por llegar a Juázeiro... Ahora no es más que cuestión del barco y el tren...

Jerónimo esperaba que completase lo que quería decir. Gertrudis salió furtivamente hacia afuera. Juan Pedro oía atentamente las palabras de Agustín.

—Yo me voy a quedar por aquí... Tomé un trabajo para recoger un sembrado, y me quedo...

—¿Te vas a quedar?

Si no se sintiese tan enfermo, le hubiese roto los huesos a palos. ¿Dejarlos así? ¿Cuando estaban haciendo un viaje de tantas penurias? Pero el viaje había cambiado mucho al viejo Jerónimo. Toda la familia había cambiado. Unos quedaron por el camino, otros estaban arruinados, como él mismo, con ese dolor de costado y ese cansancio mortal.

—Te podés quedar no más, si ese es tu gusto... Y que Dios te ayude... Nosotros seguimos, aquí no es para prosperar...

—A lo mejor después voy también para allá, si aquí no me encuentro bien...

—Vamos a dormir... —terminó Jerónimo.

—Hay otra cosa...

—¿Qué es?

—Gertrudis se quiere quedar conmigo...

—¿Qué?

—Nos vamos a casar en cuanto venga por aquí un cura. Dicen que viene pronto para una fiesta...

Jerónimo miró a Juan Pedro. En el rostro de su hermano no había ninguna señal de protesta. Juan Pedro dijo levantando las manos:

—Mejor con él que con cualquier otro... Lo que sí, quiero que se casen, no quiero que mi hija ande por ahí como una perdida... A la finada le hubiera dado mucha vergüenza de verla así...

—Nos vamos a casar...

—¿Ya has andado con ella?

—No. Le prometí a mamá respetarla y la respeté... Pero ahora vamos a vivir juntos...

Jucundina intervino por primera vez:

—Quiero que me jures que te vas a casar. Por el alma de la finada...

—Se lo juro, mama... En cuanto llegue un cura...

Al otro día partieron sin Agustín y Gertrudis. Ella ni lloró, parecía contenta de su nueva vida. Agustín salía para el campo llevando una guadaña.

Jerónimo se preguntaba cómo irían a arreglarse ahora, él enfermo y Juan Pedro con tan poca iniciativa. Si pudiese ver a su familia afincada en un pedazo de tierra que cultivara Juan Pedro, moriría tranquilo. Y nuevamente recordó al doctor Aureliano y a Arturo, pero ya sin odio, tan cansado, tan desmoralizado estaba.

Los emigrantes acampaban detrás de la iglesia. Siempre había muchos, la ciudad era el paso obligatorio de todos los que iban para Pirapora, de donde partía el tren para San Pablo. En frente, del otro lado del río, quedaba la ciudad Petronila, del Estado de Pernambuco. Pero aun los que llegaban de ese lado, atravesaban en canoas el río, para venir a Juázeiro, donde estaban las agencias de vapores. Y el interés de todos era embarcarse cuanto antes, para dejar lejos el recuerdo del viaje por la *caatinga*, de los muertos y de tanto sufrimiento. Difícil encontrar una sola familia de las que llegaban a Juázeiro, que estuviese incólume, con el mismo número de deudos con que inició su odisea. Todos tenían mucho que contar del viaje, pero muy poco que fuese alegre. Por eso lo que querían era embarcarse enseguida. Los vapores partían con su tercera clase abarrotada y a veces los emigrantes debían esperar turno, tantos eran, a pesar que los vapores cargaban hasta el tope su tercera clase, donde la gente iba hacinada, literalmente unos encima de los otros.

Era una tarde caliente de verano. El sol levantaba polvo en las calles, y las ventanas de la mayor parte de las casas estaban cerradas. Los hombres andaban en mangas de camisa y el campamento de los emigrantes hervía de vida, a pesar de las enfermedades, del cansancio y de las dificultades de todo orden.

Junto al mercado había siempre una cantidad de gente que compraba y vendía. Montañas de alpargatas, compra obligada de los emigrantes que llegaban con el calzado deshecho, y ropas ordinarias, vestidos baratos de mujer, carne fresca, algunas hortalizas. Frente a la puerta central del mercado fue donde el burro se detuvo. Quien primero lo vio, un chico, trató de arrearlo creyendo que perteneciera a uno de los emigrantes. Pero el burro quería tomar agua en la tina que había frente al mercado y evidentemente estaba con mucha sed. Por pura curiosidad el chico miró

dentro de las árganas. Vio una criatura muerta. Espantado, llamó a una mujer que vendía mandioca. Pronto llegó gente. Había dos criaturas muertas en las árganas. Fueron a buscar al comisario. Fácil deducir lo que eso significaba. Una familia de emigrantes había muerto en la *caatinga*. El burro, sobreviviente, pudo llegar hasta la ciudad.

Formóse un grupo de auxilio para salir a investigar lo sucedido. Llevaban armas, remedios, leche. Haría una hora y media que caminaban, cuando se encontraron con la familia de Jerónimo. Este había tenido un vómito de sangre y estaba exangüe. Y dieron la noticia de que, unos diez kilómetros más adelante, había un matrimonio muerto por el hambre. Eran los dueños del burro. Y ellos, si no es por este encuentro casual, hubiesen también perecido. A Jerónimo lo pusieron en una hamaca y el grupo, menos dos que siguieron para enterrar los muertos, regresó a la ciudad. No era este un hecho raro en las proximidades de Juázeiro.

Llevaban la hamaca en hombros. Jucundina iba con su nieto, pero uno de los hombres, compadecido de ella, se lo tomó. El hombre se admiró de que una criatura en ese estado de debilidad pudiese vivir. Juan Pedro y Marta más que caminar se arrastraban. El más animado de todos, el que todavía andaba sin querer mostrar cansancio, era Toño. Pero uno de los hombres lo alzó y se lo colocó sobre los hombros:

—Pobrecito...

Y así entraron a Juázeiro. Jucundina miraba la hamaca donde iba Jerónimo. Así era como ellos enterraban sus muertos. Llevaban las hamacas con el muerto, balanceándose, leguas y leguas en procura del cementerio. Se le apretaba el corazón viéndolo sin fuerzas, echando sangre por la boca, transportado como un difunto. No faltaban más que las velas y las plegarlas.

Fueron directamente al hospital. Una de las enfermeras lo atendió y uno de los hombres dio las explicaciones. Jucundina escuchaba.

—Tuberculoso... Está muy mal...

Discutían algo que ella no llegó a saber. Desde adentro llegaron unos hombres vestidos con delantales blancos, que se pusieron a conversar en la puerta. Eran médicos. El hospital estaba repleto. Juan Pedro, que asistiera a la conversación, vino a explicar. A pesar de todo iban a internar a Jerónimo para examinarlo y ver qué se podía hacer. Jucundina vio llevar la hamaca hacia el interior del hospital. Uno de los hombres que trajo a Jerónimo les dijo que tenían que irse, al día siguiente podrían visitar al enfermo. Y les

indicó dónde quedaba el campamento de los emigrantes y el mercado, para que se surtieran de lo necesario.

Nada le daba a Jucundina tanto miedo como el hospital. Pobre que entra a un hospital no sale como no sea para el cementerio. De chica aprendió eso y en la larga experiencia de su vida esa convicción se arraigó en su espíritu. Al descender las escaleras del hospital para irse, fue como si se despidiera de Jerónimo para siempre. Tenía la seguridad de que no lo iba a ver más.

Pero, contra todas sus suposiciones, tres días después Jerónimo era dado de alta. Más por la necesidad de camas que había en el hospital, que por haberse mejorado. Pasado el episodio agudo, los médicos encontraron que era un caso incipiente. Le dieron algunos remedios y muchas prescripciones. Descanso, dormir siesta, no hacer trabajos pesados, alimentarse mucho y bien. Todo lo que él no podía hacer o todo lo que él no podía dejar de hacer.

En la agencia que vendía los pasajes, el encargado explicaba que el viaje por río demoraba, término medio, una semana. Pero que no podía afirmarlo con seguridad, porque todo estaba supeditado a los inconvenientes que presentaban los bancos de barro, donde a veces los barcos quedaban días enteros varados. Daba estas explicaciones de mala voluntad, pues se pasaba el día atendiendo a los emigrantes y no encontraba nada agradable su tarea.

Cuando Jerónimo, acompañado de Juan Pedro, llegó para adquirir sus pasajes, la ventanilla estaba ocupada por otro emigrante. Oyeron el final del diálogo:

—¿No podía ser por menos?

Ese pedido debía ser frecuente. El hombre contestó:

—Esto no es boliche de turco... El precio es fijo...

—¿Ni una rebajita?

No obtuvo respuesta. Pero no se apartaba de la ventanilla, esperando ablandar el corazón del agente.

—A ver, deje el sitio para los otros...

—No sea así, señor, hágame una rebajita... No me faltan más que once mil *reis*... Después se los pago...

—No puedo... Yo no soy el dueño de esto...

Y pensó que si fuese el dueño de la empresa, no estaría en Juázeiro, oyendo estos estúpidos pedidos de emigrantes.

—¿Y dónde está el dueño? Quiero hablar con él; él debe ser un buen hombre, va a rebajarme...

—El dueño es el Gobierno del Estado...

Y como el viejo no dejara su sitio, el agente, sacando la cabeza por la ventanilla, llamó a Jerónimo:

—A ver, venga usted... Salga, viejo, busque lo que le falta y entonces vuelva...

El viejo todavía murmuró algunas palabras más y desocupó el lugar. Mientras Jerónimo contaba el dinero de los pasajes, el viejo explicaba:

—Me dijeron que era un precio y ahora es otro... ¿y cómo voy a conseguir lo que me falta? Aquí no hay trabajo... Solamente que se ponga uno a pedir limosna...

La idea lo disgustó, pero, al mismo tiempo, se aferró a ella:

—Un hombre a mi edad, que nunca ha pasado vergüenza, salir a pedir limosna como un lisiado...

Los oyentes no contestaban. No les faltaba solidaridad, pero temían que el viejo les pidiese dinero. Casi todos tenían lo justo y algunos que estaban en la misma situación del viejo, no obstante haber oído lo dicho por el agente, iban a tentar también una rebaja.

Jerónimo tenía el dinero necesario y un poco le sobraba, porque estaban calculados los pasajes de Dinah y Zefa y el medio de Noca. Algo gastaron por el camino, más de lo pensado, pero asimismo contaba con lo suficiente como para no serle necesario pedir rebaja. Por eso, luego de pagar con el dinero que llevaba atado en la punta del pañuelo, se sintió con derecho para hacer unas preguntas. Quiso saber el día exacto de la salida del vapor: el agente no podía decírselo, estaba indicado para el próximo martes, pero todo dependía de la llegada del vapor, de la descarga y la carga. Las primeras preguntas las respondió el agente con paciencia, pero como Jerónimo seguía averiguando, terminó por impacientarse:

—El viaje puede durar una semana, diez días, un mes, depende... Se sabe cuando se sale pero no es posible saber cuando se llega...

Jerónimo agradeció y dejó la ventanilla.

El dolor del costado había desaparecido con los remedios y no tenía ya fiebre. En el campamento comían bastante bien, podían comprar carne y suficiente leche para Ernesto. Todos estaban reponiéndose.

Al regresar al campamento, Jerónimo iba haciendo cálculos que le exigían un gran esfuerzo para no equivocarse. «Si Agustín y Gertrudis hubiesen venido también, no alcanzaba para los pasajes». Es verdad que Jerónimo les hizo entregar por Jucundina ciento veinte mil reis. No debía habérselos dado. Ellos estaban trabajando y mucho más los necesitaban los que seguían viaje. Pero no quiso que su hijo y su sobrina quedasen dependiendo nada más que del jornal que ganaran, que era muy bajo, y además Agustín tuvo que comprar las herramientas para el trabajo. Lo cierto era que si estuviesen con ellos los cinco que faltaban, no les alcanzaría con el dinero disponible. Por el camino gastaron más de lo imaginado. Muy poco les quedaba, y tendrían que hacer mucha economía en esta semana que estaban obligados a demorar en Juázeiro. Si no,

llegarían sin un cobre a Pirapora y Jerónimo sabía que hasta un mes había que esperar allí para conseguir lugar en los trenes que conducían por cuenta del Estado de San Pablo a los emigrantes, que eran centenares y centenares.

Entró al campamento y se dirigió al sitio donde los suyos se ubicaron al llegar. Transitaba entre hombres y mujeres, junto a fogones improvisados con dos piedras, tropezaba con criaturas que andaban corriendo. ¿Cuántas personas serían? Tal vez trescientas o tal vez más. Jerónimo contaba con dificultad y sus cálculos pecaban siempre en más o menos.

Jucundina, al verlo, se incorporó. Tenía el nietito en brazos. Y él, de súbito, recordó una tarde en la *fazenda*, la tarde que precedió a la fiesta en lo de Ataliba y la noticia de la venta de la *fazenda*.

Esa tarde la había visto también de pie con la criatura en brazos regresar del corral, mientras se oía a Zefa rezar sus plegarias. Nada más que tres meses lo separaban de ese día, y sin embargo le parecía que habían pasado años; tan distante era ese tiempo, que lo recordaba con la misma nostalgia con que en la *fazenda* evocaba los días de su juventud, cuando era tropero y conoció a Jucundina, muchacha bonita y graciosa.

Se puso en cuclillas y entregó los pasajes a Jucundina para que los guardase. Era su tesoro. Ella se los puso entre el seno y después se sentó al lado del marido:

—¿Andas mejor?

—Así, así no más... Pero el dolor pasó...

—Eso fue cansancio del viaje.

—Debe ser...

Sacó el dinero que restaba, deshaciendo el nudo en la punta de su pañuelo. Y pidió a Jucundina:

—A ver cuánto sobró...

Comenzó a picar el naco de tabaco para armar un cigarrillo de chala. Y perturbó la trabajosa cuenta de Jucundina preguntando:

—¿Dónde ha ido Juan Pedro?

—Fue al mercado a traer algo para la comida.

—¿Y Marta?

—Anda por ahí, ayudando a la gente... No puede quedarse sin hacer nada...

Jerónimo sonrió: «Marta tiene un corazón de oro igual que Jucundina». Su ilusión era que fuese feliz en San Pablo y se casara con algún muchacho serio, con algunos posibles, que la mereciera.

—¿Y Toño?

—Está con Juan Pedro.

Levantó la vista del dinero:

—Me has hecho equivocar de nuevo...

Jerónimo siguió con sus pensamientos:

—Se hizo chica la familia...

Ella nada dijo, bajó los ojos al suelo. El crepúsculo de la ciudad era corto, porque la iluminación de las calles parecía llamar más rápidamente a la noche. Hubo un silencio y luego Jucundina pidió:

—Vamos a contar entre los dos el dinero.

Contaron ciento treinta y ocho mil cuatrocientos réis.

2

Había algo de inexplicable en esa atracción que el río ejercía sobre ellos. Veían las luces de Petrolina en frente, río por medio, y la sombra majestuosa de la catedral, único edificio grande y rico de la ciudad pernambucana. Alguien les había explicado que allí residía un obispo y por eso tenían una catedral tan suntuosa, con vitrales venidos de Francia, para envidia de Juázeiro, más progresista y de mayor movimiento, pero sin una iglesia ni siquiera parecida. Algunos emigrantes derrochaban unos centavos en tomar la canoa que conducía a Petrolina, cruzando el río, para admirar la catedral. Pero el sacristán no les permitía entrar, temeroso que robaran los objetos de oro que abundaban en la iglesia. Rodeábanla casas miserables cayéndose de viejas, ruinosas taperas.

Sin embargo, más que la catedral, era el río el que los seducía. El río San Francisco, de que habían oído hablar tanto en sus pagos de sol y seca. Nunca habían visto tanta agua y asociaban esta visión a la idea de abundancia y de tierras de fertilidad asombrosa. Por eso se admiraban de que los campesinos de los alrededores del río fuesen unos hombres andrajosos y escuálidos, de amarillos rostros palúdicos, piojosos y sucios. Con esa enormidad de agua, era concebible pensar que toda la gente de la región nadara en dinero. Pero no tardaron en enterarse que todas esas tierras ubérrimas pertenecían a unos pocos propietarios y que esos hombres flacos y palúdicos trabajaban tierras de otros, en jornadas de sol a sol, cultivando las plantaciones de palmas, de carandaí y de algodón, y en

los sembrados de arroz. Y que ganaban jornales inferiores a los que se pagaban en el *sertón*.

La mayoría de los emigrantes eran de Ceará, Paraíba y de Río Grande del Norte, de las regiones asoladas por la seca, y sus rostros resplandecían de gozo al contemplar el río sin límites, el agua derramándose por todas partes. Se quedaban en los muelles, donde los pequeños buques de rueda dormían en espera de la hora de partir, y escuchaban embebidos el rumoreo del agua en su correr sin descanso.

—Va para el mar... —decía alguien.

Y se ponían a imaginar cómo sería el mar. Si el río San Francisco tenía esa enormidad de agua, ¿cuánta agua no tendría el mar? Algunos, que habían viajado, daban explicaciones. El mar era una cosa con tanta agua que nadie podía verle el fin. Así lo afirmaba un mulato retacón que decía haber estado en Fortaleza.

—Y cuando golpea contra la costa queda blanca como la leche, y hasta tentación le da a uno de tomarla...

Uno quiso saber si era cierto que el agua de mar tenía gusto a sal. ¿Cómo podía ser eso?

—Salada que no se aguanta...

—¿Y sirve para salar la comida? —indagó una vieja.

No, para la comida no servía. Y se quedaban pensando en ese misterio. ¿Por qué siendo el agua salada, no servía para salar la comida?

—Hubiese sido una economía...

Raros eran los que se quedaban en el campamento al caer la noche. Iban saliendo en grupos, unidas las familias relacionadas en esos días de convivencia, y la dirección era siempre la misma: los muelles del puerto. En los habitantes de Juázeiro no despertaban la menor curiosidad, por ser este un espectáculo que se reproducía todos los años. A veces el campamento se componía de dos grupos distintos. Los que iban a San Pablo y los que volvían de San Pablo. Unos habían atravesado la *caatinga*, los otros se preparaban para cruzar el *sertón*. Estos casi siempre demoraban muy poco en Juázeiro, dormían una noche para ganar fuerzas y se lanzaban al *sertón*. Los otros, los que seguían para San Pablo, tenían que esperar el vapor. Algunos había, con poca suerte, cuya estada en Juázeiro se prolongaba un mes o más antes que el vapor, encallado en los bancos del río, llegase. Y muchos de ellos terminaban por embarcarse en uno de esos grandes lanchones que demoraban semanas en el viaje entre Juázeiro y Pirapora.

Posiblemente más que los vapores con sus ruedas, su casco de hierro, su chimenea y su sirena, eran los lanchones de madera con sus primitivos mascarones de proa, cabezas de mujer o de animales de aspecto fantasmagórico, los que impresionaban a los emigrantes. Muchos llegaban de noche, cuando ellos estaban acodados a las balaustradas del muelle, con una luz roja junto al timón, con extraños gritos de los patrones que parecían en otra lengua y de otra gente.

Desconfiados y miedosos, los emigrantes no hacían relaciones con los habitantes de la ciudad. Y mucho menos con los hombres de los barcos, que se mantenían con un cierto aire de superioridad, como si su existencia sobre el río fuera una aventura de tanta heroicidad que los colocaba muy por encima de esos pobres negros y hambreados hombres del *sertón* ansiosos de agua. Admiraban a esos negros y mestizos que, con los pechos descubiertos y los pies descalzos, caminaban por las bordas de las embarcaciones. Con sus largas pértigas que hundían en el río hasta tocar su lecho, ayudaban a los lanchones que se arrastraban sobre los bancos de barro. La pértiga al apoyarse en sus pechos les formaba un callo siempre sangrando. Pero esa brutal tarea llenaba a los emigrantes de secreta admiración.

—Trabajo de macho... —decían.

Y escuchaban las risas, las canciones, las músicas de los marineros. Era una raza distinta a la suya. Pero, sin embargo, tan parecidos a ellos, con la misma palidez en las caras, las mismas facciones demacradas, los mismos pies enormes de tanto pisar el suelo.

El lanchón finalmente se detenía y el vocerío aumentaba, el patrón gritaba sus órdenes, unos hombres arrojaban el ancla al agua, otros se afirmaban a las pértigas, y entonces el lanchón quedaba inmóvil como un ave dormida sobre el río.

—Parece un pato... —decía uno.

El mascarón de proa figuraba la cabeza de una mujer de rubios cabellos flotando sobre las ondas. Sus ojos eran de cuentas azules, sus labios rojos y carnudos buenos para un beso, su faz rosada. La luz vacilante del lanchón iluminaba el mascarón y más de un corazón de emigrante latió con fuerza, con súbito e intenso amor por esa mujer de madera, pero tan linda que parecía viva y casi capaz de hablar.

El lanchón quedó próximo a ellos contra el muelle y el muchacho que estaba junto a Marta, un emigrante alto llamado Vicente, dijo:

—Es su tocaya...

—¿Qué dice?

—Esa del lanchón tiene su mismo nombre...

Marta no entendía, entonces Vicente deletreó el nombre de la embarcación:

—M-a-r-t-a... Marta.

Ella miró, pero el lanchón en el cabeceo había salido del círculo de luz y ya no pudo verle el nombre. Pero se sintió alegre. El muchacho contempló el rostro moreno de Marta enflaquecido por el viaje, sus ojos hundidos, sus senos altos. No era tan bonita como la figura del mascarón, pero no dejaba de ser una belleza y valía bien un casamiento.

Vicente se dirigía también para San Pablo. Su padre estaba en Fernando de Noronha cumpliendo una condena por matar al propietario de las tierras que sembraba, que quiso quitárselas, junto con su casa, mediante una chicana judicial. La familia se dispersó. La madre con los hijos mayores quedaron a trabajar en una fazenda, y Vicente prefirió ir a San Pablo, para ganar dinero y poder pagar un buen abogado que consiguiera sacar a su padre de la cárcel. Así le había aconsejado el cura de su pueblo y para eso partió y anduvo leguas y leguas, pasando hambre y sed, trabajando aquí y allá para proseguir el viaje, y casi se incorpora a las huestes del Beato Esteban, de cuyas profecías no dudaba. Pero ante todo, su propósito era poder conseguir la libertad de su padre. Debía trabajar de firme para ahorrar el dinero que cobraría el abogado, pero él, que era económico y trabajador, con un poco de suerte podía reunirlo en pocos años. Si en San Pablo había, como aseguraban, tanto trabajo y tan buenos jornales, no le cabía la menor duda que iba a cumplir lo que se proponía. Su padre estaba condenado a treinta años.

El lanchón, al vaivén de las aguas, colocó nuevamente su proa a la luz. El nombre estaba escrito con grandes letras de toscos rasgos. Pero era perfectamente legible, hasta para Marta, que tuvo solo seis meses de escuela.

—Soy tocaya de la mujer esa... —y aplaudió contenta.

—Pero usted es más bonita que ella —dijo Vicente.

—Eso no es cierto... No es más que cosa suya...

No se cansaban de admirar el río, con las aguas rodando sin descanso y su rumoreo constante y tan dulce a sus oídos. Marta y Vicente, como todos los demás, comparaban sus tierras con esto, tierras secas, agrestes, donde solo sobrevivían los animales montaraces y el hombre, más montaraz que todos. El río seguía indiferente y de los lanchones anclados

llegaban músicas marineras, que hablaban de amor, de separaciones, de celos y nostalgia, de traición y muerte. Los emigrantes escuchaban silenciosos.

3

Poco conversaban los emigrantes en los muelles. Pasaban el tiempo mirando el río, tomando el fresco de la noche, observando la profundidad de las aguas oscuras y barrosas. Todo para ellos era novedad y casi misterio y de ahí el silencio apenas quebrado *por* una que otra frase de admiración o asombro. Raros eran los diálogos y pronto morían superados por el interés de las pequeñas cosas del río. Y cuando, por casualidad, un vapor partía, con su tercera clase atestada de emigrantes, todos se agolpaban en las balaustradas, con envidia de los que, más felices, se iban en ese barco, las manos diciendo tímidos adioses, los ojos fijos en la estela que quedaba largamente detrás, y en la espuma que levantaban las ruedas a los lados de las bordas. Era algo grandioso, que los llenaba de respeto y de cierto temor. Ese San Pablo distante debía ser una tierra maravillosa, para exigir tantos sacrificios de los que iban en su busca.

En el campamento, donde se conversaba siempre, no había tema que más interesara que el de San Pablo. Cuando llegaban, astrosos y empobrecidos, los que volvían de la aventura de San Pablo y contaban las dificultades que había allá, los que se preparaban para ir se encogían de hombros con pocas ganas de hacerles caso y siempre daban razón al comentarlo de alguno más optimista:

—Es gente que no le gusta trabajar... Lo que quieren es andar de vagos, y gastarse el dinero sin hacer nada...

Ninguno pretendía ganar dinero con facilidad, lo que esperaban era encontrar tierras que no fuesen tan áridas y especialmente que no fuesen tan difíciles de conseguir como en los lugares de donde ellos venían.

—Dicen que en cuanto uno llega ya le dan tierra para cultivar... Sementeras de café... Ya crecidas... Dan de todo... Herramientas y animales...

Esa era la ilusión que alimentaban sus cansados corazones. Tierra para cada uno, donde pudieran estar tranquilos, sin temor a que, cuando la tierra ya estaba cultivada y plantadas las mejoras, llegase su dueño

desconocido para echarlos a la calle. En el campamento se hacían relaciones en base a un cambio de imprecisas informaciones sobre San Pablo.

En los primeros días los emigrantes no querían contar nada más que lo que habían sufrido en el viaje, la sed y el hambre pasados, y los muertos dejados en el camino. Y enseguida el interés era por saber del vapor, del ferrocarril de Pirapora, de San Pablo finalmente. Sufrimientos y muertos todos tenían que lamentar. Pero todo eso había quedado atrás. Los muertos estaban en sus fosas, y muchos de ellos ni eso tuvieron, estaban en los buches de los urubús hambreados. Pero el río con sus aguas rumorosas color barro, ponía como una frontera entre el pasado y el porvenir. Habían sufrido tanto, pasado tantas penalidades entre las picadas de la *caatinga*, que bien merecían la abundancia y la tranquilidad que los estaba aguardando en San Pablo.

A veces, sin embargo, llegaban a desconfiar de esa abundancia y de esa tranquilidad. Había sonrisas irónicas de los que regresaban:

—Prueben lo que es eso y van a ver...

Las mujeres eran las más propensas al desánimo. Pero ese pesimismo poco duraba y a las noticias de los que regresaban se oponía el entusiasmo de las conversaciones de los emigrantes. Nunca faltaban algunos con parientes enriquecidos en San Pablo. Uno tenía un tío que en doce años llegó a hacerse tan rico que ya poseía una casa en la ciudad y se le daba el título de *Coronel*.

—Le dicen *Coronel*... Él fue el que nos mandó dinero para venirnos. Vamos a trabajar en sus tierras... Dicen que tiene tantas plantas de café que no se pueden contar...

Y entonces reían y echaban lejos las malas noticias de los que volvían derrotados de San Pablo. Claro, no era posible que todo el mundo se enriqueciera. Algunos serían pobres toda su vida. Así reflexionaban las mujeres, cada una esperando conseguir la riqueza y la felicidad. De esta manera aguardaban el vapor en Juázeiro.

Aquellas vidas que parecieron extinguirse en la *caatinga*, cuando toda esperanza se creía perdida, volvían a revivir en el campamento. Era un campamento de miseria, pero había comida, agua no faltaba, no los acechaban los peligros de la *caatinga*, y la fe renacía. Aun morían algunos aquí. Los que llegaron acabados por el paludismo, deshechos por la tuberculosis, y especialmente criaturas. Pero esas muertes no conservaban

ese aire de mal augurio, que era como sentencia para todos. Ahora los que morían estaban ya señalados por la *caatinga*.

En el campamento se dormía en el suelo, y los que tenían mayores medios ayudaban a los más pobres con una parte de su carne, de sus porotos, de su fariña. De todo se podía conseguir en el mercado de Juázeiro, pero todos llegaban con el dinero justo y a veces ni para los pasajes les alcanzaba. Compraban lo indispensable y escogían siempre lo más barato. Y aún así, qué diferencia con la vida pasada en la *caatinga*. Hasta conseguían leche para las criaturas. Jucundina restringía todo lo posible la comida para los demás, pero para Ernesto compraba diariamente medio litro de leche. La criatura se reponía, repleto de crema de fariña, ya en carnes y, si todavía debilucho, no lloraba casi y gateaba por el sucio suelo del campamento. Toño era el que continuaba flaco, ávido de comida, robando cuanto alimento veía al alcance de su mano, causa de palizas de Jerónimo y Juan Pedro. Parecía un ratón, el rostro agudo, los ojos alerta, las manos rápidas. Se unía a otros muchachos mayores que él y estaba cada vez más insoportable, y hasta en el mercado robaba al menor descuido de los puesteros. Así iba creciendo y aprendiendo. Cosas desconocidas en el *sertón* de donde venía, experiencia de las calles de una ciudad, conocimiento de lo sexual, un vocabulario de palabras maliciosas e insultantes.

El campamento era visitado por los mercachifles. Traían collares de vidrio, peinetas, floridos chales, perfumes ordinarios. Las mujeres miraban sus baúles mágicos, donde tantas cosas lindas y tentadoras se acumulaban. Palpaban ese dinero que siempre llevaban oculto para algún apuro, y oían, como un canto de sirena, las palabras en media lengua de los mercachifles:

—Barato... Barato... Cosa buena, patrona...

Eran anillos. ¡Qué hermosura! Eran collares, azules, rojos, rosados. Eran peinetas con adornos de pedrería de vidrio, que fulgían al sol como si fuesen diamantes. Eran estampas de santos, los santos de la mayor devoción: Nuestra Señora del Buen Pastor, el Señor de la Buena Muerte, Santa Bárbara, San Cosme y San Damián, El Santo Padre Cicero de la otra ciudad de Juázeiro, en Ceará. Eran perfumes que sacaban los malos olores del cuerpo, ese olor que ni los baños, frecuentes ahora en el río, les quitaban de encima. Eran cortes de géneros de todos los colores, que los mercachifles juraban ser de San Pablo y más baratos que allá. De todo tenían en sus baúles que abrían al goce de las mujeres.

—No tengo dinero...

Pero los mercachifles sabían los secretos:

—La patrona tiene... Saque dinero... Es regalo, se lo juro... —y exhibían el surtido fascinante en la magia de los baúles abiertos.

Los chicos rondaban los baúles, las manos listas para aprovechar el menor descuido del mercachifle, que estaba pronto para castigar con la vara de medir las ágiles piernas de los muchachos:

—Vamos, muleque... —pero sin abandonar la sonrisa tentadora dirigida a la cliente—: Compra, patrona, es regalo...

Llegaban de día y de noche, no desperdiciando hora para comerciar. Y era mejor la noche, cuando los emigrantes estaban reunidos. Los mercachifles, que sabían conversar, les daban noticias recientes de Pirapora, porque vivían viajando de un lado a otro. Contaban cómo era la vida por allá, comentarios injertados con el elogio de sus mercaderías. Pedían un precio, lo rebajaban a la mitad, recibían el dinero y se lo metían en los profundos bolsillos. Con ese calor, con ese sol ardiente, usaban ropa oscura de lana y no dejaban de llevar el chaleco, en cuyos bolsillos ponían mil cosas.

Y no solamente vendían; si se presentaba la ocasión, compraban. Adquirían monedas raras, antiguas monedas de plata, que la gente del *sertón* todavía usaba, y aros de oro y otras cosas más que, heredadas de padres a hijos, se estimaban en su verdadero valor.

Los emigrantes establecían relaciones en el campamento. Las conversaciones nocturnas, los préstamos de utensilios y provisiones, las charlas de las viejas, hacían que al poco tiempo se supieran los nombres de unos y otros, de dónde venían, el motivo que los obligó a emigrar. Entre las muchas noticias que Jucundina tuvo en el campamento, una especialmente la impresionó. Hablaban una tarde, en una rueda, del Beato Esteban. Ella iba pasando con el tacho sobre la cabeza para buscar agua. Se detuvo y prestó atención a lo que referían, pues alguien hablaba de una santa que acompañaba últimamente al Beato Esteban:

—Dicen que es tan milagrosa como el Beato... Nadie sabe cómo llegó... Se apareció un día y ella sola entiende todo lo que el Beato dice...

—Debe ser una cosa de ahora... —afirmó otro.

Y contó que él, unos tres meses atrás, había encontrado al Beato que bajaba por el *sertón*. Anduvo unos días con la gente que lo seguía y después se separó, porque ellos subieron para el norte y él debía venir para el sur. Y agregó:

—Entonces no había ninguna santa... Mujeres había, pero eran mujeres de trabajadores que rezaban y hacían penitencia.

—La que yo digo está desde hace poco tiempo. Cuando llegó, el Beato dijo que la mandaba Nuestra Señora para que despertara la fe en las mujeres... Dicen que tiene tanta fuerza que los espíritus hacen todo lo que ella les pide...

—Se llama Zefa... Y ella cuando llegó dijo: Soy Zefa, mandada por Dios Nuestro Señor...

Bien podía ser ella, pensaba Jucundina mientras iba en busca del agua. A veces uno tiene una santa en su casa y cree que es una mujer igual a todas o, a lo mejor, una loca. Podía ser ella. Zefa se pasaba todo el día hablando de esas cosas que nadie entendía sobre el fin del mundo. Para Jucundina siempre fue un espíritu que se había apoderado de su cuñada. ¿Pero por qué ese espíritu no podía ser el de un santo o el espíritu de Nuestro Señor que quisiera avisar a los hombres el fin del mundo? Desde chica Jucundina oía hablar del fin del mundo. Y un día tendría que terminar lo mismo que empezó, porque todas las cosas tienen un principio y un fin. Y el mundo andaba tan mal, tan lleno de desgracias, que no sería raro que estuviese por acabarse, es lo que los viejos siempre decían. ¿Y cómo sería eso? ¿Con fuego o con agua? Allí, tan cerca del enorme río, Jucundina se inclinaba a creer que sería con agua. El agua tataría la tierra y acabaría con los hombres y los animales, los árboles y los yuyos. Es posible que ellos fuesen salvados por Zefa que era una santa del Beato Esteban.

Al volver, contó a la familia lo que había oído. Jerónimo no estaba ese día muy bien. El dolor de costado, que le volvió de nuevo, le producía un cansancio, que no le daba voluntad más que para estar echado, sin hacer nada. No tuvo ánimos ni para un comentario, pero Juan Pedro salió para ver si encontraba al hombre del cuento y averiguar algo más de Zefa. Ese atardecer el ambiente húmedo y caliente era depresivo y Jucundina contaba con los dedos los días que faltaban para la salida del vapor. Llegaría esa noche, tres días para descargar y cargar, al quinto saldría. A bordo no tendría gastos, casa y comida gratis, solamente la leche para Ernesto. Y según decían en Pirapora no era más que tomar el tren para San Pablo. Había tren día por medio. Jucundina calculaba que cuando más deberían pasar dos días en Pirapora. Eso a lo sumo, si llegaban el día de salida del tren, sin tiempo para sacar los pasajes que daban en la oficina de inmigración. Porque si desembarcaban temprano y tenían tiempo de llenar los trámites, ese mismo día podían salir para San Pablo. Todo lo que

deseaba era terminar ese viaje y ver a Jerónimo bien del todo. Esa tos y ese dolor de costado era todo cansancio del viaje. Una vez que estuviesen definitivamente afincados, la enfermedad dejaría de molestarlo, y de nuevo volverían a la vida de antes. Y reflexionando así, Jucundina comprendió que antes había sido feliz, en su tierra, en su casa, con sus hijos, sus nietos y su marido.

Jerónimo está acostado, con los ojos perdidos en el cielo azul. Hace un pesado calor agobiante. Vicente viene hacia donde ellos se encuentran. Jucundina bien se da cuenta que le está arrastrando el ala a Marta. Parece un muchacho serio, pero nada tiene, no podrá casarse. Quisiera Dios que ya estuviesen en San Pablo, cultivando su tierra, sembrando café. ¡Dios lo quiera! Su suspiro se pierde entre los rumores del campamento. Jerónimo observa todo con su triste mirada de enfermo.

4

Marta también contaba los días que aún faltaban para la salida del vapor. Pero era para saber cuántos días le quedaban todavía para estar en Juázeiro. Vicente no iba en el mismo vapor que ellos por no haber podido conseguir pasaje. Lo haría en el siguiente.

Se acodaban uno junto al otro en la balaustrada junto al río. Poco hablaban, no sabían qué decirse y las tímidas sonrisas sustituían a las palabras. Miraban los barcos, escuchaban el cantar de los marineros. Marta alargaba el cuello y bajaba la cabeza para ver el color nocturno del río. Sentía el hombro de él junto al suyo y la mano que se acercaba furtivamente para tomar su mano y soltarla en cuanto alguien se les acercaba. Jerónimo y Jucundina se sentaban en un banco detrás de ellos. Toño corría con otros chicos por la calle. Juan Pedro se quedaba más cerca.

En la calle paralela la gente de la ciudad hacía *footing*. Pasaban muchachos y muchachas, señoritas de la sociedad local y jóvenes empleados de comercio, en animadas y largas conversaciones, en amores, en noviazgos. Marta y Vicente, en la balaustrada, no tenían palabras, todo era un respetuoso silencio frente al río, pero tan lleno de dulzura y de amor que hubiesen podido pasar así el resto de su vida sin sentirlo.

De tanto en tanto una palabra. Señalando un pez que saltaba en las aguas:

—Ahí...

—¿Dónde?

—Ahí, ahí saltó...

Reían. Esperaban que el pez saltase de nuevo.

—Este es grande...

—Ajá...

—El otro era más grande...

—No sé... Me parece más este...

Ninguna palabra de amor, ningún galanteo, solamente el roce de los hombros y el calor de una mano callosa apretando otra mano. Y el rostro de la muchacha que se esquivaba ruboroso de vergüenza.

Por la noche, al acostarse, Marta sentía esa misma angustia de cuando había recordado las osadías del Doctor Aureliano. Se entrecortaba su respiración haciéndole temblar los senos. Pensaba entonces en los ojos de Gertrudis en la *caatinga*, en sus fugas con Agustín al monte.

Sobre los emigrantes y los barcos corría una brisa. Un vapor pitaba abajo, sus luces ya se podían ver claramente. Juan Pedro dijo en voz alta:

—Ahí viene...

Y volviéndose a Jucundina y Jerónimo:

—Ahí viene... Es el de nosotros...

Jucundina se levantó con Ernesto en brazos y Jerónimo la acompañó. Ambos se recostaron en la balaustrada. La mano de Vicente huyó, y Marta, como sintiéndose abandonada, recostó más su hombro contra el de él. Sí, era el vapor esperado y hubo entre los emigrantes un movimiento y rumor de voces. Muchos se embarcarían en este vapor y se alegraban al verlo después de aguardarlo días y días. Jucundina, con un gesto instintivo, metió su mano en el descote para comprobar que los pasajes estaban allí, junto a sus senos, donde los llevaba guardados.

El barco aumentaba de tamaño, brillaban sus luces, pitó nuevamente. Vicente dijo:

—Es el barco que los va a llevar...

—Dicen que sale pasado mañana...

Ahora su silencio tenía tristeza. Estaban deprimidos, sin palabras.

—Voy a echarla de menos...

—Eso pasa pronto...

—No soy de esos...

El barco les parecía enorme, aunque en realidad era un pequeño vapor fluvial, viejo y de casco remendado, pesado y sucio. Pero para los emigrantes resultaba un soberbio barco, algo como un cuento de hadas, con sus luces encendidas y la música del piano que la brisa arrastraba hasta ellos. Marta, pese a su corazón cargado de nostalgias, no pudo menos que sentir cierto orgullo a la vista del vapor en que viajarían:

—Es muy bonito...

Vicente nada dijo, pero sus ojos se encontraron y luego desviaron la mirada.

—Si no los encuentro en Pirapora, voy a buscarlos en San Pablo hasta que los encuentre...

—De Pirapora vamos a salir enseguida.

—No sé si van a poder. Es una cosa complicada, me han dicho. Hay que hacerse revisar por el médico y hay que esperar hasta que pase el tren de los emigrantes. Dicen que se demora... Capaz que los alcanzo.

—A lo mejor...

—¿Le gustaría?

—Me parece que sí...

El vapor pasaba frente a ellos. Se veía a los pasajeros apoyados en las barandas de la borda y a la muchacha que tocaba el piano con un joven a su lado. Arriba, en el puente, el capitán, muy visible con su blanca gorra.

—Yo quisiera ser capitán de un barco... Para llevarla por el río y hasta por el mar...

Ella sonrió. Los emigrantes se movían hacia el sitio donde el vapor maniobraba para atracar. Jucundina y Jerónimo iban y, al pasar, Jucundina dijo:

—Vamos, Marta...

Juan Pedro marchaba delante. Marta divisó a Toño entre un grupo de muchachos que se ofrecían para acarrear los equipajes de los viajeros. Vicente siguió con ella.

—Voy a quedarme muy solo...

—Yo también...

—En el barco, con todo lo que va a ver, ni se va a acordar...

La mirada de ella decía que sí, que lo iba a recordar siempre. Él le tomó la mano y entrelazó sus dedos a los de ella. Jerónimo y Jucundina marchaban adelante. Marta bajó los ojos. En el muelle abrazos y bienvenidas. Un hombre gordo abrazó a la mujer que lo esperaba:

—¿Cómo están los chicos?

—Bien, muy bien, gracias a Dios.

Pasaron bajo un farol, luego había oscuridad, un árbol hacia sombra. Vicente se le acercó para besarla, pero no alcanzó a hacerlo, porque de nuevo habían salido a la luz.

El capitán saludaba a su esposa con la mano desde a bordo. Ella era una joven delicada y bonita y le sonreía en el muelle. Marta dijo:

—Los capitanes no pueden llevar a su mujer en el barco...

—Yo a usted la llevaba y la llevaba hasta el mar... Se lo juro...

Toño pasó apresurado con un baúl sobre la cabeza. Una mujer de negro lo seguía y gritaba:

—¡Por aquí, chico! ¡Por aquí!

5

La víspera de la salida del barco, llegó un gran contingente de emigrantes al campamento y lo abarrotó en tal forma que hizo necesaria la intervención de las autoridades para evitar incidentes. Los recién llegados ocupaban los sitios que pertenecían a los otros, lo que producía discusiones y peleas. Un tumulto. El comisario se hizo presente en el campamento acompañado de dos agentes y les echó en cara la poca higiene.

—A ustedes solamente a sablazos... —terminó por decirles a los hombres que lo rodeaban reclamando.

Pero estaba preocupado. El arribo de contingentes numerosos de emigrantes representaba un peligro para la salud pública por la propagación de enfermedades. Sin hablar de paludismo, endémico en la región, estaba la viruela, muy común entre la gente que llegaba de la *caatinga*. El alestrín, forma benigna de la viruela, asolaba el *sertón*. El comisario hizo una reunión con el Intendente y el médico municipal. En esta reunión, efectuada en el mismo campamento donde el médico realizó una revisión superficial de los emigrantes, se resolvió que los que iban a partir al día siguiente, se embarcaran esa tarde misma. Luego de una conferencia en los escritorios de la Compañía de Navegación, se dio orden de embarcarse.

Fue necesario que Juan Pedro saliese a buscar a Toño. Este se pasaba el día por las calles de la ciudad sin que nadie pudiese contenerlo y solo volvía al campamento para dormir, trayendo casi siempre algunos centavos y cosas robadas en el mercado.

Jucundina y Marta se ocuparon de hacer los equipajes ayudadas por Jerónimo. Ese día fueron al hospital para conseguir nuevamente remedios para Jerónimo, que había terminado los que le dieron. Sentíase mejor, aunque todavía lo molestaban unos escalofríos a la caída de la tarde. Eso seguramente iba a pasar con el viaje descansado por el río, y con la llegada a San Pablo. Nadie pensaba en Pirapora, donde solo estarían para cambiar de transporte.

Un agente de policía los hizo colocar en fila. Eran más de ciento cincuenta los que se embarcarían, a pesar de que la tercera clase del vapor no tenía capacidad más que para cien. Los emigrantes cargaban sus cajas de madera, sus baúles de hojalata y sus atados. Una familia llevaba un papagayo y otras tenían perros. Pero como se cobraba por el transporte de los animales, en esos últimos momentos, los ofrecían a los que se quedaban:

—Cuídemelo... —decía una mujer que le dejaba su perro a un hombre—. Pobrecito...

Uno de los agentes de policía se interesó en comprar un papagayo. Ofreció cinco mil *reis*. El dueño dijo que era poco, porque se trataba de un papagayo que hablaba, sabía decir cuantas malas palabras existían.

—Lo crio una mujer de la vida y es por eso ¿sabe? —explicaba el hombre—. Aprendió a decir todas las porquerías...

Y animaba al papagayo diciendo él las malas palabras, hasta que el pájaro masticó los insultos esperados. Fue todo un éxito y el agente se decidió a dar seis mil *reis*.

Salieron en fila del campamento. Tan rápidamente que ni tiempo tuvieron para despedirse. Una orden y el agente de policía gritó:

—¡De frente! ¡Marchen!

Marta se volvió para ver una vez más a Vicente, que la miraba de pie con el cigarrillo apagado en un costado de la boca. Después entraron al barco, donde un hombre revisaba los pasajes. De la cocina salía un olor a pescado hervido.

—¿Dónde debemos ir? —averiguó Jerónimo.

El hombre hizo un gesto con la mano mostrando la cubierta llena de rollos de cables, de hierros y fardos:

—Por ahí... Arréglense como puedan...

Y trataron de arreglarse, acomodando su equipaje en un sitio vacío. Y fueron a averiguar dónde quedaba el servicio y a qué hora comerían.

—Hoy no tienen derecho a comer aquí. Solo cuando salgamos.

—Podemos cocinar, entonces.

—Aquí a bordo no.

—¿Y cómo hacemos?

—¡Qué sé yo!... Ustedes debían embarcarse mañana, que es cuando sale el vapor... Estas ideas del Intendente... Es más bruto que un ladrillo...

Se quedaron mirándose unos a otros. Si no les daban de comer y no les permitían cocinar ¿cómo harían para la cena? Volvieron para discutir con el comisario de a bordo. También estaba prohibido salir del barco. Pero consiguieron que dejaran salir a los chicos para que fueran al mercado a comprar pan y bananas. Y después de mucha discusión, se permitió que una persona mayor acompañase a los chicos para llevar el dinero de las compras. Se escogió a un mulato muy despierto que sabía leer y escribir y que en el campamento se había hecho amigo de todos. Los que le dieron dinero para cambiar, quedaron un poco recelosos de ser perjudicados en el vuelto. Pero el mulato hizo una lista con los nombres, las cantidades que le daban y las compras que deseaban hacer.

Hubo alegría al regreso de los chicos cargados con cachos de bananas, canastas de pan y algunas sandías. El mulato rindió cuentas con toda exactitud, lo que hizo que aumentara su prestigio. Comieron y tiraron las cáscaras al río. Toño le sacó dos panes a una mujer y fue castigado por Juan Pedro. La mujer reclamó a gritos por el hurto y Marta le restituyó los dos panes:

—Disculpe, señorita...

—Para qué tendrán hijos si no saben darles educación...

Pero eran incidentes comunes, no había chico que no robase, a no ser los de pecho como Ernesto. Se enfurecían los perjudicados, pero después disculpaban. En esa primera noche todos estaban amables y optimistas. Se ofrecían mutuamente bananas y panes y los que habían comprado sandías repartían tajadas.

Jucundina se acomodó con la familia junto a un rollo de cables y sobre él colocó una hamaca doblada para cama de Ernesto. El barco se balanceaba suavemente y la criatura dormía. Toño metía los pies en el agua interrumpiendo la tarea del marinero que pescaba en la popa y que de tanto en tanto le daba un grito:

—¡Andate de aquí, chico del diablo!

Cayó la noche, y, desde el barco casi a oscuras, los emigrantes veían a los que quedaron, llegar al muelle en el paseo de costumbre. Marta se esforzaba para distinguir a Vicente. Algunos se allegaban al barco y

conversaban con los embarcados. Cuando Marta ya había perdido la esperanza de ver a Vicente, oyó una voz que murmuraba:

—¡Marta! ¡Marta!

Jucundina había oído también, Marta quedó indecisa. Pero Jucundina le dijo:

—Anda a conversar...

Él estaba sentado en el veredón bajo la escalerilla que daba acceso al barco desde el muelle.

—Aquí estoy...

—Pensé que no iba a venir...

—¿Y cómo no iba a venir? —Y después con tono triste—: Dicen que mi barco va a demorar, está encallado por el camino y todavía no llegó ni a Pirapora...

—¿Cómo sabe?

—Fui hoy a la Compañía... Pero si no la encuentro en Pirapora, voy a recorrer todo San Pablo hasta encontrarla...

Ahora las músicas y las voces de los embarcados se mezclaban con la de los marineros de los otros barcos y se iban a perder en el rumoreo del río. El agente de policía que estaba de guardia en los muelles, pensó en hacer salir a Vicente del sitio donde estaba. Muy fácil le sería, en un descuido, saltar a bordo. Pero el muchacho se estaba despidiendo de la novia. Y él sabía lo que eran estos trances.

Río alegremente. Estaba con ganas de tomarse una copa, pero no podía. Debía estar de servicio aquí hasta la madrugada.

6

Oían más que asistían al embarque de los pasajeros de primera clase. La salida del vapor estaba anunciada para las nueve de la mañana y desde temprano comenzó el movimiento a bordo. Habían dormido profundamente a pesar del alboroto que causaban los changadores conduciendo los equipajes al barco, porque el cabeceo ayudaba al sueño. No les dieron café a la mañana, comieron el resto del pan y las bananas sobradas de la víspera. Pero a eso de las siete, un marinero avisó que en la cocina vendían café. Casi todos fueron con su jarro. El cocinero pedía:

—¡Paguen con cambio! ¡Paguen con cambio!

Subían los pasajeros de primera clase, con parientes y amigos que venían a despedirlos. Gente bien vestida. Lágrimas y risas. Después del café se comenzó un embarque de cerdos. Un hombre, con traje de brin color caqui, látigo en mano, dirigía la operación. Eran unos veinte cerdos, grandes, de una raza desconocida por aquí. Los llevaban a San Francisco para una *fazenda*. Dieron trabajo para embarcarlos. Los emigrantes reían con las peripecias del embarque y rieron más cuando uno de los cerdos cayó al agua y fue necesario que dos hombres se arrojaran al río para sacarlo. El del látigo gritaba:

—¡Sálvenlo que es del *Coronel Juvenal*!

Los cerdos fueron amontonados en la popa e improvisaron una especie de cercado. Pero como allí había varias familias acomodadas, hubo protestas, gritos, insultos. Un marinero preguntó:

—¿Quieren que los dejemos sueltos con ustedes?

Otro, jovencito, y con cara de bueno, trató de calmarlos:

—Va a ser mejor para ustedes... Así quedan separados...

Pero los que se habían alojado en la popa no se conformaban. Y trataban de hacerse sitio en otra parte de la cubierta atestada, donde continuaban llegando nuevos pasajeros, junto con aves de corral, baúles, cajones y valijas.

—Dios mío, ¿dónde vamos a dormir ahora?

Tendrían que dormir sobre los equipajes de los pasajeros de primera que no cabían en los camarotes, sobre los cajones y en compañía de los animales que formaban las provisiones de a bordo. Algunos emigrantes habían colgado las hamacas en las vigas del techo y era necesario andar con la cabeza baja para no tropezarías. Las mujeres lavaban ropa.

A las nueve el vapor pitó. Pero zarpó a las diez y media. Con mucho cuidado hizo la vuelta del río, para evitar una varadura, lo que no era raro sucediera. Todos corrieron a las barandas de cubierta, empujándose, luchando por hacerse un lugar. Querían ver la ciudad que iba quedándose atrás y parecía retroceder y dar la última despedida a los que estaban en el muelle. Marta trataba de seguir viendo a Vicente, ya irreconocible, apenas un punto perdido a lo lejos.

Los chicos miraban con admiración el movimiento de las ruedas del barco. En tercera, solo cuando tocaron la campanilla para el almuerzo cesó el alboroto.

Por falta de comida no pudieron quejarse. Habían distribuido a cada uno un plato de lata, un jarro y una cuchara. Formaron fila ante la cocina,

donde los pinches, al lado de enormes ollas, repartían pescado cocido y arroz. También daban fariña y con el caldo gordo del pescado, se hacía un pirón amarillento, muy sabroso. Muchos dejaban de lado la cuchara y comían con la mano, atragantándose. La grasa les corría entre los dedos y comían golosamente.

Mientras el barco marchaba no sentían calor. La virazón era agradable y luego de almorzar casi todos se estiraron para dormir la siesta. Jerónimo estaba contento. El dolor del costado lo molestaba poco, la brisa le producía sueño, comió bien. Jucundina se unió a otras mujeres que lavaban los platos. Los sumergían en el agua y les pasaban la mano para limpiarlos de comida. Pequeños peces saltaban devorando estas sobras. Todo era diversión en ese primer día de viaje. Otras lavaban ropa que tendían sobre los rollos de cables, quedándose a cuidarla. Los chicos corrían por la cubierta y se entretenían en molestar a los cerdos, cosa que reprimía de inmediato el cuidador enarbolando el látigo:

—¡Te voy a dar, muleque sinvergüenza!...

Para Jucundina el problema era la leche. La víspera, con el apuro del embarco, no pudo comprar leche para Ernesto. Lo que le quedaba apenas alcanzó para esa noche a pesar de mezclarla con agua. Por la mañana el cocinero le vendió un poco, pero no pudo conseguir más porque estaba reservada para los pasajeros de primera. El cocinero le aconsejó:

—Dele caldo de pescado.

Y le llenó el jarro de caldo gordo y amarillento. La criatura lo tomó con gusto. Estaba hambriento y sorbía las cucharadas con avidez. Jucundina reía. Dijo a Jerónimo:

—A lo mejor no necesito comprar más leche.

—La comida es buena... y mucha...

Hasta Toño, que parecía insaciable y tragaba todo lo que se ponía a su alcance, evidentemente quedó satisfecho después del almuerzo. Había repetido el plato, y uno de los pinches de cocina, que simpatizó con su cara de ratón, sus actitudes osadas y sus destemplados gritos, le dio una galleta, que, como no consiguió comerla del todo, la compartió con Marta.

Juan Pedro se acercó a Jucundina y Jerónimo. Sentóse sobre un rollo de cables y comentó:

—Si la finada estuviese viva, le hubiera gustado este viaje... Tenía muchas ganas de conocer un barco, la pobre...

Al recordar a Dinah, recordaron a los demás que no estaban. A Gertrudis y Agustín, a Noca, a los tres hijos que se fueron, a Zefa

convertida en santa. Y también a Jeremías y a la gata Marisca.

Hermoso era el reflejo de las luces en el agua. Marta se quedaba mirando, el pensamiento distante en Vicente. ¿Se encontrarían alguna vez? Todo es posible en este mundo, pero no era fácil que sucediese. Ni sabían qué iban a hacer en San Pablo. Un hombre contó que quedarían en el Hotel de Inmigrantes hasta que los contrataran. Tal vez ahí lo volviese a ver. Las luces brillaban sobre el agua.

Los jugadores no tienen ojos para ver este espectáculo. La tercera clase está mal iluminada y les es necesario estar muy atentos a las manos del marinero, para evitar que les haga alguna trampa. Ningún marinero es de fiar y el mazo de barajas es viejo y grasiento y el monte un juego que se presta para robar. Apuestan con fósforos y cada uno vale veinte *reis*, que es jugar fuerte para el bolsillo de los emigrantes.

El marinero revuelve las cartas. Se conversa en grupo, el viaje los ha reunido como en una sola familia. El mulato que fue a comprar las provisiones en Juázeiro, tiene ahora autoridad de jefe. Es él el que soluciona los conflictos entre los emigrantes, el que los representa ante el cocinero y el comisario de a bordo. Se llama Aristóteles y no parece un emigrante. Dice que se quedará en San Pablo y entrará de conductor de tranvía. Muchos no saben lo que es eso y Aristóteles les explica, ayudando las palabras con amplios ademanes:

—Es un tren chico que anda por las calles y lleva a la gente de un lado a otro...

—Vean qué cosa, ¿no?

—Lo que se ve en este mundo...

El mulato ríe de la ignorancia de sus compañeros. Él ha andado, conoce algo, sabe de cosas que asombran. Se van reuniendo en torno al mulato, se discute, se cuentan sucedidos:

—No sé cómo fue, pero cuando me di cuenta estaba encima del hombre con el puñal hurgándole las tripas... El juez dijo que yo no estaba en mi juicio, y era cierto...

De la primera clase llegaban la música del piano y voces y risas. Marta siente sobre su cabeza, en el pasadizo de arriba, que una pareja conversa.

Tal vez novios. Él la besa repetidamente y dice palabras de amor con voz ardiente. Marta mira el brillo de la luz sobre el agua que corre. ¿Lo encontrará algún día? ¿Cuándo? Estalla un alboroto entre los jugadores. Corren hombres y mujeres. Un marinero grita. Algunos hombres retienen a un emigrante que empuña un cuchillo:

—Está loco, amigo...

De primera clase vienen algunos a espiar. Pero los novios no se mueven de donde están. Se oyen sus besos, largos, fogosos. Marta mira las sombras de la noche ¿qué estará haciendo Vicente a estas horas? Debe estar en el muelle, mirando el río, los lanchones, ese que lleva su nombre: Marta. Nunca más lo verá, está segura. Una vez él quiso besarla, aprovechando la sombra de un árbol, y no se animó. ¿Por qué no la besó? Siente como si le hubiesen robado algo. La llama Jucundina:

—¡Marta! ¡Marta!

—Ya voy, mamá...

Mira una vez más el reflejo de las luces en el agua, escucha el rumor de otro beso arriba y la voz del hombre que dice:

—Te adoro, mi querida...

Y va al encuentro de su madre, con un gran deseo de llorar.

8

A los de tercera clase, casi al ras del agua que surcaba el vapor, la marcha les parecía rapidísima, pero para los de primera se hacía lentísima. Contemplaban la exuberante vegetación de las márgenes del río, los lugareños de amarillento rostro, las pequeñas ciudades donde tocaban. Pero a ellos se les escapaba el misterio del río, sus dramas, su trágica geografía humana. No mostraban mayor interés por la vida que los rodeaba y solo se despertó su curiosidad al encallar el barco y ver a los barqueros del río San Francisco, con sus largas pértigas apoyadas en el pecho, luchar horas y horas contra el barco, el banco de barro y la corriente del río. Y como ignoraban todo lo que no fuese su tierra, comprendieron la observación hecha por un viajante de comercio que iba en primera clase y que quiso impresionar con sus conocimientos literarios a la hija del *Coronel* Menandro, su compañera de viaje:

—Parecen barqueros del Volga.

El viajante no sabía bien si se parecían o no, porque poca era su información sobre el Volga, fuera de la letra de la canción tan conocida y algunas referencias oídas de una revolución que hubo allá y que libró a los barqueros de la esclavitud de sirgar los barcos. Eso le explicó a Clarisa, la hija del *Coronel* Menandro, en su lenguaje plagado de giros populares y anecdóticos:

—Fue una trifulca bárbara... Los barqueros eran comunistas y mataron al rey y ahora mandan ellos...

Clarisa, que estudiaba en una facultad, sabía cómo eran las cosas y río. Ninguna impresión le causaban estos hombres luchando con sus largas pértigas apoyadas contra el pecho, para soliviar el barco del traicionero lecho del río. Desde su infancia se acostumbró a estas escenas. Los colegas de la universidad, venidos de otras regiones, gustaban oír la narrar estas cosas del río San Francisco y hablaban de su vocación literaria. Por eso se reía del viajante de comercio y sentía cierta incomodidad con su insistente compañía.

Los emigrantes oyeron lo que dijo el viajante, porque hablaba en voz alta, pero nada comprendieron. Pero seguían atentamente el trabajo de esos hombres casi desnudos, sumergidos en el río, que manejaban sus pértigas entre gritos, cumpliendo órdenes que el capitán daba desde lo alto del puente. Era este un trabajo duro, tal vez más duro que laborar la tierra, que plantar y cosechar. Jucundina señaló uno de los hombres:

—Ya tiene un callo en el pecho...

Todos lo tenían. Era una deformación producida por el apoyo de las pértigas. Metidos en el agua, deslizaban las pértigas bajo el casco del barco. Una lucha de horas enteras, sin descanso. El barco lentamente íbase zafando del fondo borroso. Los emigrantes se asombraban de que sucediese algo tan increíble y observaban a los negros y mulatos en rededor del barco. Eran hombres como ellos, de igual color y estatura, pero los admiraban como si fuesen gigantes de una fuerza y un poder extraordinarios, dominadores del río, capaces de todo. Cuando por fin, luego de una tarde de trabajo, el vapor retomó su marcha y los hombres saltaron a bordo, los rodearon, les hicieron preguntas y los chicos tocaron los callos de los pechos. Los barqueros sonreían. Ese era su oficio, porque de algo hay que vivir.

Ernesto no fue el primero ni el último en morir. Antes que él habían muerto chicos y adultos de disentería, que fueron arrojados al río. Después de la seca y racionada comida de la caatinga, charqui y pirón de fariña, después de las economías de Juázeiro, la comida de a bordo, abundante pescado gordo, parecía un sueño. Se comía a voluntad. Los hombres repetían dos, tres veces el plato de pescado, y se echaban después sobre cubierta panza arriba, como las boas del *sertón* cuando han devorado un cabrito.

Aún antes que la disentería se declarase, ya la letrina no daba abasto. Era una sola para toda la tercera clase, y el segundo día la descarga se descompuso y el mal olor inundó la cubierta. Las necesidades las hacían por cualquier rincón del pequeño retrete y no era posible trasponer la puerta. Entonces se dieron maña para hacerlo por la borda, manteniéndose en equilibrio, con la parte posterior del cuerpo fuera, los pantalones bajados.

Todas las mañanas los marineros limpiaban la letrina. Pero a las diez ya nadie podía entrar ahí. No fue posible arreglar la descarga. Y lo único era esperar la noche para hacer las necesidades en el río, o si no la llegada al primer puerto para correr a los matorrales próximos. Al principio las mujeres se rehusaron a imitar a los hombres, avergonzadas de las miradas curiosas y de las burlas de los chicos. Pero cuando se produjo la disentería perdieron todo pudor, y ni siquiera la noche esperaban. Los pasajeros de primera evitaban mirar hacia abajo.

Las criaturas fueron las primeras en sufrir el cambio de alimentación. Comenzaron a tener deyecciones verdosas, blancas, fétidas. Cuando el primero murió, se produjo el pánico. No había médico a bordo, si bien un olvidado decreto del gobierno lo exigía. Se presentó un sujeto aindiado, de mala cara y modales bruscos, que era el enfermero. En todos estos viajes sucedía lo mismo: gente hambreada que se hartaba de pescado y algunos morían de disentería. Observó al chico muerto, echó un vistazo a los otros, preguntó si tenían dolor de vientre. Escupió:

—Empezó la cagadera...

No dio remedios ni explicaciones, solo aconsejó:

—Lo único es comer menos... Cuanto menos, mejor...

Consejo difícil de seguir. La tentación del pescado era muy fuerte, tan sabroso en su aceite de palmera, con su apetitoso olor que llenaba la cubierta. Pero todo otro olor fue dominado por el hedor que venía de

todos los rincones de tercera. Los más enfermos, sin fuerzas para hacer sus necesidades en el río, se ensuciaban en la ropa.

Murió otra criatura y después le tocó el turno a Ernesto, que Jucundina alimentaba con el caldo de pescado. Cuando estaban por tocar un puerto, los cadáveres esperaban para ser enterrados en el cementerio y la familia lo velaba llorando y rezando. No había cajón ni flores, se entregaba a la policía del puerto y el barco proseguía la marcha. Si faltaba mucho para llegar a un puerto, el cadáver era arrojado al río, donde las pirañas pronto lo devoraban. Esto sucedió con Ernesto. Vieron su cuerpecito arrastrado por las aguas, con la sucia camisa flameando como una bandera o un pañuelo que decía adiós.

Para Jucundina fue un rudo golpe. En los comienzos del viaje, en plena *caatinga* esperaba verlo morir en cualquier momento. Le faltó leche y cualquier otro alimento más sustancioso que la crema de fariña. Pero la criatura resistió, enflaquecido pero sin enfermarse, y poco a poco Jucundina llegó a convencerse que le iba a vivir. Y ahora, cuando todo parecía tan próximo a solucionarse —era lo que ella pensaba—, cuando podían alimentarse bien, cuando ya estaba segura que se criaría fuerte para llegar a ser un muchacho simpático como Juvencio, ahora se le moría y ni siquiera pudo enterrarlo como cristiano, tirado así al río para que se lo comieran las pirañas. Si hubiese muerto en la *caatinga*, por lo menos le hubieran puesto una cruz y rezado unas oraciones. Aunque después los urubús lo desenterraran, eso no importaba, ellos ya estarían lejos para verlo. Ahora ven el cadáver flotando en el río, con hojas secas, con ramas de árboles, con todas las inmundicias que deja tras sí el barco. Las hojas se adhieren al cuerpo y a veces las aguas lo cubren, dejando al descubierto solo los pies, sus piecitos flacos.

Pero su dolor no es único a bordo. Se sucedían las muertes y hasta cadáveres de hombres habían quedado en ese flotante cementerio. A la hora de la comida en cada emigrante se produce la dramática lucha entre el deseo de comer el sabroso pescado y el miedo a la disentería. En uno de los puertos de tránsito, el capitán hizo comprar un vacuno que se carneó. Durante dos días sirvieron carne y la disentería disminuyó. Pero de los ojos de Jucundina no desaparecía la visión del cadáver del nieto llevado por las aguas del río. Mucho tendría para contar a «sus tres chicos», principalmente a Juvencio cuando volviera a encontrarse con ellos. Muchas cosas tristes y muchas lágrimas para derramar sobre el hombro de sus hijos. ¿Por qué se acordaba de ellos en sus desgracias? Ahora eran casi la

única familia que le quedaba, porque estos otros se iban terminando poco a poco. Y ya no sentía que los tres hubiesen partido, aún para ser soldados o bandoleros. Peor era morir en este viaje a San Pablo.

Iba tomándole odio a San Pablo, y no sabía para qué seguían el viaje. Se hubiesen podido quedar como peones en una de las *fazendas* que encontraron en el camino. ¿Qué importaba que pagasen poco jornal, que la tierra no fuese de ellos, que tuviesen que trabajar para un propietario y entregarle toda la cosecha? Así estarían todos vivos y juntos e irían tirando. Ahora los estaba viendo camino a la muerte. Estaba contenta con que Agustín y Gertrudis se hubiesen quedado en esa *fazenda*. Estañan ya casados y dentro de un año tendrían un hijo, tal vez parecido a Ernesto. Ese iba a vivir, porque Agustín, con sus ahorros, compraría una cabra para criarlo. La leche de cabra cría a las criaturas fuertes y sanas, mejor que la leche de vaca. Debían haber traído la cabra... por más sacrificio que fuese.

En tercera hay rumor de quejidos y sollozos. En primera tocan el piano y ríen. Allá no comen casi pescado. Tienen carne pan en abundancia, café con leche y nadie se enferma. La vida del pobre es así no más y Jucundina piensa para qué nacerá el pobre si es para sufrir tanto. Sean ellos en este viaje, sean los barqueros con sus pechos callosos del trabajo con las pértigas. Este mundo está mal hecho, tiene mucha cosa injusta, es mejor que acabe. Y con seguridad que se acabará, está cerca su fin, es lo que dice el Beato Esteban, es lo que dice la santa que lo acompaña, y sus profecías son oídas en todo el *sertón*, donde los guitarristas ciegos, los bandoleros más valientes y la gente más desgraciada las repiten: el fin del mundo está cerca y el sufrimiento terminará.

«Mejor que acabe cuanto antes», desea Jucundina. Antes que muera Jerónimo. Es todo lo que desea, además de volver a ver sus tres hijos. Ya ha visto morir demasiados seres queridos, que parió o crió. ¿Por qué Dios no le tendrá lástima y se la llevará de una vez? ¿Por qué la deja vivir si no es nada más que para sufrir? Moriría contenta si antes pudiese abrazar a sus tres hijos. A Juan que es soldado de la policía militar, a José que es bandolero y a Juvencio que es cabo del ejército. Si los tres llegasen juntos para pedirle su bendición... ¿Pero venir a qué, si ya no tienen casa, ni tierra, si ya ni la familia existe, ni saben adonde irán a parar?

Las aguas del río corren hacia el mar; así les dijeron. El río sabe adonde va y cuál es su destino. Jucundina no sabe adonde va, dónde acomodará sus bártulos y descansará su cuerpo. ¿Al llegar a San Pablo, qué destino les darán? Dicen que hace mucho frío, tanto que se cortan los labios y las

orejas. Morirán de frío los pocos que restan de la familia. Su mirada que ya no divisa el cuerpo de Ernesto, contempla el resto de la familia. Jerónimo está acostado. Marta se seca las lágrimas con el dorso de su mano, Juan Pedro fuma apoyado en la borda, Toño juega con otros chicos. Al partir eran trece, con la gata y Jeremías. Los contó Dinah. Ahora no son más que cinco. ¿Cuántos llegarán?

La disentería cedió, aunque algunos hombres y mujeres continuaron con decaimiento y fiebre. Ahora era la fiebre palúdica. Los que ya no la adquirieron en el alto sertón y la traían incubada en el cuerpo, la tomaron allí, de las aguas del río palúdico. Un hedor insoportable se hizo habitual en la tercera clase. A la suciedad de los enfermos se agregaba la fetidez del chiquero, del gallinero y de la letrina siempre inmunda. Y los gemidos y las palabras inconexas de la fiebre también se hicieron tan comunes que nadie los tenía en cuenta.

Pero los pasajeros de primera clase se atemorizaron y hasta amenazaban con interrumpir el viaje por miedo al paludismo. Como un viajante de comercio apareció con fiebre, exigieron al capitán que tomara medidas. Y entre los emigrantes se distribuyó quinina.

A pesar de todo la vida continuaba entre los que se libraban del paludismo y habían escapado de la disentería. Jugaban a las cartas, perdían dinero, tocaban la guitarra y hacían proyectos para San Pablo. Unos días más y llegaban a Pirapora, que era como decir el término del viaje. Allí no había más que tomar el tren, con pasajes gratis, y en dos días estarían donde iban a encontrar abundancia y trabajo, dinero y alegría. Fueron muchos los sacrificios, pero valía la pena. Contaban tantas cosas de ese San Pablo, que con que fuese cierto nada más que la mitad se daban por contentos.

Cuando arrojaban un cadáver más al río, lo único que pensaban que ese no tuvo suerte al no resistir pocos días más. El paludismo mataba menos que la disentería; eso sí, que a los hombres los dejaba amarillos y a las mujeres les daba aspecto de fantasmas. Y lo peor que nunca más se curaban. Se iba la fiebre, pero volvía de nuevo al año siguiente con el invierno y las lluvias. Pero como decían que en San Pablo todo era

diferente, que no llovía en los inviernos, fríos y secos con heladas y neblinas, podía ser que allá no hubiese paludismo.

De pronto, circuló la noticia, desparramada no se supo por quién, de que en Pirapora no daban pasajes gratis a los enfermos de paludismo. De seguir tendrían que hacerlo a su costa y sin garantía de trabajo. Un médico del gobierno revisaba a uno por uno y solamente los que conseguían pasar el examen médico, que era muy riguroso, obtenían el pasaje gratis.

El descorazonamiento invadió la tercera clase de un extremo a otro y se hicieron más evidentes el mal olor, los gemidos, las lágrimas y la fiebre. Venían de recorrer los caminos del hambre y de la enfermedad y ya a un paso de la abundancia ¿era posible que no pudiesen alcanzarla con sus cansadas manos ávidas?

—Yo mato a alguno... —decía el mulato de las compras en Juázeiro, que estaba muy atacado de paludismo.

A Jucundina poco la conmovió la noticia. Ahora tenía fe en las profecías del Beato Esteban. El mundo estaba por terminar muy pronto. Y sería de desear que terminase enseguida, antes que llegaran a Pirapora. Así ya no podrían sobrevenirles nuevos males.

11

El río rugía en la catarata con ruido ensordecedor. Veían desembarcar a los pasajeros de primera. Al viajante de comercio atacado de paludismo lo bajaron en camilla y fue directamente a un hospital.

En tercera todos se habían puesto de pie, aun los que estaban con fiebre. Ninguno quería aparecer como enfermo por miedo de perder su pasaje a San Pablo. A todo el que subía a bordo le solicitaban informes de cómo debían hacer para conseguir los pases, adonde debían dirigirse, cómo era el médico de la sanidad, cuándo salían los trenes de los emigrantes.

Habían recobrado su animación y aunque se alojarían en sitios distintos, no se despedían, en el convencimiento de encontrarse en el primer tren que partiera para San Pablo.

El mulato de las compras, que era conversador, hizo las averiguaciones del caso. Y supo así que en calles apartadas había fondas que cobraban barato y que recibían a los emigrantes previo pago por adelantado. Pero recogió otras noticias poco alentadoras. En Pirapora había más de

trescientos emigrantes a la espera de su tren para San Pablo. Eso sin contar los enfermos que no habían conseguido el certificado médico. De estos ni se hablaba, andaban mendigando por las calles o trabajaban en las *fazendas* vecinas por la comida. Y siempre con la esperanza de conseguir el certificado, renovaban el examen médico de tanto en tanto.

—Por lo menos se van a pasar aquí dos meses largos... —les decían.

Por último desembarcaron. Llevaban sus equipajes sobre la cabeza y los hombros. Quedaron parados en la ribera, donde las canoas los dejaban, sin saber adonde encaminarse. Algún changador caritativo les indicaba el camino.

El sol era rojo ardiente. Una polvareda rojiza subía en las calles y llenaba los pulmones. Cuando llegaron, la ciudad de Pirapora dormía la siesta. Nada más que los mendigos andaban por las calles, por decenas y decenas, y pedían limosna a los raros transeúntes. Y el polvo denso, que enrojecía las cosas y los esputos. Delante de ellos la catarata rugía bajo un puente abandonado. Y fueron caminando en procura de las fondas baratas.

Cuando el cliente salió, el doctor Epaminondas Leite quedó un momento sentado, antes de llamar a la enfermera. Sentíase exhausto. Miró las puntas de sus zapatos sucios de tierra rojiza. Nada ganaba con lustrarlos, era tiempo perdido. Bostezó largamente, golpeándose la boca con la palma de la mano. Entraba el calor por las ventanas del consultorio y tenía la camisa empapada de sudor. Maldita ciudad... ¿Qué le quedaba más que levantarse y continuar? Allí, sobre la mesa, estaban las fichas. Una montaña, que disminuía despacio. Esa tarde, de veinte inmigrantes que examinó, nada más que a nueve pudo darles el certificado de buena salud, que les permitía conseguir el pasaje gratis para San Pablo en la oficina contigua donde funcionaba el Servicio de Inmigración del Estado de San Pablo. Casi todos con paludismo, otros con verminosis, algunos tísicos, y hasta un caso de lepra se presentó ese día. Un año antes, al hacerse cargo del puesto, les hacía un examen detenido, conversaba con ellos para saber sus antecedentes de familia, pero ahora con solo mirarles la cara, donde las enfermedades estaban patentes, no necesitaba más. Muchos iban marcados por la fiebre. El paludismo aparecía en la palidez del rostro, en el temblor de las manos, en los ojos hundidos. ¿Para qué examinar a esos infelices? Otros, con el rostro demacrado, y la respiración dificultosa y sibilante. Había un aparato de Rayos X, pero estaba descompuesto y, a pesar de sus reclamaciones, nunca lo mandaron arreglar. Tampoco lo necesitaba. Hacía tiempo que había dejado su interés en el diagnóstico fino de la tuberculosis. Ya sabía de memoria las causas: penurias, hambre, trabajo excesivo. En los primeros meses, los inmigrantes, cuando salían del consultorio, se admiraban...

—Este doctor parece más cura confesor que médico... Quiere saber toda la vida de uno...

Sentíase agotado. No particularmente esa tarde. Era un cansancio que le venía de lejos, de semanas y meses. Un odio contra todo lo que lo rodeaba: el calor de Pirapora, esa tierra que se metía por la nariz, por la

boca, por los oídos, las charlas insulsas de la sociedad local, el ruido del río, las enfermedades de los inmigrantes, sus pedidos, sus lágrimas, sus dramas. Estaba harto de la enfermera, y hasta de Filó, la muchacha con la que dormía casi todas las noches y lo esperaba en el *cabaret*. Y tenía un solo deseo: irse de aquí, irse cuanto antes, disparar de la ciudad, del consultorio, de las inútiles fichas, y no verle más la cara a los otros empleados, no oír más la voz de Amelia, la enfermera, ordenando a los inmigrantes:

—El próximo...

¡Qué estúpida!... El próximo... ¿Qué sabrían ellos lo que quería decir el próximo?... En ninguna de sus significaciones. Próximo, del latín *proximus*, lo mismo que prójimo. La Biblia hablaba de que no se debía hacer mal al prójimo. ¡Pero qué difícil era establecer exactamente el concepto del bien y del mal! El que lo quisiese establecer se volvería loco. Él tuvo este problema en los primeros meses y los pasó muy mal. Mejor era no hacer caso, dejar que las cosas siguieran como estaban. Era el mundo el que andaba mal y no sería él, Epaminondas Leite, con dos años de ejercicio de la profesión y un escaso sueldo, quien lo iba a arreglar... A esa conclusión había llegado también su antecesor, el doctor Méndez. Pero él en vez de conformarse, se entregó a la bebida, inutilizándose para siempre. Leite tuvo que luchar con la tentación. Algunas noches hubiese deseado beber hasta perder la conciencia, para que el alcohol lo limpiara de toda esta miseria que lo rodeaba. Pero había vencido la tentación; lo pasado con el doctor Méndez era un ejemplo de tener en cuenta. Todo era cuestión de aguantar hasta que sus amigos de San Pablo le consiguiesen un traslado. Escribía una carta tras otra, y su padre no tenía descanso en andar tras los amigos influyentes que le prometían ocuparse. No se daban cuenta lo que era esto, este consultorio, con los inmigrantes, sus tragedias, sus pedidos, sus súplicas, que después seguían persiguiéndolo toda la noche y le quitaban el sueño... Si se dieran cuenta no dirían que era un fastidioso.

Si por lo menos apareciese una inmigrante bonita... Era una cosa rara... Una que otra y meses enteros examinando viejas de carnes flácidas y hombres esqueléticos... Sabía que era una indignidad, una traición a la ética profesional, pero no resistía. En cuanto aparecía una muchacha bonita, la hacía desnudar y le palpaba los senos, el cuerpo. Veía a la muchacha enrojecida de vergüenza, los ojos bajos, las manos apretadas contra el pecho. Después sentía remordimientos, asco de sí mismo, pero esta tierra, este trabajo, rebajaban a cualquiera y destruían la moral. Recordaba lo que dijo un inmigrante a poco de él llegar. El hombre

golpeaba cruelmente a una criatura con un botín, la sangre corría del labio herido del chico. Agarró de un brazo al inmigrante y lo reprendió:

—No le pegue así, hombre... Es una barbaridad...

El hombre lo miró con gesto hosco, pero cuando supo que era el médico de la sanidad, se tornó humilde y dejó al chico, que siguió ahí mismo lloriqueando, mugriento.

—Señor doctor, somos gente pobre que estamos viajando para San Pablo. Ni para comer tenemos. Pero este desgraciado todavía anda robando pan para meterme en un lío...

Y se puso a contarle toda su historia. En ese tiempo Leite aún oía pacientemente los relatos lastimosos de los inmigrantes. Cuando el hombre terminó por fin, le dio algunos consejos y le hizo una pregunta:

—¿Cómo es posible que, después de haber sufrido tanto, sea capaz de golpear así a esta criatura? ¿No le da lástima?

El hombre levantó los ojos y dijo con voz humilde:

—El sufrimiento no hace bueno a nadie, señor doctor... El sufrimiento pone peor a la gente, la hace mala...

Ahora solía repetirle para sí las palabras del inmigrante y hasta se las refirió en una carta a Marieta, su novia, que estaba en San Pablo. Él también se estaba haciendo malo, pero con una maldad pequeña, cobarde, sin valor para una gran maldad. Perdía la moral en torpezas, como hacer desnudar a las infelices muchachas que llegaban a su consultorio, en el goce de negar licencias a los empleados a sus órdenes que soñaban con huir unos días de este sitio.

Una inmigrante bonita era una rareza. Con algunas se acostó, estaban con hambre y resultaban fáciles. Algunas casadas, otras juntadas, viudas también cuyos maridos se quedaron en el camino. Les daba cinco mil *reis*, para ellas una fortuna. Muchas de estas andaban ahora haciendo la prostitución y las reconocía. Estaban enfermas y él les había impedido seguir hasta San Pablo al no darles el certificado de buena salud. En los prostíbulos acababan más rápido. Todo esto era muy miserable y se sentía asqueado.

Podía no venir al consultorio si quisiera. Algunas veces no venía, y se quedaba en su pequeña casa donde vivía solo y que le arreglaba una negra. Después de almorzar en el hotel, en ciertas tardes de calor aplastante, en lugar de dirigirse al consultorio a las dos, se iba a su casa para tirarse en la cama. Si no se dormía enseguida, con ese sueño pesado del que se despertaba sudado y con dolor de cabeza, comenzaba a sentirse inquieto al

pensar en esa larga fila de hombres y mujeres que lo estaría esperando, unos sentados, otros de pie, los ojos afligidos puestos en la puerta por donde él entraba. Algunos ya habían venido dos o tres veces sin conseguir hacerse examinar, siempre callados, con esos ojos tímidos que le recordaban los de un perro que tuvo. Se revolvía en la cama y por último se levantaba e iba al consultorio. Esos días estaba más hosco, más concentrado y sombrío. ¿Y para esto se había recibido?

¿Qué podía hacer sino levantarse y continuar? La sala de espera se encontraba abarrotada. Al llegar casi no pudo abrirse paso entre los inmigrantes y siguieron entrando después. Había atendido a unos veinte, sin mayor atención, porque era fácil el diagnóstico.

—Por ahora no puedo darle el certificado... Todavía tiene la fiebre del paludismo...

Daba cajas de cápsulas de quinina:

—Tome esto y cuando pase la fiebre vuelva para revisarlo de nuevo... Vamos a ver lo qué se hace...

No sabía qué mórbida fascinación lo llevaba a mirarlos cuando ya sabía de antemano los ojos de espanto que iban a poner y esa boca torcida en un pedido desesperado.

—No, no hay nada que hacerle... Otra cosa no es posible...

Ya afuera el rechazado, seguía escuchando sus lamentaciones y la voz de Amelia haciéndolo salir con brutal desconsideración. Tan fea como mala esta Amelia. Pero él hacía lo mismo que ella, o casi lo mismo, tal vez cosas peores. Pero le había tomado inquina a la enfermera, por la forma estúpida con que trataba a los inmigrantes. Parecía no sentir la tragedia de esa gente y hacía chistes con los otros empleados:

—Son un asco estos tipos.

Leite piensa que él no es mucho mejor que ella. También los trataba a veces brutalmente y usaba las mismas palabras que Amelia. Pero le tenía fastidio y no lo ocultaba.

Miró por la ventana. Con el caer de la tarde la tierra se había aplacado un poco. En el alféizar se amontonaba el polvo rojizo. Alguien pasando por la calle saluda:

—Buenas tardes...

¿Buenas tardes?... Como si pudiese haber una tarde buena en este pueblo teniendo que examinar inmigrantes. Miró el reloj. Felizmente estaba a punto de terminar la consulta. Unos más y por hoy basta. Después se iría a comer y luego a buscar a Filó para dormir con ella. No lo

entusiasmo mucho este proyecto. La muchacha lo tiene cansado. Si no la deja es porque no ha llegado otra para poder sustituirla. Y quedarse sin mujer allí... Gritó:

—¡Amelia!

—Voy.

Cuando la enfermera abre la puerta que da a la sala de espera, Leite oye el rumor de voces.

—¿Hay mucha gente todavía?

—Mucha... Hoy llegó un vapor...

—¿Quiénes son los primeros?

—Una familia que ha llegado en el vapor de hoy... Dos hombres, una vieja, una muchacha —sonríe— bastante bonita y un chico.

—Que pasen los dos hombres... —Pero cuando la enfermera se dirigía hacia la puerta, rectificó—: Que pase toda la familia junta... Los demás que vuelvan mañana...

Sería así más rápido. Al fin se trataba de un examen superficial, porque el vapor había traído un contingente inservible. Casi todos palúdicos, ya había estado a bordo y lo constató.

Estaba de espaldas a la puerta de entrada, mirando por la ventana, cuando Jerónimo entró con su familia. Oyó los pacos, la puerta que cerraba la enfermera. Un silencio respetuoso. Bajó la cortina sobre la ventana y volvióse. La muchacha era bonita, Amelia tenía razón. Pocas como ella había visto entre los inmigrantes.

2

Cuando el doctor Epaminondas Leite llegó a Pirapora, poco más de un año antes, traía grandes proyectos de hombre optimista y feliz. El puesto le había costado mucho trabajo conseguirlo y el viaje en tren desde San Pablo lo realizó en un verdadero estado de euforia. De Bello Horizonte telegrafió a Marieta: «Viaje espléndido. Pronto estaré de regreso. Para siempre».

Pensaba pasarse aquí unos seis meses a lo sumo, así se lo prometieron sus amigos influyentes. Y el Director de la repartición, un viejo pedante, que había escrito un libro sobre la población del interior del Brasil y muy pagado de sí mismo, le dijo que se iba a interesar para que ese «exilio en

Pirapora no fuese demasiado prolongado». Después agregó, con su manera de hablar, que parecía que estuviese haciendo un discurso:

—Vea mi joven amigo, no debe afligirse mucho sin embargo. Va a tener una oportunidad magnífica. Se pondrá en contacto con dos de los mayores problemas de nuestro país: la inmigración nordestina y el río San Francisco. Este último, especialmente, es profundamente interesante. Yo le aconsejo aprovechar su tiempo estudiando los problemas de la región. Hay uno, sobre todo, que es fascinante. ¿Por qué en una tierra tan fértil y rica, el hombre es tan indolente e incapaz? Para mí, todo es cuestión del mestizaje... Pero usted, doctor, tendrá oportunidad de estudiar el problema *in locum*...

Leite le prometió que se dedicaría a estudiar el problema y le enviaría sus observaciones, cosa que iba a ser la iniciación de «una larga amistad epistolar», según dijo el Director. Y lo prometió, no por quedar bien con el jefe del cual dependía su porvenir, sino que tenía proyectado hacer una serie de estudios y trabajos. «Ahí podré especializarme en enfermedades tropicales, es una especialidad en la que mucho hay que hacer». Cuando consiguiera el traslado a San Pablo, podría abrir un consultorio. Veíase con dinero, fama, y a su padre sin necesidad de tener ese humillante oficio de sastre.

Pero todo quedó en la primera carta, que, por otra parte, no puso en el correo. Sus observaciones, a los dos meses de llegar, lo habían llevado a conclusiones que, por cierto, no serían del agrado del jefe. Y dejó de lado este asunto. ¿Qué diría ese viejo fatuo si supiese que la indolencia y la incapacidad de esta gente, no era más que hambre, en una tierra fértil y rica?

En el largo trayecto del tren se había hecho una serie de planes. No iba a Pirapora sin saber adonde iba, como sucedía con los inmigrantes que atravesaban la *caatinga* y el río San Francisco. Este empleo, que lo debió por último a la intervención de su amigo Floriano, llegado del viaje de estudios a Europa en el momento que él ya había perdido toda esperanza, representaba el fruto de un año de gestiones, de esperas en frías salas de reparticiones públicas, con cartas de presentación y de recomendación, humillado, los zapatos rotos, el traje azul de la ceremonia del doctorado ya lustroso, los pantalones comidos en el ruedo. La llegada a su casa a la tarde, deprimido, sin palabras para la expectativa de sus padres. Y a la noche, la visita a su novia, recelando siempre la inquisitoria pregunta de Doña Isolina:

—¿Consiguió algo?

Contestaba con un gesto negativo. Y Marieta lo arrastraba a la calle, porque sabía que, de quedarse, Doña Isolina comenzaría a quejarse y a decir que un título abre todas las puertas a cualquier persona que sea perseverante y trabajadora. Los nervios de Leite no aguantaban y más de una vez le había respondido con acritud. Por eso Marieta lo sacaba para pasear por la vereda frente a la casa, saludando a los vecinos y conversando algunas palabras con unos y otros.

La ilusión del viejo Leite fue la de doctorar a su hijo. Su padre había sido también sastre, y todavía un chico, pusieron en sus manos una aguja, a pesar de que su deseo era ser médico.

Como no pudo realizar su sueño, lo puso en su hijo. Para eso hizo los mayores sacrificios y cosía de noche hasta la madrugada para clientes que conseguía en la sastrería donde trabajaba. Así, durante el día estaba en la conocida «Sastrería Robles» y de noche atendía su clientela particular. Su corte era el mismo que había dado fama a la sastrería. Ajustaba los gastos de la casa todo lo posible, pero el hijo iba al colegio con su buena cartera y su traje siempre limpio y correcto.

De bachiller se recibió con una buena nota, exactamente un ocho de promedio, y el sastre tuvo una alegría enorme. Lo contó a toda la vecindad y convidó a los íntimos con una cerveza para festejar el acontecimiento. Ya miraba a su hijo como un doctor y doctor comenzó a decirle, medio en broma medio en serio.

—Es para irme acostumbrando... —decía.

Y comenzó a juntar el dinero para comprar el anillo que llevaban los doctores, como signo de su título:

—En cuanto se reciba le voy a comprar el anillo. De esmeralda verdadera, no falsa como usan algunos... —y reía satisfecho.

Pronto el hijo encontró todo esto bastante ridículo. Pero tenía buen corazón como para comprender el gran sacrificio de su padre y tolerarle por eso sus tonterías, que llegaban hasta ocultar a los condiscípulos de Epaminondas su paternidad para no humillarlo. Al descubrir en la clientela de la sastrería un estudiante de medicina, llevaba la conversación para poder hablar de su hijo:

—¿Lo conoce? Es cliente de la casa...

El otro lo conocía. El sastre continuaba:

—Muy inteligente, ¿no? Va a ser un gran médico... Tiene talento y vocación... También, estudia como loco...

En cambio Epaminondas no ocultaba a sus condiscípulos la profesión de su padre. Y por esta causa hizo amistad con Floriano, muchacho rico, hijo de un senador, tratado con deferencia por condiscípulos y profesores. Su padre era influyente en la política nacional, disponía de empleos, tenía vara alta en las esferas del gobierno y todos procuraban quedar bien con el hijo. Leite nunca tuvo intimidación con él, que poseía su círculo de amistades, formado por jóvenes con automóvil y amantes, que iban a las fiestas de sociedad y a los casinos. Floriano estudiaba poco, pero los profesores no se animaban a reprobarlo, muy satisfechos de recibir una tarjeta del senador pidiendo benevolencia para su hijo.

Cierta mañana en una clase práctica, Floriano le habló:

—Usted tiene un gran admirador.

—¿Yo?

—Sí, usted. Un sastre. Yo me visto en la «Sastrería Robles».

Y ayer, cuando el sastre que me atiende supo que era estudiante de medicina, me habló de usted y me hizo un gran elogio suyo.

Leite miró bien en los ojos al otro. No simpatizaba con Floriano, que tenía sin ningún trabajo todo lo que a él le faltaba.

Y le dijo:

—Es mi padre...

—¿Su padre? —se admiró.

No hablaron más durante la clase. Pero la confesión de Leite agradó al muchacho rico, que vio en ella franqueza y dignidad. Al salir ese día de la facultad se le aproximó:

—¿Va al centro?

—Sí.

—Lo llevo entonces. Suba.

Subieron a la *voiturette* de Floriano, un Packard marrón que dejaba a las muchachas enloquecidas. Hablaron, se hicieron amigos. Leite ingresó al círculo de Floriano. No lo dejaban pagar nada, cosa que al principio lo humilló un poco, pero la amistad que le ofrecían era sincera y pasó por alto esta situación de inferioridad. Ya festejaba a Marieta en ese tiempo y al llegar al tercer año se puso de novio. Floriano le prometió que en cuanto se recibiera le iba a conseguir un buen empleo público.

—Y vamos a poner juntos un consultorio... Yo no sé nada y necesito tener conmigo uno que sepa... Voy a hacerme fama a tu costa...

El sastre se sentía feliz con esta amistad. Ahora conversaba largamente con Floriano cuando iba a hacerse ropa a la sastrería y se esmeraba en

atenderlo. Leite comía en casa del senador, acompañaba a Floriano a los casinos, fiestas y recepciones. Hasta concurreó a la Casa de Gobierno a un baile de gala. El propio senador, estando cierta vez en la sastrería, quiso conocer al padre del amigo de su hijo. Para el sastre esto fue un honor que jamás creyó alcanzar.

—Cuando se reciba su chico, yo me ocuparé de encaminarlo.

El dueño de la sastrería, que acompañaba al senador, desde ese día trató con más amabilidad a su sastre.

—El hijo es estudiante de medicina y protegido del senador Nogueira... Tiene asegurada una gran carrera... Dicen que el senador le costea los estudios.

Marieta también vivía esas esperanzas y a veces acompañaba a su novio en el automóvil de Floriano, que llevaba con él su accidental festejada. Bebían unas copas en Santo Amaro o bailaban en Guarujá. Esto aumentaba los sacrificios del sastre, porque esa vida requería gastos y él no quería que su hijo hiciera mal papel.

El día que se realizó el acto de entrega de los diplomas, y vio a su hijo con el traje azul, que le hiciera en vigiliás nocturnas, y su diploma en la mano, no pudo contener las lágrimas. Oyó con desmesurada atención el discurso del paraninfo y el orador del curso. Y cuando se leyó el nombre de Epaminondas Leite aplaudió ruidosamente. También aplaudió al nombrarse a Floriano Nogueira. El senador estaba en sitio de honor y saludó con la cabeza al sastre.

Marieta se hizo un vestido nuevo para ir al baile. Fueron en taxi, como en un sueño. En su casa el sastre no podía dormir y comentaba con su mujer:

—Ahora debe estar bailando...

Regaló a su hijo el anillo de doctor y además un reloj de oro y una lapicera fuente, que necesitaría para escribir las recetas. Floriano había obsequiado al amigo con un lujoso termómetro.

Seis meses después todo esto estaba empeñado. Al recibirse no quiso recordar enseguida a Floriano el asunto del empleo. Dejó que esto partiera de él y hablase con el senador. Pero quince días después Floriano se embarcaba para Europa con sus padres. A los tres meses regresó el senador por sus obligaciones legislativas, mientras Floriano quedaba en Europa haciendo un indefinido curso de especialización. El senador no demoró más que dos días en San Pablo y siguió para Río, porque la política pasaba por un momento complicado. Leite no pudo verlo.

Y comenzó el angustioso lapso de espera. Conseguía algunas cartas de recomendación, oía promesas de personas importantes y pensaba que no era justo que su padre continuase manteniéndolo ahora que se había recibido. Lo veía coser hasta la madrugada y por momentos sentía deseos de arremangarse y ayudarlo. Y tenía que soportar las miradas de la madre de Marieta cuando llegaba de visita. A veces ni siquiera dinero para el tranvía le quedaba. Le avergonzaba pedirle al padre y era la madre quien le daba algunos centavos para cigarrillos y pequeños gastos. Vivía haciendo antesalas y las suelas de sus zapatos se fueron gastando. Esas largas horas que debió esperar para ser atendido, terminaron por hacerlo humilde y rebelde.

Esto duró un año. Cuando ya había perdido toda esperanza. Floriano llegó de Europa. Traía un nuevo automóvil, un Fiat de carrera, una francesa que era una hermosura y el certificado de haber asistido a algunas clínicas famosas. Ya Leite había intentado ejercer su profesión en un consultorio que le prestaba un amigo tres horas dos veces por semana. No era esto ninguna solución. Pero le servía para simular que trabajaba. Su traje azul casi estaba en hilachas y lo afligía ver a su padre dispuesto a hacerle otro traje economizando en los gastos de la casa.

Fue Floriano quien lo buscó. Y cuando supo que todavía se encontraba sin empleo, mostró disgusto:

—¿Pero es posible? Tanto que le recomendé al viejo... Es que la política no le deja tiempo para nada... Enseguida voy a ver eso. Y tiene que ser un puesto que valga la pena. Una cosa buena...

Y le hizo programa para esa noche. Irían a Santos, al casino. Leite le señaló la ropa.

—Eso no importa... Te ponés un traje mío y te quedas con él... No me vas a venir ahora con pavadas de orgullo ¿no? Al fin de cuentas yo tengo la culpa de lo que te pasa...

Al regresar del paseo, Leite le dijo:

—En cuanto al empleo, cualquier cosa que sea, con tal que me lo consigas pronto...

Se lo consiguió enseguida. Pero como era cosa de urgencia, fue lo primero que se encontró disponible. Un puesto de médico de sanidad en la oficina de inmigración de Pirapora.

—Cosa de poco tiempo. Mientras tanto yo te voy a conseguir aquí otro destino mejor y te hago trasladar... Y ahora no sucederá lo mismo que antes.

Pero Leite se conformaba con tener el empleo. El sueldo no era malo. Pero nada quiso adelantar ni en su casa ni en la de su novia, hasta que el nombramiento no fuese firmado. Cuando salió el nombramiento, llevó queso y vino para su casa y un ramo de flores a su novia. Floriano le había prestado el dinero. Sacó del empeño su anillo, el reloj, la lapicera fuente y el termómetro y le quedó para los gastos del viaje. Entró en su casa con el «Diario Oficial» en la mano. Al leer el sastre el decreto del nombramiento, tuvo un acceso de alegría, tan grande, que el hijo creyó que podía darle un ataque. Abrazaba al hijo:

—¿No decía yo?... ¿No decía yo?... Tenía que ser... Tenía que ser...

La alegría de Marieta no fue menor. Doña Isolina preguntó para cuando podía fijarse la fecha del casamiento.

—En cuanto sea trasladado aquí. Creo que será cuestión de seis meses...

Iba a reemplazar a un doctor Diego Méndez, que después de pasarse cuatro años en Pirapora había conseguido un traslado a Santos. Tenía referencias que era un médico muy capaz y con mucho prestigio.

Durante el viaje iba rumiando sus proyectos. ¿Cómo sería esa ciudad de Pirapora, tan distante, en la margen del río San Francisco? Recordaba las palabras del Director de la repartición sobre los problemas del gran río. No conocía las ciudades del Interior, a no ser Campiñas y Jundaí, porque Santos no podía ser considerada así. Pero Pirapora debía ser diferente. Y a pesar de que pasaría allí solo unos meses, pensaba abrir un consultorio que atendería en las horas libres y estaba dispuesto a estudiar todo lo que pudiese.

Al llegar a Pirapora, mucho se extrañó que el doctor Méndez no estuviera en la estación para recibirlo. Desde San Pablo y Bello Horizonte le telegrafió anunciándole su llegada. Un changador le arrebató las valijas.

—¿Dónde vive el doctor Diógenes Méndez? ¿Sabe usted?

—Vive en el Hotel Internacional.

—¿Es lejos?

—No, cerquita.

—Lleve allá mis valijas. Yo lo sigo para conocer el camino.

—Es allí no más —estiraba el labio—. Hay que seguir esa calle y enseguida está...

Dejó atrás al changador. El calor era insoportable y había una polvareda que ofendía los ojos. Necesitaba comprarse anteojos oscuros. Pero encontró la ciudad simpática con sus casitas blancas y le entusiasmó la

catarata que rodaba bajo el puente. Se detuvo a contemplar el San Francisco. Un mendigo le pidió limosna. Al meter la mano en el bolsillo para sacar una moneda, lo miró. Quedó espantado. No había duda, era un leproso.

El hotel estaba tan silencioso que parecía no haber nadie. Golpeó las manos, pero inútil. Al llegar el changador con las valijas fue a despertar al hotelero que dormía la siesta. Otros pasajeros llegados en el mismo tren, se reunían en el salón.

—Don Juca, hay gente...

Don Juca no dejó su paso moroso. Calzaba zapatillas y venía pasándose el dorso de los dedos por los ojos somnolientos. Leite se adelantó:

—¿Está aquí el doctor Méndez?

El hotelero lo examinó cuidadosamente:

—¿Usted es el nuevo médico?, ¿no?

—Sí, soy yo.

—Tiene habitación reservada... La 19...

El changador siguió con las valijas. Pero Leite quería entrevistarse con su colega. Debía estar retenido por algún caso de urgencia para no haberlo esperado en la estación. Indagó:

—¿El doctor Méndez está en el Hospital o en el consultorio?

Don Juca levantó el párpado de un ojo en un gesto indefinido:

—¿El doctor Méndez?

—Sí, el doctor Méndez —contestó ya molesto Leite.

—¡Bah! Dónde va a estar el doctor Méndez... —y extendió una mano señalando el bar al otro lado de la plaza—: Allá está... Es ese de traje blanco... Como siempre, tomando unas copas...

3

Era una desconsideración. Pidió al hotelero que avisara al doctor Méndez que él había llegado y que lo esperaba. Fue a su cuarto. Tomó un baño, se mudó de ropa y volvió al salón, creyendo encontrar al doctor Méndez. Con el baño se había limpiado del polvo y del cansancio del viaje. Y fue dispuesto y curioso que entró en el salón. Pero no había nadie. Miró hacia el bar de enfrente. Ahí seguía sentado el doctor Méndez, en la misma mesa y le pareció que hasta en la misma posición. Llamó a Don Juca. El hotelero

vino con su aire sin prisa y se quedó esperando con esa cara inexpresiva que enervaba a Leite.

—¿Mandó avisarle al doctor?

—No, señor, no mandé avisarle...

—No le dije que le mandara avisar... Tengo que hablar con el doctor de cosas muy importantes.

—No, no mandé a nadie, fui yo mismo... Aquí no se puede contar con los empleados, son una manga de haraganes...

—¿Le avisó entonces?

Movió la cabeza diciendo que sí.

—¿Y qué contestó?

—Dijo que ya sabía... Y me mandó a la mierda... —Y agregó—: Tiene esa costumbre, manda todo a la mierda... Todo, menos a la *cachaça*... Dice que es lo único bueno en este mundo. Si tuviese una hija, creo que la pondría de nombre *Cachaça*... —y rio, con una risa floja, sin fuerzas, como sería «la risa de un gusano, si riese», pensó Leite.

Se encaminó a la puerta. Iba a decir algunas verdades a ese borracho. ¿Qué manera era esa de recibir a un colega? Tenía obligación de ir a esperarlo, mostrarle la repartición, presentarle el personal. Le diría lo que pensaba de su actitud.

Se volvió para buscar el sombrero. Tenía por hábito andar en cabeza, pero allí, con ese sol que quemaba los sesos, le sería imposible mantener su costumbre. Y debía comprar unos anteojos oscuros, sin falta. Admiró una vez la catarata, el agua chocando contra las piedras y la blanca espuma subiendo en borbotones. Era un hermoso espectáculo. Se lo contaría a Marieta en una larga carta que pensaba escribirle esa misma noche. Pero esa noche no escribió a Marieta y lo hizo recién a la mañana siguiente. La noche la pasó en el *cabaret* con el doctor Méndez, conociendo «a las chicas», como decía el otro.

Nunca imaginó que eso iba a ocurrir cuando cruzaba la plaza con intención de interpelar a su colega. Estaba dispuesto a decirle cuatro frescas y después arreglarse solo y pasar un informe a la Dirección. Y hacerle conocer a Floriano qué médico era este. Tal vez estuviese creído que no contaba con buenas relaciones y que era un cualquiera. O quizás lo tuviera a menos por haber sabido que era hijo de un sastre...

El doctor Méndez levantó sus ojos turbios. Su barba debía tener una semana por lo menos. Una barba rojiza y rala que daba al doctor Méndez un aire extraño de loco. Las manos le temblaban al meter los dedos entre

sus cabellos despeinados. «Delirio alcohólico, —se dijo Leite, aunque concedió—: Tal vez en su comienzo». La ropa sucia y quemada en varios sitios por las chispas del cigarro que fumaba y cuya ceniza se desparramaba sobre las solapas y el pecho manchado de la camisa.

—Buenas tardes...

Los ojos mortecinos del otro lo miraban:

—¿Usted es mi reemplazante? Muy bien. Siéntese...

Leite tomó la silla y se sentó con gesto brusco un poco apartado de la mesa. Méndez era un hombre de cincuenta años y pico y, al parecer, gordo, con unas manos redondas que temblaban levemente. Leite iba a comenzar su catilinaria, pero el otro ya no lo miraba, porque golpeó las manos llamando al mozo. En la mesa había una botella de *cachaça* mediada.

—Trae otra copa... Y rápido, muchacho de mierda...

El mozo rio, debía estar habituado a las expresiones del médico:

—Ya va...

—A ver si por lo menos le pasas un poco de agua a la copa.

Tenía sin embargo, una voz grave y cálida, como de cantante. Leite esperaba que le ofreciera bebida, para no aceptarle. El mozo trajo la copa y fue a tomar la botella, pero Méndez interrumpió su ademán:

—Deja eso, muchacho de mierda...

Llenó la copa que habían traído. Levantó la suya:

—Salud.

—Yo no bebo.

Los ojos turbios lo miraban nuevamente y parecían sonreír entre la blandura que los envolvía. Era el resto de ironía de esos ojos.

—No bebe... Ajá... Es mejor que empiece cuanto antes...

—¿Que empiece a beber? ¿Y por qué?

—Ya va a saberlo... Esto es todo lo que a uno le queda aquí —señalaba la botella—. La Santa *Cachaça*, la mejor santa de Pirapora. Más milagrosa que el Padre Cicero o que ese otro santo que anda ahora por el *sertón*, ese Esteban...

Y le acercó la copa a Leite:

—Déjese de delicadezas, tómese esa copa... No es grata cosa, es una mierda, pero es lo mejor que se consigue aquí... Es de Januária... Pero no se compara con la pernambucana...

Y como Leite aún vacilaba, repitió:

—Déjese de delicadezas, mi amigo... Aquí hay que perder las delicadezas...

Su voz modulada, en ese momento tenía un acento profundo:

—Y la decencia también...

Leite levantó la copa:

—A su salud.

—Gracias —y vació su copa de un trago, la llenó nuevamente y escupió.

La *cachaça* era fuerte. Leite sintió que le quemaba el pecho. Le corría el sudor por la frente y el sol le hacía cerrar los ojos. Sacó el pañuelo. Recordó que las iniciales fueron bordadas por Marieta. Se secó el sudor de la cara:

—Qué calor...

—Hay cosas peores aquí... —los ojos de Méndez se abrían otra vez con expresión irónica—. La *cachaça* es buena para el calor... —diagnosticó con una casi sonrisa de sus labios blandos.

Y sin venir al caso, hizo una pregunta inesperada, apuntando con el índice el pecho de Leite:

—¿Qué edad cree que yo tengo? —y se echó contra el respaldo de la silla como para que el otro pudiese examinarlo bien.

Leite calculó. Entre cincuenta y cinco y sesenta. Pero dijo lo menos:

Méndez rio con sarcasmo:

—Ahí tiene lo que es Pirapora y el puesto de Inspector Médico de la Oficina de Inmigración del Estado de San Pablo.

Bebió su copa, nuevamente la llenó y también la de Leite.

—Hace cuatro años y muy poco más, que llegué a Pirapora... Cuando desembarqué en esta mierda de estación, tenía treinta y ocho años... Debía andar ahora, si todavía sé contar, por les cuarenta y dos, pero tengo cincuenta y cinco años ¿no es así?... Entonces son diecisiete que estoy aquí y no cuatro... Y me parecen pocos diecisiete, a mi se me hacen treinta...

Se rascó la cabeza rojiza. Leite estaba pendiente de sus palabras.

—Treinta años... Esa es la pena máxima en los códigos de esta mierda de país ¿no es así? Bueno, en los cuatro años que llevo aquí, cumplí treinta de condena.

Leite dijo que, en realidad, le parecían excesivos sus juicios. Casi no pudo ver nada de la ciudad, pero, por lo poco que había visto, no la encontraba tan mala. Para ciudad del interior, no le parecía de las peores, a lo que conocía.

—¡Bah! La ciudad... Tiene aeropuerto, un club donde se baila y se juega al chaquete, buenas casas de comercio, en resumen, una mierda. Pero no hablo de la ciudad en sí, no es la ciudad lo que lo liquida a uno, a pesar del calor y la gente insufrible que hay...

Ahora sus ojos estaban perdidos más allá de la plaza. Leite no conseguía saber qué miraba. La plaza se encontraba desierta. En frente, en una tienda, un turco de chaleco bostezaba. Posiblemente miraba al turco y Leite con una sonrisa comentó:

—Con este calor y con chaleco... ¡Qué animal!...

Pero Méndez no lo oía. Pensaba en otra cosa, porque cuando habló dijo:

—Espere a ver su clientela, esos inmigrantes... Usted ¿cuántos años tiene?

—Veintisiete.

—Muchacho... A su edad yo estaba en Río de Janeiro, buenas mujeres, no eran esta mierda de acá...

Se rascó la barba nuevamente:

—Juré no afeitarme hasta que usted llegara... Dígame ¿se enfureció mucho porque no lo fui a esperar?

—Creía encontrarlo en la estación...

—Iba a ir... Pero esta mañana...

Calló. Empinó la copa y volvió a elogiar la bebida:

—Entona el corazón... —y sin solución de continuidad contó—: Era gente que había venido aquí. Por el camino habían muerto casi todos y los pocos que quedaban...

—¿Inmigrantes?

—Los clientes nuestros... Hay que llenar un certificado de salud. Solo se les da cuando están completamente sanos y con este certificado van a buscar el pasaje en la otra oficina que está al lado. El que está enfermo no tiene certificado. ¿Lleva revólver?

—No. ¿Y para qué?

—Con un revólver uno defiende mejor los certificados... Si no hay que tener un corazón de piedra... Al mío le echo *cachaça* encima para que resista, tengo un corazón de mierda...

—¿Son violentos?

—¿Violentos? —se admiraba del término—. Qué van a ser violentos... Lo difícil de resistir son sus ojos, que miran como perro perseguido... Cuando ponen esos ojos sobre uno, le aseguro, solo siento no tener un

revólver para pegarles un tiro... Hasta ahora estoy viendo los ojos del hombre al que esta mañana tuve que decirle que tenía los pulmones deshechos... Se puso a llorar.

Quedó en silencio unos segundos. Luego preguntó:

—¿Ha visto a un hombre grande llorando?

Leite recordó a su padre llorando el día que se recibió. Pero dijo que no.

—Váyase preparando para ver eso... Es la mayor de las mierdas... ¿Cómo podía ir a la estación? Hoy no voy tampoco al consultorio, su llegada me sirve de pretexto, y mañana temprano le entrego la oficina y me disparo en el primer tren. Mi castigo terminó, ahora le toca a usted...

—¿Cómo puede ser tan terrible esto?

A Leite le costaba convencerse que el lugar fuese lo que Méndez decía. Si al final todo se reducía a examinar los inmigrantes, darles el certificado a los sanos y despachar a los enfermos.

—¿Y qué sucede con los enfermos?

—¿Qué sucede? Y nada. No pueden seguir a San Pablo, eso es todo... Después se mueren. ¿Pero quién es el que no se muere en esta mierda? —y señalaba la plaza—. Se quedan a pedir limosna por ahí... Eso es lo que sobra en Pirapora: mendigos. Y vuelven al consultorio todos los días para nuevos exámenes, asegurando que ya están curados...

—¿Y los examina cada vez?

—Méndez posó en él sus ojos turbios:

—¿Para qué? La tuberculosis y la lepra no se cura así nomás. Todavía el paludismo...

Extendía ahora los brazos en un gesto que sería teatral en cualquier otro, pero que en él era apenas triste:

—Nunca vi tanta hambre... Eso es lo que mata a la gente: el hambre...

Rio luego para contar:

—Aquí hay un poetaastro que hace versos mierdosos y uno de esos versos, el más pasable, dice que los inmigrantes recorren los caminos del hambre hasta llegar aquí... Es la única cosa que ha escrito que valga algo... Y los caminos del hambre llevan derecho al cementerio...

—¿Y qué tal es el personal de la oficina?

—Unos mierdas. —Pero como si encontrase esta palabra inexpresiva, enseguida la enmendó—: No, unos miserables, unos hijos de puta... Negocian con los pasajes, hacen toda clase de canalladas... No tengo relación con ninguno.

Y resumió su opinión en dos palabras:

—¡Una peste!

Leite preguntó:

—¿No se ha quejado al director?

—Nada se gana con quejarse. Cada uno tiene su padrino y nadie hace caso de lo que pasa aquí. Hace dos años que estoy pidiendo traslado. En la última carta les mandé decir que, si no me trasladaban, mandaba todo a la mierda y me iba... Me di un plazo yo mismo: hasta el fin de este mes... Al final lo nombraron a usted, me mandaron avisar. Le aseguro, si no largué esto antes que usted viniera fue por lástima de esos infelices, que sin certificado de un médico no podría viajar ninguno. Ni los pocos que pueden viajar...

—¿Así que va a Santos?

—Sí, a Santos... Pero ya es demasiado tarde, no me levanto más... Esto me acabó para siempre... ¿Cree que yo era un borracho antes de venir aquí? Claro, no era abstemio, tomaba mis copas de vez en cuando... lo mismo que cualquiera... —Llamó al mozo—: Anótemelo en la cuenta, mierda... —tiró sobre la mesa una propina, que el mozo agradeció con un murmullo:

—Lo estoy cansando con estos cuentos. Pero es mejor que usted sepa lo que es esto... Así no se hace ilusiones, como me sucedió a mí. Yo pensaba crear un fondo social y de asistencia médica para los inmigrantes... —balanceó las manos— proyectos... todo quedó en nada...

Se levantaron. El sol brillaba sobre la catarata. Siguieron hacia allá. Leite se admiraba de que Méndez no anduviese tambaleante. A pesar de lo que había bebido marchaba derecho, un poco agobiado el cuerpo y las manos temblorosas. De pronto se dio cuenta que Méndez lo observaba de reojo.

—Todavía no tengo toda la dosis —dijo y rio—. Es a la noche cuando la completo. —Rio más—: No hay forma de dormir si no es borracho...

—El calor...

—Qué el calor... Es esa gente y sus tragedias... Y esos ojos que ponen... Realmente uno se siente asesino...

Esa noche Leite vio a su colega borracho, bailando en el *cabaret*. Conocía a todo el mundo y todos parecían tenerle simpatía, hombres rudos del puerto, empleados de comercio, el poeta de marras, que era un mulato flacucho, los marineros. Presentó las mujeres a Leite:

—No vaya a ir con ninguna sin antes hablarme. Sé las que están enfermas y las que están sanas. Son mis únicas clientes, después de los inmigrantes.

A la tarde habían estado en el consultorio. Méndez lo puso al tanto de algunas cosas e hizo la presentación humorística de Amelia, la enfermera:

—Este hipopótamo es la enfermera. El animal más bruto que Dios ha puesto sobre la tierra...

Después Leite fue con Amelia para ser presentado a los demás empleados. Lo recibieron muy bien. Era la mayor autoridad allí y recibió invitaciones para comer y se pusieron a sus órdenes. Nadie dijo nada de Méndez, ni tampoco estaba dispuesto a tolerar que hablasen del colega.

Comieron juntos en el hotel y luego Méndez lo había arrastrado para el *cabaret*. Señalábale las mujeres, muchachas ya sin ningún encanto:

—A esa la revisé. Estaba sana, pero los demás de la familia no podían viajar. Andan por ahí pidiendo limosna y esta se quedó aquí... Ahora está enferma lo mismo que los otros...

Sabía de cada una su historia. Y hasta allí venían los inmigrantes a consultarlo y fue allí, en el *cabaret*, donde Leite tuvo el primer contacto con aquellos que, desde el día siguiente, irían a pasar por su examen para conseguir el certificado médico. Llegó un hombre, acompañado de dos muchachos, y se aproximó a la mesa del doctor Méndez. Este lo miró con sus ojos turbios y dijo con voz ya cargada por la bebida:

—¿Qué quiere, Cardoso?

—Que si puede me vea mañana otra vez... Ya estoy bien, no siento más nada.

—¿Cómo cree que una caverna de pulmón se va a cerrar de un día para otro?

—No tengo más tos... ni fiebre...

Allí mismo Méndez auscultó al hombre. Golpeó la espalda con la punta de los dedos. Se volvió a Leite:

—Examínelo.

Leite le auscultó a su vez:

—Los dos pulmones...

Méndez le hablaba al inmigrante.

—Todavía no se puede, Cardoso, hay que tener paciencia... Pase mañana por el consultorio y le voy a dar un remedio.

—¿Mañana me va a ver mejor, doctor?

Se fue el hombre.

—Este se muere pronto...

Extendía de nuevo los brazos repitiendo el gesto de esa tarde y resumía todo en su palabra predilecta:

—Una mierda...

Y se tomó una copa de *cachaça*. Leite también bebió y ya no le parecía tan fuerte la *cachaça*.

4

¿Cómo se le ocurrió hacer entrar a toda una familia junta? Mandar que las muchachas bonitas se desvistiesen y examinarlas cuidadosamente, se había hecho en él un hábito poderoso. No pasaba todo de un tímido manoseo, pero a la noche, cuando se acostaba con Filó, la imagen de la muchacha vista en el consultorio volvía a su imaginación y parecía un animal en celo. Filó le decía:

—Hoy estás con el diablo en el cuerpo.

La familia de Jerónimo se agrupó frente a él. Oyó toser al viejo y se dijo para sí: «Está tísico». El plan se formó casi instantáneamente en su mente. Amelia se mantenía parada, con un gesto la hizo salir. Cerró la puerta. Se sentó en la silla y comenzó a hacer preguntas. Sus miradas recorrían la familia. Anotó los nombres, las edades y el sitio de donde procedían.

—¿Llegaron hoy?

—Hoy mismo, señor... Hemos venido enseguida, dicen que hay mucha gente con pasaje esperando el tren y nosotros queremos ver si podemos irnos lo antes posible.

—Bueno, vamos a revisarlos, y si todos están en condiciones, hoy les extiendo los certificados y mañana podrán retirar los pasajes... Ahora en cuanto a embarcarse, tendrán que esperar el momento... Es por turno... Los que ya tienen pasaje, viajan primero. —Miró a Marta—: Puede ser que yo consiga hacerlos viajar antes...

Fue Jucundina la que respondió:

—Si el doctor arregla eso, Dios se lo pagará... Necesitamos llegar pronto, ya el poco dinero que trajimos se nos está acabando...

—Voy a revisarlos.

En su plan estaba revisar al chico delante de la familia. Después a los otros, uno a uno, y así podría mirar y palpar el cuerpo de la muchacha que se mantenía con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre las rodillas.

—Primero el chico... ¿Cómo se llama? —miró las anotaciones, amable, bondadoso—. Antonio...

—Nosotros le decimos Toño —explicó Jucundina.

—Vamos a ver, Toño. Quítate la ropa.

Toño se encogía en un rincón, agarrado a los pantalones del abuelo. Cuando el médico se aproximó, se puso a lloriquear:

—¿Por qué tenes miedo? ¿Qué es eso? ¿Un hombre llorando? Si no te haré nada...

Fue necesario que Juan Pedro lo arrastrase al medio del consultorio y que Jucundina lo desvistiera en medio de rezongos y amenazas. Toño lloraba como un desesperado. Lo acostaron en la mesa de examen.

—Flaquito, ¿eh?

—Es el único que nos vivió... —la voz de Jucundina tenía un acento triste que no pudo menos que sentir Leite—. Eran tres, dos varones y una mujer, se llamaba Noca... No nos quedó más que este... Era el mayorcito y aguantó más...

¡Esas historias! Que se repetían siempre. Tenía razón Méndez, esta tarea acababa con el mejor. Perdía uno todo, orgullo, decencia.

—¿De qué murieron los otros dos? —levantó la cabeza, retirando el oído de la espalda del chico.

—A Noca se le echó a perder una lastimadura del pie. Y la fiebre la mató. El otro se murió en el vapor...

—¿Disentería o paludismo?

—Era una criatura de pecho... No resistió el caldo de pescado... Se fue en diarrea...

Leite movió la cabeza de nuevo. Y continuó meticoloso su examen. Toño seguía lloriqueando, hurtando el cuerpo a las manos del médico. Leite veía los piojos correr por la cabeza sucia del chico. Flaco pero perfectamente sano. Le dio una palmada en el trasero:

—Puedes vestirte ya...

Y se dirigió a Jucundina:

—No tiene nada... Lo que necesita es comer mucho... Tal vez tenga lombrices... —llamó de nuevo a Toño y le miró los ojos—. Sí, está con lombrices. En cuanto lleguen a San Pablo le da un buen purgante para lombrices. Y córtele el pelo, tiene piojos.

—Sí, señor.

Llenó el formulario del certificado:

—Este ya puede sacar el pasaje. Ahora veremos a los demás... Salgan todos, basta con que se quede uno... —señaló al acaso a Juan Pedro—: Por favor, usted...

Abrió la puerta. Los otros salieron y quedó solo Juan Pedro, que sentía tanto miedo como Toño.

—Siéntese ahí en la camilla... —fue a buscar otros instrumentos—. Quítese el saco.

Juan Pedro puso el saco sobre la silla.

—La camisa también.

El torso del inmigrante tenía poca carne y era de color bronceado. Paludismo no parecía tener, o, por lo menos, no estaba en época del acceso.

—Diga treinta y tres.

Los pulmones sanos. Pero quería demorar el examen para no producir sospechas cuando revisara a la muchacha.

—Diga de nuevo... Siga diciendo hasta que le diga basta...

La voz de Juan Pedro parecía medrosa:

—Treinta y tres... Treinta y tres... —Bueno, basta.

Se incorporó y le examinó el corazón. Puso una expresión preocupada que asustó a Juan Pedro:

—¿Qué es, doctor?

—Nada, nada... —sonrió—. No se asuste... Usted puede viajar...

Mientras escribía el certificado le ordenó:

—Puede vestirse.

Le entregó el certificado y le pidió:

—Haga entrar a la señora.

Jucundina se detuvo en la puerta. Leite vio sus zapatos rotos, que dejaban escapar la punta de los dedos.

—El vestido... Puede quedarse en combinación...

Se volvió de espaldas, esperando:

—¿Ya está?

—Todavía no...

En realidad ni había comenzado. Una vergüenza invencible le quemaba la cara. Jucundina había oído decir que los médicos de ahora revisaban a las mujeres desnudas.

—Por favor, señora, apúrese un poco... No necesita sacarse la combinación.

La hizo sentar en la camilla de examen. Después le ayudó a acostarse. Un cuerpo envejecido y flácido. ¿Cuántos años podía vivir esta mujer? Estos cálculos los hacía muchas veces.

—Su marido es ese de más edad, ¿no? ¿El que tose ahora?

—Sí, señor.

—¿El otro es su cuñado y la muchacha su hija?

—Sí, señor. El chico es nieto...

La examinaba lentamente para hacer tiempo. El plan maduraba en su mente. El viejo estaba tuberculoso, no había duda. Estos no podrían viajar.

—Diga treinta y tres.

Escuchaba con la oreja pegada a la espalda de Jucundina. Después golpeó con los dedos.

—Hay que hacer un análisis de esputos... Tendrá que volver mañana... Voy a dar la orden a la enfermera...

—¿Qué tengo, doctor? Por Dios, dígame...

—Nada, nada... Es para asegurarme que no tiene nada...

Parecía aniquilada. Leite trató de animarla:

—No se aflija. No es más que una cuestión de rutina. Un día o dos y todo queda resuelto... —Y preguntó—: ¿Su marido tose desde hace tiempo?

—Desde hace unos dos meses... Cuando llegamos a una *fazenda*, empezó a quejarse de un dolor al costado...

—¿Ha escupido sangre?

—Una vez, cerca de Juázeiro... Pero los médicos de allá le dieron un remedio y quedó bien...

—Bueno. —Y llamó mientras la mujer se ponía el vestido apresuradamente—: ¡Amelia! ¡Amelia!

La enfermera entró.

—Análisis de esputes para mañana. Arregle con ella afuera. —Y a Jucundina—: Dígale a su marido que entre.

A Jerónimo no había más que mirarlo. Le hizo sacar el saco y la camisa. Apareció un pecho hundido. No se necesitaba más. Pero lo examinó, sabiendo de antemano el diagnóstico.

—Mañana le haremos un análisis de esputes. Allí afuera la enfermera le explicará... Es un cosa sin importancia, no hay que asustarse.

—¿No me va a dar el papel, doctor?

—Todavía no. Después del análisis.

Lo vio palidecer como un muerto. Parecía que le hubiesen dado la noticia del fallecimiento de la persona más querida.

—No hay que intranquilizarse... Es para comprobar que está sano... Y si el análisis da bien, mañana mismo le doy el certificado...

En los primeros tiempos hacía así. Llevaba días engañándolos y solo les daba la fatal noticia cuando ya no quedaba otro remedio. Después fue perdiendo el sentimentalismo. Les hablaba con brutalidad. Pero ahora la visión de la linda muchacha lo tornaba amable. Hizo como si la hubiese olvidado:

—¿Quién más falta?

—Falta mi hija.

—Hágala entrar.

Lo acompañó hasta la puerta:

—Otro análisis a este paciente. Para mañana...

Entró Marta. Leite le sonrió:

—Quítese la ropa y acuéstese allí —le señalaba la camilla.

Se puso de espaldas junto a la ventana, para dejarla cómoda.

—Cuando esté lista, me avisa...

Caía el crepúsculo y no tardarían en encenderse las luces de las calles. El consultorio, con las cortinas bajas, estaba envuelto en penumbras. Dio vuelta la llave de luz:

—¿Lista?

No obtuvo respuesta. Se volvió. Ella estaba con el vestido en la mano sin resolverse a quitarse la combinación.

—Todo, todo... No tenga miedo, es necesario para revisarla... Tápese con esa toalla cuando se acueste...

Primero la examinó. No tenía nada. Después continuó las innobles maniobras. El deseo lo enloquecía y sus manos temblaban como las del doctor Méndez en sus borracheras. «Cada uno con su miseria», pensó. Volvió a la muchacha de frente y le bajó la toalla hasta el vientre. Los senos eran duros y altos, preciosos. Recostó su cabeza sobre el pecho de la muchacha y su oreja tocaba la carne elástica. Era un placer angustioso. Y así palpó y vio, y conoció y deseó el cuerpo de Marta. Y cuando le dijo: «Puede vestirse», estaba con los ojos inyectados y los dientes apretados.

Marta, encogida, se vestía sin mirarlo.

—Siéntese ahí, vamos a conversar un poco...

Marta se sentó, los ojos bajos, las manos sobre las rodillas como en un ademán de defensa.

—No le he dicho nada a su madre por no darle un disgusto. Pero a usted que ya es una señorita voy a decirle la verdad...

Marta sentía renacer su confianza. Si la tocó tanto, sería porque debió hacerlo para examinarla mejor. Lo miró por primera vez. Era un hombre buen mozo, con ojos de bueno.

—Su padre está muy enfermo...

—¿Qué tiene?

—Tuberculosis.

—¿Es enfermedad del pecho?

—Sí... No podrá viajar...

—¿No? ¿Y entonces, qué vamos a hacer?

—Tiene que tratarse primero... Después veremos... Su madre, no sé todavía cómo está... Puede ser que no tenga nada, pero puede estar enferma... Depende del análisis... Y usted necesita unas inyecciones...

Sobre ella recaía de pronto una enorme responsabilidad. Ciertamente era que, poco a poco, se había transformado en la persona que resolvía en su familia. Pero esto de ahora la había trastornado, no atinaba a nada.

—Yo los voy a ayudar en lo que pueda... Vuelva mañana con su padre y su madre, y vamos a ver los análisis... Y a usted le pondré una inyección.

Le hizo una última recomendación:

—Ninguno de ustedes use las mismas cosas que usa su padre... Hay que evitar el contagio, ¿me entiende?

Y la tomó de la barbilla en un gesto amistoso:

—Voy a ayudarlos... Usted es muy simpática...

Esa noche en el *cabaret* se emborrachó. Y terminó por darle unos moquetes a Filó que se hacía la interesante, queriendo negarse, hacerse rogar.

Los mendigos llenaban la ciudad. Asaltaban literalmente a los viajeros llegados en primera clase y frente a la estación y el hotel formaban una multitud lisiada e inmundada. Un museo de enfermedades, según dijo alguien al estar de regreso en Bello Horizonte. Era la resaca de los inmigrantes, los

que no pudieron seguir para San Pablo ni volverse de nuevo al *sertón*. Quedaban por allí. Los menos enfermos terminaban por conchabarse en las *fazendas* vecinas por casa y comida, a la espera de su muerte. Los otros se incorporaban a la enorme legión de los mendigos de la ciudad, tratando de juntar el dinero necesario para costearse por su cuenta el viaje a San Pablo. Ni en ese estado, perdían la esperanza de alcanzar la tierra de promisión. Algunos conseguían comprar el pasaje para San Pablo e iban a morir allá. Otros volvían a Juázeiro y tomaban de nuevo los caminos de la *caatinga* para morir allí.

Una parte quedaba definitivamente en Pirapora. Dormían a la orilla del río, entre matorrales, o construían ramadas del otro lado del puente, mendigaban, robaban y hasta asaltaban.

Y no era fácil, a no ser por los pedidos suplicantes y las manos tendidas, distinguir un mendigo de un inmigrante. La ciudad presentaba un aspecto apocalíptico, con esos centenares de hombres haraposos y hambrientos. Unos esperando el tren, otros que todavía no habían perdido la esperanza de conseguir el certificado de salud, los que regresaban de San Pablo, los que hacían filas interminables frente a la oficina de inmigración. Los chicos andaban por las calles se agregaban a los mendigos y sus voces agudas se mezclaban a las voces graves de los viejos.

El poeta que habló de «los caminos del hambre», era un resentido. Tenía un empleo subalterno en una de las compañías de navegación y nunca consiguió que sus versos fuesen publicados en ninguna publicación de importancia. Pero había clasificado, con bastante ingenio, en cien tipos distintos a los mendigos de Pirapora. Los permanentes, que ambulaban por las calles de la ciudad, cuyas caras ya se conocían y sus enfermedades también. Ciegos y lisiados, que se resistían a morir y tenían una clientela hecha para las limosnas. Y en esta división inicial, estaban, en la otra parte, los provisorios. Y estos provisorios se subdividían en varios grupos. Primero los chicos. Todos pedían limosna, aun aquellos cuyos padres contaban con algunos recursos. Al llegar veían a los otros tendiendo la mano a los transeúntes y los imitaban en rendidora diversión. Después las mujeres con criaturas de pecho, vestidas de harapos, cuyos maridos habían muerto durante el viaje o en Pirapora y que no sabían qué camino tomar: seguir a San Pablo o volverse al *sertón*. Iban quedándose en Pirapora, las más jóvenes se distribuían entre la mendicidad y la prostitución, según la edad y el físico. Y por último los hombres, en distintos grupos. Los definitivamente enfermos, a los cuales Leite ya había quitado toda

esperanza de mejoría y que trataban de ir amontonando moneda sobre moneda para pagarse el pasaje para seguir o el viaje de vapor para volverse. Los que tenían paludismo y tomaban quinina, todavía confiados en conseguir el certificado. Los que llegaban de regreso de San Pablo, sin un centavo. Y así otros más.

Toda esta gente se robaba unos a otros, se apiñaba en la estación, en los muelles, en las puertas de los hoteles. Tomaban sol en la plaza, comían residuos de comida, revolvían los tachos de basura. En verano sobrevivían mejor bajo el sol inclemente. Pero al llegar el invierno con sus lluvias de días y noches, buscaban refugio en improvisadas viviendas, en las *fazendas* vecinas y morían por decenas.

Era una ciudad de mendigos. Y si el poeta de marras hubiese tenido talento y menos amargura, tal vez podría haber escrito un poema famoso. Pero se había dedicado a hacerle sonetos de amor a las prostitutas, así conseguía dormir con ellas gratis.

En la fonda, donde la familia de Jerónimo se alojó por tres mil reis diarios cada uno, con comida —porotos y un pedazo de charqui— y cama, recontaron el dinero de que disponían. Juan Pedro había salido para ver si conseguía trabajo, cosa bastante difícil, porque eran muchos los que estaban en eso. Toño ya andaba con un grupo de muleques pidiendo limosna. Jerónimo no quería verlo mendigando y más de un coscorrón le dio por esta causa. Pero ahora quizá no tuviesen otra manera de vivir. Salieron interrogándose sobre lo que había dicho el médico. Nada más que Toño y Juan Pedro tenían los certificados.

Marta le contó a Jucundina:

—El doctor dice que usted parece que no tiene nada... Pero que papá está bastante enfermo... Me dijo que nos va a ayudar...

En medio de su desesperación Jucundina encontraba palabras para elogiar al médico:

—Es un hombre bueno...

—Vamos a terminar pidiendo limosna...

Jucundina recordó a sus tres hijos. Si ellos estuviesen otra cosa seria. ¿Sería otra cosa? Tal vez fuese mejor que ellos se encontraran lejos. Por lo menos ellos no tendrían que mendigar por las calles. Jucundina también recordó a Gregorio, que le pegó el tiro a Arturo:

—Dios quiera que no lo encuentren... Dios quiera... Hizo bien en hacer lo que hizo... Lástima que no fuese al Doctor Aureliano...

Marta pensaba en Aureliano, que la acarició como el médico en el consultorio. Sentía una cosa en el pecho que le quitaba el hambre y la tristeza y la hacía mirar las luces de la ciudad. ¿Dónde andaría Vicente? Él nunca la había tocado y era el que le gustaba a Marta.

6

Al día siguiente volvieron todos al consultorio. Amelia les dijo que esperaran. Quedaron en la sala de espera llena de inmigrantes, viendo la puerta del consultorio abrirse y cerrarse, entrar y salir gente. Unos alegres con el certificado que les permitía obtener el pasaje gratis, otros con aire de tregedia, mujeres con los ojos enrojecidos de llorar. Al fin Jerónimo y Jucundina fueron llamados para los análisis. Leite les dijo que debían volver al día siguiente para saber el resultado. Y prometió:

—Haré hoy mismo el análisis.

—Por amor de Dios, doctor, si puede apurarse... Ya no tenemos dinero... Mañana vamos a tener que dejar la fonda, no podemos pagar más que el día de hoy...

—Mañana mismo tendrán el resultado... Ahora que pase la muchacha para hacerle la inyección. Está muy anémica, pero con las inyecciones se va a fortalecer y podré darle el certificado.

Esperó pacientemente a que entrase Marta. Tenía hirviendo la jeringa. Al fin la inyección le haría bien. Entró Marta y dio las buenas tardes sonriendo tímidamente.

—Para mañana tendré el resultado de los análisis de esputos de sus padres. Pero quiero que sepa, es muy posible que el viejo tenga un pulmón enfermo.

—¿Y no podrá viajar entonces?

—Por lo menos gratis... Y si va por su cuenta, no tendrá ninguna de las facilidades para conseguir trabajo ni hospedaje hasta ser contratado, ni ninguna ayuda oficial. Prácticamente no llevaría ninguna ventaja con ir por su cuenta, en caso de tener dinero.

—Si usted, doctor, pudiese ayudarlo un poco...

—Lo que pueda hacer lo haré... Lo haré por usted...

Sonreía, ella bajó los ojos. No entendía bien lo que él quería decir, pero a sus palabras y sus miradas le encontraba, por instinto, una segunda

intención, cuyo significado profundo se le escapaba. Agradeció.

—Prepárese para la inyección.

No sabía qué hacer. Él le explicó.

—Bájese los calzones y levante el vestido. La inyección es en la nalga.

—¿Dónde?

—En el trasero.

Pasó el algodón con alcohol, apretó la dura carne y clavó la aguja. Ella gimió levemente.

—Es una lástima tener que pinchar una cosa tan linda...

Marta no dijo nada. Sintió que sacaba la aguja. Pero las manos de él seguían masajeando:

—Para que no se le forme un absceso... un tumor...

Y las manos se fueron corriendo por los muslos, subieron nuevamente por las nalgas, abrazaron el vientre, tocaron el centro del cuerpo. Se estremeció, un calor subió a su rostro y se encogió para librarse de las manos de él.

Leite la dejó temiendo haberla asustado y comenzó a conversar de otra cosa, mientras ella se arreglaba la ropa sin mirarlo.

—Me ha dicho su madre que están sin dinero para pagar la fonda...

—Tío Juan Pedro anda buscando trabajo...

Leite abrió su cartera, sacó un billete de cincuenta mil *reis* y se lo tendió:

—Para que tengan hasta que se puedan arreglar... No necesita decirle a su madre que yo le di el dinero...

Quiso rechazarlo. Pero sabía que el dinero se les había acabado y no tendrían ni dónde comer ni dónde dormir. Y con el padre enfermo. Aceptó:

—Es mucha molestia...

Leite arriesgó:

—Si quiere puede tener mucho más...

Pero Marta le extendía la punta tímida de los dedos en una despedida.

Ya en la fonda le contó a su madre que era el médico quien le había dado el dinero. Pero nada dijo de lo sucedido en el consultorio. Jucundina se conmovió:

—Dios le va a dar mucha suerte, porque lo merece...

—Dice que con papá hay pocas esperanzas...

—Qué va a ser de nosotros, hija...

Jerónimo tosía a reventar. Juan Pedro no podía encontrar trabajo, ni por la comida siquiera. Sobraban brazos en la ciudad y las *fazendas* de los alrededores estaban repletas de gente.

A pesar de la costumbre, Leite temía siempre este momento:

—¿Ya hizo eso, doctor?

—Ya hice los análisis. —Se dirigió a Jucundina—: Usted no tiene nada... —Miró a Jerónimo—: Ahora usted, mi amigo, está con un pulmón mal... No podrá viajar...

—¿No me va a dar el papel?

Le pareció mejor no cortarles completamente las esperanzas:

—Por lo menos inmediatamente, es imposible... Le haremos un tratamiento enérgico y rápido: inyecciones diarias, descanso, alimentación. Dentro de un tiempo tal vez pueda darle el certificado.

—No sé cómo vamos a vivir hasta entonces... —Jerónimo levantó la cabeza—: Señor doctor, dígame la verdad... así ellos —señaló la familia— se pueden ir y yo me arreglo aquí como pueda. Después cuando estén acomodados por allá y Juan Pedro trabaje y las dos mujeres también, me mandan el dinero y yo voy...

En ese momento estuvo a punto de desistir de Marta, decirle al viejo que nunca podría darle el certificado, arreglar para que Juan Pedro, las mujeres y el chico viajaran en el primer tren y comprarle un pasaje a Jerónimo para que fuese con ellos. Pero tenía en sus manos el calor del cuerpo de Marta. Y aconsejó:

—Le haré el tratamiento, sin cobrarle nada, se entiende, y tal vez pronto pueda darle el certificado... Y para que tengan una entrada, yo tomo a su hija para que me cocine y limpie la casa... Será una ayuda... También voy a conseguirles donde puedan vivir... Me parece mejor que esperen... En cuanto usted esté bien yo lo haré embarcar en el primer tren... ¿Qué le parece?

—Usted es demasiado bueno... Dios lo puso en nuestro camino para que nos ayude...

Estas palabras le dolieron como un insulto, como una bofetada. Pero era la hora de aplicar la inyección a Marta y sus ojos brillaban de codicia.

«Y la decencia también...», era la voz de Méndez la que oía.

Unos negros, que vivían en las afueras, le debían algunas atenciones. A la negra la había salvado de un tifus. Tenían un rancho y fue allí que Leite alojó a Jerónimo con la familia. Los negros estaban encantados de poderle ser útiles y no querían recibir los veinte mil *reis* que les dio.

—Es una gente que me recomendó un amigo...

Los negros no pedían mayores explicaciones. Y ahora Marta iría todas las mañanas a la casa de Leite, para arreglarle la casa y preparar la comida. La mujer que le servía, se asombró con las vacaciones que le dio el médico, porque allí las sirvientas no conocían vacaciones.

Al correr de los días, Marta llegó a comprender los motivos que tenía Leite para ayudarlos. No perdía ocasión de abrazarla y palparle los senos y las piernas. Ella se resistía, pero no siempre podía escapar y además le aplicaba ahora las inyecciones en la casa. Leite estaba cada vez más enloquecido con la muchacha y dispuesto a satisfacer sus deseos costase lo que costase. Ese interés por Marta, que adivinó enseguida Filó, dio lugar a una escena de celos, que Leite aprovechó para dejar a la amante.

Pasaba en casa todo el tiempo libre, rondando detrás de la muchacha, llamándola, intentando caricias en toda oportunidad. Ella, al comprender sus intenciones, pensó en irse y contarle todo a su madre. Pero reflexionó que de esa manera iba a quitarles la ayuda del médico a los suyos, la casa donde vivían, los cuarenta mil *reis* que ella ganaba en este empleo y los centavos que siempre daba a Toño por hacerle algunos mandados. Y lo peor, su padre perdería toda posibilidad de viajar a San Pablo.

Meditando Marta sobre todo esto, se daba cuenta de que sería imposible escapar de los deseos del médico. Y además iban gustándole sus caricias y el médico era un hombre buen mozo. Como veía que tarde o temprano se iba a entregar a él, resolvió, con extraña lucidez, sacarle el mayor provecho. No dejaba de comprender que al enterarse el padre la echaría de su casa y en cuanto al médico tampoco se engañaba: no se iba a casar con ella, ni siquiera a juntarse, la dejaría en cuanto consiguiese lo que deseaba. Era un doctor y estaba de novio en San Pablo. Había visto el retrato de Marieta sobre la mesa de luz junto a su cama y Marta pudo

deletrear la cariñosa dedicatoria: «A mi querido Epaminondas, con toda la inmensa nostalgia de tu novia Marieta».

Y resolvió, casi fríamente, ceder, si el médico le entregaba el certificado de su padre y los pasajes para toda la familia. Para ella, no. Ella tendría que quedarse. Pero entre su padre y ella, su padre era más necesario a la familia.

El instinto de mujer de Marta le decía que lo mejor era excitarlo al máximo. Fue lo que hizo. Se mostró arisca y difícil. Le sonreía desde lejos, con miradas prometedoras y siempre manteniéndose a distancia. Leite estaba cada vez más loco por ella.

Al fin, una tarde, él la agarró. Sus labios mordieron en besos los de ella. Marta consiguió librarse con gran esfuerzo, venciendo la sensación de calor y abandono que le invadía el cuerpo. Comenzó entonces una decidida cacería. Él persiguiéndola en todo momento. Ella huyendo. Los dos sin hablar. Marta comprendió que había llegado el momento final. A veces lloraba de noche en su casa, cuando veía a su padre, su madre, el sobrino y el tío, y pensaba que no iría con ellos. Sabía su destino: el *cabaret* o las casas de las mujeres de la vida. Estaba decidida. Solo sentía que Vicente no la hubiese hecho suya en Juázeiro. Así para el doctor no quedarían más que las sobras.

Toño entró corriendo en la casa:

—¡Abuela! ¡Abuela!

Jucundina vino. Estaba con Jerónimo, al que atendía siguiendo las recomendaciones del médico. Toño vestía harapos, los ojos inquietos, los pies enrojecidos por la tierra roja de las calles.

—¿Qué hay?

Se rio con risa cínica:

—Vi al doctor que estaba besando a tía Marta...

Rápida Jucundina lo hizo callar, para que Jerónimo no oyese. Y llevándolo aparte se hizo referir lo visto por el chico:

—Yo iba entrando en la casa del doctor, para pedirle a tía Marta una moneda, y vi que el doctor la agarraba y le daba besos en la boca... Salí corriendo antes que me vieran...

Jucundina le hizo jurar a Toño que no contaría eso a nadie.

Cuando esa noche Marta regresó a su casa, tenía un aire cansado, como si sufriera, pero sonreía. Le dio a Jucundina el certificado donde constaba que Jerónimo tenía perfecto estado de salud y estaba apto para viajar. Jucundina pensaba conversar con ella y enterarse de lo que pasaba con el doctor Leite, pero al ver el certificado, comprendió todo y sintió un profundo dolor en el corazón. Marta se dio cuenta de eso y las dos quedaron silenciosas, mientras los hombres comentaban:

—Ahoyá ya podemos ir...

—Hay mucha gente antes que nosotros...

—No importa, el doctor me dijo que eso lo arreglaba...

Por fin se acostaron. Dormían todos juntos en la misma habitación, sobre esteras. Jucundina esperó que todos durmieran para tocar el hombro de su hija, a quien oía llorar. Y las dos salieron afuera. Marta bajaba los ojos y no hubiese sido necesario que hablara. Pero Jucundina le pidió:

—A ver ¿qué pasó?

Y como Marta continuaba callada, preguntó:

—¿Te hizo eso?

Marta afirmó con la cabeza.

—¿Y después te dio el papel?

Miró a su madre con los ojos húmedos. Se quedó esperando las palabras de recriminación. Pero Jucundina nada dijo. Siguió en cuclillas, las manos caídas, pensando. Luego tomó la mano de su hija, la atrajo hacia su pecho y, lo que no hacía desde años, la besó en la frente. Confundieron sus lágrimas.

Al rato Jucundina habló:

—Si tu padre lo sabe, es capaz de hacer una barbaridad con el doctor... Y te va a echar de la casa...

—Va a saberlo... —Marta no lo dudaba.

—Si nos pudiéramos ir enseguida... Eso tenés que pedirle...

No le guardaba ni siquiera odio al doctor Leite. Tenía que suceder, era el destino. Menos mal que sus tres hijos no estaban con ellos. Con el genio que Dios les había dado quién sabe lo qué pasaba.

—Andate a dormir, hija...

Y Jucundina se quedó afuera. Escuchaba el ruido del río y miraba el cielo estrellado que dejaba caer su luz sobre sus cabellos, completamente encanecidos por el viaje.

Leite quería retenerlos todo lo posible. Su deseo no estaba todavía saciado. Les hizo dar pasaje para el segundo tren de inmigrantes, de aquí a ventitrés días. Ahora que ha hecho la estupidez de dar el certificado, quería aprovechar bien a la muchacha. Era la primera vez que transigía en dar un certificado falso. Había resistido siempre todas las súplicas. Y ahora, ¿qué autoridad moral podía tener sobre los demás empleados de la repartición? Amelia sabía el resultado del análisis de Jerónimo y los empleados comentaban ya el asunto; para nadie era un secreto. No tardó en llegar al conocimiento de los otros inmigrantes y uno de ellos, que tuvo una discusión con Juan Pedro, se lo echó en cara:

—Ustedes no tienen vergüenza... Le dieron la muchacha al doctor por el papel para el viejo.

Cuando supo Jerónimo lo que se andaba diciendo de su hija, tuvo un arranque de rabia. Si no fuera por Jucundina, la hubiese matado. Se echó sobre Marta con una vara:

—¡Mandate mudar de aquí, puta sinvergüenza! ¡Desgraciada! ¡Desgraciada! A mi edad, que venga esta desgraciada a manchar mi vejez...

Marta salió corriendo de la casa, con una herida en la cara. Era al anochecer y había inmigrantes que presenciaban la escena. Jerónimo seguía gritando dentro de la casa. Jucundina trataba de calmarlo. Al último comenzó a toser y tuvo que acostarse. Entonces Jucundina quiso abogar por su hija, pero sin resultado. Jerónimo no quería verla más y prohibió a su familia toda relación con ella.

Después que se alivió del acceso de tos, ordenó que recogiesen los bártulos para salir de esa casa. No quería estar ni un minuto más en esa casa que les había dado el doctor, el amante de su hija. Y se fueron a vivir bajo los árboles donde otros inmigrantes estaban acampados. Los negros, dueños de la casa, observaban la escena sin comprender. Los inmigrantes no hacían ningún comentario.

Marta no pudo quedarse muchos días en la casa de Leite. Su asunto era muy comentado en todas partes y el mulato poeta habló al médico de que se decía que había puesto casa a la muchacha. Por otra parte, ya el entusiasmo se le estaba pasando. Marta era una ignorante en cuestiones sexuales y Leite se había acostumbrado a la experiencia de las mujeres de la vida. Y había llegado una mujer nueva al prostíbulo, que vino con un sargento que la dejó en Pirapora. Y a Leite le gustaba.

Marta tomó el camino del *cabaret* y de las casas de prostitución. Como era una novedad, tuvo pronto una gran clientela. Días después quedó enferma. Y fue Leite el que se lo dijo y la trató, porque también esta clientela heredó de Méndez. Pero lo encontró tan frío, tan indiferente, que a Marta le costaba trabajo pensar que era el mismo hombre que quince días antes andaba enloquecido detrás de ella. Marta había enflaquecido y se pintaba la cara y los labios, tenía dos vestidos nuevos y zapatos.

12

De lo que ganaba Marta vivía la familia. Jerónimo y Toño pedían limosna, pero los mendigos eran muchos. Continuaban viviendo en promiscuidad con decenas de inmigrantes, todos a la espera del tren o del certificado que les permitiera viajar. Jerónimo no volvió a hablar más de su hija, pero pronto sospechó que el dinero con que vivían procedía de lo que ella ganaba vendiéndose. En su vida, nada lo avergonzó más, nada lo amargó más. Quería a esa hija, y, aún ahora que la había repudiado, conservaba vivo en el corazón su recuerdo.

Con Jucundina tuvo una escena violenta cuando confirmó sus sospechas. Pero después dejó de protestar. ¿Cómo iba a dejar morir de hambre a los suyos? Pero la comida se le hacía acíbar en la boca y su pecho cada vez se hundía más y cada vez aumentaba más su tos.

La veía a Jucundina salir para encontrarse con Marta. Y la veía regresar, los ojos enrojecidos por el llanto, trayendo provisiones. No decía nada, pero esto lo iba matando más rápido.

13

Por último les llegó el turno de embarcarse. A la noche, Jucundina fue a despedirse de su hija en la casa donde vivía. Y por primera vez la vio vestida con las ropas que usaba para su oficio, la cara pintada y con un perfume agresivo.

—Nos vamos mañana...

Se abrazaron llorando. Jucundina había traído a Toño y Juan Pedro la acompañó. Trató de que viniera Jerónimo. Le había dicho:

—¿No te vas a despedir de la pobre?

Pero él nada respondió. Su corazón sangraba. Bajó la cabeza, con deseos de quedar muerto ahí mismo, de acabar de una vez.

Madre e hija conversaron largamente. Marta le contó que Vicente había llegado en el vapor de la víspera y que estuvo en el *cabaret*. Pero no le contó que Vicente, al verla en una mesa bebiendo con unos clientes, se fue sin saludarla siquiera.

Marta dio a su madre todo el dinero que tenía. Jucundina sollozaba. Marta le advirtió:

—Mañana voy a ir a la estación... Quiero verlo a papá...

14

Los inmigrantes contemplaban la máquina de tren llena de humo. A ellos les estaban destinados los tres últimos vagones de tercera. Irían directamente hasta San Pablo. Al fin llegarían allá, a aquella tierra de abundancia y riqueza. Estaban todos contentos y parecían olvidados de las penurias pasadas. Los que no podían viajar los miraban con envidia y tendían las manos mendicantes a los pasajeros de primera.

Jerónimo se sentó en el banco de madera al lado de Jucundina. Ella estaba del lado de la ventanilla y Jerónimo comprendía que su ansiedad era por ver a Marta, que debía haber venido a la estación. Pero Jucundina no se animaba ni a mirar, por temor a su marido. Juan Pedro y Toño, sentados en el banco frente a ellos, tenían un aire conspirador y receloso. Toño ya había intentado dos veces levantarse, pero Jerónimo lo obligó a quedarse sentado:

—Quedate quieto ahí, porque te voy a dar unas buenas, muchacho de porra...

Los inmigrantes armaban las hamacas en el vagón. Algunos, que ya habían viajado, daban explicaciones. El coche se encontraba abarrotado. Pasaban unos, salían otros, llamaban, blasfemaban, conversaban. Y fue en medio de esa confusión que los ojos de Juan Pedro, que buscaban a Marta, descubrieron a Gregorio entre los que andaban por el andén:

—¡Miren quién está ahí! ¡Gregorio!

—¿Quién? —Jucundina trató de incorporarse, pero la mano de Jerónimo puesta en su hombro, se lo impedía.

Juan Pedro gritó:

—¡Gregorio! ¡Gregorio!

Gregorio los reconoció y, abriéndose paso a codazos entre los inmigrantes, entró al vagón:

—Vine en el barco de hoy. No imaginé que los iba a encontrar... Si no los hubiese buscado.

Observaba el rostro enflaquecido de Jerónimo y notaba lo reducido de la familia. Jucundina le preguntó:

—¿Y no le sucedió nada?

—Qué me iba a suceder... Me metí en el monte, di una gran vuelta y llegué a Juázeiro. Tenía conmigo una platita...

Contó que lo habían examinado:

—Ya tengo el pasaje, salgo dentro de un mes.

—Vea de vernos por allá...

El tren pitó. Gregorio antes de irse preguntó a Jerónimo:

—¿Y la demás familia?

—El hambre la acabó en el camino...

Resoplaba el tren. La máquina inició la marcha, aun lentamente. Aumentó la velocidad. Gregorio se descolgó del tren. Y entonces Jucundina, desprendiéndose de la mano de su marido, se asomó a la ventanilla. Jerónimo se levantó para hacerla sentar, pero, en lugar de cumplir su intención, se asomó también alcanzando a ver a Marta, vestida de rojo, que desde un extremo del andén decía adiós con la mano.

El tren pitó en la curva.

LIBRO SEGUNDO

Los caminos de la esperanza

José, a quien llamaban Zé Tronido, se tiró al suelo. La bala pasó zumbando, a la altura en que estaría su cabeza de no haber sido tan ligero. Se había echado sobre los espinos, pero su ropa de cuero protegía su cuerpo y, además, estaba acostumbrado. A través de los arbustos hizo puntería. No tiró enseguida, quedó con el ojo puesto en la mira del fusil. Cuando, por fin, soltó el gatillo, lanzó al mismo tiempo un grito agudo de animal enfurecido. Otros gritos partieron de la *caatinga*, bárbaros y extraños. Zé Tronido vio a un hombre alzarse, agitando las manos en el aire, dejando caer el arma. Advirtió a Lucas Arboleda que se encontraba cerca, también echado:

—Liquidé uno...

Sonrió Lucas Arboleda. Estaba atento a su arma, no queriendo errar tiro, mas ahora que Zé Tronido le había acertado a uno de esos malditos «macacos».

—Ahora soy yo... —gritó y su voz fue oída al otro lado donde estaban los soldados de la policía.

Partió el tiro y el teniente que los mandaba escapó por milagro. Los soldados por un momento sintieron la tentación de largar las armas y salir corriendo. Pero fue solo un momento. La voz del teniente ordenó:

—¡Fuego!

Y el fuego de fusilería recomenzó a través de la *caatinga*, asustando a las víboras y los lagartos. Los soldados nuevamente se animaron con la esperanza de terminar con Lucas Arboleda y su banda de salteadores.

El herido gemía sordamente. La bala le había entrado en el vientre y sobre el uniforme se derramaba la sangre mezclada con trozos de vísceras. Un soldado veterano, Cándido, le dio agua. El teniente, casi un adolescente, evitaba mirar al herido, porque el espectáculo de ese hombre moribundo le daba náuseas. No hacía mucho que egresara de la Escuela de Cadetes de la Policía Militar de su Estado y como se casó y tuvo el primer hijo, su jefe, que le tenía estima por su buen comportamiento y su

contracción al estudio, encontró la manera de darle esta comisión al mando de tropas y lo envió a una ciudad del interior al frente de la pequeña guarnición. Los soldados volvieron a hacer fuego, pero los bandoleros no respondieron.

—¿Habrán huido? —se dijo el teniente.

Era su primer encuentro y nada sabía de las tácticas de los bandoleros, y fue uno de los veteranos que le advirtió que el combate recién comenzaba. El teniente resolvió cercarlos y mandó una patrulla, para que, descendiendo por una picada que había a la derecha, los atacaran por la retaguardia. Cándido meneó la cabeza, pero nada dijo, estaba acostumbrado a obedecer. Dejó al agonizante para ponerse al frente de la patrulla, que descendió por la picada.

No sabía el teniente si era suerte o casualidad. Solo hacía una semana que llegara a esta ciudad del interior y estaba ayudando a su mujer a preparar la nueva casa, con el orgullo de su hijito, cuando la tarde de la víspera un camión cargado de cemento trajo la noticia. El chófer contó que a cuatro leguas del lugar se había dado con la banda de Lucas Arboleda. Lo detuvieron y el llamado Zé Tronido le puso el puñal en la garganta. Querían saber cuántos soldados tenía la guarnición de la ciudad, qué clase de armamento. El chofer dijo lo que sabía. ¿Y quién no iba a decirlo? Le sacaron el dinero que llevaba, examinaron la carga del camión y como era cemento, lo dejaron seguir. No podían estar lejos cuando el camión partió y el chófer los vio internarse en la *caatinga*.

El teniente nada dijo a su esposa y fue a conferenciar con el Intendente. Consideraba que lo mejor era salir al encuentro de Lucas Arboleda, atacarlo en la *caatinga*, matarlo o apresararlo, o por lo menos, darle una corrida que le quitase las ganas de andar por esos lados. El Intendente estuvo de acuerdo. La banda de Arboleda evitaba las ciudades bien guarnecidas. Si el teniente le salía al paso con sus soldados. Arboleda pensaría que estos no eran más que la vanguardia de la tropa acampada en la ciudad. Y aunque no lo matase o prendiese, con seguridad que huiría. Y, mientras tanto, el Intendente reuniría a los hombres de la ciudad, se armarían y si Arboleda intentaba asaltar la ciudad la iban a defender. Sugirió también que se mandase un propio a la ciudad vecina para hacer venir la patrulla. Eso si, se demoraría en ir más de un día, porque el camino público estaba interceptado por los bandoleros y debía hacerse el camino a pie por entre la *caatinga*. Pero el teniente no encontró esto necesario. Contaba con dieciocho hombres y le bastaba. El Intendente podía armar

treinta hombres más en la ciudad. La cuadrilla de Lucas Arboleda, según voz corriente, no alcanzaba a veinte hombres.

—Menos son —afirmó el Intendente—. Cuando entró en Graúna no tenía más que once.

—¿Para qué entonces?

Solo en el momento de partir le dio la noticia a su esposa. Ella palideció. Cuando el comandante propuso a su esposo el traslado, ella no estuvo de acuerdo. Esa ciudad distante, perdida en el *sertón*, se encontraba en los límites de la comarca dominada por Lucas Arboleda, que se titulaba «gobernador del *sertón*». Más de diez años que dominaba la *caatinga*, matando, robando, violando. Su fama era conocida en todas partes y nadie había conseguido prenderlo. Una única vez le acertaron un balazo en una rodilla, pero ahora se sentía seguro después que el Beato Esteban había hecho su cuerpo invulnerable a las balas. Desde ese encuentro con el Beato se hizo más feroz. Luego de pasar cuatro días con el santón, cosa de dos meses antes, andaba por la *caatinga*.

El teniente no sabía si era suerte o casualidad. Pero esto podía significarle su ascenso a capitán por actos de servicio, la publicación de su retrato en los diarios y el comentario de su hazaña hasta en Rio de Janeiro si conseguía matar o apresar al bandolero. Podía ser su muerte también. Los bandoleros eran temibles tiradores, no erraban tiro. El teniente era joven, tenía un hilo de bigote sobre el labio, amaba el uniforme que vestía y soñaba con la gloria. Su nombre era Ezequiel da Silveira. Los soldados lo estimaban y creían que este encuentro era pura casualidad.

Cuando recomenzó el tiroteo, el teniente pensó en su hijo. Cuando fuese grande podría enorgullecerse de su padre, el teniente que mató a Lucas Arboleda. Quedó de pie entre los arbustos, sin hacer caso a las recomendaciones del veterano Cándido que le pedía que se echara a tierra. Nada le contestaba y seguía de pie, aplomado y sonriente, dirigiendo el combate.

Habían salido la víspera al atardecer y de mañana dieron con el rastro de Lucas Arboleda en el camino público. Se internaron en la *caatinga*, donde los soldados sabían encontrar los rastros de los bandoleros. Iban estudiando los gajos quebrados, las hojas pisadas, cuando partieron los primeros tiros. No pudieron enseguida saber de dónde tiraban.

—Ahí están... —dijo Cándido.

Se atrincheraron tras unos matorrales y localizaron a los bandoleros. Estaban un poco más adelante en lo cerrado del monte. De allí partía una

picada que iba a dar al camino público, por detrás de donde estaban apostados los bandoleros. Por esta picada fue por donde partió Cándido con seis hombres.

—Cuando llegue allá avise con tres tiros, espere cinco minutos y avance —fueron las órdenes del teniente.

Cándido hizo la venia y partió. Considerábase hombre perdido, pero tenía lástima del teniente, tan buen muchacho, tan joven todavía. Esa maniobra de cerco era una cosa estúpida. Lucas Arboleda conocía la *caatinga* como la palma de su mano, nadie era capaz de cercarlo y menos con tan pocos hombres. El teniente Miranda nunca hubiese hecho semejante cosa. Solo trataría de ahuyentar a los bandoleros para sacarlos de los alrededores.

Los hombres de Lucas Arboleda vieron el movimiento de los soldados y advirtieron al jefe. Este comprendió lo que el teniente pretendía:

—Nos quieren cercar...

Trazó su plan:

—Primero acabamos con estos de acá en cuanto los otros estén en la curva de la picada. Desde ahí no pueden volverse a socorrerlos. Después los agarramos a los otros, así liquidamos a todos estos macacos.

Los hombres que estaban con el teniente disparaban, las balas pasaban alto. Los bandoleros no respondían. Habían tomado posición y esperaban que los soldados comandados por Cándido hubiesen alcanzado el extremo más alejado de la picada. Oyóse un silbido, como el llamado de un pájaro a su compañera: era la señal. Entonces los bandoleros abrieron fuego y comenzaron a saltar y gritar como demonios. Disparaban y se arrojaban al suelo, dando terribles alaridos, en medio de un tumulto de asustar al más valiente. Y así iban avanzando hacia donde estaba el teniente. Tres de sus soldados ya habían caído y los restantes mostraban su intención de huir en cualquier momento. El teniente se dio cuenta de la situación y tuvo la leve esperanza de que Cándido llegara para atacar a Lucas Arboleda por la espalda. Pero sabía que no tenía tiempo ni de llegar ni de volverse en su socorro. Los soldados lo observaban y uno dijo:

—Mi teniente, vámonos, sino nos van a matar a todos.

Los gritos de los bandoleros estaban próximos y casi tiraban a quemarropa. El teniente replicó:

—Si son tan cobardes, váyanse. Yo me quedo, no voy a abandonar a Cándido y a los hombres que fueron con él.

El soldado se adelantó:

—Mi teniente, yo me quedo con usted...

Otro se rascó la cabeza y levantó el arma. Pero los demás ya huían por entre la *caatinga*, tirando los fusiles.

Lucas Arboleda pudo hacer puntería con toda comodidad. La bala perforó el pecho del teniente. Los dos soldados, al verlo caer, largaron las armas y desaparecieron.

Zé Tronido fue el primero en llegar junto a los heridos. El teniente ya había muerto, pero dos heridos aún vivían. Los degolló. Revisaron a los muertos y Lucas Arboleda examinó los fusiles:

—Buenas armas.

Recogieron la munición abandonada. Así era como se pertrechaban. Y también por intermedio de ciertos encubridores desparramados por el *sertón* qué compraban munición para Lucas Arboleda.

—Ahora vamos a liquidar a los otros —dijo el bandolero.

Tenían la picada a mano, pero ellos entraron por la *caatinga*. Otro no la atravesaría. Pero los bandoleros estaban acostumbrados a andar entre los espinos. Vestían como los vaqueros, trajes y sandalias de cuero y llevaban las cartucheras cruzadas sobre el pecho. Iban silenciosos y sus pasos apagados semejaban los de un jaguar.

Pero como Cándido era un veterano en estas luchas, en cuanto oyó el tiroteo, comprendió que Arboleda había descubierto su partida y el plan del teniente. Aún así continuó la marcha, ya que volverse no podía. Si tenía la suerte podría atacar a los bandoleros por la espalda antes que terminasen con el teniente y sus hombres. Iba llegando al punto fijado, cuando el tiroteo cesó. Adivinó lo que había pasado. Oyó el último tiro:

—Acabaron con todos...

Y ordenó a sus hombres seguir hacia el camino público. Allí los bandoleros no los atacarían. Andaba rápidamente y a gritos apresuraba a los soldados. Si pudiera, se volvería adonde estaba el teniente para rescatar su cadáver.

Al llegar al camino público, aparecieron los bandoleros en la *caatinga*. Mas, como Cándido lo había previsto, no salieron al camino. Desde ahí hicieron fuego y Cándido continuó la marcha con sus hombres. Los bandoleros los siguieron paralelamente por dentro de la *caatinga*. Un soldado cayó herido. Pero tuvieron suerte. Encontraron un camión que venía de la ciudad y Cándido hizo que se volviera con ellos.

La noticia de que Lucas Arboleda marchaba sobre la ciudad ya había llegado, traída por los soldados que estaban con el teniente. La gente

comenzaba a huir.

Cándido fue derechamente a la casa del teniente. Su mujer era una joven de grandes ojos, delgada y con cierto encanto triste.

—¿No llegó el teniente?

—¿Ha pasado algo?

Cándido pensó mentir, pero en ese momento llegó el Intendente y, creyendo que sabía la noticia, le dio el pésame. La pobre mujer se desmayó y el Intendente, mientras la atendía, murmuraba:

—Esto era lo que faltaba...

La acostaron en la cama y quedó al cuidado de la sirvienta. El Intendente decía:

—Lo mejor será esconderse en el monte... Escaparse...

Ordenó a Cándido:

—Reúnan los soldados que quedan y vaya a esperarme en la Intendencia.

Corría la gente por las calles. Los comerciantes cerraban las puertas de sus comercios. Pasaban familias transportando sus pertenencias hacia el monte que circundaba la ciudad. Los pocos automóviles de que se disponían eran prácticamente inútiles, porque nadie se atrevía a circular por el camino interceptado por Lucas Arboleda. Algunos hombres armados iban en dirección a la Intendencia.

2

Lucas Arboleda arrojó al suelo la fotografía, luego de mirar el rostro de la mujer con una criatura envuelta en pañales. Zé Tronido recogió la fotografía, observó a la mujer, limpió el retrato con el brazo y se lo guardó en el bolsillo. La fotografía la habían sacado de la cartera del teniente.

—Buena hembra... —comentó Zé Tronido.

Entraron en la ciudad disparando tiros al aire. Las calles estaban desiertas. Los hombres reunidos por el Intendente y el Juez de Paz, habían desaparecido como por encanto. En realidad ellos no creían en la venida de Lucas Arboleda, pensando que el bandolero, luego del tiroteo con los soldados, hubiese tomado otro rumbo. Los soldados resistieron un tiempo. Dos consiguieron huir y los demás fueron muertos. Asimismo tres que se rindieron y que, para no gastar la munición que les escaseaba,

fueron pasados a cuchillo. Quedaron tirados en la calle desangrándose. A Cándido le cortaron la lengua y le arrancaron los ojos. Desde tiempo atrás Lucas Arboleda lo tenía señalado.

Un comerciante rezagado cerraba apresuradamente las puertas. Lucas Arboleda le apuntó en el fusil:

—Abre el cambalache...

El comerciante detrás del mostrador temblaba. Lucas exigió:

—Bien abiertas las puertas.

La luz invadió el local. Afuera era una de esas tardes del *sertón* de sol claro y límpido cielo azul.

—Así se está mejor... Uno puede ver bien lo que hay...

Ante todo se dirigieron a los perfumes. No había muchos, unos cuantos frascos, que ni alcanzaron para los que estaban dentro del local y menos para los que montaban guardia en la puerta. Se derramaron sobre la cabeza los frascos de Agua Colonia, de extractos, de brillantina. Rara vez tomaban un baño, metidos en la *caatinga* sin ríos, y de su cuerpo se desprendía un olor ácido que se sentía de lejos. Al mezclarse con el perfume se hacia aún más ofensivo, pero a ellos les agradaba:

—Estoy con olor a hembra...

Abrieron el cajón del dinero. Ni un centavo. Arboleda hizo una seña a Zé Tronido y este desenvainó el puñal. Le pinchó la barriga al comerciante:

—Soltá la plata...

El hombre sacó un rollo de billetes del bolsillo e imploró:

—No me mate por el amor de Dios...

Zé Tronido recibió el dinero y se lo pasó a Lucas Arboleda. Salieron del local, dirigiéndose a la Intendencia, que estaba desierta. Arboleda se sentó en el sillón del Intendente y lanzó una alegre carcajada. Sus secuaces rieron también. Luego salieron a la calle y prendieron unas cuatro o cinco personas.

—Si el Intendente no aparece los matan a todos.

A través de las cerradas persianas había ojos despavoridos que espiaban. Arboleda disparó unos tiros al aire. Una de las personas que habían tomado de rehenes, se comprometió a traer el Intendente.

—No vaya a querer escaparse, porque será peor...

El Intendente vino acompañado con el Juez de Paz, traído a la fuerza. Lo encontraron debajo de la cama. Saludó humildemente a Lucas Arboleda y estrechó la mano a Zé Tronido.

—¿Y por qué se escondió? ¿Andaba con miedo?

Trató de explicar que no se había escondido y que en ese momento salía para presentarse a Lucas Arboleda. Y quiso halagarlo:

—Sé que usted no es un hombre de mal corazón...

—Vea, con palabras no me va a comprar. Ahora si no quiere que lo pase mal la ciudad, trate de juntar y entregarme antes de seis horas treinta *contos*^[7]. Si no no respondo de lo que les pase.

El Intendente encontró el pedido excesivo. El comercio de la ciudad era reducido y el vecindario de pocas posibilidades. ¿De dónde iban a sacar treinta *contos*? Lloriqueaba con voz de falsete y recordaba a la mujer del teniente. Quedó desmayada. ¿Habría huido para el monte?

Arboleda exigía:

—No quiero lloros ahora... Treinta *contos* ¿oye? Si no los vamos a buscar nosotros... Y avise a los comerciantes que abran los negocios, tengo que hacer algunas compritas. Mi gente también. Si abren, compramos y pagamos, si no tiramos abajo las puertas y no pagamos nada.

El Intendente comenzó a retirarse. El Juez de Paz lo seguía manteniéndose con cierta dignidad. Arboleda lo llamó:

—Oiga, doctor:

El Juez se volvió:

—¿Es a mi?

—Sí, a usted mismo... Usted como doctor puede saber mucho, pero para mi no vale nada, capaz que no sabe ni dar un tiro... Hágame un favor, si quiere seguir viviendo: pase por el hotel y diga que preparen comida para mi y mis hombres, porque estamos con hambre. Vamos enseguida a comer.

A continuación se desparramaron por los comercios. El mayor grupo iba con Arboleda, los otros con Zé Tronido, que era una especie de lugarteniente. Zé Tronido había olvidado el retrato que guardara en el bolsillo.

Entraron a los comercios y compraron las cosas más disparatadas. Collares, rosarios, anillos de abalorio, cortes de seda, regalos para las queridas que tenían en lugares distantes y que visitaban de tanto en tanto en sus correrías.

Uno mostraba un prendedor con muchas cuentas de vidrio:

—Voy a llevárselo a Nair, se va a quedar bizca...

Pagaban con dinero sucio y ajado. En una tienda Zé Tronido se dio cuenta que el árabe quería robarlo y se enojó:

—Rómpanlo todo y no paguen nada...

El árabe rogaba por el amor de Dios en su lengua arrevesada. Pero los bandoleros comenzaron a divertirse destrozando las piezas de género, aplastando los juguetes y dando puñaladas a los sombreros.

3

Entre los juguetes había un pato de resortes. Se le daba cuerda y movía el pico y graznaba. Este juguete salvó al árabe de una muerte segura. El juguete debía haber conservado un resto de cuerda, porque, al dar contra el suelo comenzó a funcionar. El pato dio unos pasos, abriendo y cerrando el pico y dando un gritito muy gracioso. Zé Tronido quedó fascinado:

—¡Qué lindo!

Pero terminado el poco de cuerda, el pato se detuvo. Zé Tronido le dio un pinchazo con el puñal al árabe que se había metido bajo el mostrador:

—Salí de ahí, gringo de mierda.

El árabe apareció, blanco como un papel.

—Hacé andar esto.

El árabe buscó la llave entre los destrozos. Zé Tronido estaba ansioso y los demás reunidos en torno a él.

—Van a ver qué cosa más linda.

El árabe gateando en el suelo no encontraba la llave. Al ver las piezas de género despedazadas y los objetos rotos, sentía deseos de llorar. Zé Tronido lo urgía:

—Rápido, gringo, si no te mato.

Finalmente encontró la llave. Le dio cuerda al juguete y le enseñó a Zé Tronido cómo debía hacerlo. El pato caminaba, movía el pico y daba el gritito. Todos reían gozosamente. Zé Tronido metió la mano al bolsillo y sacó cien mil *reis*:

—Esto es por el patito, por lo demás ni un centavo, gringo ladrón. Y date por feliz...

En la calle se encontró con Arboleda. Dio cuerda al pato y lo hizo andar. Lucas reía y aplaudía:

—¡Parece vivo!

Allí, en torno al pato de cuerda, no parecían los terribles bandoleros, bandidos sin alma, criminales hechos a robar y matar. Eran nuevamente los

ingenuos campesinos, puros como criaturas, crédulos y confiados. Terminó la cuerda. Y Arboleda dijo con rabia:

—Se rompió...

—No. No hay más que darle cuerda.

De nuevo anduvo el pato. Los bandoleros siguieron tras él, dándose con el codo, comentando los pasos del juguete, el pico que abría y cerraba, el gritito ronco. Vestidos de cuero, armados hasta los dientes, con revólveres, fusiles, puñales, los rostros feroces, crecidas las barbas, con su hedor fétido, pero inocentes y puros, riendo admirados, felices como niños ante el deseado juguete.

4

El pato de cuerda, ahora en el bolsillo de Zé Tronido, puso de buen humor a Lucas Arboleda. Quien ganó con eso fue la ciudad, porque el Intendente solo consiguió reunir dieciocho *contos*. Arboleda y sus secuaces comían en el hotel —dos hombres guardaban las puertas, armados y vigilantes— cuando el Intendente se presentó.

Todos los huéspedes habían huido, solo un viajante de comercio, cuya curiosidad y deseo de llamar la atención fueron superiores a su miedo, se quedó y ahora compartía la comida de Arboleda, regada con cerveza y vino, haciéndole las preguntas, tirándole la lengua al bandolero, que contaba exageraciones y hazañas. La conversación se mantenía cordial y animada cuando entró el Intendente. El dueño del hotel, Don Clemente, servía personalmente, porque el mozo, un mulato afeminado se escondió en la quinta, y ni con ruegos ni amenazas consiguió hacerlo venir al comedor. El Intendente pudo oír la pregunta del viajante de comercio:

—¿Por qué con el dinero que tiene no se va hacia el oeste, atraviesa la frontera y se establece en Bolivia?

Ya entraba, en el comedor cuando Arboleda respondía:

—¿Para qué, mi amigo? Soy bandolero porque a mi padre le quitaron sus tierras. Y no se contentaron con eso, sino que mataron al pobre viejo, que nunca había hecho mal a nadie. Y era una miseria la tierra que tenía... No quiero hacer tierra para que me la quiten... Soy bandolero ya hace más de once años y voy a morir bandolero... Y me van a tener que matar, porque ningún macaco me va a agarrar con vida, si Dios me ayuda...

El Intendente se detuvo junto a la silla de Arboleda, que se encontraba a la cabecera de la larga mesa del hotel, con el viajante a su lado. Esperó que terminase, para hablar él:

—Buenas noches, don Lucas...

Arboleda se volvió en su silla, sonrió, esa noche estaba alegre y la *cachaça* bebida esa tarde en los almacenes y el vino tomado en la cena, no habían traído como de costumbre la visión de su padre asesinado por los guardaespaldas del terrateniente, visión que lo tornaba una fiera sanguinaria. El patito de cuerda, la conversación con el viajante de comercio, la amabilidad medrosa de Clemente, todo eso lo predisponía para ser tolerante. Sus hombres lo acompañaban en este sentimiento, y el que más alegre estaba era Zé Tronido que llevaba el patito en su bolsillo. Cuando terminasen de comer daría cuerda al juguete y lo haría andar sobre la mesa. Después se lo llevaría de regalo a Maricota, una mestiza desdentada que era su querer y que vivía en la *fazenda* de uno de los protectores de Arboleda, un senador estadual. Tenía protectores importantes. Uno era el *Coronel* Juan Bautista, padre del gobernador de un Estado.

—Y tome asiento. Vaya sirviéndose de algo —convidó Arboleda al Intendente.

—Muchas gracias, ya cené —mentía, lo que Intendente deseaba era cuanto antes resolver el asunto.

—Entonces un vaso de vino. ¿O le gusta más la cerveza?

Aceptó la cerveza. Sería peligroso rechazar la invitación, bien lo sabía. Si Arboleda se sentía ofendido, su vida no valía un centavo. Sentado al lado del bandolero bebió la cerveza. Felizmente había podido enviar a su mujer y su hija a la *fazenda* de un amigo, sino el bandolero era capaz de querer conocerlas. Ya había oído hablar de la marca que el bandolero llevaba siempre consigo y con la cual marcaba a fuego, como si fuese hacienda, a las mujeres que forzaba. «Mis vacas», decía.

El viajante se había callado, esperando que el Intendente hablara. Conocía la cantidad de dinero conseguida, porque él mismo había contribuido con doscientos mil *reis*. Pensaba que, en caso de que el bandolero se enojase, debía interceder. ¿La conversación de la mesa le daría suficiente influencia como para eso?

El Intendente dejó la copa sobre la mesa. Lo difícil era comenzar. Arboleda retiró el plato. Tanto él como sus hombres comían con los dedos, despreciando los cubiertos. Llamó a Clemente:

—Sirva dulce. De todo el que tenga. Los de lata me gustan más.

Entonces miró al Intendente:

—¿Trajo la plata?

El otro fue colocando el dinero sobre la mesa. Estaba separado en pilas de a *conto*.

—No he conseguido más que dieciocho *contos*... La gente aquí es pobre, no puede dar más... Debe tenernos consideración y hacernos el favor de conformarse con esto...

Arboleda miró a los hombres de la mesa y luego posó la mirada en el viajante. Antes de responder ordenó:

—¡Mariposa, Juan!

Dos de los bandoleros volvieron la cabeza hacia él.

—Ustedes ya han comido el postre, vayan ahora a vigilar las puertas. Que Arueira y Rubén vengán a comer.

Don Clemente retiraba los platos y colocaba los de postre. Sus manos temblaban y los bandoleros bromeaban con su miedo:

—¿Anda con miedo, amigo? —le dijo Zé Tronido—. No somos ningunas fieras para que nos tenga miedo.

Don Clemente palideció y dejó caer el plato que tenía en la mano, que se rompió en pedazos. Arboleda se rio a carcajadas:

—No lo asustes, Zé, si no es capaz de cagarse aquí mismo delante de su Intendente.

Los hombres soltaron la carcajada. Golpeaban la mesa con los puños, tiraban contra el suelo las botellas vacías. Uno gritó:

—¡Más vino!

Arboleda se dirigió al Intendente:

—Cuenta usted mismo... Hay aquí diecisiete hombres, con dos más que hay en la puerta, hacen diecinueve... Un *conto* para cada uno y seis para mí son veinticinco... Consígame los siete que faltan y nada les sucederá... Palabra de Lucas Arboleda.

El Intendente suplicó:

—Es imposible, Don Lucas. No tengo de dónde sacar esos siete *contos*. Tal vez dos más, puede ser... Deje en veinte, Don Lucas, que somos pobres. Es una caridad que hace...

El viajante de comercio intervino. Pidió también la rebaja. La gente de esta ciudad no tenía mayores recursos. Los *fazendeiros*, que hubiesen podido dar más, vivían lejos.

—De que esos den, yo me encargo —dijo Arboleda—. Como este amigo ha pedido, voy a conformarme con los veinte. —Guardó el dinero en el bolsillo—: Vaya entonces a buscar lo que falta, aquí lo espero.

Pero antes que el Intendente saliera, preguntó:

—¿Quién es el dueño del cinematógrafo?

—El farmacéutico.

—Bueno, dígame que quiero ver hoy una cinta. Una cinta linda, de esas donde hay peleas con los indios.

Los bandoleros aplaudieron. Arboleda comió el dulce de duraznos y lamió el almíbar que quedó en el plato.

—¿Tiene más? —pidió.

Don Clemente le sirvió. Arboleda se rascó la cabeza, los piojos le andaban hasta por el cuello, enormes y negros. Y mientras comía le preguntó al viajante:

—¿Le gusta bailar?

—Sí, me gusta.

—A mí no me gusta mucho, pero mis muchachos se vuelven locos por el baile. —Volvióse a Zé Tronido—: ¿Vamos a hacer un poco de baile, Zé?

—Lindo, no más.

En ese momento Zé Tronido recordó el retrato. Metió la mano en el bolsillo, palpó el patito, encontró la fotografía. La sacó del bolsillo y la exhibió a los presentes:

—Yo voy a bailar con esta niña.

El viajante reconoció a la mujer del teniente, porque estuvieron alojados en el hotel mientras buscaban casa. Se sintió incómodo. Zé Tronido continuaba:

—Es la mujer del comandante de los macacos... Hoy va a conocer lo que es un verdadero macho.

—¿Dónde podrá ser? —Arboleda quería saber qué local sería apropiado para realizar el baile.

—Buen local, para un baile como usted se merece, francamente, no hay aquí ninguno. —El viajante de comercio trataba de impedir el baile—: No hay ninguno que sirva.

—Cualquiera es bueno para mover un poco las piernas.

—¿Pero no me dijo que quería salir cuanto antes de la ciudad?

—Sí, eso es cierto. Pero los muchachos necesitan divertirse un poco... Siempre por los montes, escondidos, metidos en la *caatinga*, nada más que

entre espinas. Uno necesita dar gusto al cuerpo y vamos a aprovechar el día de hoy.

Don Clemente servía el café. Arboleda continuó:

—Usted se va a divertir con nosotros... Va a ver cómo sabemos bailar mejor que esos de la ciudad.

—¿Y de dónde van a sacar las mujeres? —Tuvo de pronto una idea y condujo a eso la conversación—: Hay aquí pocas mujeres de la vida, pero no están del todo mal...

—No, no es con esas mujeres... Nosotros vamos a bailar con las señoras y las niñas de la ciudad. Todas tienen que venir... Nosotros las vamos a invitar.

Zé Tronido preguntaba:

—Y esta ¿dónde vive?

El viajante de comercio nada dijo. Fue Don Clemente, con voz tartamudeante, como si le estuviesen apretando la garganta, quien informó.

El viajante de comercio esperaba tener tiempo para poner sobre aviso durante la función de cine. El Intendente volvió con los dos *contos* y comunicó que dentro de media hora podrían ver la película pedida. El viajante hacía planes. La función duraría por lo menos hora y media. Podría avisar a los padres y maridos para que escondiesen a las mujeres. Él se encargaría de la señora del teniente; conocía un sitio en el cual no la iban a encontrar los bandoleros.

Pero no contaba con que Lucas Arboleda había resuelto llevar a todos los vecinos al cine. En cuanto el Intendente le dio la noticia, ordenó a sus hombres:

—Vayan a reunir a toda la gente de la ciudad en el cinematógrafo. Todas las mujeres y los hombres importantes. Todos, sin que falte ninguno... Y usted —ordenó al Intendente— vaya a decirle a la banda de música que se prepare, que Lucas Arboleda quiere bailar hoy.

Temblando el Intendente preguntó:

—Pero usted dijo que si le conseguía los veinte *contos* se iría...

—Lo que dije es que no iba a matar a ninguno y a ninguno voy a matar. Pero no dije que no iba a divertirme... Ya está queriendo verme lejos, ¿no? —y un brillo de furor hubo en su mirada.

Algunos bandoleros ya estaban borrachos, a los demás poco les faltaba. El Intendente miraba al viajante de comercio, que estaba desconsolado con la imposibilidad de realizar su plan. Y que habló sin convicción:

—No es por eso...

—Usted, mi amigo, se calla la boca... Y no se meta donde no lo llaman. Lo que quiero es que me conteste lo que le he preguntado: ¿Cuál es el mejor lugar para hacer el baile?

—El salón de la Filarmónica...

—Bueno, en ese se hace el baile... Vaya a avisar, Intendente.

El Intendente vacilaba, pero un bandolero lo hizo salir. Se fue tambaleando como un borracho. Arboleda agregó:

—Lleve a su familia, ¿eh?

—No está aquí. Está afuera, en casa de un amigo.

—¿Se escaparon?

—No, no. Hace un mes que se fueron.

—Bueno, puede irse. Y que se haga rápido lo que digo.

Arboleda ya había perdido su buen humor. Quedaban en el comedor nada más que dos bandoleros, los demás habían salido. Eran los dos que estuvieron de guardia. Arboleda esperó a que terminaran la cena y luego preguntó a Don Clemente:

—¿Cuánto se debe?

—Lo que le parezca...

Tiró sobre la mesa un billete de quinientos mil *reis*.

—¿Alcanza?

—Es demasiado, señor...

—Bueno, vaya a ponerse el saco para ir a la fiesta. Y su mujer, ¿dónde está?

—Anda enferma... —Don Clemente temblaba.

—Cuando llegamos estaba aquí... Diga la verdad.

Don Clemente se arrodilló y le tendió las manos:

—Señor Lucas, llévese su dinero, le regalo la comida... Pero no la obligue a mi mujer... La pobre está enferma y es capaz de morirse...

Arboleda se guardó el dinero y empujó al hotelero con el pie. Don Clemente perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—Salga de mi vista... Lo que lo salva es que su mujer es un sapo, que ni para un mono sirve...

Todavía quedaban en los estantes unas botellas de *cachaça* y vino. Arboleda hizo que sus hombres las recogieran:

—Para alegrar la fiesta...

Se volvió hacia el viajante:

—Varaos, mi amigo... Usted es mi convidado y no necesita andar con miedo, total es soltero... Puede elegir la mujer que quiera.

El viajante imaginaba lo que estaría pasando con la viuda del teniente. Los músculos de su rostro se contraían dolorosamente cuando se esforzaba para reír de los chistes de Arboleda, mientras iban camino al cine. Ahora estaba arrepentido de no haber escapado con los demás huéspedes del hotel. Por la calle pasaban, bajo la amenaza del fusil de los bandoleros, familias despavoridas, mujeres desgredadas, hombres espantados, arreados para el local del cinc. Uno de los bandoleros cantaba una canción que hablaba de las hazañas de Lucas Arboleda:

*Viene Lucas Arboleda,
Armado con su puñal.
A los hombres mete miedo
Con la mujer es rosal.*

*Viene Lucas Arboleda,
Armado con su puñal.
Muchacha, no tenga miedo,
Que no le haré ningún mal.*

5

Las mujeres y los hombres eran empujados dentro del cine. Además de la platea había unos palcos laterales y fue en el primero de ellos que Arboleda tomó asiento junto con uno de los bandoleros y el viajante de comercio. En la platea unas cincuenta personas se encogían en las butacas. Lucas Arboleda señaló al Juez, que al lado de su mujer y sus hijas, había perdido todo resto de empaque digno. Llamó a uno de sus hombres y se presentaron tres.

—Tráigame al Juez para un palco —ordenó.

La mujer del Juez era obesa y las hijas, tres muchachas entre veinte y treinta años, la acompañaban en su gordura. Los renos enormes de las cuatro mujeres se desbordaban hacia adelante. Lloraban y Arboleda hizo una mueca al verlas:

—¡Qué vacas!

El viajante sonrió a disgusto. Bajo la vigilancia de un bandolero el Juez quedó instalado en el palco vecino y poco después el Intendente fue traído también. Aguardando el comienzo de la película. Arboleda examinaba las mujeres llorosas de la platea. Se fijó en una, vestida con un traje sastre azul claro, muy blanca y rubia. No era bonita para el elemento masculino de la ciudad, pero a Arboleda le encantó el cabello rubio de la muchacha que le caía hasta los hombros, con un flequillo sobre la frente que empalidecía y enflaquecía más su rostro.

—¿Quién es esa? —preguntó al viajante.

—La profesora de la Escuela Fiscal.

Hizo una seña al bandolero que estaba a su lado:

—Traémela para acá.

La muchacha fue traída casi a empujones bajo las miradas despavoridas de la concurrencia, que no era más que un rebaño aterrorizado. Ninguno sabía qué podría acontecerle a los suyos. Y se consideraban felices de poder escapar con vida. La crónica de Lucas Arboleda era una sucesión de crímenes, robos y saqueos de ciudades, violaciones de mujeres.

Cuando la profesora llegó al palco. Arboleda le dijo:

—No llore, pues. No soy ninguna fiera. Siéntese y déjese de lloros.

La muchacha se sentó en la silla a su lado, encogiéndose todo lo posible. Arboleda adelantó la mano pesada y callosa, sucia aún de comida, y tomándole los cabellos hundió sus dedos entre la mata fina y dorada, suave como seda, con un placer que le recorrió todo el cuerpo. Le sonrió, mostrando una boca casi sin dientes. La muchacha se encogió más en la silla. Él deslizó la mano, acarició el cuello flaco, volvió a tocar los cabellos.

Zé Tronido entró al cine arrastrando a la viuda del teniente. La llevaba de los brazos y ya por el camino le había propinado unas cachetadas. Ella vino como estaba de entre casa, en chinelas, despeinada, sollozando. El bandolero la tiró sobre una silla como un fardo:

—Quédate ahí, mula.

Los asistentes miraban con odio y terror. Las mujeres se tapaban la cara: ¿qué iría a sucederles? Solo Quinquina, una solterona de cuarenta años, no parecía atemorizada. Cuando el bandolero fue a sacarla de su casa, le sonrió, admirada de su juventud. Era Pico Dulce, uno de los bandidos de más terrible leyenda pese a no tener siquiera veinte años.

Arboleda consideró que el comienzo de la función estaba demorando demasiado y temió una celada. Mandó reforzar la guardia en torno del cine, poniendo un hombre en cada esquina. Y advirtió al Intendente y al Juez:

—Si aparecen los macacos por aquí, los liquido a los dos. —Y señalando a la mujer y a las hijas del Juez—: Y a esas vacas también... Y otra cosa: si la función no empieza enseguida, me voy a entender yo con el dueño del cine.

El Intendente se levantó —el Juez ya no tenía fuerzas para nada— y balbuceó el nombre del dueño del cine. Este se presentó:

—Don Lucas quiere que pasen la película...

—Todo está listo. Cuando él ordene...

Las luces se apagaron. El viajante notó el instantáneo movimiento de Arboleda: su mano dejó el cabello de la muchacha y se posó en el revólver. La profesora aprovechó para alejarse lo más posible del bandolero. Pero estaba apretada contra el borde del palco. Ni siquiera veía los letreros de la película.

Era una película de *cowboy* del tiempo del cine mudo. Todavía el «Cine-Teatro Rex» no poseía un aparato sonoro. Pero para Arboleda y sus hombres esto era indiferente. Los entusiasmaban los tiros, el correr de los caballos, Tom Mix —cuyo nombre no sabían— dominando a sus adversarios. Aplaudían en las escenas heroicas, gritaban animando al «mocito». De nuevo eran las criaturas que antes se extasiaban ante el pato de cuerda. Arboleda llegó hasta olvidar los dorados cabellos de la joven que estaba a su lado.

Hubo una escena de lucha, en la cual Tom Mix enfrentó veinte adversarios y a todos venció con su poderoso brazo. Arboleda no resistió el entusiasmo y ordenó que se pasara de nuevo lentamente, muy lentamente. La asistencia seguía silenciosamente las aventuras de la película y estos bandidos del celuloide eran risibles al lado de los bandoleros cuya presencia terrible estaban sufriendo. En la oscuridad de la sala no se veían, pero se sentía el hedor que venía de ellos, ácido y fétido. Y oían sus risas y sus comentarios:

—¡Qué hijo de puta, ese del bigote!

Cuando la película finalizó y se encendieron las luces, Arboleda no se dio por conforme. Dio orden para que se pasara la película patas arriba. Era una de sus diversiones favoritas. Cuando entraba a una ciudad donde había cine, su gusto era ver la película en las dos formas. Y de nuevo comenzó la tortura para los asistentes. Únicamente Quinquina rio al ver los personajes de la película andando con los pies hacia arriba, como si se sostuvieran pisando el cielo.

Luego se pasó una película de Carlitos y los bandoleros rieron con las peripecias del vagabundo. El villano era un gigante forzudo y cuando este comenzó a golpear a Carlitos, uno de los bandoleros no se pudo contener y sacando el revólver le tiró tres tiros al villano. Algunas mujeres se desmayaron. Pero el villano prosiguió golpeando a Carlitos.

—Hijo de puta, no le sigas pegando...

Finalmente las luces se encendieron. La viuda del teniente estaba con aire de loca. Zé Tronido le tocó el hombro y salió con ella. Los bandoleros rodearon a la concurrencia y los encaminaron hacia el salón de la Filarmónica. Arboleda iba del brazo de la profesora, aproximaba la nariz a su cabello dorado y aspiraba con fruición su perfume y reía alegre.

Una hija del Juez, enloquecida de miedo, quiso huir. Un bandolero la tiró al suelo de un golpe. La madre, llorando la levantó. El Juez tenía también lágrimas en los ojos.

En cuanto el grupo apareció en la esquina, los músicos de la Filarmónica rompieron a tocar. Del bar se había traído toda la provisión de *cachaça* y vino. En el cielo brillaba una luna amarilla y redonda, casi a ras de las casas, esparciendo su luz sobre los dorados cabellos de la profesora y prestándole reflejos nuevos y hermosos.

6

Animada no se podía decir, en verdad, que estuviese la fiesta. Tampoco desanimada sería el término exacto para clasificar el baile de Lucas Arboleda en la ciudad invadida. Era como un entierro con músicas alegres de sambas y foxes. Más o menos la mitad de los músicos había venido, los que se encontraban en la ciudad y no tuvieron tiempo de escapar al monte. Y unas treinta mujeres, entre jóvenes y viejas, se movían en el salón llevadas por sus parejas, en su mayoría bandoleros. Arboleda quería ver a todo el mundo bailando y lo obligó al Intendente, al Juez y al viajante. Hizo distribuir bebida entre los músicos y quiso que las mujeres bebieran *cachaca*. La profesora iba con él, recibiendo sus pisotones, sin ánimo para pensar nada, entregada a su suerte:

—Que sea lo que Dios quiera... —murmuraba.

Tenía en la ciudad un novio, pero lo sentía como una cosa distante, un sueño que se esfumaba ante esta brutal realidad. Arboleda le besaba los

cabellos.

Era un baile infernal. Si el cura párroco no hubiese sido de los primeros en huir cuando se supo de la llegada del bandolero, podría haber encontrado un buen asunto para su sermón en este baile sin alegría, pero tan movido, con música mezclada con tiros, gritos, brebaje y gente aterrorizada.

Zé Tronido arrastraba a la viuda del teniente. Ella iba inconsciente, moviendo los pies al ritmo de la danza, sin darse cuenta de lo que hacía. Su pensamiento estaba en el marido muerto, en el hijito que dejara solo en casa y nada de lo que sucedía allí podía impresionarla.

Cuando la música paró, todos quedaron quietos. Los maridos y padres mirando a sus esposas e hijas y estas temblando en brazos de los bandoleros. Y Lucas Arboleda pronunció las fatales palabras que la gente de la ciudad invadida temía oír a cada momento:

—Está haciendo mucho calor, a sacarse la ropa.

Dio unas palmadas:

—Todo el mundo, digo.

Se dirigió a la profesora:

—Usted también, pelo de oro.

Hombres y mujeres quedaron inmovilizados. El viajante de comercio tentó intervenir. Arboleda frunció el ceño:

—Desnúdese también.

Bajo la amenaza de los puñales comenzaron a desvestirse. La mujer del Juez era un monumento de gordura, los senos le llegaban al vientre. El marido, en cambio, era flaco como un palo, con las costillas marcadas bajo la piel. Arboleda los imaginó bailando a los dos solos en medio del salón. Y dio orden a la banda de tocar un valse. Pinchó con el puñal la barriga de la mujer del Juez para que bailara. Ella, tapándose la cara con las manos experimentó una vergüenza como nunca creyó sentirla.

—Bailen los dos solos.

Reían los bandoleros. Un comerciante no pudo menos que sonreírse, a pesar de que su esposa estaba también allí, desnuda como las otras. El Juez y su mujer andaban más que bailaban. El espectáculo era ridículamente trágico. La gordura de ella desbordando por todas partes, la flacura de él, sus ojos llenos de lágrimas.

El valse terminó. Lo siguió un samba.

—Todo el mundo a bailar —ordenó Arboleda.

Tomó a la profesora, cuyo cuerpo desfallecía entre sus brazos. Zé Tronido apretaba a la viuda del teniente, a la que había arrancado a la fuerza los vestidos, mientras ella lo miraba distante y silenciosa.

Y el baile se prolongaba, los bandoleros, cada vez más borrachos, con el deseo cada vez más encendido. Cada uno iba escogiendo su víctima y cuando Arboleda arrastró a la profesora hacia una habitación de los fondos, ellos comenzaron a poseer las mujeres allí mismo, a la vista de todos. Era una escena inconcebible, llena de gritos. Algunos hombres intentaron reaccionar, pero fueron acorralados en un rincón por las armas de dos o tres bandoleros.

Lo más terrible fue cuando Zé Tronido trató de forzar a la viuda del teniente. Ella, al comprender su intención, corrió como loca por el salón de baile. Zé Tronido fue detrás, y, muy borracho, tropezaba con las sillas, caía. Pero ella perdió las fuerzas y nuevamente él la agarró. Ella lo arañaba y lo mordía, escurría el cuerpo. Zé Tronido la tenía por los brazos, apretándole las piernas con las suyas.

—Mujer de macaco, vas a ver lo que es un macho...

Ella oía ahora el llorar de su hijo que venía desde lejos. Y tuvo de súbito un minuto de lucidez. Se libró del bandolero, que se preparaba a poseerla, y lo miró a los ojos:

—¿Tiene usted madre, desgraciado?

La pregunta fue tan inesperada que Zé Tronido casi no la entendió. Rara vez se acordaba de la vieja Jucundina. Pero en ese momento no quería recordarla:

—Deja a la vieja en paz...

—Si usted tiene una madre, piense en ella y vea que yo también tengo un hijo. ¿No le basta con haberme matado el marido? Déjeme ir, se lo pido por su madre.

Estaba ante él en actitud severa. Sin ocultar ninguna parte de su cuerpo desnudo. Zé Tronido veía a la vieja Jucundina andando por la casa, rezongando con ellos, mirándolos amorosamente. La viuda del teniente prosiguió:

—Se lo pido por su madre... Si no lo hace, que ella lo maldiga... No me defenderé más, haga lo que quiera conmigo... Es por su madre que se lo pido...

Zé Tronido se pasó la mano por los ojos. No podía sacarse la visión de su madre:

—Váyase, váyase enseguida... Enseguida...

La mujer salió y al pasar arrebató un pedazo de vestido que estaba tirado en medio del salón. Cubrióse con él y se precipitó a la calle.

Zé Tronido se quedó parado, sin saber qué hacer. Aun veía a la vieja Jucundina y ahora la veía desnuda en el salón de baile. Apartó a un hombre de su camino.

—Salí, pedazo de porquería...

Agarró una botella de *cachaca*. Desde adentro, donde estaba Lucas Arboleda, llegó un alarido terrible. Y un olor a carne chamuscada penetró en el salón. Un bandolero dijo:

—Lucas marcó a la rubiona.

El viajante de comercio sintió un mareo, se sentó en una silla, no veía nada. Arboleda apareció en el salón, la marca de hierro al rojo en la mano, arrastrando de los cabellos a la profesora con una L sangrienta en uno de sus blancos hombros, y allí se arrojó nuevamente sobre ella, inmóvil. Zé Tronido contemplaba el salón. Solo quedaban libres las mujeres más viejas y más feas. Ya estaba arrepentido de haber dejado escapar a la viuda del teniente. De sus ojos había desaparecido la imagen de la vieja Jucundina y nuevamente lo acosaba el deseo. Ninguno había querido a la gorda hija del Juez. Zé Tronido le gritó:

—Vení para acá, pata asustada.

La muchacha intentó correr, pero cayó y el bandolero le puso el puñal en la garganta:

—Si te movés te degüello.

El olor a carne chamuscada iba disipándose lentamente. Los músicos huían por la ventana. Ahora la música era de ayes, sollozos y gemidos. Había terminado el baile de Lucas Arboleda.

A la madrugada salieron de la ciudad en un camión. Pico Dulce tenía su revólver apoyado en el costado del chófer. Leguas más allá, cuando el sol ya estaba alto, le ordenaron detenerse. Reventaron a tiros los neumáticos y se perdieron en la *caatinga*.

Se fueron internando en lo más intrincado de la *caatinga* pues no dejaron de comprender que el asalto a la ciudad iba a tener repercusión, intensificando la persecución de los bandoleros. Hablarían los diarios, los

diputados de la oposición harían discursos criticando al gobierno, nuevos contingentes de policía serían lanzados tras los rastros de Lucas Arboleda. Los que sufrían con eso eran los habitantes del *sertón*. No los *fazendeiros* ricos, respetados por la policía y también respetados por Lucas Arboleda cuando eran sus protectores o no le negaban la contribución exigida. Si andaban con negativas, Arboleda asaltaba sus *fazendas*, quemaba sembrados y casas, mataba a algunos y se imponía.

Pero los pequeños labriegos, chacareros y colonos, la gente pobre, esos eran los que sufrían, ya por el paso de la banda de Lucas Arboleda, ya —y todavía más— de la policía. Los oficiales destacados en persecución de Lucas Arboleda, se enriquecían en los dos años que duraba su comisión. Recibían dinero para pagar la comida y caballos, pero los requisaban a los campesinos y robaban y violaban tanto o más que los bandoleros. La gente del *sertón* temía más el uniforme policial, que allí se modificaba con sacos de cuero sobre la chaquetilla y sombreros de vaqueros en lugar de quepis, que a los bandoleros forrados en cuero. La policía tenía derechos; en nombre de la ley mataba, robaba, violaba. Y no pasaban de tránsito como los bandoleros. Donde había novillos y gallinas, se quedaban, los oficiales durmiendo con las muchachas más bonitas y los soldados viviendo a su antojo. Muchos de estos soldados eran reclutados en el mismo *sertón* y habiendo sido parte de ellos bandoleros, eran, en realidad, los únicos útiles para combatir con los bandoleros y los únicos que sabían orientarse en la intrincada *caatinga*. Los oficiales, tratando de quedarse con la mayor parte de la partida recibida para la expedición, daban libertad a los soldados para que se aprovisionasen donde pudieran. Y los soldados caían vorazmente sobre la pobre gente del *sertón*, sobre sus propiedades, sus rebaños y sus hijas.

Tampoco los bandoleros perdonaban. Pese a haber salido de la clase más pobre del *sertón*, víctimas casi siempre de latifundio, de la desigual lucha con los terratenientes que se apoderaban de sus tierras, frutos del medio social, así aún, no guardaban ninguna consideración por los que sufrían lo mismo que ellos habían sufrido. También los bandoleros robaban, mataban y desfloraban. La única diferencia entre la policía y los bandoleros estaba en que aquella respetaba siempre a los grandes *fazendeiros*, mientras que Lucas Arboleda a veces los atacaba.

Internándose en la *caatinga* la banda de Lucas Arboleda fue a acampar en la parte más escondida. Allí solo llegaban los espías, los que traían noticias a Arboleda. De todas partes, desde las fronteras de cinco Estados,

se movilizaban los soldados. Los discursos de la oposición en esta oportunidad habían sido más violentos y este asalto tuvo repercusión hasta en el Congreso Nacional. Los diarios publicaron el retrato de la profesora que enloqueció, con el hombro marcado a fuego con la L de Lucas Arboleda, la marca que usaba para su extraño ganado: las mujeres que poseía. Publicáronse también retratos de la viuda del teniente, para la cual un diputado solicitó una pensión especial del gobierno. En una entrevista para un diario, ella contó cómo se había librado de las manos de Zé Tronido. El periodista, que se inclinaba al sensacionalismo y que era un joven ambicioso pero sentimental, puso a la crónica un título que conmovió al público:

EL REMORDIMIENTO PARALIZÓ
LAS MANOS DEL BANDIDO.

Los soldados de la policía atravesaban los caminos y cercaban el pedazo de *caatinga* donde Lucas Arboleda se encontraba con sus hombres. Venían por todos lados, pronto el cerco sería completado. El mando de la expedición le fue entregado a un capitán del ejército, con atribuciones de comandante, que, antes de partir para el *sertón*, dio una entrevista a los diarios en la que aseguró que este era el fin de Lucas Arboleda y su cuadrilla. Hasta ese número del periódico trajeron a Lucas Arboleda. Él deletreó las declaraciones del capitán, miró atentamente su cara para conservarla en la memoria y reservó una bala para él.

Cuando el capitán con el grueso de sus tropas llegó a la *caatinga*, ya Lucas Arboleda estaba muy lejos, descansando tranquilamente en la *fazenda* de uno de sus protectores, un *Coronel* que tenía vara alta en la política, senador estadual que hacía discursos hablando de la civilización cristiana y que aprovechaba al bandolero para expulsar de las tierras vecinas a las suyas a todos aquellos campesinos cuyas posesiones le interesaban. Cuando los campesinos atemorizados huían, él adquiría estas tierras por nada. Y en el Senado de su Estado oía con aprobación los discursos criticando al gobierno que no terminaba con Lucas Arboleda. En círculo de amigos decía:

—Si este bandido se atreve a meterse conmigo, va a saber lo que es bueno...

Votaba las partidas para la policía destinadas a la persecución de los bandoleros. Ya sabía que esas persecuciones solo tenían un fin: enriquecer a los oficiales que las comandaban.

Como el capitán no pudo dar con Lucas Arboleda y no deseaba volverse, desparramó sus tropas por el *sertón*, y robaron, mataron y violaron mujeres. Los diarios cargaban estos crímenes a Lucas Arboleda.

Al llegar el Senador a su fazenda, Lucas Arboleda fue a saludarlo en compañía de Zé Tronido. Estaban acampados bajo un tejado cerca de la casa grande y habían mandado buscar al pueblo mujeres de la vida, queridas que tenían por esos lugares. Cada vez que Lucas Arboleda y su banda asentaba sus reales por allí, era como una fiesta en la *fazenda*. Venían guitarristas, tocadores de acordeón, había baile a la noche y muchos trabajadores se resolvían por abandonar la azada para seguir a Lucas Arboleda en la aventura de la *caatinga*, en una vida libre y sin obligaciones.

El Senador apretó la mano que el bandolero le tendía. Había en la galería un banco de madera y ahí se sentaron para conversar. Lucas Arboleda se quitó el sombrero de cuero y lo puso entre sus pies en el suelo. Zé Tronido se puso en cuclillas frente a ellos. El Senador fumaba un aromático cigarro, Arboleda aspiró con deleite el humo, era un pedido. Con pocas ganas el Senador hizo traer la caja de habanos y dio uno a Arboleda y otro a Zé Tronido. Este guardó el cigarro en el bolsillo.

—Se lo voy a dar a Maricota. —La querida estaba allí con él.

El Senador se mostraba molesto. Lo que habían hecho pasaba de la medida. Se habían propasado. Esto podía terminar por perjudicarlo, a él más que a cualquier otro de los protectores, puesto que ninguno estaba colocado en situación tan destacada. Es cierto que el *Coronel* Juan Bautista, padre del gobernador de un Estado vecino, también lo protegía, pero, en compensación, le había prohibido que entrase a cualquier ciudad de su pequeño Estado. Arboleda solo se dirigía a la *fazenda* del *Coronel* Juan Bautista cuando se encontraba en algún gran aprieto y porque allí la policía no iría a buscarlo. En cambio, aquí, en su *fazenda*, a cada rato venía a refugiarse. Pensó el Senador que la culpa era suya, porque muchas veces lo había utilizado para conseguir las tierras de sus vecinos. Y se hizo esta pregunta: ¿No habré utilizado demasiado a este bandolero? Y dijo:

—Lucas, discúlpeme la franqueza, pero usted está abusando... De esta manera va a terminar mal y yo no podré hacer nada para ayudarlo —y el

Senador levantó el dedo en una advertencia.

Lucas puso ojos inocentes:

—No sé de qué me habla. No entiendo... Hace un tiempo que ando de lo más sosegado...

—Usted sabe bien de qué le hablo... ¿Qué necesidad tenía de marcar en esa forma a esa pobre muchacha? —el Senador había visto el hombro de la profesora y todavía no lograba librarse de la impresión.

—Estaba un poco borracho y ella quiso hacerse la arisca... Ya sabe lo que es un hombre con rabia, no me aguante...

Durante unos minutos quedaron en silencio.

—Fue una barbaridad. Si sigue así, Lucas, va a terminar mal... El día menos pensado lo agarran...

—Usted sabe que nadie va a agarrar a Lucas Arboleda vivo. Este que usted ve aquí, nadie lo lleva preso... Voy a morir peleando... No soy de los que se entregan...

—¿Y la conciencia? —preguntó el Senador.

El Senador poco recordaba su conciencia, pero, a veces, durante las noches de insomnio, cansado de orgías, sentía un estremecimiento. Y repitió:

—¿Y la conciencia? ¿No siente algo en su conciencia?

—No sé lo que es eso... Vea, señor Senador, ya sabe que no hago esta vida por gusto. Estábamos muy bien en nuestra tierra, vinieron a quitárnosla, así como usted también hace a veces... Y lo mataron al pobre viejo ¿para qué? Maté al hombre y tuve que hacerme bandolero... ¿Qué voy a sentir? Me estoy vengando y estoy vengando a los otros también. ¿No sabe, señor Senador, que la gente del *sertón* es la gente más desgraciada que existe?

Sufre más que el urubú, que por lo menos tiene lo podrido para comer.

Al Senador no le agradó esta alusión a sus métodos de terrateniente. Y pensó que Arboleda cada día se estaba haciendo más atrevido y respondón, y que poco faltaba para que le perdiera el respeto. Resolvió cortar la conversación:

—¿Va a quedarse mucho tiempo por aquí?

—Unos días no más. Hasta que los hombres descansen y la policía se sosiegue. Dicen que andan más soldados en la *caatinga* que pelos tengo en la cabeza.

—Sí, hay muchos soldados. Pero ya se están dispersando, desparramándose por el *sertón*. Lo mejor que puede hacer es cruzar el río,

irse al otro lado —el Senador pensó que con Arboleda en otro Estado podría estar más tranquilo.

—Tal vez sea mejor nomás... Hace tiempo que no ando por esos lados y tengo alguna cuenta que cobrarme por allá... Solo me quedo unos días por aquí, el tiempo para que los macacos se vayan...

—Está bien. Lucas... He tenido mucho gusto en verlo. Ahora voy a descansar un poco, antes tengo que darle unas órdenes a Licurgo —era el capataz de la *fazenda*—. Venga a verme antes de irse...

Pero Lucas Arboleda no se levantó:

—Quería decirle algo más...

—¿Qué cosa?

—Ando con muy poca munición y estaba queriendo ver...

—Munición no tengo —estaba de pie y fastidiado con el pedido del bandolero—. Ya sabe que no es fácil conseguir munición.

—No sé, pero Licurgo me ha dicho que usted tiene más de trescientos tiros de fusil guardados en la casa.

«Este Licurgo iba a saber enseguida lo que era ser lengua larga». Estas balas el Senador las tenía reservadas para cualquier eventualidad, porque la política del *sertón* se hacía también a tiros.

—Es cierto, no me acordaba. Algo puedo darle, no todo...

Necesito tener munición, porque nadie sabe lo que puede suceder mañana.

—Por usted, señor Senador, esté tranquilo. Mientras viva Lucas Arboleda no hay quien le toque un pelo... Bueno, entonces mañana voy a mandar dos hombres a recoger las balas.

—Está bien. Hasta pronto.

Arboleda se levantó. Zé Tronido ya estaba de pie. El Senador le tendió la punta de los dedos. Arboleda, sin embargo, no se iba. Evidentemente esperaba algo más. El Senador preguntó:

—¿Hay otra cosa?

—¿Y no me va a convidar a comer? Todas las veces me convida y es un gusto que tengo...

Forzó una sonrisa el Senador:

—Véngase mañana a almorzar. Para sus hombres les mandaré un capón.

Se quedó mirando a los dos bandoleros que rumbeaban para el campamento. Ya Lucas Arboleda le estaba resultando incómodo. Es cierto que le podía ser útil en caso de que la política se embarullase aún más,

como parecía que iba a suceder. Pero mejor si no lo veía más por la *fazenda*. Si la policía terminara con él sería un alivio. Y por primera vez pensó en traicionar al bandolero, entregándolo a las fuerzas policiales. La idea fue tomando cuerpo en su mente.

9

Las noches en el campamento eran de fiesta. Arboleda mandaba venir guitarristas de fama y acordeonistas y se bailaba hasta la madrugada. Sabían las mujeres que después sus hombres pasarían meses y meses encerrados en la *caatinga* y se mostraban cariñosas y sus suspiros de amor eran también una música.

Uno de los trabajadores de la *fazenda* habló a Arboleda de un acordeonista que había oído noches atrás en una fiesta de los alrededores. El músico estaba de paso, en viaje a Juázeiro, en Bahía. Hacía unos días que estaba en una *fazenda* vecina, trabajando para ganar un poco de dinero para continuar el viaje. El trabajador contó maravillas del acordeonista. No había otro como él y era un deleite escucharlo. Valía la pena que Arboleda lo hiciera venir.

—A no ser que ya se haya ido... No estaba más que de paso, iba para el sur, para San Pablo...

Lucas Arboleda lo mandó buscar y esa noche se apareció Sebastián con su acordeón. Vino solo, sin familia, era más seguro. Tantas cosas había oído contar de Arboleda, de su generosidad como de su maldad. También le dijeron que con él estaba José, el hijo de Jerónimo. Tendría mucho gusto en verlo y hacerle conocer lo sucedido en la *fazenda* del Coronel Ignacio. Llegó con el acordeón bajo el brazo acompañado del hombre que fue a buscarlo. Todos esperaban al músico de tales mentas. Zé Tronido lo reconoció enseguida:

—¡Pero si es Sebastián!

—¿Lo conoces?

—Estoy cansado de verlo. Vive al lado de mi familia, en la *fazenda* del finado Coronel Ignacio... Donde pasaste una vez, cuando me vine con ustedes... ¿No te acuerdas?

Arboleda recordó. ¿Cómo podía olvidarse de Zefa prediciendo el futuro, amenazando al mundo y a los hombres? Pero a Sebastián no lo

había visto, porque huyó con su familia para volver solo cuando los bandoleros se fueron.

Fue por boca de Sebastián que Zé Tronido conoció la historia de la *fazenda* y de los suyos. Supo de la venta de la propiedad, de cómo había desalojado a los colonos, del tiro que Gregorio le dio a Arturo y del que se salvó por milagro. La última novedad que Sebastián tenía de los parientes de José, era la que había recogido de los que volvían del sur. Encontraron a Jerónimo del otro lado de la *caatinga* y contaron que la familia estaba reducida a dos chicos, Marta, los viejos y Juan Pedro. Cinco personas nada más, tan arruinadas que más parecían bichos que gente.

—¿Y los demás? —inquirió Zé Tronido con el rostro sombrío y unos ojos empequeñecidos y feroces.

—Dicen que murieron por el camino. Yo también he perdido dos hijos en este viaje... Lo que nos hicieron fue una gran maldad...

Tocó toda la noche y todos danzaron felices. ¡Qué música! Arboleda estaba encantado. Le gustaba el acordeón y además Sebastián tenía una voz muy agradable y cantó canciones del *sertón*. Y cantó también la que referían los hechos de Lucas Arboleda y que todos corearon:

*Viene Lucas Arboleda,
Armado de su fusil.
El sertón tiembla de miedo
Ya ha matado a más de mil.*

*Viene Lucas Arboleda,
Armado de su puñal
Los ricos cagan de miedo.
Tiro de Luca es mortal.*

*Viene Lucas Arboleda,
Armado de su fusil,
Muchacha, no tenga miedo,
Tengo nombre de gentil.*

Viene Lucas Arboleda,

*Armado de su puñal.
Las bestias no tiene miedo,
Y comen en su morral.*

*Viene Lucas Arboleda
Armado de su fusil.*

Las voces ruedan sobre las plantaciones, despiertan los pájaros en los árboles, estremecen la noche. El nombre de Lucas Arboleda quiere decir sangre y muerte, tristeza y luto. El canto, en la voz enronquecida de los bandoleros, es como una señal de marcha. Y oyendo a Sebastián, Arboleda siente que llegó el momento de partir. Place más de diez días que están ahí inactivos. La *caatinga* los espera. Si no se hace mentar, pronto se olvidarán de él y algún otro más audaz tomará su lugar en las conversaciones del *sertón* y en las canciones de los guitarristas.

Termina la noche. Ya algunos de los bandoleros se han retirado con sus mujeres para acostarse en algún rincón o en el monte. El propio Arboleda está con sueño. Sebastián se prepara para partir. Va a dar un abrazo a Zé Tronido que pasó toda la noche callado, encogido en un banco, sin cantar ni bailar. Ni Maricota se anima a hablarlo. Cuando lo invitó para acostarse, la miró con unos ojos que le dieron miedo y ahora lo observa de lejos. ¿Qué le pasa? ¿Qué le dijo Sebastián cuando conversaron? El acordeonista llega para despedirse:

—Hasta la vista, José...

—Puede ir tranquilo, Sebastián. Eso no va a quedar así nomás. Voy a hablar con Lucas ahora y vamos a ir para allá. Que se encomienden a Dios los que están en la casa grande... No es por plata que vamos a ir... Es para matarlos a todos...

Dio a Sebastián cien mil *reis*. Arboleda le había dado doscientos. El acordeonista se sentía rico. Le alcanzaría para llegar a Juázeiro y le sobraba. Y sobre el dinero y los elogios de Lucas Arboleda, esta noticia que le daba José que le llenaba de gozo el corazón. Esta vez Arturo no escaparía. Y hasta pudiera ser que el Doctor Aureliano anduviese por allá de visita.

En el camino de vuelta iba cantando de puro contento:

Viene Lucas Arboleda,

Lucas Arboleda vio a Zé Tronido en un rincón como si estuviese enfermo. Era su preferido. Nunca olvidaba el primer tiroteo en que José tomó parte y que le valló el sobrenombre. Cuando vio a los otros bandoleros saltar y gritar, según la táctica de Arboleda, que sabía que los alaridos y los saltos amedrentaban más que los tiros, José comenzó a dar tales gritos que parecían truenos. Uno de los bandoleros dijo:

—Parecen tronidos... Este es Zé Tronido...

Y le quedó el sobrenombre. Y era todo coraje y fidelidad. Pronto Arboleda lo distinguió entre los demás y le confiaba misiones difíciles y de responsabilidad. Era el que recaudaba las cuotas que los *fazendeiros* pagaban para no ser atacados. Les tenía confianza y estimación. Por eso fue en su busca cuando lo vio apartado en un rincón. Ya durante el baile lo había echado de menos. Pero como sabía que andaba entusiasmado con Maricota, pensó que estuviese acostado con la mujer en el monte. A la propia Maricota le preguntó:

—¿Qué es lo que le pasa?

—No sé qué bicho lo ha picado... Anda con cara de difunto...

—¿Qué es lo que te anda pasando?

Zé Tronido levantó la cabeza:

—Te voy a pedir un servicio...

—Lo que pueda...

—Me han dicho que echaron a mi gente de sus tierras. A mi padre, a mi madre, y también a mis tíos. A todos los de la *fazenda*. Ese acordeonista era de allá. A él también lo echaron. Me ha dicho que mi familia bajó para San Pablo y que se han ido muriendo todos por el camino... Esos inmigrantes se mueren más de la mitad antes de llegar a Juázeiro...

—¿Y qué es lo que querés?

—Ir a la *fazenda*, y agarrar al dueño, ese que compró, y al capataz. Le pegaron un tiro, pero no murió...

—¿Y tu tía está allá?

—A ella también la echaron. Pero parece que murió en el camino, porque no está con ellos. Solo han quedado cinco...

—¿La echaron? No debían haber hecho eso.

—A esa gente no se le importa nada.

—Bueno, mañana salimos para allá. Andate a descansar porque vamos a caminar de firme. Dentro de diez días llegamos, si no nos pasa nada... Andáte a dormir ahora, el asunto está resuelto...

Pero José no conseguía dormirse. Volvía a ver a Jucundina andando por la casa, las voces que venían del corral, a Marta, chiquita, corriendo por el patio, a Jerónimo en el sembrado. Y la casa donde se criara y a la que pensaba regresar un día, no sabía cuando, pero eso no tenía importancia. Lo que tenía importancia era saber que esa casa existía y que él podría volver cuando quisiera, para pedir la bendición al padre, para abrazar a la madre, para tomar la azada y salir hacia el mandiocal. Apretaba el puñal, no iba a gastar balas con esa clase de gente.

11

Cuando regresaron del asalto a la *fazenda*, tuvieron un encuentro con una patrulla de policía. Mariposa fue herido en una pierna y Lucas Arboleda se dirigió hacia uno de sus refugios para dejar allí al hombre bajo el cuidado de un médico. No habían encontrado a Arturo, que andaba fuera comprando hacienda. El nuevo propietario destinaba gran parte de la *fazenda* para la cría de ganado. Los enfureció no encontrar al capataz y se desquitaron quemando la casa grande y matando cuantos animales pudieron. Zé Tronido puso fuego al sembrado de mandioca y maíz que rodeaba la casa. Fue hasta el rancho donde vivió su familia. Entró en él, asustando a la familia del trabajador que la habitaba ahora. Miró las paredes de tapia, pero nada allí recordaba la presencia de Jerónimo y Jucundina. Pensó en quemar el rancho, pero esta pobre gente nada le había hecho. Les preguntó si las plantaciones eran de ellos o del *fazendeiro*.

—Nosotros no somos más que peones...

Les puso fuego. La casa grande ardía. Zé Tronido no estaba satisfecho. Pero no tardó en saber que el Doctor Aureliano andaba cerca. Hacía dos días que estuvo en la *fazenda*, con una comisión del gobierno. Zé Tronido conversó con Arboleda y combinaron un plan. Partiría solo para buscar al Doctor Aureliano y se encontraría con la banda en un lugar determinado. Ese mismo día dio con él y le disparó un tiro. Se quedó por las cercanías

hasta saber que solo había herido a su antiguo compañero de correrías cuando chicos, que en un automóvil fue transportado al pueblo y desde allí para la ciudad.

Zé Tronido maldijo su poca suerte y estuvo tentado de seguirlo a la ciudad y allí matarlo, aunque lo pusieran preso. Pero después pensó que no valía la pena. Esperaría otra ocasión. Y se prometió volver por estos lados de tanto en tanto como quien cumple una promesa.

Metióse en los montes y dos días después encontró a su banda. Esa misma noche se dieron con un piquete de la policía. El tiroteo fue al descampado, cosa que no agradó a Arboleda. Por suerte para ellos la partida policial no era más que de ocho hombres. Pero quedó herido Mariposa y la partida policial no tuvo ni una baja. Arboleda estaba contrariado y más que todo le daba que pensar lo inesperado de este encuentro. ¿Qué hacían allí estos soldados? No tenía noticias de ellos y estaba siempre bien informado por sus espías distribuidos en todo el *sertón*.

Resolvió salir para otro Estado y comenzaron una marcha acelerada. Días y noches a través de la *caatinga*, parando nada más que para renovar las provisiones en las *fazendas*. En una de ellas se les hizo resistencia armada, porque el *fazendeiro* estaba dispuesto a no dejarle sacar nada de su propiedad. Arboleda enfurecido hizo una matanza para escarmiento.

Cuando salió de la *caatinga* para atravesar el río que limitaba los dos Estados, supo por qué causa encontraron los soldados con los cuales se había tiroteado. De todas partes aflúan soldados al *sertón*. Eran cientos de soldados que se dirigían contra el Beato Esteban y su gente, que, según se decía, alcanzaba un número de más de mil personas reunidas en torno al santón. Y los poderes públicos estaban resueltos a liquidar completamente este problema.

El hombre que daba la información tenía datos seguros. Arboleda se quitó de la boca el pedazo de tabaco que mascaba:

—Pero si el Beato es un hombre que no hace mal a nadie ¿por qué quieren hacerle eso? No hace más que rezar, predicar para los que lo quieren oír ¿no sé por qué tienen que mandar la policía contra él?

Arboleda no podía entender. Que lo persiguiesen a él, estaba bien, asaltaba y mataba, era un bandido fuera de la ley. Pero el Beato Esteban ¿qué hacía? Solamente ordenaba a los hombres que hicieran penitencia por sus pecados porque el fin del mundo estaba cerca.

Más adelante otro hombre le trajo nuevas informaciones. Pero esta vez se referían a él. Le hizo saber que todos los vados del río estaban vigilados por la policía, que desde días atrás lo esperaba. No había nada que hacerle, alguien lo traicionó.

—Es alguien que sabe que ustedes iban a pasar el río... Adivinarlo no podían...

Arboleda despachó al confidente. Llamó a Zé Tronido y Pico Dulce y conversaron largamente. Después reunió a toda la banda y les habló:

—Muchachos, nos han traicionado, y no puede ser otro que el Senador...

Algunos hombres se asombraron con la revelación. Pero Arboleda agregó:

—Nada más que él sabía que íbamos a pasar el río... Si él mismo me aconsejó eso... Y ya ven la munición que dio, una miseria...

Unía los hechos y todo le parecía claro:

—Me han dicho que en cuanto nosotros partimos, se fue rápido a la ciudad. ¿Para qué ese apuro? Para avisar a la policía.

Los bandoleros se mantenían en un silencio de expectativa. Apenas se movían en el suelo donde estaban sentados, deseosos de partir cuanto antes. Arboleda sentía lo mismo que ellos:

—Vamos a enseñarle lo que es bueno a ese hijo de puta... No vamos a atravesar el río, vamos a ir a su *fazenda*.

—¿Y si no está allá?

—Lo esperaremos hasta que llegue... Algún día tiene que llegar...

Retomaron los senderos de la *caatinga*. Iban de prisa. Arboleda recomponía en su mente los hechos. El Senador sabía perfectamente que si él atravesaba el río sería para ir a la *fazenda* del Coronel Juan Bautista, que estaba sobre la frontera. Pero durante gran trecho del camino le preocupó resolver otro problema: ¿qué ganaba el Senador con entregarlo? Lo descubrió de pronto. El Senador no andaba en buenas relaciones con el gobernador del Estado vecino. Si Arboleda era apresado o muerto en la *fazenda* del Coronel Juan Bautista, padre del gobernador, se haría un gran escándalo. No es más que eso pensaba Lucas Arboleda.

Comenzaron a marginar el camino público hasta que encontraron un camión. En él viajaron largo tiempo hasta que el camino se hizo más frecuentado. De nuevo se internaron en la *caatinga*. Iban rumiando odio y haciendo proyectos sanguinarios mientras caminaban. Arboleda decía que iba a esperar al Senador aunque tuviese que envejecer en la *fazenda*.

Pero no tuvo que aguardarlo. Al aproximarse a la *fazenda* supo que el Senador estaba de regreso, porque comenzaba la zafra. Se demoraría un corto tiempo para dar órdenes y dejar todo arreglado para los meses que debía quedarse en la capital retenido por los deberes de su cargo.

Llegaron al atardecer, no los esperaban. Fue una sorpresa. Maricota se echó en los brazos de Zé Tronido. Pero se dieron cuenta enseguida que algo extraño sucedía. No había más que ver la cara de Lucas Arboleda.

Fueron derechamente a la casa grande. El Senador acababa de ser avisado de la intempestiva llegada de los bandoleros. Salió a la galería vestido con un elegante *robe de chambre* y en el dedo un anillo de brillante.

—¿Por aquí, Lucas? ¿Qué sucede?

Lucas Arboleda se adelantó, subió la escalinata de la galería y se detuvo ante el Senador. Antes de oír una sola palabra, este comprendió a qué venía el bandolero. Un pensamiento apareció lúcido en su mente: «Y Mariana que pensaba acompañarme con Jaime». Eran su mujer y su hijo, estudiante de medicina.

—Usted nos quiso entregar a la policía...

Protestó, pero su protesta era débil:

—¿Cómo cree eso? Yo soy su amigo...

—¿Amigo?... Amigo de su madre...

Levantó la pistola. El Senador gritó:

—¡Lucas!, ¿te has vuelto loco?

—Toma, hijo de puta...

Descargó el arma y el Senador se desplomó. Corrieron de todas partes trabajadores, mujeres, peones. Se quedaron mirando de lejos, contenidos por los bandoleros.

Arrearon con los vacunos de la *fazenda*, con los caballos y los burros y huyeron para otro refugio más lejano y más seguro también. Caminaron noche y día, porque Lucas Arboleda sabía que ahora toda la policía se iba a movilizar en su persecución.

La persecución, como todas las anteriores, fue llegando a un punto muerto. Los bandoleros quedaron escondidos casi dos meses. En esta ocasión el encubridor era un pequeño *fazendeiro*, a quien Arboleda, en cierta oportunidad, salvó la vida. Y fue allí donde un emisario del Beato Esteban vino a buscarlo. Arboleda se preparaba para retomar el camino de nuevo, atravesar el *sertón*, invadir poblaciones, poner a contribución los *fazendeiros*, cuando a la caída de la tarde de una noche sin luna, llegó el enviado del santón. Venía apoyado en un bordón y había andado mucho, porque le costó dar con el refugio de Arboleda.

La policía cercaba al Beato en las proximidades de Juázeiro. Con el Beato se encontraban más de trescientos hombres, pero la mayor parte desarmados y sin ninguna experiencia de lucha. La única esperanza que les quedaba era la ayuda de Lucas Arboleda.

—Mi padre Esteban manda decir que lleve cuanto hombre pueda. Y toda arma que consiga... El asunto es serio...

Antes de partir, Lucas Arboleda envió emisarios para reunir gente. Compadres, campesinos que le respondían, hombres que de tiempo en tiempo formaban parte de su banda, y otros que le debían servicios y estaban a su disposición. Y consiguió reunir un buen número de hombres, unos que venían para servirlo y otros para defender al Beato Esteban. Nunca habían visto al Beato, pero para ellos era un santo, por cuya voz hablaba Dios.

Partieron a la madrugada, dejando las mujeres, tomando en las *fazendas* todo el armamento que encontraban. El enviado del Beato, un negro cuya mota blanqueaba, les daba prisa. Pero los bandoleros marchaban con tal celeridad que el propio negro solo con dificultad podía seguirlos. Durante seis días y seis noches avanzaron entre la maraña de espinas, hasta que a la séptima noche divisaron las hogueras del campamento del Beato. El viento traía un rumor de plegarias cantadas por la multitud que seguía al Beato. Lucas Arboleda se detuvo, cayó de rodillas y los demás lo imitaron. Solo después de persignarse avanzaron, humildemente.

Juan levantó la cabeza, los ojos con expresión interrogativa, escuchando. Aquella cantinela al finalizar la tarde, prolongándose hasta el comienzo de la noche, ya se le hacía familiar Tomaba el fusil, subía a lo alto de una pequeña elevación, donde existían grandes ollas de un hormiguero abandonado. Se sentaba allí, contemplando un amplio horizonte. Veía los ranchos de barro de los peregrinos y el movimiento que había entre ellos. El mayor de todos, rodeado por la multitud, era el del Beato Esteban. La suave brisa acariciaba el mulato rostro de Juan, que se quitaba el quepis, para refrescarse la cabeza. Sentía el agudo misterio del crepúsculo, pero lo que lo conmovía era el encenderse de las fogatas en el campamento de los peregrinos. También en el vivaque de las fuerzas policiales se encendían las fogatas, pero eran pequeñas y solo para cocinar y espantar las víboras. En el campamento de los peregrinos tenían otro significado. No era un simple fuego de leña para preparar la comida y hervir el café. Tenían un significado religioso: ofrendas de fuego al Dios que iba a destruir el mundo y castigar a los hombres. Colocadas simétricamente, siempre eran veintiuna, el Beato Esteban sabía por qué. La lenta procesión, que a las siete recorría las callejuelas del campamento, se detenía ante cada una de las fogatas, las voces que cantaban adquirían mayor volumen y las sombras se alargaban a la luz rojiza. Frente a la última, colocada en el centro de la plaza, delante de la casa del Beato, este predicaba, repitiendo casi siempre las mismas palabras de admonición y humildad. Después la procesión disolvíase y Juan sabía que eran las nueve y que no tardaría la guardia en dar el vibrante toque de corneta para recogerse. Entonces descendía de la pequeña elevación, lentamente, en sus oídos todavía los melancólicos sonos de la letanía que los peregrinos cantaban. Cuando había viento favorable, conseguía también distinguir las palabras de la prédica del Beato, y en su corazón de campesino tenían eco porque creía en el mensaje que ellos transmitían. Era un buen soldado, cumplidor con sus deberes, obediente a las órdenes de sus superiores. Si su Jefe le ordenara disparar

contra el Beato, lo haría, pero convencido que cometía un horrendo pecado. El Beato era un enviado de Dios y no comprendía por qué lo atacaban como si fuese un criminal.

Todas las noches Juan subía la elevación y algunas veces otros soldados lo acompañaban. Se quedaban esperando el encenderse de las fogatas. Percibían el movimiento de la gente formando las filas de la procesión y el lamento de las voces que oraban:

«Por siempre loado...».

Pero esta noche, cuando más de la mitad de la procesión había desfilado ante las fogatas, con el Beato al frente, que, como todos los días, iba vestido con su blusa blanca, a Juan le parceló oír un canto distinto, venido de otro lado, que se mezclaba y distorsionaba la monótona cadencia de la letanía. Otro ritmo, que se presentaba orgulloso y festivo, tan en contraste con la humildad de la plegaria, como un toque de clarín en medio de una melodía de órgano. Al principio pensó que podían ser gritos de animales nocturnos en el monte, pero el extraño canto persistía, e iba dominando la voz de los peregrinos. Juan levantó la cabeza, adelantó los hombros y escuchó atento. Sus ojos acostumbrados a las tinieblas nocturnas percibieron otras personas, que no eran peregrinos, que estaban entrando por detrás del campamento. Esos hombres eran los que cantaban y Juan comenzaba a oír palabras sueltas. Con el corazón en suspenso, creyó comprender lo que sucedía. Vio la sombra del Beato que agitaba los brazos, vio a la procesión tomar otro rumbo rompiendo lo acostumbrado, y las voces que oraban se silenciaron a un ademán del Beato. Y fue en ese súbito silencio que entendió las palabras de la canción, que se tornaron claras al acallarse las plegarias:

Viene Lucas Arboleda,

Armado con su fusil.

Vio como la procesión, luego de un momento, en que peregrinos y bandoleros confraternizaron, se rehacía, mayor ahora y las oraciones continuaron. Vio cómo llegaban a la plaza y el Beato subía sobre un cajón frente a la puerta de su rancho, y el viento hacía flamear su blanca blusa. Extrañas emociones bullían en el pecho de Juan bajo su chaquetilla de soldado. Sentía una satisfacción inocultable. Ahora la lucha se iba a transformar con la llegada de los hombres de Lucas Arboleda. Dejaba de ser

una cacería de hombres indefensos para volverse una batalla contra los bandoleros más terribles del *sertón*. Sin dejar de ser, ni por un momento, soldado fiel a su consigna, pronto para avanzar contra la gente del Beato, sentíase inclinado hacia el otro lado, y si no fuese soldado sería uno de los hombres del Beato, rezaría en sus procesiones, le pediría la bendición y bajaría la cabeza al oír sus palabras santas. Y no dejaba de alegrarse al ver que ya no estaba abandonado a su suerte, sin medios para resistir el cerco y con la única posibilidad de entregarse para no morir de hambre. Ahora que Lucas Arboleda estaba con él, la cosa cambiaba. Ya los tenientes no harían bromas y el comandante perdería mucho de su jactancia. Este comandante, era el mismo capitán del ejército que en una ocasión fue comisionado para perseguir a Lucas Arboleda. Ahora se divertía en cerrar el cerco en torno del Beato, todas las noches unos metros más, reduciendo cada veinticuatro horas el espacio con que contaban los peregrinos para aprovisionarse de caza y agua. Había resuelto reducirlos por hambre, tomar al Beato y a sus lugartenientes y distribuir a los demás por las *fazendas*.

—Hay que mandar a esos vagos a trabajar —decía.

¿Qué pensaría ahora? Con Lucas Arboleda habían llegado más de cincuenta hombres. Los calculaba Juan por el movimiento que observó. La policía contaba con ochenta plazas, pero varios eran muchachos de la ciudad, poco aptos para una lucha con Lucas Arboleda. Y Juan se sentía alegre, a pesar de que esto podía costarle la vida. No pensaba en la muerte, de todos modos el mundo se iba a acabar, así lo afirmaba el Beato.

Oyó el toque de corneta que llamaba. Descendió contrariado, arrastrando los pies. Terminaba también el sermón del Beato. Y de nuevo ahora, entonada por centenares de voces, la canción que relataba los hechos de Lucas Arboleda llenó el ambiente y fue oída esta vez por todos los soldados:

*Viene Lucas Arboleda,
Armado con su puñal.*

Soplaba un viento de lluvia que traía claramente las palabras de la canción, las echaba rumbo a Juázeiro y se perdían en dirección al gran río, donde también la cantaban los patrones lancheros, aprendida de los emigrantes que se acodaban en las barandas de los muelles para mirar los barcos y el agua. Juan viene lentamente, pero su corazón late apresurado. Corrían los

soldados al llamado de la corneta. La guardia fue reforzada. El comandante pasa entre sus hombres con paso nervioso y discute con dos tenientes la situación. En el rostro mulato de Juan aparece una sonrisa. Tararea la canción que viene con el viento.

2

Un día, en el fondo agreste del *sertón*, donde el hambre mata a los hombres, los ríos se secan con el sol ardiente, los terratenientes despojan de sus tierras a los campesinos y liquidan a los que se resisten, donde las familias, en busca de mejor suerte, parten para el sur próspero en sucesivas levadas, dejando regados los caminos de sus muertos, cuando morían las criaturas a centenares y las que crecían eran enfermas y tristes, cuando el paludismo se extendía como un manto de luto y la viruela negra dejaba su huella mortal en millares de rostros, cuando la fiebre tífus se difundía como yuyo malo, cuando ya ninguna esperanza quedaba en el corazón cansado de la gente del *sertón*, apareció el Beato Esteban.

Nadie sabía de dónde venía, quién era, cuándo llegó, ni su edad, ni su apellido. Se llamaba Esteban, nada más que Esteban, y su bordón, retorcido como una víbora, traía polvo de mucho camino recorrido, las ojotas viejas y deshechas, la blusa salpicada de barro seco de muchos días. La barba blanca e hirsuta, no muy espesa, le caía sobre el pecho, y los cabellos largos, blancos también, se desparramaban sobre el cuello y llegaban a la espalda. Los piojos bajaban de su pelo a la blusa y las aves, durante el día, se posaban sobre sus hombros y picoteaban sus orejas ocultas entre las mechas de la pelambre.

Apareció anunciando el fin del mundo y, como la maldad de los hombres había llegado al extremo, el término de la piedad de Dios. Su paciencia llegaba al límite, el castigo iba a descender terrible, por eso había sonado la hora de la penitencia. Desgraciados aquellos que no se cubriesen la cabeza de cenizas y abandonaran todo, casa y trabajo, patrones y cosechas, para rezar. Para los que no lo hicieran no habría salvación posible cuando el momento llegara implacable.

Su voz era sugestiva y tierna, más voz de niño que de viejo, pero que en sus imprecaciones se volvía violenta y castigaba como un latigazo. En esos momentos todos olvidaban que era nada más que un viejo agobiado sobre

su bordón de caminante. Semejaba un árbol majestuoso, un torrente impetuoso, una catarata imponente. Cuando sus ojos azules, comúnmente bondadosos y cálidos, ojos que acogían y animaban, se quedaban fijos y distantes, como si vieran cosas que los demás no veían, daban miedo y frío. Alto y tan escuálido que se balanceaba en el viento como un bambú, tenía una resistencia de hierro y podía marchar leguas y leguas, con su rápido paso difícil de seguir. «Come como un pajarito», decían las mujeres, y circulaban leyendas sobre la manera como, durante la noche, el Señor lo alimentaba restaurando sus fuerzas.

Se llamaba Esteban, pero todos le decían el Beato Esteban, y sus fieles le daban el cariñoso tratamiento de «mi padre». Bajaban la cabeza para recibir sus bendiciones cuando él pasaba, su mano en alto, sus palabras casi inaudibles. Su bendición era milagrosa, curaba males, cicatrizaba heridas, evitaba plagas en sembrados y animales, expulsaba los malos espíritus y tornaba invulnerable el cuerpo de los hombres a las mordeduras de las víboras y a las balas homicidas.

¿Cómo dudar de su poder sobrenatural, de su divinidad, si las víboras más temibles, la cascabel, la jararacá, la surucucú, salían a su encuentro, lo acompañaban en su camino, se dejaban tomar por él y comprendían el lenguaje extraño que les hablaba? ¿Cómo dudar, si él hablaba del hambre de los hombres y de todos los males que sucedían y aseguraba que ningún *Coronel*, ninguno de los poderosos terratenientes, se iba a salvar de la ira de Dios, del castigo inminente?

Nada podía contra él, ni aún la prédica de los párrocos que se levantaban para condenarlo. La gente del *sertón* sabía muy bien que estos párrocos no bautizaban ni casaban gratis. Vivían en las *fazendas* ricas, comiendo abundantemente en las mesas de los *Coroneles*, y en sus sermones nada decían sobre el despojo de tierras a los pobres ni sobre los salarios que apenas alcanzaban para la deuda de la proveeduría. Los sermones de los párrocos, llenos de amenazas del infierno, eran contra los que vivían sin casarse, los que tenían hijos sin bautizar, los que usaban animales por no tener mujer con quien satisfacer sus deseos. El Beato Esteban hablaba de otra manera. Ningún reproche contra las mujeres de la vida, contra los hombres que no se casaban por la iglesia o no cristianaban a sus hijos. En cambio clamaba contra los pecados de los ricos, que mataban de hambre a los pobres, y a ellos, a su ruindad y su codicia, atribuía la cólera de Dios que iba a destruir el mundo. Jamás se detuvo para descansar en una casa grande y las pocas veces que habló con un *Coronel*

fue para lanzarle las más violentas admoniciones y requerirle que entregara a la gente expoliada sus tierras y les devolviera el dinero robado en las cuentas de su proveeduría. Y más de uno sintió temor ante ese viejo que se alzaba sobre su bordón, las barbas flotando al viento, y llevaba en sus hombros las aves del monte y tras él las víboras venenosas.

Cuando apareció el Beato Esteban estaba solo y hablaba aún cuando nadie lo escuchara. Hablaba como si los cactus espinosos de la *caatinga*, los urubús hambrientos, las víboras y los lagartos pudiesen escucharlo. Pero muy pronto su palabra se difundió llevada de boca en boca y los peregrinos fueron llegando y rodeándolo, para acompañarlo en su camino. Poco o nada tenían que perder cuando dejaban el hacha o la azada, cuando huían de las *fazendas* para buscar en los azules ojos del santón la sombra de la esperanza. Pese a que anunciaba cosas terribles, los hombres del *sertón* sentíanse confortados a su lado, al calor de su voz, bajo la protección diaria de sus bendiciones.

La primera en llegar fue una viuda que trajo consigo sus cinco hijitos. A continuación llegaron hombres y más gente. Y él marchaba siempre, deteniéndose nada más que los domingos para realizar procesiones y echar sobre sus blancos cabellos los restos de cenizas de las fogatas. Marchaba en dirección al mar, donde estaban las grandes ciudades, donde corrían los trenes y de donde partían los barcos que ningún hombre del *sertón* había visto nunca y cuyas formas, tamaños y colores imaginaban en las monótonas noches de las *fazendas*.

Pocos eran al principio. Pero a su paso los hombres dejaban todo, se calzaban las ojotas y se ponían sus sombreros de cuero. Y lo seguían, queriendo escuchar siempre sus admoniciones contra los *Coroneles*, contra el robo de las tierras, contra los salarios miserables. Todas las noches el Beato oraba y los hombres le abrían su corazón, contándole sus historias dolorosas y recibiendo su bendición pacificadora. Y se unían en torno a él, cuidaban su alimento, encendían las fogatas las noches de los domingos, dormían junto a él en caminos y descampados. Y llegaba gente a través del *sertón*, cada vez en mayor número, hombres que abandonaban sus trabajos para hacer penitencia, enfermos que buscaban la salud que daban las bendiciones del Beato Esteban.

Y de extremo a extremo del *sertón*, ese inmenso país con tanta miseria y tanta riqueza, todos los caminos de la enfermedad y el hambre lo recorrió el nombre del Beato Esteban. Y de todas partes partía gente para unirse a él. Salteadores y ciegos, guitarristas, criminales empedernidos y

campesinos despojados de sus tierras, peones que huían por no poder pagar sus deudas en la proveeduría de la *fazenda*, viejos y jóvenes, mujeres con hijos y muchachas vírgenes, tísicos y palúdicos, leprosos y paralíticos. Venían todos, llenando los caminos, marchando día y noche, robando para comer, buscando al Beato. Solamente él consolaba y curaba. Y el Beato proseguía, indiferente al número de personas que lo acompañaba, rezando sus plegarias, esparciendo sus profecías. Y para cada uno tenía una palabra distinta, para cada confesión un consuelo que caía como bálsamo sobre la herida.

Con más celeridad que él iba su nombre, que había llegado a las grandes ciudades y aparecido en los periódicos. Los *Coroneles* comenzaban a inquietarse. Los trabajadores abandonaban las cosechas, los colonos se volvían levantiscos. Los párrocos se levantaron en pie de guerra contra ese fanático que estaba destruyendo el prestigio de la Iglesia. Pero el Beato continuaba su prédica sin saber siquiera que su nombre provocaba ese revuelo. Las aves continuaban posándose en sus hombros, los guitarristas cantaban difundiendo su nombre, las mujeres besaban la orla de su blusa y las víboras se enroscaban en su flaco brazo y se refugiaban en su hundido pecho. Cosas estas que pasan en el *sertón*, donde el hambre hace bandidos y santones.

3

Lejos de la idea de Juan que su hermano José, menor un año, estaba en la banda de Lucas Arboleda y hacía centinela con otros bandoleros cerca de donde él estaba apostado también de centinela con algunos soldados. Juan fue el primero en partir, abandonando la familia y la *fazenda* en procura de un mejor porvenir, que allí donde el padre trabajaba una tierra que ni siquiera era suya, no existía. Cuando su hermano José se marchó con Lucas Arboleda, la noche que asaltaron la *fazenda*, él ya se había ido y era soldado en una ciudad distante y solo mucho tiempo después lo supo pero sin saber dónde estaba. Por una de las rarísimas cartas que Dinah le escribía, recibió la noticia y pasó un tiempo observando a los transeúntes con la esperanza de descubrir a su hermano. Pero al cabo desistió de su infructuosa búsqueda. Debía haberse quedado a trabajar en alguna *fazenda* del interior o estaría de peón en la interminable obra del ferrocarril, a la

cual acudían numerosos campesinos que abandonaban el *sertón*. Era un trabajo duro pero mejor retribuido que el de las *fazendas*.

Después supo que Juvencio, el más joven de los tres, el más despierto, que siempre los dirigía en sus juegos de la niñez, había partido también. No quedaba con los viejos más que Agustín, que era casi un niño, y que asimismo partiría a su vez, según pensaba Juan. ¿Cómo seguir viviendo en ese pedazo de tierra que apenas sustentaba a los viejos y las mujeres?

Juan recordaba su fuga, la larga caminata hasta llegar a la ciudad, su asombro ante las bellezas de la capital, cuyas calles recorrió con la boca abierta. Lo que más lo había animado a partir fueron las descripciones oídas de los que estuvieron por allá. Contaban maravillas y Juan soñaba por las noches con esas conversaciones y cada vez le parecía más pesado y sin porvenir el trabajo del campo. Pero iba quedándose por ayudar al padre en las tareas de los sembrados, sin coraje para decidirse. Tenía diecinueve años y era un mestizo fuerte que las prostitutas se disputaban cuando iba al pueblo. Se acostaban con él aunque no tuviese dinero para pagarles. En ese tiempo comenzaron sus amores con la hija de la vieja Maneca. Con ella se encontraba detrás del corral. Y como consecuencia de eso tuvo un disgusto con su padre. Y no pudo quedar más en su casa.

Primero pensó en robar la muchacha y buscar un trabajo en otra *fazenda*. Pero el llamado de la ciudad imaginada fue más poderoso que el cuerpo de la muchacha. Y partió, conchabándose acá y allá para conseguir el dinero para el pasaje del tren. Andando de noche y deteniéndose de día en las *fazendas* para trabajar. Más de un mes estuvo de peón en la línea del ferrocarril, tarea dura, matadora. Ya las alpargatas estaban deshechas y sus pies descalzos se llagaban en el camino.

Pero al fin un día avistó la ciudad y todos sus sacrificios le parecieron pagados. El mar, con el que soñaba, era de un color variable, verde, azul, blanco de espuma sobre la arena de la playa. Nunca había visto nada más bello y se dejó caer en un banco, contemplándolo. Buques colosales estaban amarrados a los muelles, como monstruos inmensos, con sus mástiles que eran como árboles pelados. Y cuando un vapor pitó. Juan sintió pánico. Sonrió luego de su susto y vio cómo el vapor se iba retirando del muelle y cómo la gente se decía adiós, algunos llorando. Lo vio poner rumbo hacia adelante, hacia el agua sin límites, y aumentar su velocidad. Una escena que pasó ante los ojos de Juan vertiginosamente; cuando quiso acordarse, el vapor era un punto en el horizonte y una columna de humo.

No había aquí crepúsculo. En el *sertón* era largo y triste. El final de la tarde se demoraba, la noche tardaba en llegar, había una profunda separación entre las últimas claridades del día y las primeras sombras de la noche. Pero, aquí, no había crepúsculo. En cuanto el sol bajaba y el horizonte sobre el mar se encendía de rojo, las luces eléctricas brillaban: era ya noche.

Y como las luces la traían más rápido, se confundía con las últimas claridades del día. Así dejaba de existir esa hora misteriosa en que todo se aquieta y se siente que un día más termina. Era que en la ciudad nada terminaba, el crepúsculo no demarcaba el fin de la jornada, continuaba la vida, tanto o más intensa por las calles transitadas.

Juan no tenía dónde dormir, no poseía equipaje y todo su dinero eran doce mil *reis*. Sintió apetito y abandonó los muelles. Siguió por una calle de mucho movimiento, por la que pasaban hombres bien vestidos y lindas mujeres. Anclaba tímidamente, deteniéndose ante las vidriera, con el sombrero de cuero en la mano, porque había notado que su extraño sombrero causaba risa a los transeúntes. No se animaba a entrar en un bar y solo se tranquilizó al encontrarse en las calles de los suburbios, parecidas a las del pueblo vecino a la fazenda. Las mismas mujeres de la vida, negras y mestizas, algunas de las cuales, por la forma de hablar, reconoció que eran del *sertón*, venidas como él del interior. Y encontró donde comer por mil *reis* y dormir por tres mil. Esa misma noche hizo amistades. Un nordestino, empleado en una panadería, oyó su historia en un boliche. Bebieron *cachaça* y el hombre le prometió un empleo. Entró a la casa de un portugués para hacer mandados, cuidar el jardín y limpiar la casa. Poco a poco fue conociendo la ciudad, tratando gente y se relacionó con soldados que a la noche bajaban a las calles del suburbio en tren de parranda. Entre ellos encontró conocidos, vecinos de *fazendas*, que habían partido antes que él. Y trataron de ayudarlo. Se enganchó en la policía militar, hacía gimnasia, aprendió a leer y escribir, y fue cuando mandó la primera carta a su familia dándole noticias suyas.

Cuando se vio con el uniforme se sintió otro hombre. Tímido todavía, sin haber adquirido aún la modalidad de los soldados, sin saber gritar a las prostitutas, sin poder tomar el tranvía andando y bajarse cuando el vehículo iba a mayor velocidad. Pero estaba orgulloso de su uniforme y no tardó en encontrarse una querida que le daba dinero y en aprender todo lo que un soldado tenía que aprender. La ciudad lo fue dominando paulatinamente y el *sertón* comenzó a alejarse cada vez más. Sin embargo

seguía oyendo con gusto una guitarra y una voz cantando un canto del *sertón*. En esos momentos revivía la *fazenda*, sus viejos padres en el trabajo diario, a la tía Zefa balbuceando sus incongruencias, a Marta corriendo por el patio, a su hermana casada en las cortas visitas con su marido. Y sentía nostalgias y esas noches bebía más y golpeaba a su querida, entraba con otros soldados belicosamente en los prostíbulos expulsando a tiros a la concurrencia.

Sirvió en las guarniciones de las ciudades próximas, pero siempre, con la influencia de algún teniente, conseguía volver a la capital. Más que todo, el mar era lo que lo retenía allí, el partir y el llegar de los trasatlánticos, la visión del agua infinita con su variable gama de colores.

Sufrió arrestos. Fue asistente de un capitán y esto le resultó una época feliz. No tenía que preocuparse de las obligaciones del cuartel. Le lustraba las botas al capitán, la esposa lo mandaba de compras al mercado y la hija, que tenía dieciséis años, le pedía que llevase cartas al novio, un estudiante de derecho, medio poeta.

De esta manera pasaba los años, pensando siempre en presentarse al concurso para cabo, pero poco lo gustaba estudiar y la vida de soldado no era mala. Tenía privilegios, no pagaba el tranvía y el uniforme imponía respeto. De vez en cuando tenía líos con los soldados del ejército y llegaban a tirotearse en las calles. Quedaba algún muerto, algunos heridos. El caso se comentaba y la ciudad se inquietaba. Pero los superiores tomaban medidas. Se suspendían las licencias y los mantenían acuartelados. Pronto el incidente se olvidaba y se hacían las paces con los del ejército.

Hasta que fue sorprendido por la noticia de que su regimiento partía para terminar con el Beato Esteban. El nombre del Beato no les era desconocido, meses hacia que había llegado al cuartel por las noticias de los diarios y por los cuentos de la gente recién llegada del *sertón*. Para él era un santo, pero órdenes eran órdenes.

Volvió a ver la *caatinga* bravia, los paisajes de su infancia y adolescencia. Al llegar substituyeron el quepis por el sombrero de cuero del lugar. Allí Juan sabía moverse mejor que en la ciudad, en ojotas, que reemplazaron los botines. El teniente lo consultaba de tanto en tanto para pedirle su opinión

sobre las características de la *caatinga*. Podía ahora reírse de los hombres que habían nacido en la ciudad y que no sabían andar entre los espinos, maldiciendo y rezongando todo el día. Para él era como si hubiese regresado a su casa. Solo que tenía un máuser y una bayoneta y un uniforme. Y debía usar sus armas contra el Beato Esteban y su gente.

Esto pensaba a la hora del crepúsculo, que llegaba solemne y melancólico. Aquí sí que el crepúsculo se extendía largamente sobre la tierra. Las luces eléctricas no apresuraban la noche y las estrellas demoraban en subir al cielo límpido. Para él el Beato Esteban era un santo, que a nadie hacía mal. El teniente se reía de sus predicciones, de su anuncio del fin del mundo y de sus penitencias. Pero Juan no se reía, la frágil cáscara de los vicios y las costumbres de la ciudad se abría al contacto con la *caatinga*, y la hora del atardecer, al grito agorero de las lechuzas. Y no era solo Juan, sino muchos de los otros soldados, también hombres del *sertón*, que sentían lo mismo. Y cada día que pasaba perdían más su aspecto de soldados, para adquirir la fisonomía de los campesinos de la *caatinga*. El uniforme desaparecía bajo los sacones de cuero, las palabras aprendidas en el cuartel y las calles de la ciudad se olvidaban para volver al habla torpe y monosilábica del *sertón*. El *sertón* recuperaba a sus hijos. ¿Para qué atacaban al Beato?, se decían ellos. Eso era un pecado.

En todas estas cosas estaba pensando Juan, mientras, de centinela, montaba guardia, sin imaginarse que su hermano José estaba del otro lado, al frente de un grupo de bandoleros, observando los movimientos de los soldados de la policía. En el cielo del *sertón* abundaban las estrellas y Juan las miraba reconociéndolas. En el cielo de las ciudades no brillaban tan intensamente, las luces eléctricas las apagaban, un cielo para el cual los hombres poco se volvían. Mirando las estrellas, sintiendo el olor a la tierra que traía el viento de la noche, Juan recordaba la casa de la *fazenda* con el corral próximo, el maizal a los fondos. ¿Dónde andarían sus padres? Antes de que ellos partieran recibió la carta de Dinah anunciándole el viaje a San Pablo. Más de veinte años llevó su padre cultivando esa tierra, derramando su sudor sobre ella, dejando allí su vida. Nada de eso tuvieron en cuenta para quitarle la tierra. Y el Beato era el único que decía la verdad. Un gran pecado estaban cometiendo al cercarlo así para que se entregara por hambre. Y ahora se preparaban para el asalto final, porque el comandante había resuelto que ahora, con la llegada de Lucas Arboleda y sus hombres, no se podía tener contemplaciones. Solo esperaba completar el cerco,

rodearlos en un círculo sin escape y liquidar el asunto de una vez. Y también la llegada de los refuerzos pedidos con urgencia.

Un sargento había explicado a un grupo de soldados, entre los cuales se encontraba Juan, que el plan del comandante era reducir al Beato poco a poco, cortándole toda salida, que los peregrinos aprovechaban para filtrarse en la noche e ir a comprar provisiones en los almacenes cercanos o robarlos en las proveedurías de las *fazendas*. Una vez cercados por completo no tendrían más que entregarse. Tomarían presos entonces al Beato y a los principales agitadores y a los demás se los mandaría a las *fazendas* necesitadas de trabajadores. Con esto iban a bajar aún más los jornales. Pero para el comandante toda esta gente que seguía al Beato, no era más que una cáfila de haraganes, que utilizaban al Beato y su locura para no trabajar. Y si alguien le hubiese hablado de hambre, de tierras robadas, de enfermedades incurables, de todas esas desgracias del *sertón*, se habría reído. Para él todo era haraganería.

Pero con la llegada de Lucas Arboleda, el comandante resolvió cambiar de táctica. Ya no se trataba solamente de una cuadrilla de vagos. Ahora eran también temibles bandoleros, y, con estos, solo a bala. Y como uno de los tenientes opusiera tímidas objeciones, el comandante le replicó con aspereza:

—¿Y para qué hizo venir a Lucas Arboleda?

El teniente hubiese podido argumentar que hizo venir a Lucas Arboleda para que lo defendiese, porque las patrullas policiales estaban matando sin piedad a cuanto peregrino encontraban buscando alimento. Pero el teniente nada dijo y escuchó en silencio la exposición del plan de guerra.

Juan creía comprender lo que pasaba con este capitán del ejército orgulloso con el cargo de comandante de la policía que se le había conferido. Apresar al Beato, dispersar a los amotinados que lo seguían, sería, sin duda, un hecho de repercusión. Pero terminar con la carrera de Lucas Arboleda, el bandolero que durante doce años había aterrorizado el *sertón*, era la gloria, hacerse conocer en todo el país. Juan no criticaba a su jefe. Si él estuviese en su lugar, posiblemente haría lo mismo. Pero Juan no era el jefe, sino un soldado raso, menos todavía, allí era un campesino simple y crédulo, solidario en el fondo de su corazón con el Beato Esteban, convencido de la verdad de su mensaje. Le temía, es cierto, a Lucas Arboleda, pero no lo odiaba, era uno de los suyos, criado en el mismo dolor y en la misma infelicidad que los demás hombres del *sertón*. Y

mataba y robaba porque habían matado a su padre para robarle su tierra y porque fue lo bastante hombre como para vengarse y ser bandolero. Juan quizás hubiese hecho lo mismo si hubiese estado en casa cuando echaron a su padre, que debió tomar el camino de la emigración. En su carta Dinah contaba que Gregorio le había pegado un tiro a Arturo, el capataz del Doctor Aureliano. Tal vez Gregorio estuviese ahora en la banda de Arboleda y fuera uno de los bandoleros que habían venido a defender al Beato.

Pero Juan no sabía que su hermano José y el tan mentado Zé Tronido eran una misma persona, apostada a menos de quinientos metros de él con un grupo de bandoleros y dispuesto a cortar el paso a los soldados si avanzaban. Sin embargo, de haberlo sabido, no tocaría un pelo de su hermano, ni tendría ningún reproche contra él.

5

El Beato había descendido al *sertón*, atravesando la *caatinga*, cruzando los caminos, acampando en las inmediaciones de los poblados. Sus huestes aumentaban siempre, primero diez, después veinte, y llegó el momento que fueron cien y continuaban llegando de todas partes hombres y mujeres en su busca. Los que lo encontraban acampado, se echaban a sus pies, contaban sus desgracias y sufrimientos, pedían su bendición, se quedaban y, al día siguiente, se agregaban a los que lo seguían. Otros lo encontraban en marcha, al frente de la multitud, apoyado en su bordón que semejaba una víbora, murmurando frases sueltas, fijos los ojos en el horizonte. Durante el camino no oía a nadie. Y se agregaban al grupo de peregrinos. Todos obedecían las normas del campamento. Con los nuevos peregrinos se compartía la comida y el agua, nada se les preguntaba. Y de noche, los recién llegados, iban a besar la blusa del Beato y a pedirle su protección. Y ya no lo abandonaban más, fascinados por sus ojos azules y su voz suave y cálida, por sus palabras que aliviaban los males físicos y morales.

El número exacto de la multitud que estaba acampada en las inmediaciones de Juázeiro, nadie la sabía. Serían doscientos, trescientos tal vez con los hombres de Arboleda. Algunos diarios que hablaban del episodio, decían que eran más de quinientos. Sin embargo, había quien aseguraba que no llegarían a ciento cincuenta. Era una multitud sucia de

enfermos y desgraciados. Hombres, mujeres y niños, mestizos, mulatos y negros.

Es verdad que robaban. Los que tenían dinero compraban, mientras les alcanzaba. Al terminárseles el dinero, no tenían más que asaltar las proveedurías de las *fazendas*, ya que la caza era insuficiente en la *caatinga*. Robaban también gallinas, cabras, cerdos. Por donde pasaban, los latrocinios se sucedían y de los mismos sembrados sacaban mandioca, batatas y choclos. Pero robaban lo indispensable para sustentarse, porque el Beato les tenía prohibido apoderarse de lo innecesario. Para el Beato Esteban lo que se tomaba para comer no era robo. Decía que los frutos que daba la tierra pertenecían a todos, porque Dios los hacía crecer para los necesitados. Sin embargo reprobaba cualquier robo de objetos, de un vaso, de un plato, de una vasija, o de dinero. «Eso es de ellos, —decía—, es pecado tomárselos». Lo que era para comer, podía tomarse sin pecar. Los animales se criaban por sí mismos y las plantas se nutrían con la savia de la tierra. La tierra era una madre generosa y buena. Que producía para el menesteroso. El Beato no veía los cercados cerrando las propiedades y no se preocupaba de los títulos de posesión. «Todo eso es vanidad de los ricos», repetía. El fin del mundo estaba cercano, Dios se había cansado de asistir, desde su trono de nubes, a tanta ruindad de los hombres. Y si el mundo iba a terminar, qué importancia tenían los cercados y los títulos de propiedad, nada sería de nadie y solo quedaría el fuego del infierno para los malvados y las delicias del cielo para los pobres, los que habían escuchado su prédica y lo seguían cumpliendo penitencias.

Nunca admitió ninguna violencia y cuando supo que un peregrino había apuñaleado a un empleado de una proveeduría que no quiso atenderlo, lo expulsó de su lado. No fue cruel con él y no le negó su bendición al irse. Pero había pecado, después de iniciar su penitencia, y eso para el Beato no tenía perdón. Lo que hubiesen hecho antes no le importaba. Hasta él habían llegado criminales famosos, hombres sin entrañas, que tenían en su conciencia crímenes horrendos y él les dio la bendición para que comenzaran su arrepentimiento.

El mismo Cirilo, que por celos infundados mató a su mujer y a sus dos hijos y que luego fue guardaespaldas del *Coronel* Braganza de siniestra memoria, fue perdonado por el Beato.

Cirilo llegó una tarde. Lo reconocieron, pero nadie se opuso a que se uniera a ellos. El negro llevaba puñal y Winchester, armas con las que cometiera toda clase de crueldades. Cuando acamparon a la noche, las

mujeres le trajeron su ración de comida como se hacía con todos los recién llegados. Él comió en silencio, torvo. Después se unió a la procesión en torno a las fogatas, procurando repetir las palabras de las plegarias y escuchó atento la prédica del Beato al final de la ceremonia.

Llegó el momento en que los nuevos romeros se presentaban, besando la blusa del Beato y confesaban sus culpas. Cirilo no fue el primero. Pero cuando se arrodilló ante el Beato todos lo miraron y todos oyeron lo que decía:

—Mi padre, usted que es santo, ponga la mano en la cabeza de este negro malvado y quítele su pena. Perdóneme, mi padre, que estoy cansado de soportar tantos pecados, de sentirme tan desgraciado. No aguanto más y si no me saca este peso de encima voy a morirme penando sin salvación...

Los azules ojos del Beato Esteban contemplaban la mota del negro, de hinojos ante él. Posó la mano en el hombro de Cirilo y este, al levantar sus ojos, encontró los ojos del Beato, tan dulces, tan piadosos, que tuvo fuerzas para arrancar de su corazón toda la maldad y todo el remordimiento, de la misma manera que se arranca un espino y con él el dolor que produce.

—Mi padre —prosiguió el negro— le quiero decir que he matado a muchos hombres que no me habían hecho nada...

Maté para robar, maté sin para qué, por matar no más... Soy un negro malvado, mi padre, más malvado que ninguno...

Y contó también lo de su mujer:

—La maté sin causa. Era buena, nunca se fijó en otro hombre... La maté porque algún día podía querer a otro y dejarme a mi que soy tan ruin... La maté, mi padre, porque la quería mucho, la quería tanto que tuve que matarla. Y maté a los chicos porque a lo mejor no eran míos, podían ser de otro, ninguna mujer es capaz de soportar a un negro malvado, como yo... Pero eran míos no más, ella era mujer decente, decente como ninguna. La maté porque soy un malvado, porque me gustaba demasiado y porque me gustaba verla riéndose, mostrando los dientes, abriendo la linda boca, riendo con los ojos, y no quería que se riera así para otro... Y para que no se riera así para otro, la maté. Y tenía tanta rabia que la corté a pedazos para no verla que se riera...

Cirilo sollozaba alto, todos lo oían y estaban atentos a las palabras del Beato. El negro tenía nuevamente la cabeza baja:

—Tengo aquí un peso que no lo aguanto más... Quítemelo, mi padre...

El Beato Esteban habló:

—Ya pagaste lo que hiciste y no vas a ser más malo. Ahora vas a ser como un pajarito de bueno...

Levantó la mano y bendijo al negro. Cirilo se retiró de rodillas, limpio de toda culpa, tan dichoso como la misma dicha.

Y se unió a los peregrinos, siguió detrás del Beato, guardando su paso, fiel como un perro a su dueño.

6

Otra noche memorable fue aquella en que apareció Zefa. Llegó cuando la procesión se iniciaba y se incorporó a ella sin que fuera mayormente notada entre las otras mujeres que iban rezando.

Pero cuando el Beato comenzó su prédica, ella se colocó en primera fila. Se retorció al oír sus palabras, reía, agitando las manos, todo el cuerpo estremecido, haciendo con la boca un sonido de bocina. Los que se encontraban más cercanos, notaron este estado de Zefa, y vieron que era de las recién llegadas. El Beato seguía hablando y parecía no ver nada delante de sí. Las llamas de la hoguera lo envolvían en un halo rojo. Para Zefa el Beato flotaba en el aire, entre una nube de fuego bajada del cielo. Lo reconocía, muchas veces lo había visto así en sus tardes de alucinación. Ahora estaba tranquila, era como si todo el pasado se hubiese evaporado de su memoria y se encontrara al lado del Beato Esteban desde el comienzo de sus días. Cuando el Beato terminó de hablar y levantó la mano para bendecir a la multitud, Zefa saltó hacia adelante, se volvió hacia los peregrinos, los cabellos revueltos, envuelta en el humo de la fogata, la boca espumante, y dijo:

—Él es el enviado de Dios, vino en una nube de fuego, el que no le obedezca está condenado para siempre... Es el santo de Dios, es la voz de Dios, es el ojo de Dios. El que no le obedezca está perdido y va a morir podrido y su alma no saldrá de su cuerpo, se va a quedar en la tierra. Él es el oído de Dios, oye dentro de los hombres, oye hasta a los chicos en la barriga de la madre antes del nacimiento... Él es los pies de Dios andando por el mundo. Él es las manos de Dios perdonando los pecados. El que no le obedezca no va a conocer la felicidad...

Se arrodilló a los pies del Beato, le besó la orla de su blusa, después se incorporó y se puso a su lado. Los peregrinos la contemplaban y comprendían que esa mujer no era igual a ellos, era superior a ellos, estaba más cerca del Beato, más cerca que el mismo Cirilo que no dejaba al Beato un instante, que dormía a sus pies con el puñal sobre el pecho. El Beato colocó su mano sobre el pelo revuelto de Zefa y dijo:

—Estás sin pecado y tu penitencia es por los pecados de los otros, te digo santa y todos te deben respetar... Te esperaba y ahora vas a bendecir el agua que tomamos y la comida que comemos. ¿Tu nombre?

Hizo un esfuerzo para recordar:

—Zefa.

El Beato se dirigió a la multitud:

—Ella sabe las verdades, está en gracia de Dios...

Entonces Zefa metió la mano en la fogata, donde había aún brasas crepitantes, tomó un puñado de cenizas y se las echó sobre la cabeza. Y se puso en cuclillas al lado del Beato. Las mujeres vinieron a arrodillarse ante ella, que las bendijo. Ahora los santos eran dos.

7

La noche es larga, larga de pasarla. Dicen que hay países donde hace tanto frío que el agua se vuelve hielo. Deben sufrir los centinelas en una tierra así. Juan anda de un lado a otro y sus ojos escrutan en la oscuridad el campamento del Beato.

Allá todo es silencio. Esta noche el cerco será completado, ningún claro quedará libre, nadie podrá salir en busca de provisiones. Lucas Arboleda llegaba en los momentos finales. Veinticuatro horas más que demorara no hubiese podido unirse al Beato. Y dentro de unos pocos días más, en lento avance, se tomarían los pozos y el agua iba a terminarse en el campamento. Sería entonces el momento del ataque general, liquidarían al Beato y a su gente, al capitán lo promoverían a mayor y lo citarían en la orden del día...

En esos países en que el agua se hace hielo en invierno ¿cómo harán los soldados para hacer la guardia de centinela? Deben tener capotes muy abrigados y encenderán fogatas. ¿Pero cómo podrán prender fuego sobre el hielo? La tierra queda toda blanca de un hielo que le llaman nieve. Juan

conocía esto por una litografía que había visto. La tierra blanca como algodón con el hielo del invierno. En la *caatinga* no hace frío. Si hiciera frío se moriría toda la gente, que viste nada más que escasa ropa. En la *caatinga* hace calor, solo a la noche corre brisa. En los buenos inviernos, llueve, en otros no, únicamente el sol todos los días, caliente como brasa. Como las brasas que brillan aún en el campamento del Beato. Resto de las fogatas en torno a las cuales rezaron sus plegarias y de las cuales sacaron cenizas para echarse sobre la cabeza. Veintiuna fogatas, hay quien dice que esto es brujería del Beato. Y que en el círculo que ellas forman, porque diariamente se disponen de la misma manera, los peregrinos se refugiarán a último momento, y nadie, ni soldados ni balas, atravesarán ese círculo encantado, del que jamás podrán desalojar al Beato Esteban. Eso dicen y Juan lo cree. El Beato maneja fuerzas misteriosas cuyo poder no puede entender un simple soldado. Y si no ¿cómo se mete en el pecho una víbora venenosa? ¿Quién otro hace eso? La víbora es bicho traicionero y malvado. Juan se había criado en el temor a las víboras y cuando anda en el monte su paso se hace cauteloso y atento al menor rumor entre la hojarasca. En el silencio de la *caatinga* sabe distinguir el sonido de cada especie de víbora, de la surucucú, de la cascabel, de la jararacá. Y no les tenía piedad, en cuanto las veía les aplastaba la cabeza ponzoñosa o les quebraba el flexible espinazo. El Beato juega con las víboras lo mismo que con los pajaritos que vienen a posarse en sus hombros y a picotearle las orejas. A veces lleva durante días en el calor de su pecho una cascabel, que se anida somnolienta como animalito inofensivo. Juan no sabe de nadie que pueda hacer lo mismo. ¿Y, entonces, qué tiene de extraño que crea que no se podrá atravesar el círculo de las fogatas y que las balas disparadas por los soldados se volverán contra ellos mismos? Hay muchas cosas que parecen mentira. ¿No hay tierras donde en invierno todo se vuelve hielo? Si Juan no hubiese visto la litografía, nunca creería una cosa así.

Juan se pasea de un lado a otro. ¿Y si el Beato hiciese que cayera nieve y se murieran helados todos los sitiadores? Sentía frío de solo pensarlo. ¿O sería que lo había atacado el paludismo? Esa zona del río San Francisco era zona palúdica. Pero la noche de la *caatinga* es cálida. Y el Beato solamente utiliza el fuego, ese círculo de fogatas que los soldados no podrían atravesar. Y las balas que disparen tornarán contra sus mismos pechos. No cree Juan que el Beato pueda ser muerto. Y desgraciado del hombre que levante su arma contra él. ¿Cómo disparar contra un santo, un profeta que trae la palabra de Dios?

El comandante, que no cree en estas cosas, dará orden de hacer fuego. Todo lo que Juan desea es que no tenga que ser su mano la que haga el disparo contra el pecho del Beato. Antes es preferible morir peleando, peleando contra los hombres de Lucas Arboleda. Tal vez fuese Gregorio el que lo matara. Y no le guardaría rencor por eso. ¿Para qué eran bandoleros sino para matar soldados de la policía, y ellos, para qué eran de la policía, sino para matar bandoleros? Era una guerra interminable. ¿Y por qué?, piensa el soldado Juan. Soldados y bandoleros eran muy parecidos, más ahora en la *caatinga*, donde los soldados vestían sacones de cuero y ojotas, única forma de andar entre los espinos. Pero el mundo era así, con muchas cosas inexplicables. ¿Por qué unos eran tan ricos, con enormes *fazendas*, grandes casas en la ciudad, automóviles y sirvientes, y otros tan pobres que lo único que tenían eran enfermedades? Juan no trata de explicarse esto. Todo lo que sabe es que la noche de centinela es larga, larga de pasar, y que sería un sacrilegio tirar contra el Beato. Preferible que lo matara antes.

8

Cuando llegó el Beato a las proximidades de Juázeiro, después de atravesar, en un viaje de más de un año, todo el *sertón*, estaban con él cientos de peregrinos. La fama de sus milagros se había difundido por toda la *caatinga*. Y, más que sus milagros, sus palabras donde la desesperación y la esperanza se mezclaban, anunciando el fin del mundo y sus desgracias y una vida en el cielo llena de felicidades. Y esto era lo que atraía a los campesinos cansados ya de todo. Venían más a oírlo que a pedir. Oír lo que iba a suceder, cosas que el Beato repetía cotidianamente al finalizar las procesiones. Y los que lo habían oído por veces y veces, no se cansaban de seguirlo escuchando y sentían la misma intensa emoción, miedo y alegría, terror y felicidad. Nada quedaría del mundo, ni los humildes ranchos, ni las suntuosas casas grandes de las *fazendas* con sus salones, sus cuartos, sus oratorios, sus inmensas cocinas. Ni las plantaciones ni los sembrados de los *Coroneles* que se extendían por leguas de leguas. En esa hora final todos serían iguales, todos irían desnudos, nada se llevarían de la tierra, nadie podría distinguir un rico de un pobre porque la flacura y la enfermedad no existirían. Sobre la tierra caería un silencio jamás interrumpido y más allá de la tierra estaría el cielo y el infierno.

Y era el Señor el que había mandado al Beato para que lo anunciara y los convocase a la penitencia. Esa era su misión y los peregrinos se echaban ceniza sobre la cabeza, rezaban, caminaban con él. Robaban en las *fazendas*, sostenían encuentros con las partidas policiales. El propio Lucas Arboleda había venido a ver al Beato, conversó con él y recibió su bendición. Y todos vieron que el Beato no prohibía a Lucas Arboleda seguir con su vida de bandolero. Lo dejó partir sin exigirle que no robase ni matase. Entonces no comprendieron el por qué de esto. Después lo comprendieron, cuando estaban cercados y el Beato mandó llamar a Lucas Arboleda para que lo defendiera de las fuerzas policiales. El Beato había adivinado lo que iba a suceder. Una vez que los soldados fuesen vencidos con la ayuda de Arboleda, le ordenaría dejar sus armas y no matar a nadie más y hacer penitencia. El Beato conocía el futuro. Predecía los acontecimientos, de eso no había duda. Decía:

—No necesitan hoy buscar agua, a la noche va a llover.

En el cielo ni una nube, ningún síntoma de lluvia, pero a la noche se descargaba un aguacero que les daba agua en abundancia. El agua que el Beato Esteban había pedido al cielo. ¿Cómo dudar entonces de que estaba próximo el fin del mundo, que todos iban a morir e irían a rendir cuentas a Dios de sus malas acciones? El Beato repetía todas las noches, envuelto en la luz de las fogatas, como si estuviese suspendido sobre la tierra:

—No va a quedar planta, ni yuyo, ni cosa alguna. No van a quedar ni pájaros, ni bichos del suelo, ni animales del agua, ni sapos, ni víboras, ni nada viviente... Todo va a morir en el mismo momento. Primero los animales, después los hombres, los buenos y los malos, los ricos y los pobres, los sanos y los enfermos. Fue Dios que lo mandó decir...

Como un eco Zefa repetía:

—Fue Dios que lo mandó decir...

Todos van a rendir cuentas, cosa por cosa, sin esconder nada, sin mentir, ¿quién puede mentir a Dios que todo lo ve?

Zefa levantaba los brazos:

—¿Quién puede mentir a Dios que todo lo ve?

El Beato Esteban esperaba que la voz de Zefa se extinguiera para continuar su predicación:

—Dios se ha cansado, el ojo de Dios se ha cerrado de dolor al ver gente tan malvada que hace tanto mal a sus hijos... El ojo de Dios al mirar el *sertón* no vio más que desgracias por todas partes... Los chicos muriéndose de hambre, los hombres muriéndose sin ser atendidos, los hombres sin

tierra dejando la vida en la tierra de los ricos... Gente con todo, gente con nada... Dios vio que eso no estaba bien y que no debía ser...

—Dios vio que eso no estaba bien y que no debía ser... —esta segunda voz que hacía Zefa, ayudaba para grabar la verdad en el corazón de los peregrinos.

—Dios me llamó y me ordenó que viniese. Me dijo: Esteban, vas a ir a decirles que llega el fin del mundo. El que haga penitencia puede salvarse, el que no la haga no tiene salvación, eso dijo Dios...

—El que no lo haga no tiene salvación, eso dijo Dios...

—Nada más que a los pobres hay que avisarles, los ricos están perdidos, han hecho cosas muy malas, no quiero verlos más. Los ricos están condenados, no se salva ninguno...

—No se salva ninguno...

—Ellos ya gozaron en la tierra, los pobres sufrieron... Que los pobres hagan penitencia, que voy a acabar con el mundo, con los animales, con las plantas, con las mariposas y con los hombres... Eso dijo Dios y estaba muy enojado, enojado con los ricos, enojado con los hombres...

—Y estaba muy enojado, enojado con los ricos, enojado con los hombres...

—Hijos míos, les digo que el mundo no dura, que se acaba pronto. Ese día está cerca y nadie puede detenerlo. Dios así lo resolvió, cansado de ver tanta miseria...

—Cansado de ver tanta miseria...

—Se cerró su ojo de ver tanta miseria... Hijos míos, les digo que el fin del mundo está cerca y que hay que hacer penitencia. El que no la haga no se salva... Para eso vine, solamente se salvarán los pobres, los ricos no se salvan... Por eso vine, para avisarles a los pobres, los ricos no se salvan...

—Los ricos no se salvan...

—Ellos van a ser castigados... Los que robaron las tierras tendrán que devolverlas allá arriba a los que no tienen nada. Y van a quedarse más pobres que un ciego limosnero... Los que mataron, van a ser matados todos los días... Los que robaron van a devolverlo todo, lo que robaron y lo de ellos también. Ellos van a ser castigados y ninguno se escapa...

—Y ninguno se escapa...

—Dios está cansado de ver tanta maldad en la tierra... Mis hijos, el mundo se acaba. Vamos a rezar, a hacer penitencia, a limpiarnos de pecados para que Dios nos perdone...

—Para que Dios nos perdone...

—Dios los bendiga a todos —levantaba la mano, los peregrinos agachaban sus cabezas sucias de ceniza y se iban silenciosos a sus ranchos.

Zefa andaba entre ellos, miraba con respetuoso cariño. Ella también hacía milagros. Cirilo permaneció al lado del Beato. Cuando él entraba en su rancho, el negro se extendía a la puerta, boca abajo, el puñal listo, el Winchester al alcance de la mano, el sueño ligero, despierto al menor ruido. Y despertaba empuñando las armas.

Los trabajadores abandonaban sus instrumentos de labor, y cuando los *fazendeiros* protestaban decían que el mundo iba a terminar y que no valía la pena matarse trabajando para ganar una miseria. Dejaban las azadas, huían durante la noche, iban al encuentro del Beato. Ya no miraban a los *Coroneles* con aquel respeto de antes. Sabían lo que de ellos decía el Beato en sus predicaciones. Todos ellos estaban condenados, ni uno solo se salvaría. En las iglesias de los pueblos disminuían los bautizos y no llegaban los sábados parejas para casarse. El Beato también bautizaba y casaba y sin cobrar nada.

Los diarios de la capital publicaban artículos en los que se decía que el Beato Esteban estaba incitando a los hombres del *sertón* al desorden y que la zafra de ese año corría peligro por la falta de brazos. Además sostenían que los sanos principios de la civilización cristiana, que con tanto sacrificio difundían por la *caatinga* abnegados sacerdotes, podían ser destruidos por esta ola de superstición que tan rápidamente se expandía por todo el *sertón* nordestino. Hacíase necesario que las autoridades tomaran medidas drásticas. Y los diarios oficialistas y opositores se unieron en la campaña contra el santón. Y aunque un repórter hizo una nota con fotografías y comentarios de lo que había de pintoresco e inofensivo en los ritos del Beato, los editoriales de los diarios sostenían que era necesario internarlo en un hospicio por loco y encaminar a los campesinos a las *fazendas* abandonadas y obligarlos a trabajar, sino los resultados agrícolas de ese año serían desastrosos. Pero los hombres del *sertón* no leían diarios, porque, por lo general, no sabían leer; en cambio, oían la prédica del Beato y en su desesperación huían de las *fazendas* cada vez en mayor número. Y atravesaban el *sertón* en su busca, porque, no querían que llegara el fin del mundo sin haber recibido su bendición.

El Beato Esteban acampó a varias leguas de Juázeiro, dentro de la *caatinga* todavía, alejado de todo camino. Allí había pozos de agua y los campesinos talaron a facón los arbustos, limpiaron el terreno y levantaron improvisadas viviendas. Por lo visto el Beato pensaba quedarse allí, nadie

conocía sus planes, ni siquiera Zefa que era santa también. ¿Iría a descender a la ciudad o tomar rumbo hacia la capital? ¿Permanecería allí siempre, recibiendo enfermos? Si era así, dentro de poco en este sitio se levantaría un pueblo. Ningún santón había conseguido atraer tanta gente. ¿Volvería sobre sus pasos para internarse de nuevo en el *sertón*? Posible era que este sitio fuese el elegido para esperar el momento del fin del mundo que anunciaba. Según anunciaba había un lugar en el que Dios iba a descender para el juicio final. Con seguridad que era este, con sus siete pozos. El Beato se había detenido ante cada uno de ellos, acompañado de Zefa, y los bendijo para que nunca se secaran.

Fue ahí donde lo cercaron las fuerzas policiales. Cada vez llegaban más adeptos. En algunas ocasiones contingentes de más de cien personas y era necesario conseguir comida fuese como fuese. Las proveedurías de las *fazendas* tenían orden de no vender. La solución era carnear las reses que encontraban y traerlas al campamento. Algunos peregrinos se especializaban en asaltos. Y cada vez recibían las autoridades más pedidos de protección. Por último mandó la policía ochenta hombres bien armados, comandados por un capitán del ejército. Este estudió la situación y resolvió sitiarlos por hambre hasta que se rindieran. Era un juego de niños.

Pero comenzaron los conflictos con los peregrinos que llegaban. Querían pasar, venían de muy lejos en procura de la bendición salvadora del Beato. Si la policía les cortaba la entrada por un lado, insistían por otro, y se trababan combates que dejaban un saldo de campesinos muertos y heridos. Además los hombres del Beato seguían saliendo por la noche para robar provisiones. Nunca atacaban a la policía, pero, si eran atacados, se defendían valientemente. Ya los soldados habían tenido algunas bajas.

El Beato Esteban pareció no preocuparse durante un tiempo con la fuerza policial que lo sitiaba. Pero cuando comenzaron a morir peregrinos bajo las balas de los soldados y el cerco se fue cerrando a su alrededor, vio que estaban indefensos. Y resolvió mandar un emisario a Lucas Arboleda para que le prestara ayuda. Los soldados eran instrumentos de los poderosos sin salvación, que no querían que su palabra fuese oída y que los pobres hicieran penitencia para salvarse. Luchar contra ellos no era pecado. Y el único capaz de luchar contra ellos era el bandolero Lucas Arboleda.

El cerco se iba cerrando y el emisario no llegaba con Arboleda. Los peregrinos salían en descubierta hasta muy lejos para indicarle el camino. ¿No estarían perdidos en los vericuetos de la *caatinga*? Pero nadie conocía,

la *caatinga* como Lucas Arboleda. Él venía a marchas forzadas para llegar antes que fuese tarde.

Seguían llegando peregrinos, que burlaban el cerco, para besar la blusa del Beato. Venían de regiones distantes, habían recorrido leguas y leguas, la policía no les iba a impedir que recibieran la bendición del santo. Dejaban mujeres e hijos del otro lado y, arrastrándose entre los espinos llegaban al campamento. Y no salían más, se quedaban para defender al Beato, con su facón y su trabuco, porque no era pecado matar soldados. Morir, que les importa. ¿No era el fin del mundo?

Cada día era más dificultoso burlar el cerco. Todas las noches los soldados ganaban unos metros más de terreno y se hacía necesario tener la sutileza y la malicia de un jaguar para deslizarse por entre las patrullas sitiadoras, para poder ir hasta las *fazendas* y traer alimentos. Algunos quedaban, atravesados por una bala. Pero la comida no faltaba en el campamento del Beato Esteban.

9

Lucas Arboleda nunca anduvo con tanta rapidez. El mismo negro que fuera a buscarlo y que les pedía apresurarse, casi no los podía acompañar. Al anoecer vieron la luz de las fogatas. Cayeron de rodillas, se persignaron, comenzaban a pisar tierra santa, y defendiendo al Beato iban a redimirse de todos sus crímenes.

Cuando Lucas Arboleda se puso de pie, Zé Tronido comenzó a cantar la canción del bandolero y todos lo corearon. Anunciaban al beato su llegada:

*Viene Lucas Arboleda,
Armado de su fusil.*

El perfil de Lucas Arboleda se destacaba en la noche. No era muy alto, pero daba la impresión de fuerza descomunal, con sus ropas de cuero, su largo pelo, el fusil levantado. Estaban sobre una pequeña elevación y desde allí divisaban también las fogatas de los soldados. Arboleda dijo:

—Tenemos muchos macacos que liquidar.

Zé Tronido se sentía alegre, nada le agradaba más que matar soldados de la policía. Y si fuese un oficial, mejor todavía. Avanzaron, su canto iba dominando el de los peregrinos, era un canto de guerra. Ahora las cosas serían distintas en el campamento. Y fue esta la última noche de paz.

Cuando Arboleda llegó, el Beato lo esperaba de pie, frente a una de las fogatas, rodeado por los peregrinos, sucios y silenciosos, desgredados y macilentos. En las fogatas se cocían cuartos de vaca para la cena y el aire estaba impregnado de olor a carne asada. Al lado del Beato se encontraba Zefa. Cirilo se adelantó a tomar su sitio detrás de ellos, antes que alguno de los bandoleros lo ocupase. Lucas Arboleda cayó de rodillas, pero el Beato lo levantó:

—Hijo mío, bienvenido seas. Te mandé buscar porque esos ruines han mandado los soldados contra mis hijos, porque ven que mis hijos se van a salvar. Ustedes se van a salvar también, pero de otro modo. Tienen que pelear con los soldados y acabarlos a todos... Esteban no ha terminado su misión, no puede dejarla sin terminar... Ellos no quieren que los pobres vengan para hacer penitencia, no quieren que pasen, que reciban mi bendición y así todos se condenan... Dios no quiere eso y hay que cumplir la voluntad de Dios...

—Hay que cumplir la voluntad de Dios...

Esta voz sonó familiar a los oídos de Zé Tronido. Trataba de divisar a la que hablaba entre los borbotones de la humareda. ¿Quién era la que hablaba con esa voz tan conocida? Lucas Arboleda respondió al Beato:

—Mi padre, soy su hijo para lo que ordene. Dicen que hay muchos soldados, pero me he traído cuarenta y siete hombres. No tenemos mucha munición, pero ya nos arreglaremos... Mi padre, donde usted vaya, va Lucas Arboleda y sus hombres también... Mande, mi padre, y estamos prontos...

—Dios está contento con tu llegada...

—Dios está contento con tu llegada... —repetía Zefa.

Zé Tronido sentía un estremecimiento, Parecía oír la voz de Marta, la misma entonación, pero más áspera, menos cristalina. ¿Quién era? Se adelantó un poco más.

El Beato había ordenado juntar en una pila los fusiles de los bandoleros para bendecirlos. Y la procesión recomenzó. Pero antes Zé Tronido se acercó a Zefa, reconociéndola. No era la misma, sin embargo, no era la loca, atacada de los espíritus, que ellos cuando chicos le hacían travesuras. Ahora parecía otra, ni lo miró, el pasado no existía ya para Zefa. Ahora era

una santa, casi tan santa como el Beato, «la segunda lengua de Dios», como le decían los peregrinos. Zé Tronido se inclinó ante ella. Luego contó orgulloso a los otros bandoleros que era su tía y que hacía mucho tiempo que venía anunciando también el fin del mundo y diciendo que hicieran penitencia. La miraba como hipnotizado, y solo quedó tranquilo cuando Zefa le posó su mano sobre la cabeza y le derramó sobre ella un puñado de cenizas. Entonces se sintió como aliviado, perdonado de todo, hasta de las burlas que le hiciera cuando chico. Ya entonces, era santa y él no lo sabía.

Los bandoleros señalaban respetuosamente a Zefa y comentaban:
—Es la tía de Zé Tronido.

Y era como si fuese también parienta de ellos, una especie de santa que pertenecía a la banda de Lucas Arboleda. Zé Tronido no se animó ni a preguntarle por Jerónimo y Jucundina. Ella ya no era de este mundo. Por otra parte, en el campamento entre las sagradas fogatas, los siete pozos benditos, oyendo las profecías del Beato, no parecía estar en el mundo de todos los días. Vivíase como en una alucinación, sin límites entre la realidad y la imaginación.

Lucas Arboleda reunió a los suyos y combinaron sus planes. Los soldados completaban el cerco.

10

Después, todo fue rápido. El campamento estaba cercado, de los siete pozos, ya tres se encontraban en poder de las fuerzas policiales. Cada noche había que romper el cerco. Pero ahora los peregrinos iban escoltados por hombres de Lucas Arboleda, se repetían las escaramuzas con bajas de ambos lados. Pero llegaban provisiones. Las palabras del Beato cada vez se hacían más violentas, su voz tenía inflexiones, su boca, por lo general tan dulce, se contraía. Zefa repetía en estribillo las frases y los hombres las guardaban en el corazón.

Habían llegado refuerzos policiales. Poco a poco los soldados habían tomado todos los pozos. Era la sed y Lucas Arboleda resolvió lanzar un ataque. Al anoecer reunió veinte hombres. Durante el día con Zé Tronido había estudiado el terreno. Guardando un pozo no había más que ocho soldados. No era el mayor, pero tenía un agua pura como ninguno, surgente. Con él bastaría para abastecer el campamento.

Terminada la procesión, salieron. Eran veinte hombres escogidos, tiradores eximios, que no erraban tiro. Iban Pico Dulce, Zorzal, Mariposa, Chico Martín. Marcharon cautelosamente, arrastrándose entre los espinos, sin hacer más ruido que las víboras. Los fusiles bajo el brazo, tomaron posición. El tiroteo sorprendió a los soldados. Algunos conocieron esos alaridos diabólicos y advirtieron a los otros:

—Es Lucas Arboleda...

Quedaron ocho cadáveres alrededor del pozo. Los peregrinos recogieron agua para muchos días.

El comandante oyó el tiroteo. Ciento treinta hombres, que tenía ahora, no eran bastantes para mantener el cerco. Y como con los refuerzos habían venido ametralladoras, pensó en atacar enseguida. Si no era muy posible que Arboleda consiguiese abrirse camino, y si él con el Beato entraban en la *caatinga*, nunca más lograría prenderlos. Y adiós promoción, citación en la orden del día, la difusión de su nombre en los diarios. Reunió a los oficiales para discutir el plan de ataque.

A la noche siguiente se trató de recuperar el pozo perdido. Pero los bandoleros mantuvieron la posición. El comandante hacía planes, inspeccionaba a los soldados, conversaba con los sargentos veteranos, envejecidos en la persecución del bandolero. Y en opinión de ellos, lo único para vencerlo era el combate en campo abierto, en el campamento, sin dejarlo ganar el monte.

—Ese es su talón de Aquiles —dijo el teniente tímido al comandante.

Pero el comandante odiaba a la gente intelectualizada, que hacía citas. Esos no servían para pelear.

Y dispuso que treinta hombres atacaran por la parte de atrás del campamento. Abrirían fuego para atraer allá a los hombres de Lucas Arboleda. Y otros cincuenta hombres entrarían entonces al campamento para un combate en campo descubierto. Un sargento aconsejó que debía aprovecharse una noche sin luna. Con los refuerzos, llegaron periodistas de los diarios de la capital. Y ya se hablaba del fin del Beato.

El fin se aproximaba; según el Beato, el fin del mundo. Esa noche era la noche de Santa Josefa y el Beato ordenó que, en vez de una, se dieran dos

vueltas alrededor de las fogatas. Zefa llevaba ramos de alecrín en el pecho y los peregrinos recogían las hojas y se las ponían en las heridas que cicatrizaban.

Para Lucas Arboleda no había pasado inadvertido el movimiento en el vivaque de los soldados. Los peregrinos traían informaciones de que las patrullas de soldados estaban reuniéndose. Un grupo numeroso de ellos marchaba hacia la parte posterior del campamento, ocultos por las sombras de la noche sin luna. Arboleda llamó a Zé Tronido y le entregó veinte hombres para que cubriera ese sitio.

—Nos quieren dar un ataque con toda su gente, se han dado cuenta que con pocos soldados no hacen nada... Quieren ver de liquidarnos de una vez.

—¿Y aguantaremos?

—La munición es poca... Pero si se consigue no dejarlos avanzar, podemos abrirnos camino y salir con el Beato.

—¿Y él quiere ir?

—Dice que sí... Él y doce más, los otros se quedan, después vienen...

Zé Tronido marchó con sus hombres. Los soldados venían por la *caatinga*, Juan estaba entre ellos. Los mandaba ese teniente tímido que hacía citas. El comandante esperaba oír los primeros tiros para dar orden de avanzar sobre el campamento. Tirar sin piedad, contra bandoleros y peregrinos, era la consigna.

Juan se encontraba satisfecho. Fue elegido para atacar el campamento por detrás, esto le evitaría tener que disparar contra el Beato y los peregrinos desarmados. Dificultosamente marchaban entre los espinos. Con paso cauteloso y sin ruido, los bandoleros que pensaban sorprender, llegaron del otro lado. Se situaron a pocos metros de los soldados y los veían caminando, al frente el teniente con sus anteojos. Zé Tronido no veía el rostro de Juan, solo un pantalón caqui del uniforme odiado. Ordenó a sus hombres echar cuerpo a tierra y esperar. Cuando los tuviesen cerca era el momento.

Se echaron, el cañón de los fusiles posado entre los troncos delgados de los arbustos. La noche oscura, sin luna, pero los ojos de Zé Tronido estaban acostumbrados a ver en las sombras. Veía las piernas del soldado marchando. No sabía que era su hermano Juan, el que partió de su casa antes que todos. Por su paso calcula el momento en que deben saltar y hacer fuego, lanzando sus gritos aterrorizadores, los gritos de guerra de los bandoleros de Lucas Arboleda.

Es el momento. Una señal que pasa de hombre a hombre. Y los alaridos perforan la *caatinga*, gritos de animal en furia, que hielan el corazón. Zé Tronido levanta el fusil y a la claridad del disparo Juan ve la cara de su hermano José. Pudo murmurar su nombre, pero Zé Tronido ya saltaba hacia adelante haciendo fuego. Juan veía correr a los soldados, oía los gritos del teniente dando órdenes, pero todo lejano, opaco, a través de una nube que cubría sus ojos. Lo único que vio claramente fue la cara de su hermano José disparando su fusil, abierta la boca en un alarido, los ojos apretados con rabia. En el momento de morir, Juan supo que José, su hermano, era el mentado Zé Tronido, lugarteniente de Lucas Arboleda. Y tuvo tiempo para desear que escapase con vida. Y también el Beato Esteban, sí, también el Beato Esteban.

El tiroteo continuaba en la parte delantera del campamento, donde los soldados lanzaban su ataque decisivo. Y mientras Zé Tronido seguía dando gritos de guerra, Juan moría sonriendo.

12

Ahora en el campamento el tiroteo era intenso. Los soldados lo habían invadido. El Beato, colocado entre Zefa y los peregrinos, predicaba indiferente a todo. Las balas derribaban hombres y los gemidos se mezclaban a sus palabras. Cirilo hacía fuego por detrás del Beato. Lucas Arboleda y sus hombres enfrentaban a los soldados, pero no sabían pelear en campo abierto. Cuando Arboleda cayó herido en la cabeza, retrocedieron. Y dando cara a los soldados fueron cediendo terreno hasta dar de espaldas con el Beato y el grupo de peregrinos, y ahí hicieron pie firme. Los soldados avanzaban, unos veinte ya habían caído, pero las bajas entre los bandoleros eran mayores. Y en el ardor de la pelea, crecía el deseo de matar. Los peregrinos tomaban las armas de los que caían y ocupaban su lugar. Los soldados tiraban indistintamente sobre bandoleros y peregrinos y los que no eran del *sertón* procuraban acertarle al Beato, en torno al cual se amontonaban los cadáveres.

Ahora era un combate cuerpo a cuerpo, los bandoleros usaban los puñales. Los tiros lejanos que se oían eran de los hombres de Zé Tronido en lucha con los soldados que atacaban por detrás.

Un soldado apuntó al pecho del Beato Esteban y su disparo partió al mismo tiempo que el de Cirilo. El Beato rodó sobre el cuerpo de sus fieles muertos, el soldado cayó sobre las brasas desparramadas de la fogata. Entonces Cirilo se arrojó hacia adelante, y, abandonando el fusil, empuñó el facón. Un soldado tomó a Zefa por un brazo, se debatió, lo mordió y arañó, le dio puntapiés. Un culatazo la tiró al suelo y el soldado bajando el arma le disparó un tiro.

Zé Tronido pudo llegar todavía al campamento después de haber masacrado a los soldados que enfrentaron. Pero se encontró con los últimos hombres de Lucas Arboleda, que corriendo hacia él, le avisaron que Arboleda y el Beato habían muerto. Y Zefa también.

Lo miraban esperando órdenes. De los veinte hombres que había llevado, apenas cuatro quedaron fuera de combate. Diez más restaban de los del campamento. Nada podía hacer. Y con Zé Tronido se internaron en la *caatinga*, con los soldados pisándoles los talones. Al pasar Zé Tronido pisó la cara de un soldado muerto. Lanzó una maldición, pero Juan sonreía siempre, aún del insulto de su hermano.

El *sertón* olvidó el nombre del Beato Esteban y también el de Lucas Arboleda. Pero el nombre de Zé Tronido fue haciéndose cada vez más célebre, sus maldades y sus crímenes dejaron muy atrás los de todos los otros bandoleros que lo antecedieron en el dominio de la *caatinga*. Se decía que Zé Tronido no tenía corazón y que no hubo nunca hombre de tanta maldad, ni el mismo Virgulino Ferreira Lampeón. Nunca perdonó a un soldado, nunca rebajó un centavo a los tributos exigidos a las ciudades asaltadas. La canción decía de él:

*Tronido ya llegó,
Mucha sangre va a correr.*

Por orden del comandante cortaron las cabezas del Beato Esteban, de Lucas Arboleda, de Zefa, de unos cuantos bandoleros y también de algunos peregrinos para aumentar el número. Las llevaron como trofeos y se exhibieron en las ciudades donde desfiló mucha gente para verlas. El

capitán que comandó la fuerza policial, fue ascendido a mayor, citado en la orden del día, y, a pesar de no agradarle la literatura, escribió un libro sobre la campaña. Su título fue: «El nuevo Canudos^[8]».

Juvencio escuchaba en silencio, concentrada la atención, al hombre alto que hablaba. Poco sabía de ese compañero, solo que había venido del sur, de Pernambuco posiblemente, y que era un dirigente. Eso le dijo el zapatero Luis cuando vino a darle aviso de la reunión:

—Ha venido un compañero dirigente... No vaya con nadie que no sea de la más absoluta confianza... ¿Comprende? Es para seguridad del compañero. —Y él advirtió—: Bajo su responsabilidad...

Mientras escuchaba atento, porque deseaba entender todo, captar bien el sentido de las palabras de orden, Juvencio examinaba al orador. Tenía este hombre algo que lo hacía antipático a primera vista, algo que impedía que entre él y los que lo escuchaban se estableciese esa corriente de simpatía y comprensión que tanto ayuda al entendimiento. Juvencio trataba de desentrañar qué era lo que tenía el hombre, y se sentía incómodo con este conflicto que se le planteaba. ¿Cómo desprender las palabras justas que decía —y las pronunciaba con cierto énfasis y bastante claridad— del desagrado que le causaba? Quizás faltara a sus palabras ese fuego nacido de la convicción profunda y de ahí la frialdad de los concurrentes. En esa época no era solo el partido lo que le parecía sagrado e intangible, sino también los compañeros dirigentes. Aun Juvencio confundía el partido con los hombres, y era en ellos, en su sinceridad y su capacidad de lucha, que buscaba encontrar la concretización del partido. No lo sentía a través de las luchas y sus resultados, sino en sus militantes y sus cualidades. Llevaba poco más de un año de afiliado y algunos meses de ese año los pasó en Amazonas, en medio de la selva, sin contacto alguno con los camaradas. El hombre citaba a Lenin y a Stalin, a quienes Juvencio nunca había leído y cuyos raciocinios le resultaban difíciles de seguir. Todo cuanto leyera, aparte de los materiales clandestinos, fue un libro de María Lacerda Moura, que lo entusiasmó. Pero el hombre parecía saber mucho, cosa que no dejaba de causarle admiración, pero los aplastaba —a ese

grupo de cabos y sargentos del ejército— con las citas, frases de Lenin y de Marx. Juvencio se dijo a si mismo, como resultado de sus reflexiones:

—Es un hinchado...

Mucho tiempo después, en la cárcel, iba a tener oportunidad para conocer de cerca a Arnaldo —que en esta reunión usaba su nombre de combate: Tadeo— y aprender una palabra que mejor lo definía: autosuficiencia. Pero cuando eso sucedió, el cabo Juvencio distinguía perfectamente al partido de los hombres que lo componían.

La casa, donde se realizaba la reunión, estaba en los suburbios de la ciudad de Natal. A través de las rendijas de la ventana cerrada, entraba la brisa de la noche. El ambiente de la habitación estaba saturado con el humo de los cigarrillos baratos, y hubo un momento en que Juvencio sintió tal sofocación que no podía seguir las palabras de Arnaldo. Estudiando la fisonomía del orador se había distraído y luchaba con esa voz sibilante, que acentuaba la pronunciación de las últimas sílabas, como un maestro que enseñase a deletrear a sus alumnos. Hizo un esfuerzo y concentró su atención:

—... y cada compañero debe estar preparado, consciente de sus responsabilidades, del papel histórico de la clase trabajadora y capacitado para enfrentar la situación...

Era un hombre inteligente, no se podía negar. Ahora trazaba un cuadro político del país y Juvencio fue entusiasmándose. Las palabras de Arnaldo respiraban optimismo. De acuerdo a sus afirmaciones el poder estaba casi en sus manos, como fruta madura que no quedaba más que recogerla. Estas afirmaciones a Juvencio le parecieron exageradas. Y no podía dejar de comparar a este dirigente con aquel otro que oyó dos meses antes en una reunión como esta, solo que más restringida. El otro no era tan fluente, se detenía buscando las palabras, la voz un poco dificultosa como si no estuviese habituado a hablar largamente. Pero no solo lo entendían perfectamente, comprendiendo el significado de todas sus frases, sino que las instrucciones que él transmitía se les grababan muy adentro, disponiéndolos a cumplirlas de inmediato. Aquel dirigente era muy joven, de sonrisa tímida, y al despedirse los abrazó a todos. Pacientemente les aclaró lo que podían no entender del material que les dejara. A Juvencio le agradó mucho este dirigente. Arnaldo, en cambio, no se hacia simpático, aunque tenía mucha facilidad de palabra. Se marcaba entre él —el dirigente— y los demás una distancia. Los miraba desde lo alto, y parecía cada afirmación suya una amenaza. Aun, al trazar este cuadro optimista, se

creería que responsabilizaba a sus oyentes de cualquier falla que hubiese a miles de kilómetros de distancia. El zapatero Luis, que pertenecía a la dirección local, miraba a Arnaldo humildemente y esto fastidiaba también a Juvencio, rebelde por naturaleza y poco inclinado a las adulaciones.

Ahora Arnaldo iniciaba un estudio de la situación local. La atmósfera del cuarto se iba tornando insoportable. Hacía ya tres horas que estaban reunidos y, como no había luz eléctrica, el humo de la lámpara a querosene se unía al de los sucesivos cigarrillos. Percibió Juvencio que Macedo, pese a tener los ojos fijos en Arnaldo, estaba distraído. Conocía bien ese mirar de su compañero. Macedo se encontraba lejos de allí, imaginando escenas en las cuales era el héroe. Por lo menos estaba pensando en un levantamiento y en las proezas que realizaría, disparando tiros, lleno de coraje. Macedo era así, pero en compensación se podía confiar en él, hombre para los malos momentos, Juvencio conocía a cada uno de estos cabos y sargentos como la misma madre. Ahí estaba Valverde, retacón y sonriente, capaz de las mayores estupideces, sin embargo muy derecho; primero se dejaría matar que ser delator. Ya en Francisco, más meticuloso que solterona, Juvencio no confiaba tanto. No sabía que podía dar en una situación difícil. La mayoría simpatizaba con Francisco y tenía prestigio, porque intervenía en los debates con un cúmulo de detalles y dando siempre soluciones propias. Pero Juvencio tenía la impresión de que iba a fallar en el momento decisivo. Una mañana, antes de la instrucción, le pasó, casi bajo los ojos del teniente, un papel con una orden. Aunque el teniente estaba encima de ellos, como la orden era muy urgente, Juvencio aprovechó el momento exacto y único que encontraba en ese día para hacerlo. Francisco palideció, temblaba con la frente llena de sudor, y llamó así la atención del teniente, que se dirigió hacia él. Francisco tenía el papel entre los dedos y, como Juvencio vio que lo iba a dejar caer al suelo, se adelantó y haciendo una pregunta al teniente distrajo su atención, lo necesario para que otro ocultase el papel comprometedor. Cuando Juvencio le reprochó su falta de serenidad, Francisco aseguró que iba a tragarse el papel, dispuesto a todo. Cuentos, pensaba Juvencio. Pero Francisco, en el concepto de los otros, crecía en prestigio. Ahora, lo cierto era que todos sin excepción respetaban y seguían a Juvencio. En esto no había discrepancias.

Juvencio dio un codazo a Macedo para que prestara atención:

—Ahora es con nosotros... —murmuró por lo bajo, pero, aun así, Arnaldo lo oyó, se detuvo, y mirándolo con cierta censura preguntó:

—¿El compañero Juvencio tiene alguna observación que hacer?

«Si será idiota». Bueno, reclamaría por la atmósfera insoportable que había en la habitación:

—Quería decirle al compañero, si no será bueno parar un momento para abrir la ventana y ventilar un poco esto... Así lo seguiríamos escuchando mejor...

Y como viera en la cara del otro que iba a reaccionar violentamente, y no valía le pena hacer una cuestión por tan poca cosa, agregó:

—El informe del compañero es muy importante. Nosotros no tenemos la instrucción del compañero, entendemos poco de todo esto... Y necesitamos estar muy atentos para sacarle provecho...

Juvencio observó incomodado al zapatero que trataba de hacerle comprender su reprobación con gestos de los ojos y los labios. Sonrió, y agregó algunos elogios más sobre «la capacidad del compañero Tadeo». Este quedó al fin satisfecho. Además él mismo deseaba descansar; beber un vaso de agua, porque hacía una hora larga que hablaba. Todos se levantaron y fueron a los fondos de la casa. Se quedó únicamente el dueño de casa, un sargento, que abrió la ventana y respiró el aire puro de la noche.

En los fondos los concurrentes se desperezaban, hacían comentarios. Un chico lloró, posiblemente despertado por la voz tonante de Macedo, que expresaba su entusiasmo:

—¡Estuvo formidable! ¡Verdaderamente formidable!

Arnaldo bebía agua, sin mezclarse con los demás. Hablaba en un aparte con el zapatero, cuchicheando. Pero no se trataba de nada importante. Arnaldo preguntaba por las calles de la ciudad que no conocía, para no extraviarse al andar solo. Sin embargo el zapatero ponía cara grave, para que los cabos y sargentos pensaran —como pensaban— que estaban resolviendo serios problemas del partido. A Juvencio le era simpático el zapatero, un buen hombre, que respetaba como dirigente del partido. Pero ese respeto, que, a su llegada a Natal, fue grande, disminuía a medida que pasaba el tiempo y tenían mayor intimidación. Juvencio era un ser ansioso de aprender, vivía haciendo preguntas, y muchas el zapatero no se las sabía responder. Si eso se lo dijese francamente, Juvencio no le tendría a menos. Sin embargo nunca contestaba «no sé». Daba vueltas las palabras en una explicación larguísima y confusa y nada le aclaraba. Algunas veces, días después, en un nuevo encuentro, traía la contestación.

—Este tuvo que andar estudiando... —se decía Juvencio.

Un domingo almorzó en casa del zapatero, que le presentó a su mujer y sus tres hijos. En un estante de tablas de cajón, había una media docena

de libros. Juvencio los contempló con envidia. Leyó los títulos, algunos en español. Obras de Lenin, folletos, un resumen de «El Capital». A su lado, el zapatero lo observaba orgulloso. Retiró del estante un libro en español, el «¿Qué hacer?» de Lenin, y comentó.

—Este sí que es un gran libro. Es de Lenin... Todo aquí está explicado... No se lo presto porque usted no sabe español.

Pero tampoco le prestó los folletos que estaban en portugués. Juvencio podía perderlos y eran libros difíciles de conseguir, en ninguna librería los iba a encontrar porque llegaban por medios clandestinos. Y como Juvencio le aseguró que se los iba a devolver si se los prestaba, el zapatero usó otro argumento. Era muy peligroso uno de estos libros en manos de un cabo del ejército. ¿Y si algún reaccionario se los veía? Buena se iba a armar... Y para mejor en estos momentos... No, no se los debía prestar.

Ante este argumento Juvencio nada pudo decir. Pero durante un tiempo lo persiguió el recuerdo de estos libros. ¿Cuándo podría leer libremente lo que deseara? Cuando huyó del *sertón* en busca de la ciudad, antes de ingresar a la policía militar y salir para San Pablo, apenas sabía deletrear y escribir su nombre. Se aplicó al estudio con una voluntad de hierro. No le costó mucho aprender a leer de corrido y a escribir con toda facilidad. Su letra era linda y su firma tenía una rúbrica con arabescos. En San Pablo, Tavares, Zé Tavares, un emigrado del *sertón* que era guardia civil, le dio un libro de María Lacerda Moura y una novela sobre la vida de los trabajadores del campo. Y después lo invitó a ingresar al partido, explicándole mientras andaban por las calles estirando las piernas, la misión de los comunistas, cómo y por qué luchaban. Juvencio se entusiasmó:

—Eso me gustaría...

Nunca más consiguió leer otro libro. Llegó a conseguir uno, poco después de estar en Natal. Fue Valverde quien lo trajo al regimiento. Su título era sugestivo: «El ABC del comunismo». Había leído ávidamente las primeras páginas cuando el zapatero se lo vio. Y, luego de hojearlo, le dijo que esa edición no merecía ninguna confianza, estaba completamente alterada por los trotskistas. Juvencio le entregó el libro, agradecido por la advertencia. Y el zapatero lo rompió en pedazos:

—Para que no envenene a otro compañero...

Después le habló de Trotsky y del mal que hizo a la revolución. Los trotskistas habían saboteado el esfuerzo del partido y traicionado a la clase trabajadora. Por suerte en estos Estados del norte casi no existían

trotskistas. Juvencio se quedó meditando en las palabras del zapatero y sacó en conclusión que nunca podía ser trotskista.

—Trotskista y policía son una misma cosa —resumió el zapatero rompiendo las últimas páginas del libro.

En la cárcel, mucho después, Juvencio tendría tiempo para leer y su opinión sobre los trotskistas —que se arraigó tanto en él por la apasionada censura del zapatero— se reforzaría ante pruebas y hechos. Leyó también el «El ABC del comunismo», esta vez en una edición merecedora de fe. Y pensaba que de haber tenido antes libros para leer, muchas cosas no hubiesen sucedido como sucedieron.

Diez minutos habían pasado desde que la reunión fue suspendida. Arnaldo resolvió continuarla. Ya la habitación, ventilada, no tenía humo de cigarrillos. Sentáronse en las sillas y en el banco con otra disposición de ánimo. El zapatero, que presidía la reunión, dijo:

—El compañero Tadeo va a continuar con el informe...

Juvencio sonrió recordando la sorpresa de Valverde y Macedo cuando les habló de la Alianza Nacional Libertadora. Al llegar Juvencio de Amazonas, cierta leyenda rodeaba su nombre debido a los acontecimientos de la frontera, y enseguida cobró prestigio entre los sargentos y cabos del regimiento. Al poco tiempo un oficial lo sondeó sobre la posibilidad de un golpe para establecer una «dictadura republicana», golpe que encabezaría el general Manuel Rabelo. Juvencio estuvo de acuerdo:

—Cuenta conmigo...

El oficial lo encargó de atraer a los suboficiales y establecer contactos. Juvencio, que por entonces solo tenía veintiún años, reconoció más tarde que en aquella época creía en la fuerza de las armas y en los golpes militares. Por otra parte, había perdido todo contacto con el partido y obraba por propio impulso.

Pero, días después, un músico de primera clase, llamado Quirino, lo habló, exhibiéndole una credencial del Partido Comunista. Lo hizo algunas preguntas. ¿No era miembro del partido? ¿No había tenido contactos en San Pablo? Juvencio sintió la alegría de un adolescente que encuentra su primer amor. Su prestigio entre sargentos y cabos crecía diariamente. Todos lo admiraban por su forma de tratar a los oficiales, sin ninguna arrogancia, pero con toda dignidad. El tiempo pasado en Amazonas, le había hecho conocer que los oficiales son de la misma naturaleza que los soldados, porque en los momentos difíciles es cuando se conoce bien a los hombres. Allí, en el esparto de la selva, oficiales y soldados aparecían tal

cual eran, desprovistos de toda artificiosidad, desnudos en su verdadera personalidad.

Aprendió allí, y también durante la lucha del 32 contra los paulistas, a tomar resoluciones rápidamente, asumir responsabilidades y a no temer las situaciones. Con poco más de un mes en Natal, era él el consejero de sargentos y cabos del regimiento, que le presentaban los problemas más distintos. En torno a él se formó un grupo de suboficiales, con Macedo y Valverde a la cabeza, que enseguida entraron en el golpe para instaurar la «dictadura republicana».

Solamente Quirino y otros tres más, no formaban parte del grupo de Juvencio, al que miraban con cierta prevención. Hasta que del sur llegó el informe. La dirección local del partido se pondría al habla con Juvencio, y aunque todavía no se confiaba mucho en él, querían contar con ese importante grupo de suboficiales que le respondían. En este primer encuentro, Quirino estuvo reservado y reticente. Preguntó mucho y dijo poco. Juvencio quería ponerse de inmediato en contacto con el partido, pero Quirino, después de entregarle un ejemplar de «Clase Obrera», se despidió prometiendo buscarlo otro día. Pero no consiguió en los siguientes días hablar con él, siempre esquivándolo. A Juvencio le dio que pensar esto. ¿Qué pasaba?

Leyó repetidas veces las cuatro páginas de «Clase Obrera». Ya había oído hablar de la Alianza Nacional Libertadora. Algunos amigos de Quirino pertenecían a ella, pero los que estaban con la «dictadura republicana» eran un mayor número. Transcurrió una semana y al fin, un sábado, Quirino se le aproximó sonriente y le dijo:

—Hoy nos vamos a ver con una persona.

Juvencio estaba resentido:

—Hoy tengo que hacer... Ya estuve la semana entera esperándolo... Si quiere, otro día...

Quirino se puso serio y le dijo algo que de inmediato hizo que Juvencio lo estimara:

—Son órdenes del partido... No hay que discutir. Si antes no lo hablé fue porque no tenía órdenes de hacerlo... Es el partido el que quiere hablar con el compañero.

—Entonces, de acuerdo...

Quirino lo citó en un suburbio lejano. A las nueve de la noche. Estaba misterioso y le advirtió:

—Espéreme nada más que cinco minutos. Si yo no llego, váyase. Será otra vez.

A Juvencio le agradó esto, trabajaba su imaginación. Apretó la mano del compañero. Para ir a la cita tuvo que sostener una verdadera lucha con Valverde. Quería salir con él, para ir a lo de Francisco, cuya querida cumplía años.

—Voy a tratar de ir más tarde... Si me desocupo...

—¿Adónde vas?

—A un sitio...

—¿Pero, adónde?

—Por ahí...

Valverde era muy susceptible:

—¿Así que es cosa reservada?

Juvencio puso una mano en el hombro de Valverde:

—Después vas a saberlo.

Valverde se acordó de la «dictadura republicana». La conspiración marchaba lentamente, pero, de vez en cuando, Juvencio tenía encuentros oficiales comprometidos. Debía ser una cosa de estas. Entonces Valverde le pidió:

—A ver si podés ir... Si no Francisco es capaz de resentirse... Todos vamos a estar allá, hay baile y comilona... Podrías llevar a Lurdes.

—Voy a decirle a Lurdes que vaya... Y si tengo tiempo voy yo también... Tarde, a las once o doce...

A las nueve estaba en el lugar de la cita. Fumando un cigarrillo observaba la calle desierta. Solamente, en la esquina, una pareja recostada a la pared. Cuando la campana de la iglesia dio las nueve, apareció Quirino, en la oscuridad silbando. Al estar a su lado le dijo:

—Vamos...

Pasaron junto a la pareja. La muchacha escondió la cara cuando la miró Juvencio. ¿Sería bonita? Delante iba Quirino, en silencio. Doblaron la esquina y entraron en una cortada sin afirmado, con barro. Poco más allá Juvencio divisó en la oscuridad la figura de un hombre. Quirino volvió a silbar, pero ahora más alto. Alcanzaron al hombre. No hubo más que una rápida presentación sin detener la marcha:

—El compañero Juvencio... El compañero Piedra...

Comprendió Juvencio que este era un nombre supuesto y trató de espiar al hombre que iba a su lado. Tendría unos cincuenta años, calvo, el aire de persona seria y modesta. Sonreía y era simpático y al sonreírse

mostraba las encías de su boca desdentada. Cuando llegaron a la esquina próxima, Quirino que no había dicho una palabra, murmuró una despedida y se fue. Continuó Juvencio con el hombre un trecho más. De pronto el hombre le preguntó:

—¿Por qué el compañero no se presentó al partido al llegar?

—¿Y cómo diablos iba a saber dónde estaba el partido?

—¿No trajo ninguna conexión?

—Solamente de los indios podía ser. He venido de Amazonas —y explicó—: Cuando salí de San Pablo para Matto Grosso me dieron una conexión para allá. Me presenté en Campo Grande pero la reacción estaba muy fuerte y me mandaron esperar. Me quedé sin hacer nada y no recibí ninguna orden. Si me veían era nada más que para pedirme dinero, algo pude darles. Enseguida me destinaron a Amazonas, llevaba una presentación para Manaos, pero yo fui a parar a la frontera con Colombia, a Leticia...

—Ya sé todo eso...

Juvencio quedó un poco confuso. «¿Creerá este que le voy a contar todo lo que me pasó con los indios?» y continuó con poco entusiasmo:

—De ahí vine para acá... ¿Cómo podía ponerme en contacto con el partido, si no conocía ningún comunista?

Agregó, y en el tono el otro conoció su sinceridad:

—Traté de hacerlo, le aseguro...

—El compañero anda metido en una conspiración para la «dictadura republicana», ¿no es así?

—Así es. Se lo dije a Quirino.

—Eso es un error. Admito que el compañero no pudiera encontrar al partido, claro, no es cosa fácil —y rio con una risita de satisfacción, orgulloso de la perfecta ilegalidad—. Pero un comunista, meterse en una conspiración burguesa, que no es más que una aventura, no puedo explicármelo.

—No voy a decir que hice bien. Fue una chambonada, bueno, no lo discuto. Pero estaba sin hacer nada, de vago... Me hablaron y acepté. Será una estupidez...

—Me gusta mucho su franqueza. No trata de buscarse disculpas... Un comunista debe tener autocrítica... Ahora lo que usted debe hacer, cuanto antes, es dejar eso.

—¿Es una orden?

El hombre meneó la cabeza. Siguieron un trecho más y volvió a hablar:

—El compañero tiene influencia entre los sargentos y cabos. Según informaciones del partido, el compañero es el cabo de más prestigio en el regimiento...

Juvencio pensó primero hacerse el modesto, pero respondió:

—Es cierto... Tengo gente que me responde.

El otro comprendió que esta respuesta no era vanidad. Y el zapatero Luis, porque Piedra era un zapatero llamado Luis, sintió simpatía por Juvencio, por su sincera brusquedad tan natural.

—Usted puede hacer un buen trabajo... La célula en el regimiento es reducida —movía las manos en la explicación—: El trabajo apenas comienza. Usted con su influencia puede aportar mucha gente al partido... O por lo menos para la Alianza...

—¿La Alianza Nacional Libertadora?

—¡Ah! ¿Ya conoce? Es un movimiento que está en marcha... Con Prestes a la cabeza, la cosa anda que da gusto...

Juvencio quiso saber qué diferencias había entre el partido y la Alianza y qué clase de vinculaciones existían entre un organismo y otro. El zapatero se lo explicó acabadamente, se notaba que conocía a fondo el asunto y que debía haber dado esta explicación muchas veces. Juvencio lo escuchaba en silencio, atento.

El zapatero dio por terminada la entrevista. Para Juvencio seguía siendo el compañero Piedra, un desconocido, cuya autoridad en el partido no sabía cuál era, eso sí, comprendió que se trataba de un miembro responsable.

Aun tenía tiempo de llegarse a la casa de Francisco. Ahí estaban todos los amigos. Fue recibido con gritos y aclamaciones y le sirvieron *cachaça* y cerveza. Lurdes sonriente miraba las parejas que bailaban. Tenía el vientre crecido y nunca bailó con otro que con Juvencio. A ella se acercó al llegar:

—¿Trajiste un regalo para Alcira? —era la querida de Francisco, de la que se festejaba el cumpleaños.

—Le traje una caja de jabones.

—Está bien... ¿Vamos a bailar?

Después llamó a Valverde y Macedo y se apartaron para conversar.

—Eso de la «dictadura republicana» se acabó.

—¿Cómo se acabó? ¿Se cansaron ya? —Valverde estaba decepcionado.

Macedo reclamó:

—¿Ahora con esa? Y yo que contaba con el golpe para ser ascendido... Ya me había hecho la ilusión de ser sargento... ¿Así que dejaron la cosa?

—No, ellos no... Somos nosotros...

—¿Nosotros? —Macedo entendía cada vez menos.

—Nosotros, sí, nosotros... No tenemos más nada que ver con eso...

Es una aventura política y nosotros no debemos meternos en cosas así...

—¿Y qué vamos a hacer, entonces?

—Ahora somos de la Libertadora.

—¿Qué es eso?

—La Alianza Nacional Libertadora.

—¡Ah! —dijo Valverde—. Hay un teniente que es de la Alianza... Es una buena persona.

—¿Pero por qué ese cambio? —quiso saber Macedo.

—¿Son o no son comunistas ustedes?

Todos se consideraban comunistas desde que supieron que Juvencio lo era, Juvencio, al afiliarse al partido, nunca dejó de declararse comunista, aun cuando no tuviese ningún contacto con el organismo.

—¡Claro que somos!

—Bueno, los comunistas están con la Alianza. Y hay que estar listos, porque la revolución estalla en cualquier momento.

—Quiere decir que la Alianza...

—A no ser que alguno de ustedes quiera ingresar al Partido Comunista. Eso ya es más serio...

—Yo quiero ser del Partido Comunista —dijo Valverde.

—Y yo también.

Llegaba Francisco:

—¿Qué es lo que pasa?

Juvencio trató de cambiar la conversación, pero Valverde, que nada callaba, dijo:

—Ya nada tenemos que ver con la «dictadura republicana».

—¡Ah! ¿Y entonces?

—Estamos con la Alianza Nacional Libertadora...

Los que le merecían más confianza, Juvencio los llevó al partido. Y comenzaron un intenso trabajo en el regimiento. Quirino era políticamente la persona más representativa, y lo fue, por lo menos nominalmente, hasta el alzamiento. Pero, en realidad, era el cabo Juvencio quien dirigía la célula y la organización aliancista.

Juvencio, en la estrecha habitación, escucha el informe de este compañero del sur. El hombre habla de cosas que Juvencio conoce muy bien, el regimiento, y sus palabras no corresponden a la realidad. Juvencio

observa a Quirino: ¿sería él el responsable de estas afirmaciones? ¿O sería cosa del mismo Arnaldo, para impresionar mejor a sus oyentes? Si era así, no estaba bien, nada ganaría ocultando a, los compañeros la verdadera situación. Indudablemente que ellos tenían un buen ambiente en el regimiento, que muchos sargentos y cabos estaban con ellos, pero no tantos como el informante decía. Juvencio conocía muy bien a los oficiales y le constaba que no era cierto que más de la mitad simpatizaran con la Alianza. Al contrario, la gran mayoría estaba con los integristas.

Arnaldo finalizaba el informe. Decía que ellos no debían provocar el levantamiento. Pero si los soldados y suboficiales, descontentos con la situación, que tendía a agravarse, se mostraban dispuestos a rebelarse, entonces ellos debían prestarles todo su apoyo. Y lo decía de una manera, que parecía, implícitamente, proponer que dieran el golpe.

Cuando terminó por fin, el zapatero, que presidía la reunión, preguntó si alguno de los compañeros tenía algo que agregar. Hubo un silencio en que los ojos fueron de unos a otros. Quirino pidió la palabra:

—Todos hemos escuchado el informe del compañero Tadeo. Ha expuesto muy bien la situación. Hemos aprendido mucho y ahora sabemos cómo debemos proceder. A mi también me parece que la cosa está madura, y, que si queremos, podemos levantar el regimiento y dominar el Estado en un abrir y cerrar de ojos... Es extraordinario el informe del compañero... Se ve que el compañero tiene verdaderas condiciones de dirigente...

Se calló. Los otros aprobaron con la cabeza. El zapatero dijo:

—Si no hay otro que quiera usar de la palabra...

—Pido la palabra... —dijo Juvencio.

Todos los ojos se volvieron hacia él. Arnaldo frunció el ceño. Ese cabo le estaba resultando demasiado impertinente.

Juvencio comenzó a hablar. Dijo que el informe les había hecho conocer muchas cosas que ignoraban. Pero que el informante no conocía bien la situación de Natal:

—Por lo menos en el regimiento, que es lo que yo conozco, no es lo que ha dicho el compañero... Tenemos gente con nosotros, es cierto. Pero me parece que el compañero debe haber recibido algunos informes equivocados. Esos oficiales que dice, nunca los he visto... Y no es verdad que todos los cabos estén con nosotros... Y menos los sargentos... Después que hay una cosa que no entendí bien: ¿quieren o no quieren que nos levantemos? Eso no lo encuentro muy claro, digo, para mí... Si hay

que levantar el regimiento, entonces, vamos a ponernos a trabajar para hacer una cosa bien hecha... Como lo dijo el compañero, me parece, no es chicha ni limonada...

Arnaldo estaba disgustado. Pero a Juvencio poco le importaba. Su lealtad para con el partido la comprendía así: decir lo que sentía.

La atmósfera de la habitación volvía a ser pesada. La luz rojiza de la lámpara alargaba las sombras de los conspiradores.

2

Cuando llegó a su casa esa noche, cansado de la reunión, encontró a Lurdes bastante mal. Débil, con un rostro mestizo, largo cabello negro y cierta palidez, que, con el embarazo aumentaba su aspecto enfermizo.

—¿Por qué te demoraste tanto? Estoy que no doy más...

Se enfureció de repente y descargó en su mujer toda la rabia que tenía adentro:

—Dejate de esas pavadas... No son lujos para pobre...

Ella nada dijo, pero lo miró asustada, con un gesto de tristeza en la comisura de los labios. Él se arrepintió de su brusquedad:

—No hagas caso... Estoy deshecho de cansado... Pensando en una cantidad de cosas... ¿Qué te pasa?

Volvía a ser solícito y cariñoso. Sus ojos, ojos traviesos de niño alegre, estaban llenos de tierna dedicación. Se acostó a su lado y la besó:

—¿Qué es lo que le pasa a mi negra?

Y repitió una broma que a ella la hacía feliz:

—Usted es una negra, una negra renegrada... (ella era apenas morena, de rasgos finos, más finos que los de él, que, si bien no era muy negro, el menos negro de los hermanos, tenía muy pronunciada su raza mestiza). Se ha encontrado un blanco como yo, pero tiene que andar con cuidado...

Ella reía:

—Me siento mal, es la pura verdad... Tuve vómitos... Estoy con la cabeza que me da vueltas, ni puedo pararme...

—Trabajás demasiado... y no debías... No sé, y ni una muchacha para que ayude podemos tomar... Y en ese estado para peor...

Se perdió en sus pensamientos. ¿Qué iría a suceder? Siempre decía a Valverde y Macedo: «Un comunista no debe casarse». Ellos dos eran

solteros, de morir poco importaba. En cambio él, con mujer y un hijo casi... Y ni se había casado, no por no casarse con Lurdes, sino porque eso de casarse lo consideraba un prejuicio. Más adelante lo hizo. Cuando en la cárcel, en contacto con los otros compañeros, comprendió que el prejuicio era no casarse. Y se casó por poder.

Lurdes había roto con la familia, cuando se vino a vivir con él. Sus relaciones nacieron una tarde de sol. Él estaba franco, con su uniforme bien planchado. Ella, vestida de azul, venía del taller de costura donde trabajaba. Juvencio la siguió diciéndole piropos, localizó su casa, y a la noche vino a pasar por allí. Lurdes estaba en la ventana y le sonrió. Luego, con unas amigas, salió a dar unas vueltas por la plaza. Él se le acercó, conversaron. A la noche siguiente volvió.

Cuando se dio cuenta, estaba enamorado. Soñaba con Lurdes y, durante el día, más de una vez en el cuartel sacaba su retrato, que llevaba en la cartera. Para entonces aun no había conversado con Quirino y estaba comprometido en la conjuración de la «dictadura republicana». Pero casarse era contra sus principios.

—Un comunista no anda con esos prejuicios —había dicho a Lurdes entre besos.

Recordaba el libro de María Lacerda Moura. No sabía en aquel tiempo si la autora era comunista y tampoco recordaba si él ya lo era. Lurdes calculaba el disgusto de su madre. Era huérfana de padre y vivía con la madre y los hermanitos. Juvencio alquiló y arregló una casita y le dio a Lurdes un verdadero ultimátum:

—Si estás resuelta, hay que decidirse...

Huyó de su casa una noche. Pasó los primeros días llorando. Escribió a la madre y no obtuvo respuesta. Por una vecina supo que la vieja declaraba a quien quería oírla:

—Si quiere entrar por esa puerta, tiene que ser con la partida de casamiento... Si no para mí no pasa de una puta...

La vieja era de carácter y cuando murió el marido se puso a trabajar sin vacilaciones. Lavaba ropa para fuera, enormes atados que el hijo menor, de once años, entregaba en casa de los clientes. Sin embargo, depuso su intransigencia. Al ser encarcelado Juvencio, y próxima a salir de cuidado su hija, dejó de lado su intransigencia y fue a verla. Le dijo de todo, es cierto, pero cuando Lurdes, con el parto no pudo llevar la comida a Juvencio, que lentamente se reponía de sus heridas en el Hospital Militar en calidad de preso, se puso el manto y tomó el lugar de su hija. Para Juvencio fue una

sorpresa verla. Sus ojos burlones la miraron y rio con su sonrisa de niño travieso:

—¿Usted, señora?

Pero la vieja no quiso dar su brazo a torcer:

—Vamos a ver si cuando te suelten tienes un poco más de vergüenza y te casas. Ahora que tiene un hijo...

—¿Es varón?...

—Mujer no más, para sufrir como yo y mi hija.

Se sentó en el banquito de metal:

—No sé cuándo vas a criar juicio... ¿Para qué te metiste en esto?

—Para ver de mejorar... Uno lleva una vida peor que perro... ¿Le parece que hice mal?

Ella lo miró de frente:

—No.

Así hicieron las paces Juvencio y su suegra.

Juvencio, en los meses anteriores al levantamiento, muchas veces pensó en la situación de Lurdes si él moría. Regresar a la casa de su madre no podía. Aunque la vieja la recibiese, Lurdes tenía un obstinado amor propio, y no iría. Embarazada, no estaba en condiciones de tomar encargos de costura. ¿Cómo afrontaría entonces los gastos del parto y de la crianza del hijo? Sin duda, los compañeros la ayudarían. Pero todos andaban escasos de recursos y el partido luchaba con grandes dificultades.

«Un comunista no debe casarse, —afirmaba Juvencio hablando con Macedo y Valverde—. Siempre tiene la vida en peligro, porque siempre está dispuesto a jugársela por su causa». Sin embargo no se arrepentía de haberse traído a Lurdes a vivir con él. Ella le daba ánimos y confianza. En los primeros tiempos Lurdes seguía sus costumbres religiosas: rezaba, iba a misa los domingos. Pero poco a poco las fue abandonando por la nueva fe de Juvencio. Leía los folletos que él traía a casa, en silencio, sin preguntar demasiado. Comprendía que él podía tener sus secretos. Además que le había dicho al estar nuevamente bajo las directivas del partido:

—Hay cosas que a nadie se las puedo decir...

Lurdes se hizo muy amiga del zapatero Luis, que muchas veces iba a visitarlos. Preparábale un café bien caliente, le preguntaba por su esposa y sus hijos, le enseñaba recetas de tes de yuyos para los chicos. De pronto Juvencio la interrumpía, con su brusquedad característica, que encerraba una ternura bajo las palabras rudas:

—Ahora te vas, porque debemos conversar sobre cosas importantes.

Salía de la habitación dejándolo solo con el zapatero y al pasar le tiraba suavemente de la oreja. Juvencio al rechazar su mano, le acariciaba dulcemente los dedos.

Ahora, recostado en la cama, Juvencio observa la pálida cara de su mujer. Sus negros cabellos, sueltos sobre la almohada, huelen a perfume barato. Está débil. En el estado en que se halla debe alimentarse mejor. ¿Pero cómo, con qué? Si no alcanzaba el dinero.

Además poco tiempo le dedicaba. Esto también debía tenerla disgustada. Pobre Lurdes ¿qué sería de ella cuando estallase la revolución? No debió sacarla de su casa, unirla a su vida que no le pertenecía... Y encima, haberla embarazado... Sonrió pensando en el hijo que iba a tener... Sería varón, desde luego, y aprendería del padre a no soportar las injusticias y a rebelarse contra las miserias de este mundo. Sería como el hijo del zapatero Luis, el menor, que cuando le preguntan qué es, responde:

—Comunista —con un tartamudeo al deletrear la larga palabra.

Lurdes se queja ahogadamente. Hace una arcada. Juvencio que ha vuelto a pensar en la reunión, en el informe de Arnaldo, se inclina hacia ella:

—¿No te mejoras?

La palidez de Lurdes se hace intensa. Se incorpora en la cama con otra arcada. Juvencio corre y le alcanza el orinal para que vomite. ¿Qué sería de ella si lo mataban en la revolución? Pero ni por un instante este pensamiento lo hace vacilar. Le preocupa el porvenir de Lurdes, pero ni esto ni nada lo hará desistir.

Sostiene la cabeza de la enferma y la acomoda en la almohada. Ella cierra los ojos exhausta:

—La cabeza me da vueltas...

—Voy a hacerte un té...

Mañana mismo debe hablar con el teniente que lo comprometió para la «dictadura republicana». Eso estaba terminado y quizás el teniente entrase en la Alianza.

Encendió el calentador. De la quinta, con el viento de la noche, llega olor a tierra. Y, de súbito, recordó el *sertón*, la *fazenda*, su casa, con el patio al frente y el corral un poco más allá. Y pensó en su madre, la vieja Jucundina. Si conociera a Lurdes, le gustaría... ¿Y qué le iría a decir del Partido Comunista? Con que fuese cosa de él o de alguno de sus hermanos, a la madre le parecería bien. Su hermano José estaba con la

banda de Lucas Arboleda y jamás, mientras estuvo en su casa, oyó a la vieja un reproche para José.

Le llegó la voz de Lurdes:

—Ya no necesito el té... Estoy bien...

3

También Juvencio podía estar en la banda de Lucas Arboleda. Ser bandolero en lugar de cabo del ejército. Al partir de su casa, su intención era buscar a Lucas Arboleda y pedirle un puesto en su banda. Había oído decir que el bandolero andaba cerca y estuvo días tratando de ubicarlo en la *caatinga*. En un pueblo le informaron que había pasado a un Estado vecino y allá fue Juvencio. Y por esta razón se incorporó a la policía militar de un Estado que no era el suyo. Buscando a Lucas Arboleda se aproximó al mar, luego de dejar su tierra nativa. Pero el bandolero había desaparecido. Unos lo hacían refugiado en el interior del *sertón* y otros en cuatro o cinco partes distintas Lucas Arboleda usaba a veces de una táctica: mandaba grupos reducidos de su gente en una dirección, para llevar tras ellos a las fuerzas policiales, y él, con el grueso de la banda, daba el golpe en otra ciudad importante.

Su hermano José se hizo bandolero porque se sintió fascinado por esa vida bárbara y libre, defendida diariamente a tiros. ¿Cómo podía quedarse en la *fazenda*, después de haberlos conocido? Antes había partido Juan, el hermano mayor. No veía porvenir en el campo, en ese mísero pedazo de tierra que el padre cultivaba. Y cuando el asunto con la hija de Maneco, dejó su casa para siempre. Para entonces Juvencio era un chico. Pero el deseo de salir de su casa había echado raíces en su corazón con el ejemplo de sus hermanos mayores. Todas las mañanas al partir para el trabajo, se sentía un esclavo. Esa tierra no les pertenecía y en cualquier momento el *Coronel* podía quitarles todo. Y consideraban una explotación que los obligaran a prestar gratuitamente un día de trabajo por semana en la *fazenda*. ¿No era ya bastante que tuviesen que vender sus cosechas al *Coronel* por el precio que él imponía y comprar todo lo que necesitaban en su proveeduría, más caro que en cualquier otra parte? Había oído historias de campesinos que mataron *fazendeiros* y huyeron a la *caatinga* o fueron condenados a largas penas en la prisión de Fernando de Noronha. Un

impulso de venganza fue el que lo impulsó a buscar a Lucas Arboleda y querer formar parte de su banda. Sentía que él era el temible vengador de las injusticias del *sertón*. Si no les quedaba más que trabajar día y noche para el *Coronel*, vivir y morir sobre la azada, sin otra posibilidad, era mejor dejar todo, tomar un fusil, e ir a sacar de las *fazendas* lo que, según pensaba Juvencio, les pertenecía. Se hubiese hecho bandolero de encontrar a Lucas Arboleda en su ansiosa búsqueda por la *caatinga*. Habíase despertado en él, como en muchos hombres del *sertón*, esa rebeldía, aún imprecisa, contra la vida que llevaban. Si el Beato Esteban hubiera ya iniciado para esa época su predicación, Juvencio posiblemente estaría con él. En la *caatinga* la rebelión contra el hambre llevaba a los hombres al bandolerismo o al misticismo desesperado. Pero Juvencio, en lugar de encontrar a Lucas Arboleda o al Beato Esteban, dio con las vías del ferrocarril y se sintió tentado. Se introdujo en un vagón de carga y llegó a la capital. Tenía menos de dieciocho años y por casualidad entró en la Policía Militar.

Andando por las calles de la capital se metió en una pelea que sostenían un cabo y un soldado de la Policía Militar contra unos inspectores de tránsito y unos guardias civiles. No sabía el motivo de la pelea, pero vio que eran cuatro contra dos y tomó partido por el cabo y el soldado. Indudablemente que estos no tenían razón, estaban borrachos y habían producido un desorden. La pelea terminó con la intervención de la patrulla de la Policía Militar que llevó presos al cabo y al soldado, a los inspectores y a los guardias civiles y también a Juvencio.

El comandante de la Policía Militar enorgullecía de sus subordinados y decía que hombres como ellos no lo eran los soldados del ejército, ni siquiera los marineros de la Escuela de Aprendices. El comandante de la Guardia Civil se enfureció con la detención de sus hombres por la Policía Militar. El incidente creó un estado de tirantez entre las dos instituciones, que las autoridades superiores resolvieron pasando esponja por lo sucedido y dando libertad a los presos.

El cabo y el soldado recibieron una risueña reprimenda del comandante. Pero ¿y Juvencio? Durante su detención se hizo amigo de todos los del cuartel, que lo felicitaron por su participación en la pelea. El comandante lo llamó:

—¿Por qué intervino en el desorden?

Un cabo lo había puesto al tanto de la respuesta que debía dar:

—No eran más que dos soldados contra cuatro de los otros... No me gusta ver que le peguen a un soldado...

—¿Le agrada la Policía Militar?

—Mucho, señor...

El comandante tenía una especial estima por la gente del *sertón*. Eran buenos soldados, valientes, honrados, con un sentimiento de honor difícil de encontrar entre los hombres reclutados en la ciudad, y los únicos capaces para luchar contra los bandoleros en la *caatinga*.

—¿No quiere entrar de soldado?

—Y, cómo no, señor.

Apenas ingresado a la Policía Militar estalló la revolución constitucionalista de San Pablo. Nada sabía Juvencio de política, pero en las discusiones del cuartel, por inclinación natural, estaba con los sublevados. Sentíase contra el orden establecido, pero de una manera inconsciente y anárquica. Pero, a pesar de sus simpatías, luchó contra los constitucionalistas cuando su regimiento fue enviado al frente de batalla. Su gusto por la lucha, superó sus vagas preferencias por los rebeldes. Además le habían dicho que estos eran italianos que querían dominar el Brasil y esclavizar a los brasileños.

En el frente, Juvencio fue una revelación. Valiente como pocos, pronto llegó a cabo y terminó la campaña como primer sargento. Entró victorioso en San Pablo, desfiló por sus calles, y, como sucedió a muchos, quedó deslumbrado con la ciudad, con su vida activa, con su pujanza, una ciudad tan distinta a las del Nordeste. Durante toda su infancia y adolescencia, este nombre de San Pablo había resonado en sus oídos como una palabra mágica. Hacia San Pablo se dirigían miles de campesinos en busca de mejor porvenir. Allí había grandes riquezas y era un mundo inmensamente mayor. En la Policía Militar, con un ahinco que admiraba a sus superiores, Juvencio se dedicó al estudio primario y llegó a leer y escribir corrientemente y superó a muchos que habían comenzado antes sus estudios. En el frente, en los tres meses de lucha, ganó experiencia de años, y, apenas cumplidos los dieciocho, sentíase un hombre hecho, capaz de enfrentar cualquier contingencia. Su instintivo afán de rebeldía no había desaparecido y ahora sabía ciertas cosas y vivía siempre conspirando entre los cabos y sargentos. Por insatisfacción, sin saber bien porqué, por estar contra todo y contra todos.

El día antes del embarque, de regreso a su acantonamiento, el sargento Juvencio desapareció sin dejar rastros. Como los paulistas asesinaban soldados victoriosos, cuando podían sorprenderlos en las oscuras calles de los suburbios, se pensó que este fin había tenido Juvencio. El comandante

lamentó mucho lo sucedido porque estimaba al sargento, y hasta tenía proyectado conseguirle el ingreso a la Escuela de Cadetes de la Policía Militar para hacerlo oficial.

Fue Zé Tavares, a quien encontró Juvencio por casualidad, quien lo libró de morirse de hambre. Reconoció a Zé Tavares a pesar del uniforme de guardia civil y de haberlo visto hacía ocho años, de peón en la *fazenda*. Tavares lo llevó a su casa, le dio de comer, y trató de conseguirle un puesto en la Guardia Civil. Pero como había pocas posibilidades, Juvencio terminó enganchándose en el ejército. Fue cuando se afilió al partido.

De San Pablo lo mandaron a Matto Grosso. La lucha entre Perú y Colombia hervía en la frontera. Un destacamento del ejército fue enviado a Leticia bajo el comando de un teniente primero. Juvencio, que había sido ascendido a cabo por sus conocimientos militares, formó parte del destacamento. El *sertón* iba quedando cada vez más distanciado en la memoria de Juvencio. Sin embargo, muchas veces recordaba la *fazenda*, su casa, a la tía Zefa, a su madre, a su padre y su grito de tropero. En medio de la selva amazónica, con la llegada de la noche, cuando los corazones se encogían de miedo a lo desconocido, más de una vez se encontró pensando en los suyos. Al escaparse de la *fazenda*, en ese ímpetu de rebeldía que lo lanzara en busca de Lucas Arboleda, pensaba que nada podía haber más penoso que la *caatinga* de las secas y el hambre. En Amazonas, en el corazón de la selva, junto a los enormes ríos, viendo a la gente trabajar desnuda en los seringales, comprendió que la miseria era igual en todos los pobres y la única cosa que abundaba en todas partes.

4

El teniente primero murió de fiebres. El sargento Vicente y algunos soldados cayeron bajo las flechas de los indios. No había día que alguien no muriera en las emboscadas de los indios invisibles en los bosques o quemado por la fiebre. El paludismo era allí más mortal que en la *caatinga*. Vivían con la sensación de que estaban abandonados a su suerte. El teniente segundo, que quedó al frente del destacamento, radiaba llamadas y más llamadas. Ni la menor respuesta, como si se hubiesen olvidado por completo de los hombres que mandaron a guardar la frontera. Los indios venían por la noche, robaban las pocas provisiones que aún les quedaban,

destruían y mataban. El paludismo se enseñoreaba del campamento. Cuando el radiotelegrafista murió, el teniente segundo se aterró. Y resolvió ir con unos hombres en busca de socorros. Dejó un sargento al frente de los veinte hombres que restaban en el destacamento y partió de madrugada, con seis soldados, gran parte de las municiones y de las latas de conservas. La selva lo tragó para siempre.

La orden era gastar pocos tiros, escaseaba la munición y era necesario cazar para economizar las provisiones. Durante el día los soldados pescaban en el río. Pero no tenían ya sal y la comida resultaba insípida y cansadora. Los indios, ante la débil reacción de los soldados, se hacían cada vez más audaces y cada vez se aproximaban más. Y la radio sin funcionar, les estaba señalando a toda hora que se encontraban aislados del mundo. Cuando les faltó el tabaco, creyeron enloquecerse. Los enfermos aumentaban. Durante días y días esperaron la vuelta del teniente segundo, hasta que un soldado, que se apartó algo del campamento para cazar, encontró unas polainas, un quepís y huesos humanos desparramados en torno a una fogata apagada. El desánimo se apoderó del destacamento.

Una noche, en que los indios rodeaban el campamento, el sargento tuvo una crisis de locura y ordenó atacar. Mataron algunos indios, pero quedaron reducidos a doce hombres y entre las bajas se contaba el sargento. El cabo Juvencio se hizo cargo entonces del reducido destacamento.

El terror llegaba con la noche. Los grandes árboles de la selva, tan diversos a la rala vegetación de la *caatinga*, escondían misterios mortales. Los pasos de los salvajes eran más silenciosos que el de los animales y detrás de cada uno de esos árboles podía estar la muerte en acecho. Los soldados, los sanos y los enfermos, se reunían en un grupo compacto. El frío de los palúdicos era terrible, pero no encendían fuego para no mostrar a los indios su ubicación. Juvencio pensó que allí iban a morir todos y sentía un odio profundo por el abandono en que los teman.

La falta de tabaco los desesperaba más que la de sal y alimentos. Comían carne de caza soflamada sobre las brasas y sus cuerpos se llenaban de pústulas. Ya no los incomodaban los mosquitos. Al principio fue un horror, los brazos y las piernas se hinchaban con las picaduras. Pero se habituaron y ahora ya ni los molestaban. Lo peor eran las flechas de los indios, ese silbido agudo, oído cuando no había tiempo de nada.

Juvencio había meditado toda la noche. A la mañana siguiente reunía a sus hombres, y, sanos y enfermos, con la sola excepción de dos que no se

podían mover, los puso a derribar árboles y a levantar una empalizada alrededor del campamento. Distribuyó las municiones que quedaban, dividió a los soldados por grupos para cazar fuera de la empalizada. Y comenzó una organizada resistencia a los ataques de los indios. Los hombres le obedecían ciegamente, no por sus galones de cabo, sino por su capacidad y bravura. La disciplina militar había desaparecido. Y la fuga, porque así la consideraban, del teniente segundo, no era precisamente un hecho como para estimular el respeto a la graduación. Con Juvencio era distinto. Afrontaba el peligro el primero, no se hurtaba a ningún trabajo, tomaba parte en los grupos de cazadores, pasaba las noches despierto vigilando a través de los claros de la empalizada. Cuando los indios se aproximaban, los oídos ya experimentados percibían los sutiles pasos y no se perdía bala. Cinco días transcurrieron sin que hubiese una baja en el campamento y por tres días los salvajes no atacaron. Algunos soldados supusieron que los indios habían desistido de sus infructuosos ataques y querían salir para buscar socorros. Pero Juvencio sospechó que esta inesperada calma respondía a la organización de un ataque decisivo. Y se preparó para rechazarlo. Reforzó la empalizada, hizo cavar trampas en torno al campamento. Y cuando los indios se presentaron, como previo Juvencio, fueron recibidos con un fuego sostenido. Muchos salvajes cayeron en las trampas rompiéndose las piernas, otros murieron baleados. Ahora no se perdía un tiro. Pero aun así, los indios alcanzaron la empalizada y trataron de escalarla. En la lucha cuerpo a cuerpo murieron tres soldados, pero se pudo mantener la posición y por primera vez se capturaron algunos indios apresados en las trampas. Los mataron. No podían gastar sus provisiones en alimentarlos y además sentían odio.

Seis días después llegó una patrulla de auxilio. Juvencio con cinco hombres, dos de ellos heridos, mantenía firmemente la posición.

5

El zapatero lo mandó llamar con urgencia. Lo encontró con dos compañeros dirigentes. Arnaldo ya había partido de regreso, otros dirigentes habían pasado por allí, sentíase que el momento se aproximaba.

La reunión fue en casa del zapatero. Las ventanas estaban cerradas, entornada la puerta de calle, y al oír pasos en la calle guardaban silencio.

Uno de los dirigentes forastero tomó la palabra:

—Los guardias civiles están renunciando en masa... La situación se ha agravado al máximo... Es muy posible que los guardias civiles se amotinen...

—Me parece difícil... —dijo Juvencio.

El otro le hizo señal de que esperase:

—Hay otra novedad... Y eso es con ustedes. Van a comenzar los traslados de cabos y sargentos y las bajas de soldados... Tenemos datos seguros de que van a ser removidos casi todos los sargentos. Y también los cabos. Usted entre ellos. Son datos concretos... Ahora si eso sucede...

—¿Nos levantamos?

—Creo que los perjudicados se levantarán por sí mismos.

Quirino, que estaba presente, hizo un cuadro de la situación del regimiento. Juvencio nada tuvo que rectificar: era la realidad, la situación había llegado a un punto muerto. Cabos y sargentos no esperaban más que la orden. Y si comenzaban con los traslados, nadie los iba a contener.

El informante agregó:

—Sabemos que los traslados se iniciarán pasado mañana.

Juvencio, después de reflexionar un momento dijo:

—Aunque uno no quiera, se levantarán lo mismo. Y si no los apoyamos, se acaba la Alianza.

El otro aprobó la observación con un gruñido. Parecía que ya tenía pensado todo, calculadas todas las posibilidades. Y cuando habló, fue para preguntar:

—¿Qué les parece la noche del 23? —Y agregó—: Recife se levantará enseguida. Y después el resto del país. Puedo informar a los compañeros que el general Luis Carlos Prestes se pondrá al frente de la revolución.

La atmósfera era tensa. Juvencio tenía los nervios en punta. Apretaba los labios, sus ojos se habían hecho chiquitos, pero conservaba la calma y sentía como si su corazón estuviese helado. Un día pensó en ser bandolero. Pero ya tenía aprendido, a pesar de lo mucho que le faltaba aún por saber, que esa hubiese sido una rebeldía sin solución. El bandolerismo no iría a resolver los tremendos problemas del *sertón*. Solamente un gobierno popular como el que la Alianza se proponía. Lo indispensable: «Tierra para los campesinos». Juvencio muchas veces escribía en las paredes del cuartel la consigna de la Alianza, «Pan, tierra y libertad». Más que las palabras «pan y libertad», la que llegaba más al fondo de su alma campesina era la palabra «tierra». Y ya veía con la imaginación la alegría en el corazón de los

colonos, de los medieros y de los peones, cuando esas tierras, en que ellos dejaban sus vidas, les fuesen entregadas en propiedad mediante escrituras públicas, según lo pensaba Juvencio.

El compañero daba detalles, explicaba cómo se debía actuar, exponía las consignas políticas:

—Recuerden que la revolución no es comunista. Es de la Alianza, y la Alianza no es el partido...

Sus palabras quedaban flotando en la habitación:

—Los compañeros Quirino y Juvencio quedan desde ahora en contacto permanente con la dirección del partido...

Juvencio recordó las acaloradas discusiones entre los cabos y sargentos para resolver qué se hacía con los oficiales.

—¿Qué hacemos con los oficiales? —inquirió.

—Nada de matar... No somos asesinos... La situación que se presente va a decir lo que hay que hacer. Pero nada de matar gente porque sí... A los que se rindan, se les garantiza la vida. Cada uno será responsable ante el partido de lo que suceda.

Ya en la calle, Juvencio veía a Quirino, caminando con su pesado paso. Era Quirino el que encabezaría el levantamiento. En voz baja comenzó a hacer memoria de las órdenes recibidas. Juvencio le explicaba algunos detalles que el otro no había entendido bien. En esos momentos Juvencio no hubiese podido concebir el fracaso de la revolución. Para él era una causa tan justa y tan noble que su victoria resultaba un hecho natural. Y con toda paciencia ayudaba a Quirino en el análisis de las palabras del dirigente.

Llegaron cerca de la casa donde Juvencio vivía. Quirino le tendió la mano:

—Hasta mañana...

Juvencio lo miró con disgusto:

—¿Cómo cree que me voy a ir a mi casa? Ahora nuestro sitio está en el cuartel.

El otro estuvo de acuerdo:

—Sí, vamos...

La ciudad dormía, cerradas las casas, pero en el cuartel había un movimiento de rumores y cuchicheos. Cuando Juvencio y Quirino entraron al dormitorio, los suboficiales acostados saltaron de sus camas y los rodearon:

—¿Qué es lo que hay?

Macedo informó:

—Andan diciendo por ahí que nos van a trasladar...

Otra voz confirmó:

—Un teniente me aseguró... Dice que es cosa resuelta...

—Nosotros nos levantamos no más... —dijo un sargento. Y dirigiéndose a Juvencio—: ¿Qué piensas de eso?

—Si ustedes se levantan yo estoy con ustedes... Pero no es cosa de decirlo nada más... Hay que hacerlo en debida forma...

Las primeras claridades de la aurora se abrían sobre el cuartel y la ciudad de Natal.

6

Era un presentimiento, nada más que eso. Pero Lurdes, al enterarse de los primeros traslados del regimiento, sintió como si se le apretara el corazón. En ese barrio vivían familias de cabos y sargentos y mujeres de soldados y este era el único comentario de todas las casas. Queridas de los soldados que temían ser abandonadas: «El soldado tiene casa y mujer en cada sitio en que está». Familias que empaquetaban sus pertenencias para el viaje que se anunciaba inminente. Y el prestigio de Juvencio se extendía a Lurdes, y las esposas y queridas de los primeros trasladados recurrían a ella para saber noticias y pedir consejos. Algunas le solicitaban que interviniese ante sus amantes para que no las dejaran:

—No es por mí, es por el chico que va a crecer como hijo de mujer de la calle...

Sabían ellas que Juvencio era oído y respetado por todos:

—Dígale a Don Juvencio que hable con Manuel... A él le hace caso...

Otras mujeres trataban de conmoverla con elogios:

—Don Juvencio es tan bueno... Si él le dice a Antonio que no me deje, no me deja... Para Antonio después de Dios es Don Juvencio...

Muchas llegaban a la distante casa suburbana desde otros barrios, arrastrando sus chancletas, vestidas pobremente, rodeadas de hijos. Y algunas venían a despedirse:

—Uno no sabe cuándo tendrá que irse... Tal vez ni tiempo le den... Dígale a Don Juvencio que le estoy agradecida por todo.

Posiblemente no les había hecho Juvencio ningún favor, pero todos se sentían agradecidos, por su manera de ser, por la bondad que mostraba en su sonrisa de niño.

Lurdes consolaba, prometía, animaba, con el gran cansancio que le daba su embarazo de ocho meses, que hinchaba sus piernas y la ponía más débil. Y en el corazón ese peso, como si alguien se lo apretase. Era tristeza que le producían las despedidas, la angustia de las mujeres, pero también algo indefinido, sin explicación. Aunque sabían que Lurdes nunca había salido de Natal, le pedían datos sobre los distintos sitios donde destinaban a sus maridos y amantes. Algo podía decirles en algunos casos, recordando lo que le contara Juvencio de sus viajes. Pero había algo que daba a Lurdes la sensación de que ninguna llegaría a viajar, por acercarse acontecimientos que traerían para todos grandes males. Una idea sin ningún fundamento, una angustia sin motivo, nacida de sí misma, como una adivinación del futuro.

Ya el hijo se movía en su vientre. Sentíalo golpear contra las paredes de su prisión como si anhelara nacer, ver la luz del mundo, vivir la vida de los hombres. Iban y venían mujeres y la mañana se hacía larga de pasar. Esperaba a Juvencio, con una impaciencia que aumentaba a medida que el sol subía hacia el mediodía. Mañana de lágrimas y planes. Toda la gente andaba triste. Quién sin saber qué iría a sucederle. Quién teniendo que comenzar una vida nueva en una ciudad desconocida. Lurdes o: a las lamentaciones con paciencia, echada en la reposera que Juvencio le trajo cuando adelantara su embarazo. Lo esperaba ansiosamente ya. Y pensaba que nada le diría, sin embargo, si algo se preparaba en secreto. Este secreto no le pertenecía, eso lo comprendía Lurdes. ¿Y qué haría ella si lo supiese? ¿Iría a llorar colgándose de su cuello y pidiéndole que desistiera?

Lurdes era un temperamento instintivo y sus convicciones no resultaban de un análisis profundo. Tenía intuiciones. Juvencio estaba metido en todo esto, corriendo riesgos graves, porque deseaba una vida mejor para los pobres. Le parecía bien que lo hiciera y además estaba segura que él no haría nada que no fuese justo y correcto. Juvencio tenía ascendiente sobre mucha gente, pero más sobre su compañera.

Llegó Juvencio muerto de sueño. Ya hacía tres noches que no dormía, en rápidas apariciones por su casa, en una actividad que Lurdes no se explicaba. Algo fuera de lo común se preparaba, eso ella lo sentía en el ambiente y en el corazón. Juvencio andaba silencioso y preocupado, su risa, habitualmente tan franca, se había hecho forzada, y no llegaba a

limpiar completamente sus ojos y a distender las arrugas de su frente. Comió y se echó en la cama. Lurdes se acostó a su lado.

Con la cabeza fuera de la almohada, como era su forma de dormir, él observaba el vientre de Lurdes, ya enorme. ¿Llegaría la ver a su hijo? Si no lo llegaba a ver, si no viese más a Lurdes, su deseo era que supiesen que él había muerto luchando para que ellos fuesen más felices. Ellos y todos los otros que sufrían en las ciudades y los campos, estos ante todo, porque eran los miserables y cuya miseria conocía mejor Juvencio. Levantó la cabeza. Leyó en los ojos de Lurdes, cuyos labios nada preguntaban, una ansiosa interrogación. Nada le podía decir, ni a ella, porque no era solo la vida y la muerte suyas las que arriesgaría, sino la vida de muchos y la suerte de la revolución. Podía confiar ciegamente en Lurdes, pero el secreto no le pertenecía. Le sonrió, le guiñó el ojo en un gesto de cariño y vio el esfuerzo de ella para sonreírle. Y para no preguntar. «Mujercita valiente», pensó.

El sueño pesaba como plomo sobre sus párpados, sueño de tres noches en claro. Le habían dado orden de descansar esa tarde y estar preparado para la noche. La fecha de traslado de cabos y sargentos ya estaba dada. Había llegado el momento de actuar. La miró, quiso decirle algo, cerró los ojos. Quedó dormido como un tronco. Durmió toda la tarde y cuando despertó las primeras sombras de la noche entraban por las rendijas de la ventana. El cuarto estaba envuelto en una penumbra tibia y triste. Lurdes seguía a su lado, velando su sueño, con el rostro marcado por la angustia.

Saltó de la cama y fue a lavarse la cara en el pico de agua del fondo. Lurdes oía el ruido del agua, levantóse con un esfuerzo y fue a la cocina. Calentó el café mientras él vestía la chaquetilla donde se destacaban los galones de cabo. Juvencio entró a la cocina, el cabello mojado, aun sin peinar:

—Tengo que irme enseguida... ¿Está listo ya el café?

—En un momentito está.

El pan estaba en la mesa y él cortó un pedazo y comenzó a ponerle manteca. Veía el mantel con manchas de café, la servilleta, el palillero regalo de Valverde. Sentóse en la silla con el esterillado roto, pensó que tal vez fuese su última comida en casa y miró todas esas cosas familiares con cariño y nostalgia, como despidiéndose de ellas. Lurdes servía el café con leche.

—Hoy han venido casi todas las mujeres de los trasladados...

Juvencio la miró de soslayo. ¿Iría a preguntarle algo? Eran como dos adversarios que se estudian para atacar y defenderse. Pero ella solo agregó:

—María, la de Antonio, anda con miedo que él no la lleve... Tiene tres hijos, la pobre... Y Elvira lo mismo...

—¿Qué Elvira?

—Esa mulata gorda, amiga de Manuel...

—¿Y yo qué puedo hacer?

Encontraba esos temores tan absurdos, sabiendo lo que iba a suceder dentro de poco, que no encontraba qué decir.

—Quieren que les digas a ellos que no las dejen...

Juvencio la miró. Estaba de pie al lado de la mesa, cansada y abatida. ¿Por qué le estaba diciendo estas cosas, cuando ella con seguridad sospechaba lo que iba a pasar? Juvencio estaba seguro, no consiguió engañarlo. Ella lo adivinaba, lo leía en sus ojos. No preguntaba, hacía bien, él nada podía explicarle. Le pareció que debía decir cualquier cosa:

—Bueno, a esas que han venido a hablarte, deciles...

La cara de Lurdes estaba empapada en lágrimas y sus labios se apretaban para ahogar un sollozo. Lo calló. ¿Para qué continuar diciendo esas palabras que ella sabía disimulaban lo que no quería decir? Se levantó, bebiendo el café apurado:

—Se me ha hecho tarde...

Dio unos pasos, volvió, tomola por la cintura, sintiendo el temblor que le recorría todo el cuerpo. La besó:

—No tengas miedo...

Y salió rápidamente. En las calles se encendían las primeras luces.

De todos los hechos del cabo Juvencio, durante el levantamiento de Natal, uno, sobre todo, quedó grabado en la memoria de los protagonistas del suceso. Era menos que un hecho, una frase nada más. Pero se relataba siempre al hablar del cabo Juvencio y para dar la medida de su serenidad en los momentos más graves.

Esto sucedió horas antes que el movimiento estallara. Eran las once de la noche y ya todos los preparativos estaban terminados y la iniciación del levantamiento fijado para las dos de la madrugada. Juvencio quiso

aprovechar el margen de tiempo para dormir, comprendiendo que luego no le sería fácil hacerlo. Pensó también que mostrando tranquilidad, calmaría a los otros, que andaban inquietos y podían despertar las sospechas de los oficiales, más o menos sobre aviso.

Se acostó y, de tan cansado, se durmió. Había pedido a Macedo que lo llamara a la una y media, treinta minutos antes de la hora fijada. Soñaba con Lurdes y con el hijo que ya había nacido, cuando sintió que lo sacudían. Abrió los ojos y saltó de la cama, seguro que era la hora. Pero al mirar su reloj pulsera, vio que marcaba las doce y media. Pensó que se hubiera parado y se lo acercó al oído. Marchaba. Preguntó a Macedo:

—¿Qué hora es?

—Las doce y media.

—¿Hay alguna novedad?

—Y... no...

—¿Y para qué diablos me has despertado entonces? Quiero dormir hasta la una y media...

Se acostó y nuevamente se durmió. La despertó la voz de Quirino que le decía al oído:

—La una y media...

Todos los demás habían pasado la noche inquietos, gastando energías en esa nerviosidad de la espera, observando los minutereros de sus relojes, orinando a cada rato con frío en la vejiga. A pesar del calor, Valverde se soplaba las manos en concha como si las tuviese heladas. En cambio Juvencio durmió tranquilamente. Oían su rítmico roncar y veían una sonrisa en sus labios.

Más que todo lo que hiciera Juvencio durante el levantamiento, este episodio se difundió y servía para caracterizarlo. En el presidio de la Isla Grande, Valverde gustaba contarle, con su invariable comentario:

—Hombre con más sangre fría, no he visto otro... Ni Toriño...

Sin embargo, si este episodio decía de la serenidad del cabo Juvencio, nada mostraba de su rapidez de raciocinio, de su claridad de juicio, de su bravura y lealtad, de su sentido de la responsabilidad, que demostrara en el transcurso de la lucha. Y especialmente después, al llegar las horas amargas de la derrota, cuando el pánico dominó a los hombres, antes tan entusiastas y seguros de sí mismos.

Y estas cualidades las reveló Juvencio nuevamente en la prisión. En los interrogatorios asumió la responsabilidad del levantamiento y nada más declaró ni con amenazas ni con torturas. En su interrogatorio, solo había

dos palabras: «Nada declaró». El hijo del *sertón*, que escapó de su casa para formar parte de la banda de Lucas Arboleda, aprendía en la ciudad y se hacía líder de hombres rebeldes. En la prisión pensaba en el *sertón*, en los campesinos, en Lucas Arboleda y en José, su hermano, que era bandolero. Fue el mismo impulso de rebeldía y la misma sed de justicia que los arrancó de su casa, pero pensaba que él había tenido más suerte, porque, en lugar de encontrar a Lucas Arboleda, había encontrado al partido y el debido encauzamiento de su rebeldía.

8

Cuando se oyeron los primeros disparos, muchos oficiales no creyeron que fuese un levantamiento. Hubo resistencia, más seria de lo que se preveía. Corrió sangre en los patios y corredores del cuartel. Varios oficiales ya estaban presos en el comedor del casino, pero todavía algunos resistían apoyados por grupos de soldados. Juvencio fue a detener al comandante del regimiento, que, atrincherado en un cuarto, amenazaba disparar su revólver contra el primero que se acercara. Macedo, encargado de esta detención, ante la resistencia del comandante y queriendo cumplir la orden de no matar a los oficiales de ser posible, se redujo a tomar las salidas del corredor para evitar su huida. Juvencio enterado de lo que pasaba resolvió ir él a reducirlo. Quirino había asumido el comando del regimiento, que estaba todo amotinado, salvo una compañía de ametralladoras, que al mando de un teniente, seguir luchando. Los cadáveres y los heridos obstaculizaban las maniobras de la tropa en el patio. Juvencio subió las escaleras acompañado de Macedo. A los soldados que guardaban el corredor, el comandante los arengaba, recordándoles la obediencia que le debían y el castigo que iban a recibir por haberse sublevado. Cuando Juvencio llegó, los soldados ya daban muestras de indecisión. La voz del comandante sonaba enérgica, Juvencio le hizo justicia en mente: «Corajudo el hombre».

Se fue acercando a lo largo del corredor, pegado a la pared, con pasos sigilosos. Pero su sombra, alargada por el foco eléctrico, fue vista por el comandante, que gritó:

—¿Quién viene ahí?

Juvencio se detuvo y respondió:

—Cabo Juvencio, mi comandante. Ya llego...

El comandante le tenía estima, sabía lo cumplidor de sus deberes, correcto, sobrio, poco amigo de parrandas y desórdenes, y con una excelente foja de servicios. Además conocía su comportamiento en la frontera. Los disparos raleaban, solo del lado izquierdo del cuartel se oía un tiroteo cerrado. Y el comandante supuso que el motín había sido sofocado y que el cabo Juvencio venía en su ayuda. Ya en el corredor no oía el movimiento de soldados, ni la voz de Macedo pidiendo que se rindiera.

Juvencio siguió hacia donde se encontraba el comandante, pero ahora por el centro del corredor, escondiendo el revólver. Franqueó la puerta. El comandante estaba de pie, con el arma pronta a disparar. Juvencio se le fue acercando, levantó la mano derecha para hacer la venia, pero rápido la bajó sobre la del comandante desarmándolo. Le dijo:

—No vale la pena resistirse, mi coronel. La revolución está victoriosa en todo el país.

El comandante palideció de rabia. Se aproximaban los soldados con Macedo.

—Llévenlo al casino —ordenó Juvencio a los soldados. Y al comandante—: Puede ir tranquilo, nada le va a suceder... a no ser que quiera fugarse o trate de sonsacar a mis hombres. —De nuevo a los soldados—: Si es así, bala sin asco...

Descendió a la carrera las escaleras. Llegaban noticias de que el levantamiento de la Policía Militar había fracasado y que marchaba sobre el cuartel. Conferenció con Quirino y Francisco. La Guardia Civil amotinada, luchaba en las calles. Se decía que el gobernador estaba prófugo a bordo de un barco, pero no se pudo confirmar la noticia. Lo importante ahora era reducir a la compañía de ametralladoras que seguía resistiéndose. Juvencio dirigió el asalto. Valverde estaba a su lado a pecho descubierto:

—Peliaguda la cosa...

Sabía Juvencio que la empresa era difícil. Pero debían liquidar esta resistencia cuanto antes, sino quedarían entre dos fuegos al atacarlos la Policía Militar. Observó a los hombres que lo acompañaban. Desde la puerta veían al teniente en el patio, en el ángulo final del muro, atrincherado detrás de unos cajones, las ametralladoras apuntadas hacia la puerta. No era más que un salto y una corrida. ¿Pero cuantos iban a morir? Examinó de nuevo la situación. No había más que hacer. Se volvió a los soldados:

—Tenemos que tomar esas ametralladoras... El que sea hombre que me siga...

Atravesó de un salto la puerta, sin mirar atrás. Cuando cayó acribillado a balazos, Valverde se agachó sobre él. Juvencio murmuró:

—Seguí, hijo de puta, sino los otros retroceden...

Y lo vio avanzar y a los soldados correr tras él. Tabletearon las ametralladoras, enseguida un silencio total, que duraba todavía cuando volvió en sí lanzando un gemido. Después, casi inconsciente, fue puesto en una camilla. Abrió los ojos con esfuerzo y vio que la bandera roja tremolaba en el mástil del cuartel. Sonrió antes de volver a desmayarse.

9

Alrededor de la una de la tarde, el zapatero Luis vino a visitarlo al hospital, donde las monjas silenciosas miraban aterrorizadas a esos hombres barbudos con pañuelos rojos al cuello. Extendido en la cama, con un brazo y una pierna vendados, Juvencio amenazaba a cada momento levantarse y salir. La monja, todavía joven y con una bondadosa sonrisa que suavizaba sus indicaciones, le rezongaba:

—Quédese acostado y no se mueva... Es orden del médico...

Finalmente le permitieron mandar unas líneas:

—Si no viene alguno, me levanto y me voy al cuartel.

El zapatero trajo muchas noticias y mucho apuro. Todo marchaba bien. En Pernambuco también había estallado la revolución.

Dos regimientos se habían levantado. Y en Natal las cosas se desarrollaban sin ningún inconveniente. Estaba constituida una junta gubernamental, de la cual el zapatero formaba parte, el gobernador estaba prófugo, la ciudad en calma, y se había retirado dinero del Banco para cualquier emergencia.

—¿Y el interior?

—Ya tenemos intendentes en varias ciudades.

—¿Salieron columnas para el interior?

—Todavía no, pero estamos en eso.

—¿Y en el cuartel?

—Todo bien... Quirino de comandante... Bueno, ahora trate de descansar, que el médico dice que sus heridas son graves y necesitan un

tratamiento riguroso... Después voy a volver para traerle noticias.

Solo en el hospital, sentía la fiebre. Pero sus pensamientos estaban en el cuartel. A pesar de todo el optimismo del zapatero, Juvencio no se sentía satisfecho. Dos cosas, especialmente, lo preocupaban. Primero que la revolución no hubiese tomado todo el país, como él esperaba y le aseguraron que acontecería. Después la demora en salir las columnas expedicionarias para el interior. Temía el forzado ocio del cuartel. Y luchaba contra la modorra de la fiebre y trataba de pensar, coordinar las ideas. En cierto momento le pareció que oía la voz de Lurdes en el corredor. Prestó atención, aguzando el oído, pero no era. Pensó que deliraba. Solo después supo que Lurdes había estado en el hospital sin poder verlo, porque las monjas, cumpliendo órdenes del médico, no se lo permitieron.

Durmió un poco. Un sueño inquieto, pero que le hizo bien. Despertó oyendo nuevamente voces en el corredor. Ahora no había duda. Era el vozarrón de Macedo y el hablar incisivo de Valverde. La monja discutía. Macedo decía:

—De cualquier manera voy a entrar, señora... Déjeme pasar...

Entraron. Se detuvieron ante Juvencio. Este les sonrió y dijo levantando el brazo vendado:

—Me trataron mal...

—Francamente, pensamos que te habían liquidado —dijo Valverde. Y agregó—: Perdimos siete hombres en ese ataque...

Juvencio quiso preguntar quiénes, pero quedó callado. ¿Qué se ganaba en estos momentos con saber el nombre de los que morían? Preguntó por Lurdes.

—Está cocinando para los soldados. Ella con otras... Quiso verte, pero las monjas no la dejaron... Tampoco querían dejarnos entrar a nosotros... Me tuve que enojar...

—Te oí en el corredor...

Notó a los dos irresolutos, como si no quisieran decirle algo en vista de su estado. Inquieto, se incorporó a medias en la cama aguantando un quejido, para hacerles ver que no estaba imposibilitado. Inquirió:

—¿Qué es lo que pasa? Vamos, desembuchen...

Valverde contestó:

—No es nada de importancia... Las cosas andan.

Observaba a Juvencio con el brazo vendado, la pierna envuelta en gasas a la altura del muslo, su cabeza chamuscada. ¿Qué se iba a sacar con

contarle lo que sucedía? Nada más que preocuparlo. ¿Qué podía hacer?...

Pero el vozarrón de Macedo lo interrumpió:

—Es mejor decírselo no más... —y antes que el otro lograra impedirselo—: La cosa en el cuartel va bastante mal... Si sigue así no sé en qué vamos a terminar...

Juvencio se había sentado en la cama. La monja, recuperada del susto que le dio Macedo, apareció en la puerta y se espantó al verlo así:

—Vamos, vamos, acuéstese... ¿No sabe que está muy herido? ¿Que todavía tiene la bala en la pierna?

Juvencio la miró con fastidio:

—No me moleste ahora... —Pero se arrepintió enseguida—: Disculpe, hermana... Estoy conversando algo muy importante... Déjeme ¿quiere? Después le prometo acostarme... —Y dijo a Valverde—: A ver, contá...

—Nadie se entiende esa es la verdad... En el cuartel todos quieren mandar... Pero en la ciudad la cosa anda bien, la Junta ha tomado algunas medidas. Pero en el cuartel... es un lío...

—¿Qué sucede?

Valverde estiró un dedo:

—Primero: la falta de autoridad... Quirino no se hace respetar. Los nuestros le obedecen, pero los otros...

—¿Qué otros?

—Los que se adhirieron al movimiento... Son muchos... Cada uno quiere mandar más que el otro y dan órdenes para todos lados... Todo es discusión... Y lo peor es que no son ellos solos, algunos de los nuestros también... Francisco se ha peleado con Quirino y hasta delante de los soldados discuten...

Se detuvo y estiró otro dedo:

—Segundo: la bebida. Se prohibió, pero hay bebida a discreción... Algunos andan borrachos de caerse...

—¿De los nuestros?

—Uno que otro. Los más son de los adheridos...

—¿Qué más?

—Robo... Asaltaron la despensa...

—¿Los nuestros?

—No, los nuestros no... Y andan por la ciudad vendiendo las cosas...

—¿Los dejan salir?

—¿Y quién les dice que no?

Juvencio pensó un momento y dijo:

—Eso hasta pueden ser cosas de los enemigos... Para desacreditarnos.

Valverde concordó con un movimiento de cabeza.

—Y eso no es todo... Hay algo peor...

Pero se detuvo arrepentido de lo que iba a decir. Eso no valía la pena contárselo. ¿Para qué? ¿Qué podía remediar en el estado en que estaba? Lo único que le iba a dar era un disgusto. Pero Juvencio exigió:

—¿Qué es?

—Hay algunos que quieren matar a los oficiales...

—¿Matar a los oficiales?

—Así es, no más. Andan borrachos y dicen que hay que matarlos. No sé si ya los habrán liquidado. Se quedó Quirino discutiendo con ellos. Y Francisco también está con que hay que matarlos...

—Esto es una maniobra de los provocadores —dijo Juvencio.

—Eso yo creo también.

Hizo un esfuerzo con el cuerpo. Lo que más le dolía era la pierna herida.

—A ver, ayúdenme.

—¿Te vas a levantar?

—Voy al cuartel. —Y advirtió—: Conmigo no van a jugar...

Lo ayudaron a vestir el uniforme. Tomó el revólver, solo podía mover la mano derecha, por suerte la herida era la izquierda. Se echó la chaquetilla sobre los hombros, el pecho descubierto.

—Vamos...

La monja, que se aproximaba a la puerta en ese momento, retrocedió al verlo:

—¿Cómo se ha levantado, hijo?

—Tengo que salir, hermana.

Ella movió la cabeza en un gesto de censura:

—Le puede costar la vida, hijo...

—No importa, hermana... Hay cosas más importantes...

Macedo y Valverde bajaron la cabeza, sintiéndose culpables ante la mirada de la monja. Juvencio marchaba casi arrastrándose. Al llegar a mitad del corredor, no pudo más y pidió:

—Dame el brazo, Macedo...

Valverde le dijo:

—Te va a hacer mal...

—Vamos...

Al atravesar la puerta del hospital, empuñó el revólver. Macedo sintió todo el peso del cuerpo de Juvencio sobre su brazo. En Macedo y Valverde, Juvencio confiaba.

Al entrar en el cuartel vio que la situación era peor de lo que suponía. Era una batahola y nada allí quedaba que recordase la disciplina militar. Distinguió a Quirino en el patio, discutiendo, agitando los brazos. Alguien tocó el hombro de Quirino y le señaló el portón. Juvencio no pudo menos que sonreírse al ver su grito de alegría. Vino corriendo, despavorido, alarmado:

—Fueron a matar a los oficiales... Vaya rápido...

—¿Están en el casino?

—Sí, en el casino...

—¿Y usted no es el comandante? ¿Dónde está su autoridad?

Quirino confesó:

—Esto es un desorden bárbaro...

Juvencio se apoyó en Macedo, pero solo para tomar impulso, y caminó con un esfuerzo doloroso que le contraía toda la cara. Llevaba el revólver amartillado. Macedo y Valverde empuñaban también sus armas.

Los revoltosos acababan de llegar al casino cuando ellos aparecieron. Algunos estaban borrachos, otros se dejaban arrastrar entusiasmados con el desorden. Hombres que se habían adherido al producirse el levantamiento y no se creían en la obligación de acatar un jefe. Los oficiales, indefensos, se juntaban en un rincón. Algunos estaban pálidos, otros se mantenían serenos. Uno de ellos arengaba a los amotinados, que se reían y gritaban. Juvencio llegó por detrás de ellos:

—Salgan de aquí...

Lo miraron como si fuese un fantasma. Tenía la cara blanca como un papel, como si hubiese perdido la última gota de sangre. Y se separaron para que pasara. Pensaron los oficiales que les había llegado su última hora. Sabían que Juvencio era el jefe del levantamiento, que había detenido al comandante y tomado la compañía de ametralladoras. Pero lo hacían muerto. El teniente que mandaba la compañía de ametralladoras sonrió tristemente. El comandante se adelantó:

—Piense bien lo que hace, cabo Juvencio.

Juvencio lo miró sin odio y sin piedad:

—Usted no hable...

Los soldados aplaudieron, un borracho gritó un insulto. Juvencio miró fijamente al soldado:

—Valverde, meta a este hombre en el calabozo. Después veremos...

Todos callaron. Algunos borrachos intentaron reír, pero no encontraron solidaridad en los demás. Juvencio les dijo:

—Ustedes han venido a matar a los oficiales...

—No, solo a darles un susto...

—Sean hombres, y no mientan que es peor... ¿Qué son ustedes, revolucionarios o criminales? —Se dirigió a los oficiales—: Quiero que sepan que ninguno de estos hombres es comunista ni aliancista. Un comunista no es un asesino... —Se dirigió nuevamente a los soldados—: ¿No ven que eso es lo que los enemigos de la revolución quieren? Para decir después que nosotros no somos más que unos asesinos. Que solamente los oficiales pueden mantener la disciplina y los únicos que pueden mandar en el ejército. Y ustedes en lugar de demostrar que eso no es cierto...

—Qué me importa la disciplina... —dijo un borracho—. Uno ha ganado, ahora hay derecho para cobrarse todo lo que esos nos han hecho... Tenemos derecho... —tomaba un tono de arenga.

—¿Cómo se atreve a discutir mis órdenes? Soy el comandante del cuartel y usted va a recibir un castigo por indisciplina. Queda arrestado.

—¿Quién es capaz de detenerme?

—Yo... —dijo Macedo avanzando hacia él.

El borracho quiso reaccionar, pero Macedo de un puñetazo lo tiró al suelo.

Los oficiales, observando los acontecimientos, comprendieron que ahora el cuartel tenía nuevamente un jefe. Y no se engañaban, porque el desorden terminó. El que se engañaba era Juvencio cuando les informó:

—La revolución se encuentra victoriosa en todo el país... La vida de los oficiales tiene la garantía del comando del cuartel. Después serán juzgados. Eso sí, quiero decirles una cosa: el que trate de fugarse o sonsacar a los soldados, será fusilado sin juicio. —Se dirigió a Valverde—: Llevá los presos y mandá aquí cuatro hombres de confianza.

Quedaban todavía algunos soldados. Los interpelló:

—¿Qué hacen aquí? Vayan al patio.

Los hombres obedecieron de inmediato. Los oficiales comenzaron a cambiar de opinión sobre el destino de la revolución, que ya la daban por perdida. El médico militar, viendo que en el muslo de Juvencio corría sangre, se le aproximó:

—Así se va a desangrar... —Y dijo a Macedo—: Traiga gasas y algodón...

Juvencio apartó al médico con la mano:

—De ustedes no quiero nada... Ya me arreglaré... Valverde volvía con unos soldados. Juvencio les ordenó: —Cuiden las entradas. Méntele bala al que quiera fugarse y también a cualquiera que sea que no traiga orden mía o de Quirino... Nada de discutir, bala no más...

Salió. Pero en el corredor Macedo tuvo que sostenerlo.

11

Al llegar al patio, antes de hablar con los soldados, deseaba poder conversar con Quirino, ponerse bien al tanto de la situación, planear con él, que era políticamente el de más jerarquía, la mejor manera de actuar. Pero apenas dejó el brazo de Macedo, para atravesar solo la puerta que daba al patio, comprendió que no podría hacerlo. Quirino estaba al fondo con un grupo de soldados y lo rodeaban los cabos y sargentos partidarios. En el extremo opuesto, separados como si fuesen adversarios, otro grupo de soldados, cabos y sargentos, y con ellos Francisco. Los dos grupos más o menos se equivalían en fuerzas. Juvencio observó a ambos un momento. Tratava de juntar fuerzas para poder andar, la mano casi no le sostenía el revólver. Temía desmayarse. Aún así rechazó el auxilio que le ofreció Macedo y caminó hasta colocarse entre los dos grupos. Miró largamente a Francisco y volviéndose a Quirino, dijo con voz pausada y grave:

—Estoy a sus órdenes, comandante —hizo la venia sin soltar el revólver y volvió a mirar a los que estaban con Francisco.

Quirino se adelantó hacia él. No sabía qué se proponía hacer, pero desde que lo viera atravesar el portón del cuartel, quedó tranquilo. Con Juvencio allí, Quirino tenía la seguridad de que todo marcharía bien. Macedo murmuró:

—Cuidado con Francisco, Juvencio... El...

Pero la voz de Francisco cortó su advertencia:

—¿Comandante, y por qué? ¿Quién lo eligió? ¿Acaso somos unos chicos para que nos nombren el que nos mande? —Y señalando a los hombres que lo rodeaban—: Nosotros no aceptamos a Quirino como comandante.

Los soldados que respondían a Francisco miraban a Juvencio sin ninguna hostilidad. A pesar de todo el trabajo de zapa de Francisco, confiaban en el cabo Juvencio y conocían bien que se jugaba por ellos. Juvencio también los miraba, estudiándolos uno por uno. Francisco se colocó frente a él, pero Juvencio pasó a su lado, sin responderle, se paró ante los soldados y les habló, serlo, casi severo:

—Compañeros, he venido del hospital para saber que pasa aquí. Y encuentro el cuartel en desorden, a los soldados de la revolución sin cumplir sus obligaciones. Es para pensar que los soldados cuando no tienen oficiales que los manden, que les den órdenes, que los metan en el calabozo, son incapaces de portarse como deben. Nos levantamos porque el pueblo está pasando hambre y los soldados, cabos y sargentos son perseguidos. ¿Y ahora vamos a demostrar que no valemos nada? Francamente, me dan vergüenza...

Los miraba, ellos bajaron la cabeza. Francisco quiso replicarle, pero Juvencio no le consintió.

—Después habla... Después puede hablar el que quiera. Ahora hablo yo y tengo derecho, porque he dejado el hospital para que no los maten por la espalda en cualquier momento. —Se dirigió a los soldados que estaban con Francisco—: ¿Tengo o no tengo derecho a hablar, compañeros?

Un negro se adelantó:

—Puede hablar, usted es un hombre derecho... Nosotros le tenemos confianza...

—Esta revolución, compañeros, la hizo la Alianza Nacional Libertadora con el apoyo del Partido Comunista. Ahora tenemos un gobierno popular formado por aliancistas y comunistas. Y a ese gobierno deben obedecer los soldados de la revolución... Fue ese gobierno que nombró al camarada Quirino comandante del regimiento. ¿Por qué se niegan a obedecer? ¿Por qué toda esta discusión? No quiero pensar que los soldados son incapaces de manejarse solos. ¿Por qué querían matar a los oficiales? ¿Quién les dio permiso para entrar bebidas al cuartel? ¿Qué son ustedes? ¿Revolucionarios o integralistas?

Estaban confusos. Juvencio modificó el tono:

—Es claro que yo comprendo muchas cosas... El entusiasmo, la libertad, pero todo eso tiene que terminar... Y yo digo: se acabó... Desde ahora tiene que haber disciplina... ¿Estamos?

Los hombres se consultaron con la mirada y el negro dijo:

—Yo estoy conforme.

Los otros también manifestaron su acuerdo. Uno gritó:

—¡Viva el cabo Juvencio!

Francisco, exaltado, les reprochaba:

—No sean maulas...

Juvencio llamó:

—¡Ricardo! ¡Damián! Arresten al cabo Francisco... Por enemigo de la revolución... Ha querido fomentar el desorden para entregarnos mejor... Se le formará un consejo de guerra.

Francisco sacó el revólver. Pero rápido Macedo le sujetó el brazo:

—Largá esa arma, hijo de puta...

Juvencio se fue tomado del brazo de Quirino. No podía más. En el corredor se desmayó. Los soldados lo vieron caer y de ambos grupos corrieron a levantarlo. Las vendas del brazo y de la pierna estaban empapadas de sangre. Y los promotores del desorden fueron los primeros en acatar las indicaciones de Quirino.

12

El médico le dio una inyección para que durmiese. Era un simpatizante y sabía la importancia de Juvencio para la revolución:

—Usted se está matando, mi amigo.

Lurdes vino afligida pero sin lágrimas. Le arregló la cama improvisada en la enfermería. Sin embargo Juvencio le pidió que se fuese:

—Cuando llegué, esto estaba lleno de mujeres, parecía un salón de baile... Las eché a todas... Si te quedas, ¿qué van a decir los otros? No te preocupes, mañana estoy ya bien...

Lurdes comprendió y se fue. Algunos soldados se ofrecieron para acompañarla hasta su casa. El orden estaba impuesto en el regimiento. Juvencio se adormeció pensando en la organización de las columnas para el interior. Durante toda la tarde no tuvo tiempo para esto, entre imponer orden en el cuartel, conferenciar con Quirino, formar un comando,

colocar en distintos puestos a los hombres de confianza. Dejó para la noche este asunto. Hablaría con Quirino y alguno de la dirección, el zapatero Luis u otro. Era urgente despachar las columnas. Ya habían perdido casi veinticuatro horas y del sur no llegaban buenas noticias...

Se desmayó nuevamente. Llamado el médico y viendo que no se sometía al reposo absoluto que prescribiera, se preocupó. Lo puso en cama, y sin decirle nada, le aplicó una inyección que lo dejó dormido.

Despertó con el zapatero y otro compañero de la dirección al lado de su cama. Mirábanlo como si temiesen su despertar. Vio la claridad del pleno día:

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

—¿Cómo he dormido tanto?

La cabeza le pesaba y le dolía el estómago, pero estaba sin fiebre. Quirino le explicó:

—Fue por la inyección que le dio el doctor...

—¿Y las columnas? ¿Ya han partido?

—Ahora es tarde para que salgan —dijo el zapatero.

—¿Tarde? ¿Y por qué?

—En Recife la cosa está fea... No anda... Y en el resto del país, nada.

—Pero no nos vamos a quedar de brazos cruzados por eso...

Se levantó de la cama y fue hasta la pileta para lavarse la cara.

—Es que parece que el regimiento de Paraíba ha salido para atacarnos... Ahora lo más importante es defender la ciudad... Sostenernos en Natal hasta que el movimiento estalle en el sur... Eso tiene que suceder de un momento a otro.

Juvencio se sentó en la cama:

—¿No hay un poco de café?

Quirino llamó y se presentó un soldado.

—Tráigale café para el camarada Juvencio.

—Bien caliente —pidió Juvencio. Luego preguntó al zapatero—: ¿Y en Pernambuco?

—Parece que los revolucionarios tuvieron que abandonar la ciudad. Ya no usan la radio.

—¿Y aquí, cómo marchan las cosas?

—En la ciudad bien...

—¿Y en el cuartel?

—Bastante bien... Nada más que anoche se escaparon un cabo, Bonifacio, y cuatro soldados... Se llevaron algunas cosas...

—Hay que fusilar al primero que se agarre... Para escarmiento de los demás...

El soldado llegaba con el café. Juvencio le puso azúcar, revolvió y comenzó a tomarlo a pequeños sorbos. Meditaba sobre la situación. Encontraba al zapatero muy pesimista y al otro compañero muy silencioso. Sonrió:

—No hay que echarse atrás.

El día transcurrió sin mayores novedades. Juvencio, en un automóvil, recorrió la ciudad examinando los mejores lugares para construir trincheras y mandó soldados para prepararlas. Al volver al cuartel encontró un ambiente de inquietud, las malas noticias se habían propalado. Se contaban detalles alarmantes. Del calabozo donde estaba, Francisco seguía haciendo derrotismo, distribuyendo noticias desmoralizadoras. Se habían fugado algunos hombres. Uno de ellos fue detenido. Juvencio reunió a los jefes para buscar soluciones. Quirino le hizo una pregunta:

—¿Vale la pena fusilar?

—Depende...

Descendió al patio. El excesivo esfuerzo de la tarde, lo había dejado mareado, le pesaba la cabeza y tenía los ojos turbios. Hizo traer al soldado detenido. Era Juan, un campesino de cierta edad. Le habló de campesino a campesino:

—Don Juan, ¿qué le ha dado por escaparse? ¿Andaba con miedo?

—Hombre, don Juvencio, miedo de morir en el momento de la pelea no tuve. Pero el cabo Francisco dice que ya estamos perdidos que nos van a meter presos y nos van a matar a gomazos... No soy hombre para que me castiguen, don Juvencio.

—Don Juan, ha hecho una cosa muy fea y debía fusilarlo. Pero es ese traidor de Francisco el que tiene la culpa. Vea, don Juan, puede ser que muramos todos, pero peleando por la revolución. ¿Está con miedo?

—Así no tengo miedo. Así está bien. Ahora, a gomazos...

Dejó al campesino y se dirigió a los soldados:

—El que no se sienta con coraje, puede irse... No quiero cobardes aquí... Vamos a tener que pelear duro para defender la ciudad y el cuartel hasta que la revolución se afirme en el sur... El que no se anime a quedarse, que se vaya... ¿Estamos?

Como ninguno se movió, siguió hablando:

—Porque después no hay disculpas para el desertor... A ver, ¿quiénes quieren irse?

Esperó un momento. Los soldados se mantenían quietos y silenciosos.

—Está bien. Ahora vamos a darle su merecido a Francisco. Soldado Ricardino, traiga al preso.

Ahí mismo dictó la sentencia:

—Este hombre es un traidor a la revolución. Fomentó el desorden en el cuartel, aconsejó que matasen a los oficiales, está tratando, con mentiras, que los soldados se escapen como unos cobardes. ¿Qué castigo merece?

Francisco temblaba, los ojos desorbitados, abatido:

—Por Dios, Juvencio... Hágalo por su mujer...

El pelotón formó frente a un muro. Arrastraron a Francisco. Juvencio se retiró cuando sonó la descarga.

—Estamos con poca munición... —dijo a Quirino.

Pero pensaba en Francisco. Desde la puerta miró. El cuerpo de Francisco estaba de bruces, sobre un charco de sangre.

13

Era materialmente imposible detener las deserciones. Las esperadas noticias del sur no llegaban y la desmoralización dominaba a todos. Juvencio notaba que los mismos cabos adictos, que le obedecían ciegamente, trataban de evitarlo, mirándolo como con reproche. Pero la disciplina seguía manteniéndose. Juvencio sentía que en cualquier momento podía producirse el pánico. En la ciudad tampoco las cosas marchaban bien. Ahora la reacción sabía que el movimiento de Recife había sido sofocado y que ninguna parte del país respondía a la revolución. Se estaba a 25 de noviembre y solo dos días después, cuando ya las tropas del gobierno llegaban a Natal, se levantaría en Río la Escuela de Aviación y un regimiento de infantería. La junta gubernamental revolucionaria se encontraba en dificultades. El entusiasmo de los simpatizantes y el oportunismo de los adheridos, cedía, y los revolucionarios comenzaban a ser hostilizados.

Juvencio comprobó esa tarde que la defensa de la ciudad era imposible con el número de tropas de que disponían. Pese al ejemplar castigo de

Francisco, por la noche aumentaron las deserciones. Hasta algunos oficiales habían conseguido fugarse sobornando a sus guardianes.

Juvencio sentía la fiebre y temía no aguantar hasta el fin. Su cuerpo exigía descanso, sus heridas estaban abiertas y le dolía la cabeza. Aun así conferenció con Quirino y luego se dirigió al Palacio de Gobierno para conversar con los miembros de la junta. Su idea era organizar, con los hombres adictos, columnas de guerrilleros que fuesen al interior, se internaran en el *sertón* y levantaran a los campesinos a la espera del movimiento del sur que se consideraba inminente. Y estas columnas después volverían sobre la ciudad. La junta de gobierno aprobó el plan y esa misma noche Juvencio hizo partir las columnas de guerrilleros, dándoles la mejor munición. Se reservaba para salir con la última, cuando ya en la ciudad nada quedase por hacer. No podían abandonarla todos, porque entonces los enemigos saldrían a la calle y se apoderarían de Natal.

Vio a Macedo partir de madrugada al frente de una columna. Ese hombre grandote y conservador, de vozarrón escandaloso y vanidad fácil, no era más que un niño. Valeroso y leal, incapaz de una traición, fuerte y rudo, con un corazón apasionado. Lo abrazó y recibió la recomendación conmovida de Macedo:

—Cuidate, Juvencio...

Valverde quedaba. Pero el que le causaba admiración era Quirino. Políticamente era débil y fue el responsable de mucho de lo sucedido en el cuartel. Pero se mantenía firme, dispuesto a todo, sin importarle la muerte.

La madrugada del cuarto día de revolución se insinuaba sobre Natal. Los hombres iban tomando el camino de la *caatinga*, que dominaban Lucas Arboleda y el Beato Esteban. Unos iban como guerrilleros, otros como fugitivos. Juvencio los miraba perderse lejos, y, al aspirar el aire de la madrugada, recordó las largas mañanas en la *fazenda* cuando salían para cultivar la tierra, esa tierra que era de los *coroneles* y que él deseaba que fuese de los campesinos. Por eso se levantó con su regimiento. Ahora comenzarían tiempos duros, pero el *sertón* continuaba siendo el mismo y algún día los demás pensarían como el cabo Juvencio.

El último día transcurrió lentamente. Los soldados salían por la puerta principal del cuartel, sin tomarse el trabajo de escalar los muros para desertar. Juvencio los veía partir. No eran ya rumores, eran noticias ciertas. Los soldados de la guarnición de Paraíba se aproximaban a la ciudad. La revolución estaba dominada en Recife. Partían los soldados y algunos venían a despedirse:

—Hasta la vista, mi cabo... Para lo que guste, ya sabe...

No tenía fiebre, solamente cansancio, un cansancio enorme. No había parte de su cuerpo que no le doliese. La junta gubernamental se había trasladado al cuartel. Y después de sostener una larga conferencia con Quirino y Juvencio, resolvió abandonar la ciudad antes de la llegada de las tropas enemigas.

Valverde quiso quedarse acompañando a Juvencio, pero este lo obligó a partir. Quirino tenía un aire de duelo al darle el abrazo de despedida.

Hasta último momento insistieron en llevarlo con ellos, pero Juvencio se negó. No podía andar y sería un impedimento. Mintió:

—Ya me voy a arreglar... Tengo donde esconderme bien...

Al atardecer vino el negro Ricardo a despedirse:

—¿Y usted no se va, mi cabo?

—Yo me quedo.

—Entonces me quedo con mi cabo.

—¿Para qué, Ricardo? Yo me quedo, porque alguien tiene que quedarse. Y después que estoy baleado y nadie va a hacerme nada estando herido. Y soy uno de los jefes de la revolución... Usted si, si lo agarran lo va a pasar mal... Váyase que todavía está a tiempo.

—Es bueno que alguno lo acompañe...

—Yo soy todavía el subcomandante del cuartel. Y le ordeno; váyase.

El soldado Ricardo, negro, alto y feo, dio un paso al frente, se perfiló e hizo la venia. Y salió marchando como si fuese a un combate. Juvencio lo siguió con la mirada hasta que dobló la esquina.

Se había quedado solo en el cuartel. En la ciudad, el clero y los políticos se movilizaban para recibir a las tropas del gobierno con aclamaciones y flores. Sus pasos se acercaban y ahora resonaban en el adoquinado de la calle. Quedaba aún algo por hacer. Arrió la bandera de la revolución que flameaba en el mástil del cuartel, donde había permanecido cuatro días. Se la metió entre la chaquetilla y salió del cuartel.

Marchaba con lentitud, porque las heridas le impedían casi andar. Dolíale la cabeza, sentía cansancio en cada músculo y en cada nervio, un

cansancio que no le permitía pensar. ¿Adónde iría? Ningún sitio que le sirviese para esconderse. Si ganaba el monte, sería morir más pronto. En su bolsillo llevaba mucho dinero, tanto como nunca había visto. En esos momentos de nada le servía. Hizo un esfuerzo para pensar dónde podría guardarlo. «Servirá al partido alguna vez», se dijo.

Se dirigió a su casa. Desde el día anterior que no veía a Lurdes. Caía la tarde sobre los suburbios silenciosos. Se aproximaban las tropas y no tardarían en entrar al cuartel desierto. Pero no iban a encontrar la bandera para arrancarla del mástil.

Entró en su casa. Había un sofá en la sala y unas sillas pequeñas e incómodas. Lurdes estaba sentada en el sofá, el vientre subíale hasta el pecho. Al verlo quiso levantarse, pero él le hizo un gesto para que se quedase donde se encontraba. Se arrancó las botas, no tuvo fuerzas para quitarse las medias. Se echó al lado de Lurdes, apoyó los pies en un brazo del sofá y colocó su cabeza sobre el regazo de su mujer. Sintió de ella un calor, una paz, un descanso, y en su vientre el hijo que estaba por nacer.

Juvencio cerró los ojos. Ahora no pensaba en nada, sentía nada más que ese calor y parecíale que todo hubiese terminado, que esa paz y ese sosiego eran para siempre. Lurdes pasó la mano por su pelo chamuscado. Él sonrió mansamente. Las sombras del crepúsculo descendieron sobre ellos.

EPÍLOGO

La cosecha

—*Varda! Que bél toso é Toño* —dijo la italiana en su dialecto de los campesinos de Venecia.

Y la linda vecina concordó:

—*Bél giovanoto, si...*

Toño pasaba por el camino, en dirección a la ciudad. Tal vez hubiese exageración en las palabras elogiosas de la muchacha ítalo-paulista, ya habituada a ver los mulatos y mestizos nordestinos. El frío había quemado el pelo rebelde del muchacho del *sertón*, dándole un tono amarronado. Su organismo, que resistió el viaje a través de la *caatinga*, el hambre, la sed y la disentería y se formó en medio de todas las plagas de los inmigrantes en Pirapora, inmunizóse al contacto con ellas y creció fuerte, asentadas sus raíces en esa primera infancia de tanto sufrimiento. Como planta reseca por el sol, que florece y se levanta con las lluvias del invierno, así él se desarrolló en el campo paulista.

Su infancia terminó con el viaje en tren, en ese vagón de inmigrantes que los trajo de Pirapora. En la estación su tía Marta se quedó diciéndoles adiós y nunca más supieron de ella. Toño pensaba muchas veces en su tía Marta cuando miraba a las muchachas bonitas, mestizas hijas de gente del *sertón* e italianas de rosadas mejillas. Recordaba a su tía como una gran belleza y aunque jamás en su casa pronunciaban el nombre maldecido, Toño la retuvo muchos años en su memoria. Y este recuerdo se renovó con fuerza, tres años después de la llegada a la gran *fazenda* de café donde trabajaban, cuando su abuelo Jerónimo murió.

Jerónimo no era ya ni la sombra del hombre que partió cierta mañana de sus tierras entregadas al nuevo propietario de la *fazenda*. La tisis iba comiendo sus fuerzas y sus carnes. Y el último año casi no pudo trabajar en la cosecha del café. Por eso fue una suerte la llegada de Agustín y Gertrudis, que ya tenían dos hijos, corridos por el hambre que castigaba el *sertón*. Juan Pedro también había envejecido. La noche de invierno en que llegó Agustín, se reunieron en torno al fuego, encogidos de frío, de ese frío

que tanto los hacía sufrir. Agustín les trajo muchas noticias. La muerte de Juan y la prisión de Juvencio. Jerónimo lo escuchaba acostado, su persistente toser interrumpía con frecuencia el relato de su hijo. Solo tuvo un comentario:

—Qué no daría por volver...

Pocos días después murió y, más que la llegada de Agustín, fue la muerte del viejo, que se alargó en toda una terrible noche de helada, la que renovó en Toño el recuerdo de su tía Marta. Porque Jerónimo, cuyos labios nunca se abrieron para pronunciar el nombre de su hija perdida, en la hora de la muerte pareció no tener otro pensamiento que ella. Murmuraba:

—Marta... Marta...

Jucundina sentada al lado del catre del moribundo, lloraba. Tal vez dos cosas se unían en su dolor: el marido agonizante y la hija que se encontraba lejos, entre las mujeres de la vida. Y Toño, esa triste noche, recordaba el hermoso y tierno rostro de Marta, su silenciosa bondad, su cariñosa dedicación a la familia. La veía en los brazos del médico, comprando con su cuerpo el certificado de salud para su padre tuberculoso. Eso mismo había visto en una representación teatral de la ciudad, a la que lo llevó Juan Pedro. En el teatro lo que sucedía no era cierto y sin embargo la gente lloraba. A ellos les había pasado lo mismo, pero de verdad. Agustín no trajo ninguna noticia de Marta. Jucundina llevó a su hijo aparte, cuando Jerónimo estaba dormido, para preguntarle:

—¿No has sabido algo de Marta?

—No, nada... En Pirapora no está... Dicen que salió hace tiempo... — Y agregó—: Ya sabe que esas mujeres andan de un lado a otro... Son como los urubús que van adonde hay comida...

La noche que todos se reunieron en torno a la cama del viejo Jerónimo para asistir a su partida definitiva, Toño escuchaba las palabras que el abuelo murmuraba en los estertores de la muerte:

—Dios te bendiga, hija mía...

Tal vez la estuviese viendo, porque su mano se levantaba en una bendición.

Luego una bocanada de sangre se mezcló al nombre de Marta pronunciado en un ronquido.

El entierro estuvo muy concurrido. Vinieron trabajadores de la *fazenda*, colonos vecinos, en su mayoría italianos. Los del *sertón* hablaban

de su tierra, contaban episodios del viaje hasta San Pablo. Toño pensaba en Marta, su tía.

Era el recuerdo más profundo de su infancia que terminó con el viaje del tren. En San Pablo trabajaba con su abuelo y Juan Pedro en las tareas de la *fazenda*. Unos meses fue a la escuela, lo suficiente para aprender a leer y escribir. Ya más grande siguió estudiando por su cuenta, tenía verdaderos deseos de saber más.

Pocos hechos importantes en su vida, fuera de la llegada de Agustín y la muerte de su abuelo. Pero el más significativo de todos, fue el viaje que hizo con su abuela Jucundina para visitar al tío Juvencio en la prisión de Isla Grande. Ahí estaba Juvencio con otros presos políticos traídos de Fernando de Noronha. Juvencio estudiaba ahora; para él la prisión fue una universidad. Los compañeros más cultos lo dirigían y por fin pudo leer esos libros tan codiciados antes de la revolución del 35. Con Engels aprendió que la «libertad es el conocimiento de la necesidad», y pensaba que el *sertón* estaba conociendo con sangre y dolor. Tanto hablaba del *sertón* y de los campesinos explotados, que algunos compañeros le hacían bromas con eso. Pero todos los que se encontraban luchando, comprendían que se debía cultivar en este hombre del *sertón* su pasión por el problema del campo. Y le hacían llegar todo material, libros, folletos, que trataban de la cuestión campesina. Él los devoraba en sus largos días de prisión.

Jucundina al saber que su hijo más querido estaba relativamente cerca y que podía verlo, no descansó hasta que consiguió hacer el viaje. Juntó el dinero necesario, centavo sobre centavo, para el pasaje y los gastos. Y se fue informando de la manera de ir a Isla Grande. Y un día partió acompañada de Toño, que ya era muchachón.

Al llegar a Río, Jucundina se metió en una fonda próxima a la estación y todo el siguiente día lo pasó en la policía para conseguir el permiso de visita. Después de divertirse con la vieja campesina, le dieron el permiso para visitar a su hijo en Isla Grande. En la fonda le indicaron el tren que debía tomar dos días después. No salieron de la fonda estos dos días, el movimiento de las calles asustaba a Jucundina. Toño espiaba desde la ventana del cuarto los automóviles, los tranvías, el paso de la ambulancia de la Asistencia Pública con su ruidosa campanilla.

El tren iba lleno de familiares de los presos. Jucundina les pedía informaciones y ellos le preguntaban a qué iba a Isla Grande:

—Voy a visitar a mi hijo que está preso allá...

Creyeron que era un preso por delitos comunes y quisieron averiguar la causa:

—¿Y por qué está preso?

—Era cabo en Natal y peleó en una revolución... Lo metieron en la cárcel. Dicen que fue cosa muy mala lo que hizo... Pero yo sé que mi hijo no pudo hacer nada malo... No es capaz...

—¿Y cómo se llama?

—Juvencio...

—¿Juvencio? ¿El cabo Juvencio?

Todos la rodearon. Todos eran amigos de su hijo. El corazón de la vieja se llenó de orgullo. Toño, con sus pantalones a media pierna y su horroroso sombrero rojo, también participó de las atenciones como sobrino de Juvencio.

El resto del viaje lo pasó Jucundina narrando las penurias sufridas en la travesía del *sertón*, cuando les quitaron la tierra que trabajaban. La gente la oía condolida y hasta un riograndense, guardia del presidio, se conmovió con esta narración sin lágrimas ni adjetivos.

2

La imagen de Marta se unió, en la memoria de Toño, a la de su tío Juvencio. Lo veía en el presidio, con un libro bajo el brazo, pasearse por la playa con Jucundina. Todo el día estaba con ella, oyendo lo que contaba su madre entre lágrimas, lágrimas de alegría por ver de nuevo a su hijo y lágrimas de dolor por los que habían muerto o desaparecido, como Marta.

Juvencio estaba desconocido. También Jucundina parecía otra, el cabello completamente blanco, los ojos turbios, la cara llena de arrugas. Esta visita fue para él una alegre sorpresa.

Al llegar al presidio en la camioneta, María Barata dijo a Jucundina:

—Espérese aquí, que yo quiero darle la noticia. —Y explicó al capitán Agildo, también alojado en el presidio—: Es la madre de Juvencio...

El capitán se quedó acompañando a Jucundina, mientras María. Barata iba en busca de Juvencio. Al encontrarlo, le dijo:

—Le traigo un regalo...

—¿Cigarrillos o dulce?

—Mejor que eso... Venga...

El encuentro fue conmovedor. La vieja palpaba los brazos y las piernas del hijo y dio un grito de júbilo cuando comprobó que no estaba lisiado como le habían dicho. Hasta el propio capitán se sintió emocionado.

Cuatro días pasó Jucundina con su hijo. Cuatro días durante los cuales no lo dejó más que cuando debía ir a su celda. Toño conversaba con los presos y oía cosas extrañas y asombrosas. Fue la revelación de un mundo nuevo. Estos presos en nada se parecían a los que estaban en la cárcel de la ciudad paulista cercana a la *fazenda* donde trabajaban. Eran hombres alegres y confiados en el porvenir. Toño se encontraba encantado de estar entre ellos y aprender con su tío y los otros las cosas que ellos sabían. Una frase que oyó, sobre todo, se le quedó grabada en la memoria: «la tierra pertenece a los que la trabajan». Ellos estaban presos por pensar así. A Toño le gustaría estar preso por eso.

Cuando regresaron, toda su conversación era sobre su tío y sus compañeros de presidio. Un pariente de uno de los presos no los dejó que fuesen de nuevo a la fonda hasta tomar el tren de vuelta a San Pablo. Los alojó en su casa y los sacó a pasear en auto por la ciudad. Al día siguiente los acompañó hasta la estación.

Los amigos prometieron ocuparse de Juvencio y Jucundina lloraba agradeciendo tanta bondad. Y ahora ya no sentía la misma pena por ver a su hijo en presidio. Estaba orgullosa de él. No era ningún criminal. Y mientras el tren corría de regreso, madre y sobrino recordaban los días pasados en Isla Grande. Cuando Toño llegó a la *fazenda*, tuvo mucho que contar. Y en la noche, al acostarse, veía, con los ojos cerrados, a su tía Marta despidiéndose en la estación y a su tío Juvencio hablando en la Isla Grande esas cosas que él repetía para no olvidarlas nunca.

3

Un día por imposición de los acontecimientos nacionales e internacionales, se acordó la amnistía. El Partido Comunista, en una semiilegalidad, realizó un Pleno Ampliado en el cual el excabo Juvencio estuvo presente. Después fue a San Pablo para visitar a sus parientes. El partido conseguía la legalidad y los primeros comités municipales eran fundados.

Al volver de la *fazenda*, donde había pasado una semana con su familia, Juvencio se encontró con un viejo amigo. Iba con Toño que lo

acompañaba hasta esta ciudad próxima, caminando por una calle, cuando gritó:

—¡Zé Tavares!

El pelo del mulato comenzaba a blanquear, pero era la misma cara enjuta y sonriente. Fueron a un café y conversaron toda la tarde. Zé Tavares anduvo prófugo por el interior de San Pablo. Ahora estaba por allí organizando el comité municipal. Había vivido en el interior y su deseo era trabajar con los campesinos. Y repetía las palabras de Prestes sobre la cuestión campesina:

—Nosotros que somos del *sertón*, somos los que sentimos eso de verdad...

Juvencio le dijo a Toño:

—Este fue el que me hizo entrar al partido... —Y a Zé Tavares—: Ahora tendrá que hacerse cargo del sobrino. Este —y golpeaba el hombro de Toño— es el que va a levantar el campo.

Ambos pensaron en el *sertón* distante. Zé Tavares habló:

—Ahora se van a acabar los bandoleros y los beatos... Es el momento nuestro...

Se levantaron. Juvencio dejó unas monedas en la mesa. El sol era suave, casi ardiente, tan distinto a ese sol de fuego del nordeste. Zé Tavares refería un caso, que mostraba cómo los campesinos comenzaban a comprender. Juvencio se repetía mentalmente las palabras leídas en Engels. La voz de Zé Tavares conservaba todavía esa languidez cantante de la *caatinga*:

—Tenía un amigo campesino, que me conocía de mucho tiempo. En cuanto supo que estaba en Río Preto organizando la sede legal del partido, vino a verme... Me dijo: «Don Tavares, dígame usted que sabe tantas cosas, qué es este asunto del comunismo». Le expliqué, le hablé del problema del campo, de la tierra para el que trabaja, cosa por cosa. Él escuchaba y cuando terminé de hablar me dijo: «Vea Don Tavares, este asunto del comunismo se parece mucho a eso de las almas en pena. —Yo le pregunté porqué, y él me dijo entonces—: No ve que se aparece una luz mala en el camino y dicen que eso es un alma en pena que uno de mirarlo no más queda muerto. Pero tanto hablan, que al último a uno le entra tentación de espiar un poco. Y un día no resiste más y va y espía, ¿y qué se encuentra?, se encuentra que es el mismísimo padre de uno...».

Rio Juvencio y entraron al pequeño salón del comité. En la calle un cartel recién pintado anunciaba a la curiosidad de los transeúntes: PARTIDO

COMUNISTA DEL BRASIL. - *Comité Municipal.*

Obreros y hombres del pueblo trabajan y conversan en el salón. Toño reconoció el mismo ambiente y las mismas conversaciones de Isla Grande. Y sonrió con la mejor sonrisa de sus diecinueve años. Zé Tavares vino con una ficha:

—¿Sabe leer y escribir?

—Sí, sé.

—Entonces llene su ficha de afiliación... Después vamos a conversar de lo que debe hacer en su *fazenda*... ¿Sabe lo que es una célula?

—No, señor.

Salieron para acompañar a Juvencio hasta la estación.

—Creo que me van a mandar para el *sertón* —le anunció a Tavares.

—A mí también me gustaría ir.

—Usted ya está acostumbrado a esto... Pero yo, a pesar de todo, es como si no hubiese salido de allá... Voy a ir con gusto si me mandan...

Se abrazaron. El pito del tren cubría las voces.

—Le recomiendo el sobrino... Sé que queda en buenas manos.

—Por eso pierda cuidado.

Juvencio apretó a Toño contra su pecho:

—Hasta la vista, compañero...

Toño hubiese querido escribir una carta a su tía Marta contándole todo esto. ¿Pero dónde estaría, viviendo qué vida? Salieron de la estación. Zé Tavares le hacía preguntas:

—¿Qué es lo que gana un trabajador de *fazenda*?

El pito del tren partiendo de la estación. ¿Dónde estará Marta en este mundo tan enorme? ¡Si tío Juvencio la encontrara para decirle que su padre la había perdonado en el momento de morir y que podía volver a su casa, que Jucundina y Juan Pedro estaban bien, que Agustín y Gertrudis ya tenían dos hijos y que él había ingresado al Partido Comunista para luchar contra el sufrimiento y el hambre!

Algunos meses después el camarada Víctor, secretario nacional de la organización, mandó llamar a Juvencio. El excabo se había quedado en Río.

Víctor acababa de llegar de San Pablo, de una recorrida por el interior, y venía entusiasmado con la afiliación campesina:

—Hay cada campesino que da gusto... Vinieron de ochenta villas... Muy conscientes y muy capaces... Le aseguro que por lo menos diez o quince dirigentes van a salir de los cien afiliados que hicimos... —Golpeó el hombro de Juvencio—: Y uno es su sobrino... Ese muchacho va a ir lejos... En cuanto se descuide lo deja chiquito...

Después entró en el asunto. Juvencio esperaba ansiosamente saber lo resuelto:

—El trabajo es difícil, pero usted conoce muy bien el *sertón*. Tiene el ejemplo de lo que estamos haciendo en San Pablo. Ligas campesinas, células de *fazenda*, elevar las reivindicaciones...

Juvencio le refirió el cuento de Tavares sobre el campesino. Víctor se sonrió, después dijo:

—Tavares tiene razón. Los fanáticos y los bandoleros desaparecerán el día que la gente del *sertón* tenga conciencia política. Y ese era el trabajo suyo...

Y tornó a ser el camarada bromista:

—Apúrese si no su sobrino lo pasa, no sea tan cómodo...

5

Estaba muy oscura la noche y Melitón venía del pueblo hacia la *fazenda*. Le pareció oír pasos en el camino y se puso sobre aviso. Un hombre, que caminaba apresurado, pasó a la par de él. Era una cara conocida. El otro también se volvió para mirar a Melitón como si lo reconociera. Se miraron un segundo a la luz del farol que el trabajador llevaba:

—¡Juvencio!

—¡Melitón!

Melitón se había casado y cuatro hijos llenaban su casa de tapia. Juvencio aspiraba el aire de la noche del *sertón*, profunda y densa. La mujer de Melitón, Filiña, no lo reconoció. Era una chica cuando Juvencio escapó de su casa en busca de Lucas Arboleda. Preguntaban y contaban. Una vez más escuchó la narración de aquellos acontecimientos de años atrás, cuando el Doctor Aureliano vendió la *fazenda* y les quitaron las tierras a

todos. ¿No sabía Juvencio qué se había hecho de Sebastián el acordeonista?

Filiña contestó:

—Debe haberse muerto, ya era muy viejo...

Melitón dijo como en una lamentación:

—Bueno como él no hubo otro...

Y de Gregorio, ¿sabía algo? Pero Juvencio quería saber de Melitón y de los demás que estaban en la *fazenda*. ¿Cuánto les pagaban por día? ¿Había colonos? ¿Medieros? ¿Continuaban obligados a dar un día de trabajo gratis y a comprar en la proveeduría de la *fazenda*?

Después pidió a Melitón que esa misma noche reuniera a todos los trabajadores que pudiese en su casa. Sin que se enterara el capataz. Partiría al día siguiente de madrugada y antes quería hablar con los hombres de la *fazenda*. Tenía mucho que decirles para que supieran cómo podían cambiar esa vida tan desgraciada que llevaban. Melitón lo miraba asombrado. Si no fuese por esos ojos de chico travieso, no reconocería en este hombre que daba claras explicaciones, que lo sabía todo, al muchacho que un día se escapó de la casa y del que apenas vagas noticias habían tenido. Melitón le preguntó, con admiración, antes de salir a llamar a la gente:

—¿Y todo eso lo aprendiste en la capital? No has andado perdiendo tu tiempo. Lo que me has dicho es como una luz que alumbra y le hace ver a uno claro lo que no veía en la obscuridad.

Vinieron los trabajadores de la *fazenda*. Juvencio les habló. Lo escucharon en un silencio solo interrumpido por una u otra exclamación aprobatoria:

—Es eso no más...

—Es la pura verdad...

Y de madrugada, cuando las sombras aún envolvían los campos húmedos de rocío, y en el aire se elevaba ese poderoso olor de la tierra, Juvencio partió para la *caatinga*, por el mismo camino seguido por Jerónimo y su familia. Los brotes del dolor y de la rebeldía crecían en esa sementera roja de sangre y hambre y había llegado el momento de la cosecha.

Pegi de Oxossi (Estado de Río),

junio de 1946.



JORGE AMADO (Bahía 10 de agosto de 1912 - Salvador 6 de agosto de 2001) es uno de los escritores más conocidos de la literatura brasileña. Hijo de un plantador de cacao, estudió Derecho en Río de Janeiro. Diputado comunista, tuvo que exiliarse en varias ocasiones en los años cuarenta y cincuenta, lo que le llevó a vivir en Argentina, Uruguay, Francia y Checoslovaquia. En 1955 se retiró de la política para dedicarse por entero a la literatura. Seis años después fue nombrado miembro de la Academia de las Letras brasileña. Amado fue un escritor comprometido cuya obra se caracteriza, sobre todo en su etapa inicial, por la crítica social y el testimonio moral. Fabulador inagotable, imaginativo y fecundo.

Fue incinerado de acuerdo a su deseo, y sus cenizas fueron enterradas en el jardín de su residencia en Alagoinhas Street, el día en que cumpliría 89 años.

La obra de Jorge Amado recibió varios premios nacionales e internacionales, entre las que destacan: Stalin de la Paz (URSS, 1951), Latinidad (Francia, 1971), Nonino (Italia, 1982), Dimitrov (Bulgaria, 1989), Pablo Neruda (Rusia, 1989), Literatura Etruria (Italia, 1989), Cino Del Duca (Francia, 1990), el Mediterráneo (Italia, 1990), Vitaliano Brancatti (Italia, 1995), Luis de Camões (Brasil, Portugal, 1995), Tortuga (Brasil, 1959, 1995) y el Ministerio de Cultura (Brasil, 1997).

Su obra se compone principalmente de novelas, aunque incluye también cuentos, relatos e incluso una obra de teatro.

[1] *Cachaça*: aguardiente extraído de las melazas de la caña de azúcar.
[N. del T.]. <<

[2] *Coronel*: Título que se da en el Brasil a los propietarios rurales importantes. [N. del T.]. <<

[3] *Reis*: Sistema monetario antiguo del Brasil. Mil reis equivalen a un cruzeiro. [N. del T.]. <<

[4] *Sertón*: Zona despoblada del interior del Brasil, seca y cubierta de vegetación pobre. [*N. del T.*]. <<

[5] *Caatinga*: Regiones del Brasil de vegetación espinosa y agreste.
[N. del T.]. <<

[6] *Rapadura*: Azúcar mascabada en grandes panes. [N. del T.]. <<

[7] *Conto*: Moneda equivalente a mil cruzeiros. [N. del T.]. <<

[8] *Canudos*: Célebre nombre que representa el episodio de la lucha contra el fanático Amonio Tonselheiro, descrito en «Los Sertones». <<

JORGE
AMADO

LOS CAMINOS DEL HAMBRE



Lectulandia